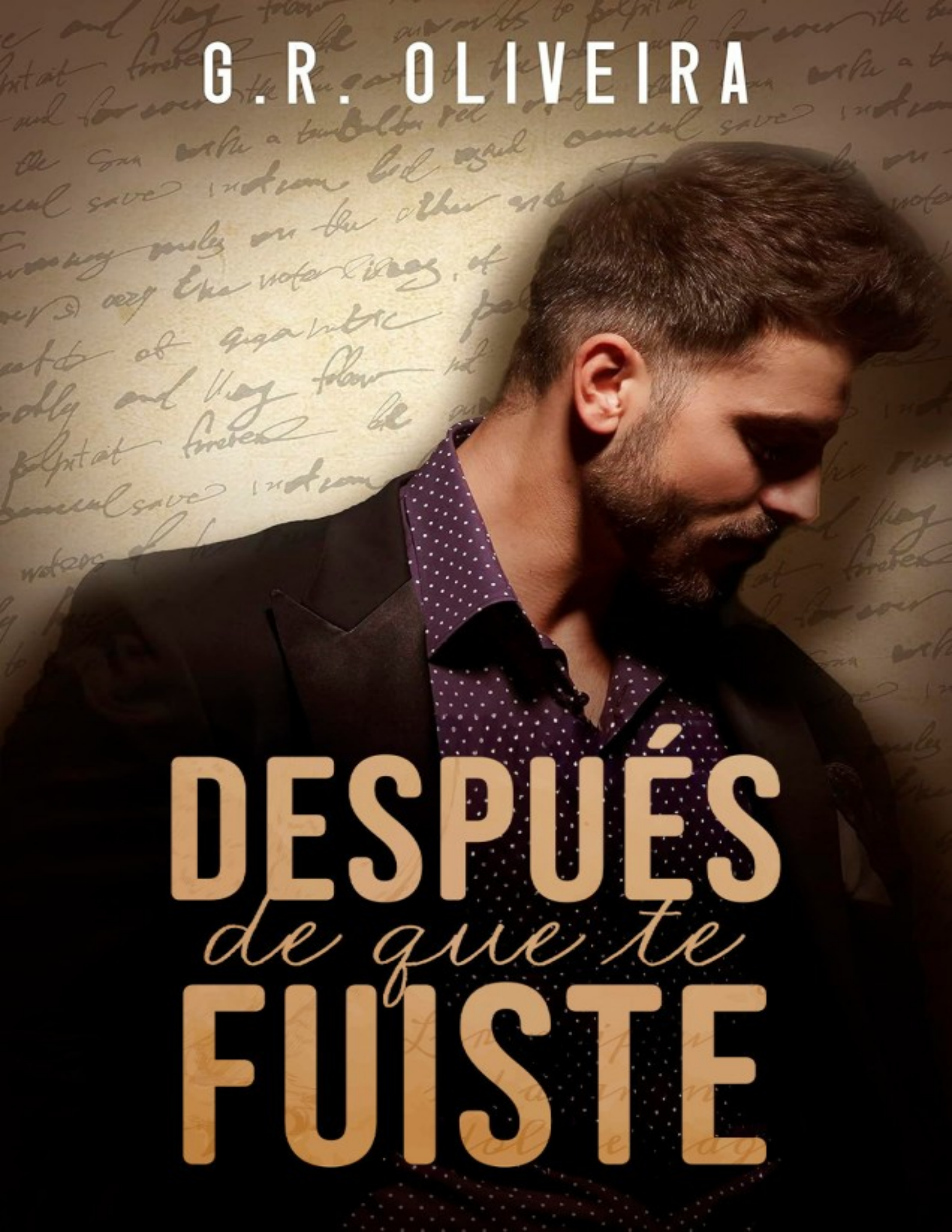
G.R. OLIVEIRA



DESPUÉS *de que te* FUISTE

DESPUÉS DE QUE TE FUISTE

(2025)

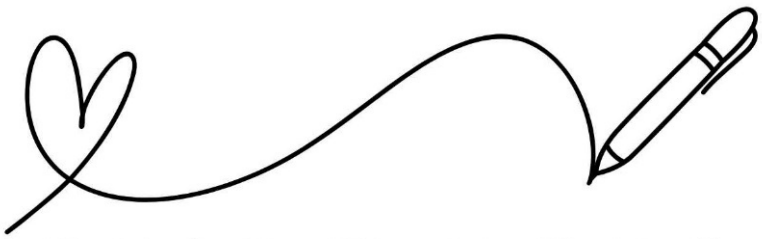
Copyright © G.R. OLIVEIRA

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



SINOPSIS

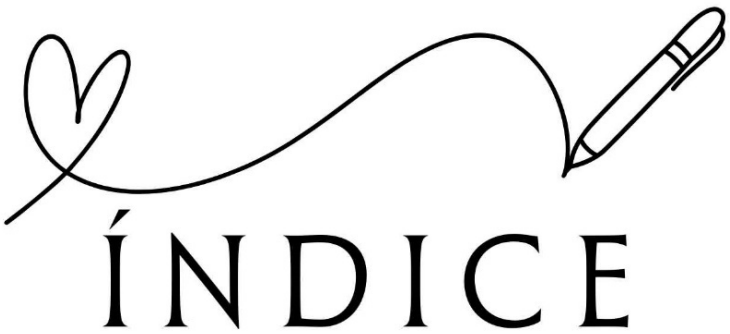
Oliver Clarke lleva en el pecho la herida de haber sido abandonado en el altar. Ahora, como director ejecutivo de una prestigiosa cadena de restaurantes en Liverpool, se dedica únicamente al imperio que ha levantado y a su hija, Emma, la única capaz de arrancarle una sonrisa. Frío, meticuloso y desconfiado, ha levantado murallas en torno a su corazón, convencido de que el amor no es más que una ilusión traicionera.

Emily Flores, en cambio, se mueve por la valentía y el deseo de vivir nuevas experiencias. Al aceptar la invitación de una amiga, viaja a Liverpool —la ciudad de los amantes apasionados— sin imaginar que una tradición centenaria cambiará el rumbo de su vida: encontrar cartas escondidas y, a través de ellas, descubrir historias de amores olvidados y secretos guardados.

Lo que Emily no esperaba era cruzarse con el hombre más arisco, huraño e irresistible que había conocido jamás… un hombre que desprecia esa tradición, pero que guarda dentro de sí heridas más dolorosas de lo que se atreve a confesar.

Entre cartas que revelan misterios del pasado, encuentros chispeantes y un destino empeñado en unirlos, Emily y Oliver descubrirán que el amor puede ser la mayor de las sorpresas… y también el mayor de los riesgos.

SUMÁRIO



SINOPSIS

INDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

P



PRÓLOGO

«Decepcionarse con la persona a la que amas puede ser un camino sin retorno…»

OLIVER CLARKE

HACE UNOS AÑOS

Había perdido la cuenta de las veces que miré mi reloj de pulsera aquella mañana. La aguja avanzaba con una lentitud exasperante, burlándose de mi impaciencia.

El murmullo dentro de la iglesia crecía sin tregua; cada susurro se propagaba por las paredes altas, resonando como un cruel recordatorio de que yo era la causa de todas aquellas miradas inquisitivas.

Isabella se retrasaba.

Dos horas de retraso.

Aun así, seguía sentado, aferrado a la esperanza obstinada de que, en cualquier momento, las puertas se abrirían y ella recorrería el pasillo con esa sonrisa capaz de apaciguar mi mundo.

Mi Isabella…

Ella había recogido cada fragmento roto de mí, devolviéndome vida donde antes solo quedaba vacío. Pedirle matrimonio no fue una decisión meditada, sino algo natural, casi inevitable.

Jamás pensé que hallaría a alguien tan semejante a mí, alguien capaz de alterar por completo mi visión del amor y de lo que significaba compartir la vida con otra persona.

Volví la mirada hacia la derecha y me encontré con Fillipe. Su rostro, que antes reflejaba calma, estaba ahora surcado de preocupación. Lo conocía desde siempre; crecimos juntos, compartimos secretos, heridas y sueños.

No hacía falta que hablara: yo sabía que sentía el peso de mi ansiedad.

Cuando notó mi mirada, intentó ocultarlo con una sonrisa torcida, pero no me engañaba. Fillipe siempre supo cuándo algo me desgarraba por dentro.

Inspiré hondo y cerré los ojos unos segundos. Tenía que dominarme.

Mi mente siempre había sido demasiado veloz para el nerviosismo, un detonante fácil para la inseguridad. Pero hoy no podía dejarme arrastrar por los pensamientos. Hoy debía ser el día más feliz de mi vida.

Las puertas de la iglesia, al fin, se abrieron.

Mi corazón se desbocó en un compás desordenado y, durante un instante, sentí un alivio demoledor, seguido de una alegría tan intensa que casi me arrancó una sonrisa antes siquiera de verla. Pero la ilusión se quebró al instante.

No era Isabella.

El hombre que cruzó el pasillo formaba parte de la organización de la boda. Su paso era rápido, firme, y en su rostro se dibujaba la respuesta que yo más temía.

Se detuvo frente a mí y extendió un papel doblado. El temblor de su mano bastaba para anunciarlo todo, pero aun así lo tomé.

Abrí la nota con los dedos tensos y repasé las palabras una y otra vez, como si releerlas pudiera torcer su sentido.

Pero no lo hizo. Cada línea era una cuchillada que me desgarraba por dentro.

Un odio mudo fue creciendo en mi pecho, ardiendo en silencio, mientras la incredulidad intentaba convencerme de que aquello no era real.

Pero lo era.

Ningún sentimiento, ningún recuerdo luminoso, nada podía suavizar el hecho brutal que me atravesaba.

Me habían abandonado en el altar.



CAPÍTULO 1

«Lo que revelan los ojos, el corazón lo percibe… y responde.»

EMILY FLORES

Hoy era el día.

Desde el instante en que el sol se coló por la ventana de mi habitación, supe que algo iba a cambiar para siempre: un antes y un después inevitable, como si la vida me hubiese arrinconado al borde de un precipicio del que ya no podía volver atrás.

Pasé años aplazando decisiones, fingiendo no ver los miedos que se acumulaban dentro de mí. Pero aquella mañana decidí enfrentar el futuro de frente, aunque solo fuese la proyección frágil que yo misma había imaginado.

A los veintiocho años ya llevaba suficientes cicatrices como para creer que podía soportar cualquier obstáculo. Y, sin embargo, en lo más hondo, persistía la sensación de no encajar del todo en ninguna parte.

Como una pieza suelta de un rompecabezas incompleto. Ese vacío me apretaba el pecho justo ahora.

Tenía una relación.

O mejor dicho: la tenía hasta ese instante, porque sabía que hoy sería el final.

William merecía la verdad. Por más dolorosa que fuese, ya no había forma de seguir ignorando lo obvio. El silencio pesaba más que cualquier palabra, y yo había dejado de encontrar paz a su lado.

William era un buen hombre —jamás lo puse en duda—. Me había repetido tantas veces, con ternura, que estaba cambiando por mí… y ahí estaba la herida. Yo no quería alguien que tuviese que transformarse para encajar en mi vida.

Quería a alguien completo, auténtico, alguien que no necesitara borrarse a sí mismo. Para mí, amar siempre había significado aceptar sin moldear, compartir sin perderse.

Y, sin embargo, allí estábamos, obligándonos a llevar un traje que jamás nos sentó bien.

Había además otro abismo imposible de ignorar: su inseguridad. Esa falta de confianza que se colaba en cada mirada me asfixiaba. Yo anhelaba a alguien firme sin esfuerzo, capaz de desarmarme y sorprenderme sin aviso.

Alguien que me hiciera arder de deseo y, al mismo tiempo, me ofreciera ternura. Sí, tal vez fuese una mujer complicada. Tal vez soñase demasiado alto. Pero eso era lo que quería: intensidad.

Quería perderme en una mirada que me dejara sin aliento.

Recordé las conversaciones con Ashley, mi confidente de tantos años. Entre copas de vino, reíamos cuando yo decía que acabaría “quedándome para vestir santos”.

Lo decía en broma, pero en el fondo sabía que buscaba algo que nadie había sabido darme. Quizá mi error había sido escoger demasiado. Quizá la vida solo esperaba recordarme que quien mucho elige, un día acaba siendo elegido. Y allí estaba yo, eligiendo el final.

Respiré hondo y cerré los ojos por un instante. El olor a fritura de la zona de comidas del Cherry Creek Shopping Center se mezclaba con las voces y risas, pero dentro de mí reinaba un silencio pesado. Cuando los abrí, lo vi.

William ya estaba sentado, esperándome, con esa sonrisa sencilla que tantas veces me había consolado. Sentí un pinchazo agudo en el pecho. La alegría que iluminaba su rostro hacía aún más cruel la conversación que debía tener.

Caminé hacia él. Cada paso era más denso que el anterior, como si el suelo intentara retenerme. Tiré de la silla y me senté frente a él.

—Hola, princesa —dijo con la dulzura de siempre.

—Hola, William… —respondí en voz baja, casi un susurro.

Un nudo se formó en mi garganta. No sabía por dónde empezar, ni cómo explicar lo inexplicable. Tal vez porque, en el fondo, nunca existió aquella llama en la que quise creer.

—¿Qué asunto es tan urgente que no podía esperar? —preguntó, inclinándose hacia mí—. Estaba planeando un fin de semana solo para nosotros…

—Tengo que decirte algo importante. —Lo interrumpí antes de que siguiera construyendo un futuro que no existía.

—Dilo. —Se echó hacia atrás en la silla, cruzando los brazos. Su expresión cambió de golpe, como si intuyera el golpe antes de recibirlo.

Tragué saliva, contuve el aire y lo miré a los ojos.

—Seré directa. Lo nuestro se ha vuelto insostenible, y lo sabes. Nuestras discusiones no terminan nunca… así que quiero dejarlo. —Las palabras salieron secas, como cuchillas arrancadas de dentro de mí.

—Emily… —cerró los ojos, llevó la mano a la cabeza y soltó un suspiro pesado, casi un lamento—. Estoy intentando mejorar. Sé que he fallado, que no logro demostrar lo que mereces, pero… por favor, dame otra oportunidad.

—No es eso, William. —Negué despacio, con la voz temblorosa—. Me gustas, me gusta nuestra compañía. Pero la amistad no basta.

—¿Y desde cuándo eso es malo? —replicó, ofendido.

—No es malo. —Apreté las manos sobre la mesa, buscando control—. Solo que no es suficiente.

Se inclinó hacia delante, con el rostro endurecido.

—Entonces dime, ¿cuál es el punto, Emily? —Su voz sonó cortante, cargada de rabia contenida.

Mi corazón martilleaba, pero no retrocedí.

—El punto es que la gente cambia. Y yo he cambiado. —Las palabras partieron el aire como una sentencia—. No quiero seguir en una relación que no me hace bien. Y tú tampoco deberías.

La impaciencia en sus ojos crecía. Aun así, continué:

—Sé que he fallado, sé que no estuve cuando más me necesitabas. Pero, William… —solté el aire, como si me arrancara un peso—, no te amo.

El silencio que cayó entre nosotros fue ensordecedor.

Entonces él explotó.

—¡Lo sabía! ¡Hay otro hombre! —Golpeó la mesa con tal fuerza que varias cabezas se giraron hacia nosotros.

—¿Por qué siempre pensáis lo mismo? —repliqué, exasperada—. No hay ningún otro. Lo único que hay es mi infelicidad.

—¡Siempre lo hay! —escupió, cortante.

—Por actitudes como esta nunca hemos tenido algo sano. —Mi voz se quebró de ira—. Tienes celos hasta del aire que respiro.

—¡Se tiene celos de lo que se ama! —gruñó, como si fuese una excusa válida.

—Lo tuyo no es amor, William. Es cárcel. —Mis palabras salieron firmes, aunque la voz me temblaba—. Hasta de mis amigas sospechas cuando vienen a casa.

Se removió en la silla, inquieto.

—Emily… dime quién es. Te prometo que solo…

—¡Escúchate! —lo corté en seco—. ¿Has oído algo de lo que acabo de decir? Te he dicho que soy infeliz. ¡Infeliz!

—¡No me vengas con ese cuento! —su tono subió, cargado de amargura.

Cerré los ojos un instante, buscando control. Odiaba las discusiones, siempre las odié. Pero aquella noche no podía dar un paso atrás.

—Me conoces, sabes que detesto pelear. Solo vine para ser sincera. Mi decisión está tomada. —Las manos me temblaban, pero mi voz no.

—Yo dije que cambiaría por ti… —murmuró bajo, desviando la mirada.

—Y yo te repetí mil veces que no se trataba de cambiar quién eres. —Mis ojos ardieron—. Esperé años a que cambiaras tu forma de tratarme, pero nunca ocurrió. ¿Me equivoco?

—¡Eso son excusas! —replicó, golpeando de nuevo la mesa.

Algo dentro de mí se quebró.

—¡Soy desgraciada contigo, William! —grité más alto de lo que quise, y noté las miradas clavarse en nosotros—. ¿Eso es lo que querías oír?

—¡Pero yo soy feliz contigo! —respondió, casi suplicante.

Cerré los ojos un segundo, agotada. No quería saber nada de otra relación en mucho tiempo. No después de aquello.

—Pues entiende que yo no lo soy. —Mi voz salió firme, definitiva—. Se acabó, William.

Me levanté ignorando el silencio pesado a nuestro alrededor. Cada paso me dolía y me liberaba a la vez.

Al llegar a casa, el peso cayó sobre mí. Hice lo que tantas mujeres hacen cuando un amor termina: me sumergí en los recuerdos. Reviví sonrisas, promesas, pero también silencios asfixiantes y la soledad de estar acompañada.

Sabía que, tarde o temprano, las lágrimas romperían la presa. Pero aquella noche no.

Solo cerré los ojos y dejé que el vacío me envolviera, inevitable y cruel.



CAPÍTULO 2

«A veces, la mayor valentía es permitirse sentir aquello que juramos ignorar.»

EMILY FLORES

Los dos meses que siguieron a la ruptura con William fueron duros en muchos sentidos.

Había días en los que el silencio de la casa resultaba más pesado que cualquier palabra dicha, y noches en las que la soledad se colaba incluso en mis sueños.

Aun así, en lo más profundo de mi corazón, sabía que había tomado la decisión correcta. No me arrepentía.

Todos tenemos defectos —y yo no estaba exenta de ellos—, pero permanecer en una relación estancada, sin perspectivas de futuro, era cruel.

No solo te encadenabas a ti misma, sino que arrastrabas también a la otra persona. Y aun así, había una parte inevitable de añoranza.

Después de tanto tiempo compartiendo la vida con alguien, era imposible no echar de menos los pequeños hábitos, los gestos repetidos que antes llenaban mis días.

July, una de mis mejores amigas, iba a venir a verme aquella tarde.

Por el tono de sus últimas llamadas, ya imaginaba el motivo. Había notado lo apagada que estaba, incluso cuando intentaba disimular con una risa forzada al teléfono.

Llevábamos meses sin vernos, y solo pensar en tenerla otra vez delante me daba una sensación de alivio.

Alguien podría considerar extraño que la llamase "una de mis mejores amigas" cuando aparecía solo dos meses después de la ruptura, pero no había nada raro en ello.

July vivía fuera, en casa de sus padres, en otro país. Era la distancia, y no la falta de afecto, lo que nos mantenía separadas.

Cuando llegó a mi casa, no me dejó ni abrir la boca.

Soltó el bolso de cualquier manera y me envolvió en un abrazo largo y apretado, de esos que te aplastan el pecho y casi te dejan sin aire. Me estrujó como si fuese un oso de peluche gigante.

Bien gordo y blandito.

—¡Qué ganas tenía de ver a mi mejor amiga! —exclamó, sonriendo de oreja a oreja, antes de sujetarme las mejillas con las dos manos y estirarlas como si tuviera cinco años.

Suspiré, pero no pude contener la risa.

—Yo también te echaba muchísimo de menos —admití, feliz de verla al cabo de tanto tiempo—. Y, por lo visto, no has perdido esa manía irritante de tratarme como un peluche.

—Ay, no seas sosa, ¡eso es lo de menos! —bufó, cruzándose de brazos con fingida rebeldía infantil—. Se llama echar de menos. ¿Te queda claro? E-C-H-A-R D-E M-E-N-O-S.

Su teatralidad siempre conseguía arrancarme una sonrisa, incluso en los días más grises.

Y fue justo lo que pasó. Estallamos en nuestra risa habitual, esa risa rara que solo nosotras entendíamos.

Pero la alegría se evaporó pronto. Sentí el peso regresar de golpe, y mi sonrisa se apagó.

Así eran mis días últimamente: breves instantes de risa seguidos por largos periodos de silencio y vacío, como si algo estuviera siempre fuera de lugar.

—Desde que hablamos por teléfono, me quedé preocupada —dijo July, ahora seria—. Sobre todo al saber que habías dejado la relación. Te noto… no sé, un poco ida.

—Estoy desconectada de todo, amiga —respondí, forzando una sonrisa que no alcanzó mis ojos.

Ella me miró con ternura.

—Aun así, sigues siendo un encanto —replicó, y su voz me llenó de un calor inesperado.

—Por increíble que parezca, este año no me he metido en discusiones. —Suspiré, recordando—. Bueno… si no contamos las peleas con William. Supongo que voy mejorando.

July arqueó las cejas, poniendo morritos.

—Yo, en cambio, ni falta hace que diga que adoro un buen drama, ¿verdad?

Reí, negando con la cabeza.

—¿Cómo olvidarlo?

La memoria me arrastró entonces. La conocí en medio de un follón digno de telenovela.

July había montado un escándalo en la frutería de la facultad porque el cajero se había equivocado en cincuenta céntimos del cambio.

¡Cincuenta céntimos!

Gritaba, gesticulaba, como si le hubiesen robado una fortuna. Y yo, que estaba justo detrás en la cola, me reí tanto de la escena que acabé metiéndome en la discusión, defendiendo la lógica de que ese dinero no cambiaba nada.

Desde entonces no nos separamos más.

Esa era mi amiga. La única capaz de sacarme una carcajada en mis peores días y, al mismo tiempo, mirarme con una seriedad que me desarmaba.

—¿Qué puedo hacer para que no te pongas triste? —preguntó, apretando mis manos y clavando sus ojos en los míos como si quisiera alcanzarme por dentro.

—Con el tiempo estaré bien, lo prometo. —Forcé una sonrisa para suavizar la pesadez de mi rostro—. Solo necesito dejar atrás algunos pensamientos… y William es uno de ellos.

—Sé que aún piensas mucho en él —dijo, sin reproche, solo constatando un hecho.

—Un poco, no voy a mentir. —Suspiré, apretando sus dedos—. Soy humana, tengo sentimientos. Estuvimos juntos un tiempo. Echo de menos su presencia… no como hombre, sino como amigo, como compañero. Todos tenemos defectos, pero extraño a la persona que era William. Y aun así, tomé la decisión correcta. Nuestra relación ya no tenía futuro.

—¿Cuál fue el motivo principal de la ruptura? —preguntó, alzando una ceja.

Solté el aire, pesada.

—Es difícil de explicar, pero… William nunca fue seguro de sí mismo. No toma decisiones, lo deja todo a medias, se desanima enseguida y… siente celos absolutamente de todo. Para él, todos los hombres del planeta me miraban como si yo fuera la única mujer existente. —La miré con firmeza, aunque me pesara lo que decía—. La verdad es que no le amaba. Durante un tiempo pensé que sí… pero no era amor.

July frunció el ceño, aunque se le escapó una sonrisa torcida.

—Amiga, cuando hablas así… —Su tono rozaba la provocación.

—¿Qué? —pregunté, sin entender al principio.

—No pareces del tipo que analiza los pequeños detalles de una relación.

No estaba del todo equivocada.

—Al principio no lo hacía. Me dejaba llevar, ignoraba los defectos —los míos y los suyos—. Pero el tiempo demuestra que eso es esencial. Hay que conocer a fondo a la persona con la que estás, porque si compartes tu vida con alguien, es para construir, para planear un futuro. Y yo… no lo veía.

Me quedé en silencio unos segundos antes de soltar lo que me corroía.

—El problema es que, con el tiempo, dejé de sentirme plena. Es raro, pero por más que intentara… no conseguía sentirlo, ¿me entiendes?

—Madre mía, amiga… —July negó con la cabeza, riendo nerviosa—. Estás hecha un lío.

—Sí. —Lo admití, respirando hondo. La palabra pesaba en mi boca.

A veces la frustración me devoraba.

No haber vivido nunca un amor verdadero, arrebatador, en mis breves relaciones me hacía sentir incompleta. Amar y ser amada seguía siendo un tabú en mi vida.

Uno que necesitaba romper.

Quizá estar soltera fuese la oportunidad. Tal vez necesitara demostrarme que podía bastarme a mí misma, incluso cuando el vacío gritaba en silencio.

—Entiendo lo de no sentirte nunca satisfecha. —Desvió la mirada, y vi en sus ojos un destello de recuerdos que también la marcaban—. Pero, aun así, estoy segura de que tu próxima relación será un éxito. ¡Te van a amar de todas las formas posibles! —Y soltó una carcajada de esas tan suyas, alta, escandalosa, contagiosa.

No pude evitar sonreír.

—No basta con un solo lado, July. —Bajé la voz, sincera—. Yo también necesito sentir ese amor. Ese es mi problema… nunca lo he sentido. Con nadie. Esa es la verdad.

Las palabras se quedaron suspendidas entre nosotras, más pesadas que cualquier silencio.

Me arrepentí en cuanto salieron de mi boca. Siempre me resultaba difícil ocultar lo que sentía, pero había aprendido a hacerlo con cierta maestría.

Los demás solo veían a Emily sonriente, alegre en todo momento, pero dentro de mí existían batallas silenciosas, dudas que me corroían y la pregunta constante de qué hacía tan mal para no sentirme nunca completa.

—Eh… —July apretó mi mano con suavidad—. No quería hacerte daño.

—No lo has hecho. —Respiré hondo, intentando forzar una sonrisa—. Solo intentas ayudarme. Y soy fuerte… más de lo que aparento.

Me observó con atención, como si quisiera descifrar cada sombra en mi rostro.

—Sé que somos distintas en muchas cosas, pero quiero que sepas que estoy dispuesta a ayudarte.

—¿Ayudarme? —arqueé una ceja, desconfiada.

—Sí… bueno… quería… —July mordió el labio inferior, incómoda.

Crucé los brazos, estrechando los ojos.

—Sé que tramas algo. Esa sonrisilla de medio lado no me engaña.

Ella rió, un riso travieso que me intrigó aún más.

—Tengo una propuesta, amiga. Y te digo desde ya: es irresistible.

Puse los ojos en blanco, anticipando alguna locura.

—Ni se te ocurra. Si es salir de fiesta, discotecas o algo parecido, olvídate. —Bromeé, pero por su expresión comprendí que no era eso.

—Mi propuesta es otra. —Se inclinó hacia mí, bajando la voz como si fuera un secreto—. ¿Qué tal si viajamos a Liverpool?

Parpadeé varias veces, sin estar segura de haber oído bien.

—¿Esto es en serio o me estás tomando el pelo?

—¡Por supuesto que es en serio! —dijo, entusiasmada—. Nos quedaríamos allí tres meses, si aceptas. Sabes que mi familia vive allí ahora y tengo que volver en unos días. Y, vamos, siempre has soñado con conocer la ciudad.

Suspiré, insegura.

—July… gracias de verdad por la invitación. Pero tienes a tu familia, tus compromisos. No quiero ser una carga, y es un viaje largo.

Ella puso los ojos en blanco, teatral.

—Y apareció la Emily dramática. —Se cruzó de brazos, burlona.

—Un poco, sí. —Sonreí, incómoda—. Pero hablo en serio. Me conoces, sabes que odio dar problemas.

—Lo siento, pero tenemos un pequeño problema aquí. —Inclinó la cabeza, con los brazos aún cruzados.

—¿Cuál? —pregunté, ya intuyendo la respuesta.

—¡No acepto un "no"! —declaró con firmeza—. Sé que tienes ahorros. Y, adivina, mi familia tiene una casa de alquiler recién libre. Así que… acabas de aceptar. Punto final.

—July, yo creo que…

—¡Tú no crees nada! —me interrumpió, señalándome con el dedo—. Vas a venir, o nunca más me hables. ¿Es ese el tipo de amistad que quieres perder? —Su pose seria duró apenas unos segundos antes de que casi me echara a reír.

—¿Me estoy volviendo loca o esto es un chantaje? —balbuceé, entornando los ojos.

Ella sonrió, victoriosa.

—Sí. Y apuesto a que te ha encantado.

Suspiré. Conocía demasiado bien a July: cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerla desistir. Y, en el fondo, tenía razón. Viajar siempre había sido uno de mis grandes sueños.

Incluso había sacado el pasaporte años atrás, pero seguía intacto, olvidado en un cajón, esperando un día que nunca llegaba.

Llevaba toda la vida anclada en la misma ciudad, limitando mis pasos a los alrededores.

Quizá había llegado el momento de cambiar. De romper rutinas y darme la oportunidad de algo nuevo. El tiempo corría demasiado deprisa para seguir estancada.

Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que la decisión se escapara de mis labios.

—Está bien… voy contigo.

—¡Lo sabía! —July soltó un grito histérico y me arrastró a otro abrazo sofocante—. No te vas a arrepentir, Emily. Te lo prometo.

—Pero, como te he dicho, no quiero ser una carga. Yo misma pago…

—¡Bla, bla, bla! —me cortó, sacudiendo la cabeza—. Ya has aceptado, y eso es lo único que importa. Lo demás lo arreglaremos luego.

Acabamos riendo juntas y pasamos la siguiente hora inventando planes disparatados, imaginando lugares y situaciones absurdas.

Con cada idea la emoción crecía, y lo que al principio parecía solo una visita a su familia se transformó en un proyecto lleno de expectativas.

Cuando llegó el momento de marcharse, July se levantó ajustándose el bolso.

—Tengo que ver a otros amigos hoy. —Lo dijo categóricamente, solo para fastidiarme.

Sabía que quería ponerme celosa.

La acompañé hasta la puerta, riendo. Mi amiga era un caso único y, mientras la veía alejarse, lo sentí con total claridad: la adoraba con todo mi corazón.



CAPÍTULO 3

«Los cambios de hábito o de comportamiento son difíciles, pero resultan enormemente gratificantes, porque en la transición siempre aparecen sorpresas inesperadas…»

EMILY FLORES

Tenía pocos días para organizar mi pequeña mudanza antes de instalarme en Liverpool.

Todo ocurrió deprisa, como si el destino hubiese decidido por mí, y ahora la cuenta atrás me empujaba hacia una nueva etapa.

No había tiempo para dudar.

La parte positiva era que en ese momento no estaba trabajando, lo que facilitaba un poco las cosas. Tras terminar la carrera de Matemáticas, me lancé de lleno al máster —que finalicé apenas el mes pasado— y, por eso, aún no había buscado empleo.

Tenía ante mí un abanico de posibilidades y no quería decidir a la ligera. Conocía demasiado bien el peso de las elecciones.

Después de tantos años de estudio, sería cruel malgastar ese esfuerzo entrando en un campo solo para arrepentirme más tarde.

Todavía me quedaba una tarea delicada: avisar a mi familia de aquel viaje "sorpresa".

Apenas tuve tiempo de pensarlo antes de aceptar, pero July fue tan insistente, tan decidida a arrastrarme con ella, que me oí decir "sí" sin calcular las consecuencias.

En el fondo, sabía que lo necesitaba.

Desde hacía tiempo sentía la urgencia de respirar otros aires, y la idea de pasar tres meses en Liverpool me sonaba a una oportunidad de empezar de nuevo.

Vivía en Denver, en Colorado, y aunque parte de mí anhelaba libertad y distancia, no podía negarlo: amaba aquella ciudad. Siempre había algo que hacer, rincones por descubrir, gente por conocer.

No tenía motivos para quejarme.

Fue allí donde construí amistades importantes. Siempre fui de hablar más de la cuenta y, lejos de alejar a la gente, esa verborrea solía acercarla.

Me gustaba escuchar, aconsejar, estar presente.

Mi madre siempre decía que había nacido para psicóloga, porque bastaba con que alguien empezara a hablar para que yo ya estuviera allí, absorbiendo cada palabra como si formara parte de mi propia historia.

Aquel día me senté en una de las plazas que tanto me gustaba visitar.

Denver estaba llena de ellas, pero esa tenía algo especial. Era amplia, tranquila, casi un refugio escondido en pleno corazón de la ciudad.

Siempre que necesitaba aclarar la mente, acudía allí. El aire fresco y el silencio roto solo por el canto de los pájaros me ayudaban a ordenar mis pensamientos, como piezas que al fin encontraban su lugar.

Mientras paseaba por el espacio verde, mis ojos se perdían en los detalles más simples: un pájaro cruzando mi camino, el vaivén de las hojas con el viento, la risa lejana de un niño.

Todo eso tenía para mí un valor casi sagrado.

Eran recuerdos que se fijaban, pequeñas anclas de serenidad. Si pudiera elegir, viviría en un lugar así: aislada del exceso, rodeada solo de lo indispensable y, claro, de la belleza incontestable de la naturaleza.

Siempre había sido distinta a las chicas de mi edad. Mientras muchas se entregaban de lleno a la tecnología, yo permanecía al margen.

No era dependiente de pantallas, aplicaciones ni redes sociales. Prefería las conversaciones cara a cara, los paseos largos y los pensamientos en libertad. Quizá fuese anticuada.

Quizá fuese simplemente yo.

Aquella tarde, contemplando cómo el cielo se teñía de naranja tras las montañas, sentí una punzada en el pecho.

Era miedo, sí, pero también expectación. Y, por primera vez en mucho tiempo, comprendí que estaba lista para lo desconocido.

Tras mi pequeño recorrido por la ciudad, volví a casa. Aún vivía con mis padres —una elección consciente, no una imposición.

Nuestra familia siempre había sido sencilla, pero muy unida, y me reconfortaba esa sensación de estar arropada por quienes me querían. Quedarme allí un tiempo parecía lo correcto, al menos hasta decidir si me atrevía con el doctorado.

Al cruzar el pasillo, el aroma familiar de las especias me guió hasta la cocina. Encontré a mi madre con el delantal puesto, removiendo distraída una olla. Por un instante, dudé.

No sabía cómo reaccionaría al enterarse de que su única hija pasaría tres meses fuera. Sin embargo, una chispa de curiosidad me quemaba por dentro.

Quería escuchar su opinión, quería ver su reacción.

Mi madre se llamaba Helen. Tenía cincuenta años, aunque aparentaba menos. Siempre bromeábamos con que la buena genética corría en la familia, pero yo sabía que parte de su juventud provenía de dentro, de la manera ligera con la que encaraba la vida.

Nos parecíamos mucho físicamente: ojos verdes, piel morena, rasgos marcados. Ella llevaba el pelo castaño en un corte bob elegante y práctico, mientras que yo lo mantenía largo, siempre suelto. Ella medía 1,55; yo, 1,57.

Al acercarme, la abracé por detrás y besé su mejilla. Siempre fui de demostrar el cariño sin medida, de decir a los míos lo importantes que eran.

Nunca creí que los sentimientos debieran guardarse. Mi madre me había enseñado eso desde pequeña: «Valora a las personas mientras puedas, hija. Nunca sabemos hasta cuándo estarán con nosotros».

—Mamá, tenemos que hablar de un tema delicadísimo. —Forcé un tono dramático, intentando parecer seria.

—Claro. —No apartó la vista de la olla, pero su voz tenía la calma de quien me conocía demasiado bien—. ¿Qué ha pasado, hija?

—July me ha obligado a irme con ella a Liverpool… tres meses. —Crucé los brazos, atenta a su reacción.

—¿En serio? —Se giró y una sonrisa le iluminó el rostro.

—Sí. —Asentí, mordiéndome el labio.

—Me parece una idea estupenda. —Respondió con rapidez, con una ligereza que me desconcertó—. Rara vez haces algo más que estudiar y leer novelas románticas o de terror.

—¡Qué innecesaria, mamá! —protesté, fingiendo indignación y cruzando los brazos, aunque mis labios traicionaban la risa.

—¿Y acaso miento? —Alzó las cejas, divertida, esperando que replicara.

—No… —cedí, riendo, y le planté un beso sonoro en la mejilla.

Era casi imposible enfadarla. Por más que lo intentara, siempre encontraba la forma de desarmarme.

—Entonces… ¿me va a dar permiso para estas vacaciones nada forzadas? —la provoqué, entornando los ojos.

—Ya te lo he dicho, me parece una buena idea, Emily. —Apagó el fuego y se apoyó en la encimera, mirándome de frente—. Es bueno conocer sitios nuevos, gente distinta…

—Parece que tienes prisa por librarte de mí. —Puse los ojos en blanco, teatral.

—¿De dónde te viene tanto dramatismo, niña? —Se detuvo unos segundos, observándome como si fuera una rareza en exposición.

—¡Eso lo sabe de sobra, señora Helen! —Me planté con las manos en la cintura y una sonrisa maliciosa.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—La culpa es mía. Te he mimado demasiado.

—En eso coincidimos. —Me reí, aprovechando la ocasión.

Se acercó entonces, acariciando mi rostro con ternura.

—Aun así, no cambiaría nada de ti. —Sus ojos brillaron con un afecto que me apretó el corazón—. Eres la mejor hija que podría haber pedido a Dios. No tengo queja alguna, solo agradecimiento por tenerte a mi lado.

Tragué saliva, emocionada. Era imposible no sentirme derretir con aquellas palabras.

—Lo sé, mamá. —Sonreí, intentando aligerar la emoción—. Soy insuperable.

Reímos juntas, cómplices, y tuve la certeza de que, por muy emocionante que fuese Liverpool, el verdadero reto sería pasar tres meses lejos de aquel hogar.

Nos echamos a reír otra vez. Esa risa ligera que siempre surgía entre nosotras, mezcla de bromas, provocaciones y un toque teatral. Era nuestro lenguaje propio.

Ella solía acusarme de ser demasiado soñadora, pero no podía ocultar que su cuarto era prácticamente una biblioteca. Estantes repletos de novelas ocupaban cada rincón, y yo sabía bien lo mucho que se entregaba a las historias.

¿Cuántas veces la sorprendí en el salón, de madrugada, con los ojos hinchados de tanto llorar? Siempre era por un libro que la había tocado hasta lo más hondo.

—Entonces, como ya has dicho, me voy tres meses, ¿no? —repetí con aire travieso, solo por pincharla un poco más.

—Ya te he entendido, hija. —Su voz sonó tranquila, aunque cargada de significado.

—Puede que me quede más tiempo. —Incliné la cabeza, apretando los labios en una sonrisa provocadora—. Quién sabe, quizá encuentre trabajo en mi campo y acabe viviendo allí. ¿Qué te parece?

Se quedó un momento en silencio. Contuve el aire, convencida de que vendría una reprimenda. Pero su respuesta me descolocó.

—¿Vivir allí? —repitió, pensativa—. Está bien. Lo importante es verte feliz.

—¡Eso! —aplaudí suavemente, burlona—. Me quieres echar del todo.

Mi madre se acercó, entornando los ojos como quien prepara un contraataque.

—Escúchame bien, Emily. —Su voz firme me hizo enderezarme sin querer. Luego me abrazó. No un abrazo cualquiera, sino ese abrazo largo y cálido que solo las madres saben dar. Sentí su corazón contra el mío, constante, como si quisiera transmitirme seguridad.

Pasados unos segundos, murmuró al oído:

—Te conozco demasiado bien. Sé que estás provocando, pero también sé que nunca me dejarías sola mucho tiempo. Además… —se apartó un poco para mirarme, con un brillo divertido en los ojos— si osas quedarte más de tres meses, yo misma iré a Liverpool a buscarte. ¿Eso era lo que querías oír?

Reí, negando con la cabeza.

—Hm, no exactamente así… pero me vale.

Ella sonrió, dulcificando la mirada.

—Te quiero, hija. Nunca lo olvides.

El pecho me dio un vuelco. El peso de la partida aún no había llegado, pero ya dolía imaginar la distancia. Apreté su mano entre las mías y respondí con sinceridad:

—Yo también te quiero, mamá. Más de lo que imaginas.

Y en ese instante entendí que, por muy lejos que fuese, por muchos caminos nuevos que me ofreciera la vida, siempre habría un hilo invisible tirando de mí para volver a ella.



CAPÍTULO 4

«A veces, la vida solo nos deja una elección: arriesgarnos o pasar el resto de nuestros días pensando en lo que podría haber sido.»

EMILY FLORES

Los días previos a mi viaje pasaron como un suspiro. Apenas tuve tiempo de asimilarlo todo. Quizá era lo mejor.

No quise crear expectativas exageradas, a propósito, como un mecanismo de defensa… y, al final, la estrategia funcionó.

Por fin había llegado el día. July y yo volaríamos juntas a Liverpool. No tenía muy clara la distancia exacta entre Denver y la ciudad que me esperaba al otro lado del océano, pero mis pesquisas confirmaban que solo unas horas de vuelo nos separaban de una nueva vida.

Habíamos quedado en vernos en el aeropuerto con dos horas de antelación. No quería correr riesgos.

Perder aquel avión sería mi peor pesadilla.

Caminé por la terminal arrastrando mis maletas, con el corazón acelerado no solo por el viaje, sino también por la mezcla de ansiedad y emoción que me bullía en las venas.

Y allí estaba ella.

Por un instante me quedé inmóvil, sorprendida. July ya me esperaba, sonriente. Eso sí que era un milagro: la puntualidad y ella rara vez iban de la mano.

—¿Tú, puntual? —me burlé, arqueando una ceja.

—¡Siempre lo he sido! —replicó, lanzándome un guiño atrevido, como si su fama de impuntual fuese pura invención.

—Claro, claro… —negué con la cabeza, incrédula—. Siempre llegas tarde a absolutamente todo lo que recuerdo.

—Cuidado con las exageraciones, Emily. —Fingió indignación, como si la hubiese acusado injustamente.

Dissimulada.

Crucé los brazos, divertida.

—¿Quieres que te dé ejemplos?

—Dalos, si te atreves… aunque dudo que tengas.

Sonreí con malicia.

—¿Quieres apostar? Porque tengo una lista.

—Anda ya… —puso los ojos en blanco, impaciente.

—Muy bien. El día de mi vigésimo primer cumpleaños apareciste a las tres de la mañana. La fiesta empezó a las diez. —Sus ojos se abrieron de par en par, pero no me detuve—. Y aquella vez que organizamos una fiesta sorpresa para tu madre aquí en Denver… deberías haber llegado la primera y apareciste dos horas después. ¿Quieres que siga?

July suspiró, teatral, y alzó las manos al cielo en señal de rendición.

—Vale, Emily, ya está. Lo pillo. Has ganado. —Rió, negando con la cabeza—. Pero, por favor, cambiemos de tema.

—Claro que lo vas a cambiar. —Solté una carcajada, satisfecha por haberla acorralado.

Se acercó, entrecerrando los ojos con gesto conspirador.

—¿Estás preparada para ligarte a todos los guapos de mi ciudad?

El tono malicioso en su voz me hizo rodar los ojos. July tenía esa energía irreverente, ese modo provocador de ver la vida, y disfrutaba contagiando a los demás.

—Ni de broma. —Levanté las manos en defensa—. Quiero mantenerme lo más lejos posible de cualquier relación.

—Solo es un rollo, no hace falta complicarlo. —Lo soltó con esa convicción tan suya.

Suspiré, con una sonrisa ladeada.

—Ya veremos… Prometo pensarlo.

—¡Así me gusta! —celebró, orgullosa, como si hubiese ganado media batalla.

Mientras caminábamos hacia el mostrador de facturación, me di cuenta de lo mucho que nuestra amistad había resistido al tiempo y a la distancia.

Siempre fuimos inseparables cuando ella vivía en Denver y, incluso después de su mudanza al extranjero, seguimos siendo cercanas.

Las charlas diarias se transformaron en contactos esporádicos, pero nada cambió en esencia.

Aprendí que las amistades verdaderas no necesitan refuerzos constantes: basta el lazo guardado en el corazón para soportar cualquier distancia.

Aun así, la nostalgia era inevitable, siempre presente, como una sombra pegada a los sentimientos más luminosos.

Hicimos el check-in y pasamos a la sala de embarque. Yo intentaba mantener la calma, pero la mente me iba a mil.

Preguntas atropelladas me llenaban la cabeza: ¿cómo sería la experiencia?, ¿y si algo salía mal?

Sin embargo, bajo todas esas dudas, había una sensación buena, casi instintiva.

Era como si mi corazón lo supiera antes que mi razón: aquel viaje iba a cambiar mi vida.

Cuando los altavoces anunciaron el embarque, respiré hondo. Sujeté el pasaporte con fuerza y caminé hacia la puerta junto a July.

Cada paso parecía alejarme de la persona que había sido hasta entonces y acercarme a una versión de mí misma que todavía no conocía.

Al entrar en el avión, mi pecho se llenó de una certeza silenciosa. Una nueva etapa empezaba.

Y, en el fondo, sentía que mi suerte estaba a punto de dar un giro.



CAPÍTULO 5

«Nunca creyó en los cuentos de hadas… hasta descubrir que los finales felices podían escribirse a cuatro manos.»

EMILY FLORES

Después de instalarme en una de las casas de los padres de July y organizar mis cosas, sentí la necesidad de salir un rato.

La idea era dar solo una vuelta rápida por los alrededores, respirar el aire fresco de aquella nueva ciudad, pero me prometí que no tardaría demasiado.

July seguía enfrascada en una llamada interminable, gesticulando y riéndose sola en la habitación, así que ni me planteé invitarla a acompañarme.

Mi plan era sencillo: empezar a descubrir Liverpool poco a poco.

Aunque había algo más urgente: mi estómago rugía sin piedad, y una de las pocas cosas capaces de ponerme realmente de mal humor era pasar hambre.

Recorrí la calle, observando las fachadas coloridas y los escaparates de las tiendecitas, hasta que un lugar concreto captó mi atención:

una cafetería con una decoración encantadora.

La entrada combinaba tonos claros y suaves que creaban un ambiente acogedor y delicado. Mis ojos brillaron al instante.

El rótulo mostraba un nombre sencillo y tentador: Jess' Caffee.

Sin pensarlo dos veces, empujé la puerta de cristal. La campanilla de la entrada tintineó suavemente, anunciando mi llegada.

El interior resultaba todavía más acogedor: cuadros repartidos por las paredes, mesitas adornadas con pequeños ramos de flores y una paleta de colores claros que iluminaba el espacio.

Era cálido, casi íntimo, como si todo hubiera sido diseñado para abrazar a quien entrara.

Elegí una butaca junto a la ventana y apenas me acomodé cuando una joven se acercó, sonriente, irradiando simpatía.

—Buenos días, forastera. —Su voz tenía un tono ligero, juguetón.

Alcé los ojos, sorprendida, arqueando las cejas.

—Buenos días. ¿Es tan evidente que no soy de aquí?

—Ahora que he oído tu acento, no me cabe ninguna duda. —Rió, mostrando una sonrisa espontánea que iluminó su rostro—. No te asustes. Conozco prácticamente a todo el que viene por aquí, igual que a los vecinos del barrio. Tengo una memoria excelente para las caras. —Me guiñó un ojo, divertida—. Por cierto, me llamo Jessy. Encantada.

Correspondí a su sonrisa, relajándome.

—El placer es mío. Soy Emily.

—Bienvenida, Emily. —Sus ojos destellaron de curiosidad—. ¿Vienes por trabajo o por turismo?

—Por turismo. —Crucé las piernas, acomodándome mejor—. Me quedaré tres meses. Los padres de una amiga viven aquí y estoy, digamos, de vacaciones… intentando tomarme un respiro de la vida.

—Lo entiendo perfectamente. —Asintió con naturalidad.

Mi mirada recorrió el espacio.

A la derecha, varias mesas con pequeños jarrones de flores delicadas. En las paredes, cuadros de estilos distintos, aunque en armonía, como si dialogaran entre ellos.

Suspiré, encantada. El lugar transmitía paz, como un refugio secreto.

—La fachada de la cafetería me llamó muchísimo la atención. Era imposible no entrar. Y por dentro… —sonreí, contemplando de nuevo alrededor—. Es aún más bonito.

Ella cerró los ojos un instante, como si saboreara mis palabras, y abrió una sonrisa amplia, casi emocionada.

—Muchas gracias. No imaginas lo que significa para mí. Todo el proyecto lo hice yo. Sola.

Abrí mucho los ojos, sorprendida de verdad.

—¿En serio?

—Sí. —Sus labios se curvaron en una sonrisa orgullosa—. Estudié Diseño de Interiores y soy la gerente de aquí. Bueno, más que eso… soy la dueña del Jess' Caffee.

Durante unos segundos solo pude devolverle la sonrisa.

Mis ojos vagaron por el local, absorbiendo cada detalle: los arreglos florales, los cuadros alineados, la atención con la que las camareras se movían entre los clientes.

Estar en otro país era como respirar un aire distinto.

Cada gesto, cada palabra llevaba consigo una extrañeza agradable, casi excitante. Inglaterra tenía su propio ritmo: la gente caminaba erguida, hablaba de otra manera; incluso las pequeñas manías revelaban una cultura distinta.

—He oído maravillas de la ciudad, que hay muchos sitios que visitar. Estoy bastante ilusionada. —Sonreí, intentando sonar casual, aunque por dentro deseaba con desesperación encontrar alguna amistad en aquel lugar nuevo.

—Hay tantos rincones… —Jessy suspiró con brillo travieso en los ojos.

—Creo que me costará adaptarme.

—¡Qué va! —dijo sin pensárselo—. Yo te ayudo, si quieres. Me encanta hacer nuevas amistades y suelo mantener el contacto con los turistas que vienen a Liverpool. Me apasiona conocer otros países, otras culturas…

Sentí un calor en el pecho.

—Sería genial, de verdad.

Estaba a punto de añadir algo más cuando mis ojos se desviaron instintivamente hacia la puerta.

Y entonces, él entró.

Dios mío…

El aire pareció enrarecerse en cuanto aquel hombre cruzó el umbral. Alto, rondaría el metro noventa. Vestía un traje negro perfectamente entallado que realzaba sus hombros anchos. Unas gafas oscuras ocultaban parte de su expresión, hasta que se las quitó y reveló unos ojos verdes tan intensos que me robaron el aliento.

El pelo, corto y claro, contrastaba con la barba cerrada que enmarcaba un maxilar fuerte, de rasgos marcados. Había algo imponente en cada paso suyo, como si dominara el espacio sin necesidad de pedir permiso. Llevaba un maletín negro en la mano, reforzando aún más el aire de seriedad que lo envolvía.

Santo cielo, ¿quién era ese hombre que el universo había decidido poner justo allí, delante de mí?

Mi pensamiento se volvió demasiado técnico, analítico incluso, y eso solo confirmaba el impacto que me había causado.

Lo observé unos segundos más. Sus ojos recorrían el local con rapidez, casi ansiosos, como si buscara a alguien. Hasta que se detuvieron: había visto a Jessy.

Ella levantó la mano en un saludo discreto, y lo vi caminar hacia nosotras. Mi corazón se aceleró, como si presintiera que algo estaba a punto de suceder.

—¿Quién es ese dios griego? —murmuré, incapaz de disimular la sonrisa, todavía absorta en él.

—¿Él? —Sus labios se curvaron en una sonrisa pícara—. Es mi hermano.

Intenté contener la reacción, pero sus palabras fueron como una explosión por dentro.

Ella se inclinó hacia mí y me guiñó un ojo.

—Y confieso que está para morirse.

Me sonrojé hasta las orejas tras mi comentario, y la situación empeoró al darme cuenta de que ahora estaba justo delante de mí.

De cerca parecía aún más alto, más imponente, hasta intimidante. Pero no todo era apariencia: en su expresión se adivinaba algo más que belleza. Había un peso oculto, una mezcla de preocupación y tristeza, como si cargara con historias no contadas.

Era casi un reflejo en mí: fijarme en los rostros, intentar descifrar lo que escondían tras los ojos. Mis amigas solían bromear diciendo que parecía una hippie rara, siempre intentando leer energías y emociones ajenas.

Probablemente tenían razón.

—Buenos días, hermana. —Su voz grave me recorrió la piel como un escalofrío.

—Buenos días. —Jessy respondió con naturalidad—. Hoy has llegado pronto.

—He tenido algunos problemas. —Respiró hondo, como si el aire le pesara más de la cuenta.

El aroma de su perfume me envolvió antes que nada.

Una fragancia amaderada, sofisticada, inconfundiblemente masculina. Los hombres que olían bien siempre habían sido mi debilidad, y aquel olor solo volvió todo más perturbador.

El silencio se prolongó unos segundos entre ellos. Jessy desvió la mirada hacia mí y, acto seguido, él también.

—He hecho una nueva amiga. —Ella sonrió con complicidad—. Se llama Emily. Va a quedarse unos meses en la ciudad.

—Soy Emily, encantada. —Levanté el pulgar sin querer y al instante me arrepentí.

Genial.

Repetí mi nombre y encima lo acompañé con un gesto ridículo.

—Soy Oliver. Un placer. —Lo dijo rápido, casi de un tirón, y enseguida volvió a centrar la atención en su hermana, como si yo no fuera más que un detalle sin importancia.

Noté el calor subir a mis mejillas.

Si ya era torpe en cuestiones de flirteo, en ese momento parecía haber olvidado hasta lo básico. Me convencía de que no hacía más que hundirme.

—¿Puedes cuidarla por mí? Incluso hasta la noche, si hace falta. —le pidió a Jessy, con seriedad.

—Claro, ni lo digas.

—Gracias. Encantado de conocerte, Emily. —Me lanzó una mirada de soslayo, fugaz, sin sostenerla más de un segundo.

—El placer es mío. —Forcé una sonrisa, aunque por dentro sentía que ya me había descartado.

Se alejó hacia una de las mesas, pero mis ojos siguieron sus pasos contra mi voluntad. El traje impecable, los hombros anchos, la postura firme… y esos ojos verdes.

Era imposible no fijarse.

—Mi hermano causa sensación por aquí. —Jessy rió, mirando hacia donde él se había sentado—. Donde pasa, las mujeres se revolucionan.

—Me lo imagino… —suspiré, todavía atrapada en el rastro que había dejado.

—Emily, me está encantando la charla, pero acabo de darme cuenta de que he hablado tanto que ni siquiera he apuntado lo que vas a tomar.

—No te preocupes. —Sonreí, intentando aliviar la tensión que aún me dominaba—. Algo sencillo… un gateau de chocolate y una tartita de brigadeiro.

—¿Y para beber?

—Un cappuccino simple está perfecto. —Dudé un instante, mordiéndome el labio antes de añadir—. Y perdona si te he entretenido demasiado. Seguro que te he liado un poco. —Mi voz salió más baja, con un matiz de vergüenza.

—¡Qué va! —me aseguró, sincera—. Espero de verdad que vuelvas más veces a charlar.

—Por supuesto, con un hermano tan guapo… —me atreví a decir, acompañando con un guiño.

Ella soltó una carcajada sonora, dando un golpe suave en la mesa.

—¡Me encantan las personas que dicen exactamente lo que piensan!

Reímos juntas, aunque por dentro aún me parecía sentir el perfume de Oliver flotando en el aire, imposible de olvidar.



CAPÍTULO 6

«El tiempo enseña que nada es eterno, pero hay personas que resultan inolvidables.»

EMILY FLORES

Al llegar a casa, July no me dio ni tiempo de soltar el bolso. Se vino directa hacia mí con una sonrisa maliciosa en la cara, como si ya supiera que traía novedades.

—Entonces, ¿qué tal tu tour, amiga? —preguntó, dejándose caer en el sofá con la naturalidad de quien se prepara para una sesión de cotilleo—. Y perdona por no acompañarte.

Me hundí en la butaca de al lado y solté un suspiro dramático.

—Pues mira… casi me convierto en estatua al ver a un hombre guapo; me encontré con un escaparate lleno de dulces que nunca había visto; terminé paseando por calles tan bonitas que parecían sacadas de un libro; y, para rematar, casi me convierto en estatua al ver a un hombre guapo.

Ella abrió los ojos de par en par y empezó a reírse antes incluso de contestar.

—Para repetir la misma frase dos veces… la cosa fue seria. —Su risa burlona me contagió, y acabé riendo también.

—Sí. —Eché la cabeza hacia atrás, mirando al techo—. Y todo por culpa de una nueva amiga. Un hombre la saludó, y yo, inocente, pregunté quién era. Resulta que era su hermano.

July casi se tiró de lado en el sofá, rodando de tanto reír. Su carcajada resonaba en la sala como si estuviera presenciando la escena más graciosa del mundo.

—¡Menuda metedura de pata, señorita Emily!

—Convivencia contigo. —Puse una mueca, cruzando los brazos, aunque no conseguí mantener la seriedad.

Me miró todavía entre risas, pero con ese brillo de curiosidad que no se le escapaba nunca.

—Como eres tan lanzada, fijo que ya tienes su teléfono y habéis quedado. La pregunta es: ¿a dónde vais?

Puse los ojos en blanco y parpadeé, fingiendo misterio.

—De momento, solo hemos quedado en mis pensamientos. No quiero engancharme a nadie tan pronto.

—El amor no se elige, es él quien nos elige. —recitó en tono teatral, como si declamara una obra de teatro, solo para provocarme.

—Por desgracia, estoy cerrada a relaciones. —Crucé los brazos, firme—. Cerradísima.

Ella arqueó las cejas, con una sonrisilla traviesa en los labios.

—¿Y para diversiones…?

Me mordí el labio, intentando contener la risa.

—Eso ya es otra historia…

Por un momento, la imagen de Oliver me invadió de nuevo: su mirada profunda, la mandíbula marcada, el perfume adictivo que parecía haberse quedado

grabado en mi memoria.

El corazón se me aceleró solo de pensarlo, y July lo notó.

—Acabas de llegar a la ciudad y ya piensas en diversión… —canturreó, moviendo la cabeza con fingida desaprobación.

—Hay un pequeño problema con todo eso.

—¿Cuál? —Se inclinó hacia delante, atenta, como quien espera una confesión.

Suspiré, jugueteando con mis manos.

—Tengo el pequeño problema de encariñarme demasiado rápido. Esos "diversiones" no funcionan para gente como yo. Cuando me acerco a alguien, termino volviéndome tonta, torpe, confusa. No me cuesta hablar, reír, bromear… pero cuando empiezo a sentir algo de verdad, me transformo. Me vuelvo rara. Sé que estás pensando que soy una friki.

Ella se enderezó e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Eso es lo más normal, mujer. Pero ya verás cómo se te pasa. Después de tantas decepciones, al final se vuelve automático no engancharse.

—¿Así que crees que voy a llevarme más de un batacazo? —pregunté, alzando las cejas y cruzando los brazos, como si desafiara su seguridad.

—Ya que me lo preguntas, y siendo clara… ¡sí! —respondió sin dudar—. Quien acierta a la primera, a la segunda o incluso a la tercera es una excepción. El mundo no es un cuento de hadas, y lo sabes.

La risa que solté fue breve, pero enseguida me quedé atrapada en mis pensamientos. Respiré hondo, sintiendo el peso de su confesión.

¿Existiría de verdad un hombre capaz de llenar el vacío que llevaba dentro?

Nunca fui buena en relaciones, eso estaba claro. Pero aun así, no me cerraba a vivir experiencias.

Quizá la clave fuese dejar de buscar, dejar de esperar que todo ocurriera de la forma correcta. El amor, si llegaba, tendría que ser natural.

Y, por primera vez en mucho tiempo, una chispa de esperanza se encendió dentro de mí.



CAPÍTULO 7

«Todos llevamos un asunto pendiente en el corazón. Y, por desgracia, la mayoría de las veces nunca tendremos una respuesta clara a la pregunta que más nos atormenta…»

OLIVER CLARKE

—¡A trabajar, que el dinero no cae del cielo!

La voz de Jessy atravesó la sala. Siempre tan animada, mi hermana tenía la pésima costumbre de aparecer en mi casa sin previo aviso, como si fuese la dueña de las llaves.

Y, en la práctica, lo era.

—Que tengas un buen día de trabajo. —Crucé los brazos y arqueé las cejas —. Y procura no zamparte todos los pasteles de la estantería.

Ella, claro, respondió de la forma más madura posible: levantando el dedo corazón, pero con una sonrisa tan amplia que era imposible no reír con ella. Salió enseguida, camino de la cafetería que tanto adoraba.

Jessy tenía ese don: convertirlo todo en alegría.

Rara vez la veía apagada o sin fuerzas.

Era como si llevara una llama constante dentro, algo que no se extinguía ni ante las peores dificultades. Orgullo era poco; yo me reflejaba en esa energía, en su manera de encontrar el lado bueno incluso en los momentos más duros.

Parecía un monje disfrazado de mujer joven y sonriente.

Vivíamos juntos, aunque en casas separadas. Mis padres adoptivos ocupaban la vivienda de enfrente, mientras que Jessy y yo estábamos en las dos casas del fondo, una al lado de la otra.

Ese era el motivo de que siempre anduviera cerca, recorriendo los pocos metros que nos separaban como si no existieran puertas ni fronteras.

Nunca fui un hombre acomodado.

Hacía las tareas de casa sin quejarme: cocinar, lavar, planchar, ordenar. Jessy, tan burlona como siempre, disfrutaba llamarme amo de casa. Con treinta y dos años, muchos dirían que ya era mayor para seguir viviendo prácticamente pegado a mis padres.

Pero yo no tenía prisa en marcharme. Después de una infancia marcada por la ausencia de padre y madre, estar ahora tan cerca de una familia era un privilegio del que no pensaba desprenderme.

Jessy y yo fuimos abandonados en un orfanato con apenas cinco años.

Fue allí donde Dios puso en nuestro camino a Marisa e Isaac, las personas que decidieron adoptarnos.

Por más amor que nos dieran, la cicatriz del abandono nunca desaparecía. En noches de silencio todavía me preguntaba cómo unos padres podían dejar atrás a sus propios hijos.

Quizá por eso nunca entendí del todo el amor.

La palabra sonaba hermosa, pero su significado… difuso, intangible. Y todo se volvió aún más confuso cuando ella apareció en mi vida.

Sacudí la cabeza, intentando apartar pensamientos que siempre volvían a atormentarme. Nada mejor que hundirse en el trabajo para mantener la mente ocupada. Pero, antes de salir, había algo más importante que atender.

Abrí la puerta del cuarto de la persona por la que daría la vida sin pensarlo. La cama estaba vacía. Fruncí el ceño.

—¿Dónde se habrá metido esta bichilla? —dije en voz alta, anticipando la travesura—. Si te pillo, te vas a arrepentir…

Miré en el baño. Nada. Me agaché para mirar debajo de la cama. Vacío. Pasé los ojos por la mesilla, entre cuadernos y lápices desparramados, pero ninguna pista.

Me llevé la mano a la frente, dramatizando.

—Dios mío, ha desaparecido mi hija… —exclamé, fingiendo desesperación —. ¿Qué voy a hacer con mi vida ahora? —Y solté un llanto exagerado, cubriéndome la cara con las manos.

Fue suficiente para oír risitas ahogadas en algún rincón de la habitación.

—Todavía queda un sitio donde no he mirado… —murmuré, fingiendo pensar en voz alta, arrastrando los pasos hasta el armario.

Abrí las puertas de golpe.

—¡Ahhh!

Un gritito infantil resonó desde dentro, acompañado de un par de ojos brillando entre la ropa.

Emma, mi hija, estaba agazapada, escondida como una gran espía en misión secreta.

—Te he encontrado, bichilla. —Me agaché hasta quedar frente a ella, con el corazón ligero al verla sonreír con aquella travesura.

Y en ese instante lo entendí: no importaba el peso del pasado, las dudas sobre el futuro ni las heridas del amor. Mientras tuviera esos ojos mirándome con inocencia y confianza, jamás dejaría de luchar.

El noventa por ciento de las veces Emma se escondía en el armario, y yo, sabiendo de su costumbre, lo dejaba para el final solo para alargar su diversión.

Era como volver a ser niño durante unos minutos, compartiendo la misma inocencia.

Emma tenía solo cinco años, pero era lo más valioso de mi vida, la razón de cada uno de mis días.

Podía estar al límite del estrés, sepultado por responsabilidades y dolores que el tiempo aún no había borrado: bastaba mirar su carita y todo desaparecía.

—Hoy casi no me encuentras, papá. —dijo con una sonrisa pícara, los ojos verdes chispeando de malicia.

—Sí. Eres muy lista, mi amor. —respondí, cogiéndola en brazos y girándola en el aire antes de dejarla sobre la cama.

—Lo sé. —Alzó la barbilla, orgullosa.

—Vamos tarde. ¿Qué te parece si nos arreglamos rápido?

—Vale. —Asintió sin protestar, algo raro en una niña de su edad.

A Emma le encantaba aquella rutina. Quizá porque nuestro escondite mañanero la hacía levantarse antes, animada, lista para empezar el día.

Era nuestro ritual, sencillo pero inestimable.

En pocos minutos ya estaba vestida, con la mochila a la espalda y el pelo un poco revuelto, aunque la sonrisa compensaba cualquier desorden.

Salimos de casa y nos dirigimos al coche.

Llevarla al colegio era una tarea que me empeñaba en cumplir cada día.

Si surgía algún imprevisto, mi hermana se encargaba, pero la mayoría de las veces lo hacía yo. Era su padre, y no había cargo más importante que ese.

Emma estaba por encima de todo. Siempre.

El tráfico, sin embargo, no ayudaba. La ciudad ya estaba patas arriba por las malditas fiestas anuales. Calles cortadas, bocinas impacientes, gente irritada: el panorama típico de esa época.

Apreté el volante con fuerza, intentando contener la irritación.

—Otra vez las dichosas fiestas… —murmuré, sabiendo que Emma, desde el asiento trasero, no prestaba atención a mis quejas.

Pese a los retrasos, llegamos.

La dejé en el colegio unos minutos tarde. Me dio un abrazo largo, como si no quisiera soltarme, y un beso rápido en la mejilla.

—Papá te quiere mucho, hija. —murmuré contra su pelo, aspirando el aroma de su champú infantil.

—Yo también te quiero, papá. —respondió, corriendo hacia la clase. Antes de entrar, como hacía siempre, se volvió y me despidió con la mano.

Cuando miré al reloj de pulsera, me di cuenta de que iba tarde. Tenía que darme prisa: me esperaba Fillipe, uno de mis amigos más antiguos, quizá el único que conocía todas mis cicatrices.



CAPÍTULO 8

«Amar nunca estuvo en sus planes, pero los planes siempre se deshacen ante el destino.»

OLIVER CLARKE

Sabía, antes incluso de salir de casa, que el tema con Fillipe no iba a ser agradable. Había roto la relación el día anterior y, en esos casos, mi amigo inevitablemente se transformaba en otra persona.

Había perdido la cuenta de las veces que había presenciado aquella escena: al menos cinco rupturas solo ese año.

Aún no entendía por qué insistía en venir precisamente a mí para hablar de relaciones. Yo era, sin sombra de duda, la peor persona para dar consejos en ese terreno. Mi historial hablaba claro: fracasos, arrepentimientos y cicatrices que prefería no revisitar.

Llegué a la clínica veterinaria que él regentaba y lo encontré paseando de un lado a otro por la recepción, impaciente, los pasos resonando en el suelo claro.

Tenía en el rostro la expresión de quien carga con el peso del mundo en los hombros.

—¿Qué tal, Fillipe? —pregunté, ya suponiendo que la respuesta no llegaría en forma de cortesía.

Se pasó la mano por el cabello, respiró hondo y estalló:

—Es complicado, ¿no? Ella parecía tan perfecta, tío, yo de verdad pensé que esta vez...

Puse los ojos en blanco, contrariado. El desahogo había empezado antes incluso de saludar.

—Buenos días para ti también.

Él ni lo oyó. Nunca cambiaba.

—Bah, deja eso. No tengo tiempo para trivialidades —dijo, la voz más cortante de lo que esperaba.

Crucé los brazos y apoyé el hombro en el marco de la puerta.

—Claro, olvidé que un simple "buenos días" te consume demasiado tiempo. La culpa fue mía.

Fillipe respiró hondo, vencido por la provocación.

—Está bien. —Hizo una pausa teatral, alzando los ojos al techo como pidiendo paciencia divina—. Oliver... buenos días, amigo, ¿cómo estás?

Se me escapó una sonrisa de lado.

—¿Ves? No era tan difícil. Estoy bien. ¿Y tú?

Soltó una risa corta, sin gracia.

—Qué pregunta más tonta. Esa ingrata me dejó y yo estoy hecho polvo.

—Tómatelo como un castigo —me encogí de hombros—. Tú dejaste a varias en el camino; ahora te toca sentirlo a ti.

—Creo que estoy cosechando lo que sembré, pero esta vez era distinto, iba a cambiar, ella era tan...

Lo dejé hablar. Durante cinco minutos enteros enumeró las supuestas transformaciones que había emprendido por Brunna.

Yo lo observaba impasible; era la misma letanía de siempre. Las mismas promesas, los mismos discursos vacíos. No vi cambio alguno.

—Tu problema es que nunca das el brazo a torcer —dije, cruzado de brazos y mirándole fijamente—. Te cansas pronto de las mujeres y las dejas. Solo que, esta vez, ha sido Brunna quien se cansó de ti y decidió poner fin.

—Es que... —intentó argumentar.

—Mi opinión —lo interrumpí, sin rodeos—: no estás preparado para un compromiso. No te satisfaces con una sola mujer. Además, eres insoportable: mandas mensajes cada cinco minutos, llamas sin parar, desconfías hasta de tu propia sombra. Dime, Fillipe, ¿quién aguanta a un hombre así? Si yo fuera mujer, saldría corriendo.

Levantó las cejas, visiblemente herido por mis palabras.

—¡Uf! Has ido muy lejos, ¿no crees? —la sorpresa en su mirada contrastaba con esa pizca de orgullo herido que asomaba en su voz.

Y aun así, sabía que era exactamente lo que necesitaba oír.

Para mí, el noviazgo siempre había sido una pérdida de tiempo: esa formalidad absurda, la rutina que asfixia, la obligación de estar siempre disponible... nada de eso iba conmigo.

—Si quieres, dejo de repasar tus errores y finiquitamos esto —ofrecí.

—No, sigue —dijo, respirando hondo—. Me gusta tu sinceridad. Y... necesito consejos.

Rodé los ojos, esbozando una risa amarga.

—Escucha bien. El problema no son las mujeres, Fillipe. El problema eres tú. —Me incliné hacia delante, con la voz firme—. No cedes nunca, rara vez admites que te equivocas en una discusión, y lo peor: ignoras a la mujer que tienes al lado porque aparece cualquier distracción que parece más interesante. La base de tu vida amorosa es la inestabilidad.

Él suspiró y esbozó una sonrisa presuntuosa.

—Necesito divertirme, tío. No me gusta estar atado a nadie todo el tiempo.

—Pues no tengas pareja, joder —exclamé, perdiendo la paciencia—. ¿Quieres diversión? Vale, pero no arrastres a nadie a tu caos.

Guardé silencio unos segundos para respirar. Hablar de esto con él era como dar puñetazos contra una piedra.

—Fillipe... —retomé, más calmado—. Divertirse es una cosa. Ignorar a quien está contigo porque aparece una distracción cualquiera es otra muy distinta.

—No es así, Oliver. Estás exagerando —se defendió, elevando la voz.

Sonreí ladeando la cabeza. Nunca lo entendía. Por desgracia para él, yo tenía memoria de elefante. No olvidaba nada, ni siquiera los detalles que él prefería barrer bajo la alfombra.

—¿Ah, sí? —solté una risa maliciosa—. ¿Te acuerdas del día que cumpliste un año con Ágatha?

Desvió la mirada; sabía que le incomodaba.

—Si no lo recuerdas, yo sí. —Volví a cruzar los brazos—. Lo que le hiciste fue imperdonable.

—Fue... un conflicto de ideas —murmuró, como si se creyera su propia mentira.

—¿"Conflicto de ideas"? —me reí con incredulidad y di un paso hacia él—. Buena esa.

—Sí. Nada más, nada menos.

—Deja que refresque tu memoria. —Cerré los ojos y volví a la escena—. Reservaste en el restaurante más famoso de la ciudad por la mañana para celebrar el aniversario. Ella estaba eufórica, imaginándose el vestido, el peinado, la manicura... y por la tarde, cuando ya tenía todo listo, tú llamas y dices: "Me voy a otro estado. A pescar".

Él se encogió de hombros, como si no fuera para tanto.

—En ese momento surgió una oportunidad única. Llevaba meses queriendo ir al río Tennessee. La plaza salió ese mismo día. ¿Qué culpa tengo?

Lo miré, incrédulo.

—¿Qué culpa tienes? —mi voz rezumó ironía—. Cambiaste a una mujer por peces, Fillipe. ¡Por peces!

—Técnicamente eran peces —dijo con esa calma irritante—. Y fue un viaje muy provechoso. El silencio era perfecto. Incluso capturé una especie rara que...

—¡Joder, me rindo contigo! —lo interrumpí, sin paciencia—. A las mujeres les gusta atención, conversar, sentirse el centro de la vida de quien eligen. Es simple. Y tú solo piensas en fiesta, sexo y alcohol. No, en tu caso aún peor: piensas en alcohol, luciérnagas y peces. —Me pasé la mano por el pelo, frustrado—. No sé cuál suena más patético.

Él arqueó las cejas, mordiéndose el labio inferior.

—¿Entonces crees que estoy equivocado en eso?

Me eché a reír, empapado de sarcasmo.

—¿Equivocado? ¡Claro que no! Es perfectamente normal reservar un restaurante de lujo para un aniversario y, el mismo día, dejar a la mujer para ir a pescar a otra provincia. ¡Cómo no se me iba a ocurrir!

—Tío, eres demasiado irónico —negó con la cabeza, riendo sin ganas—. No sé por qué te pido consejos.

Me apoyé en el mostrador de la clínica y hablé en voz baja, serio:

—¿Sabes por qué? Porque soy tu amigo de verdad. No te doy mimos como los demás. Puedo pecar de exceso de sinceridad, pero nunca de omisión.

Me miró en silencio, y en su mirada vi algo raro: la punzada de quien, aunque no lo admita, sabe que llevo razón.

—La verdad es que ya tengo treinta y dos años y aún no sé lo que es una relación sana —se hundió en la silla, soltando un suspiro resignado.

—Pues cambia. Si quieres de verdad una relación, deja ciertos hábitos, trata a tu pareja con respeto y atención. Tal como vas, lo vas a tener imposible.

—Cambiaré, Oliver —respiró hondo, intentando sonar convincente.

—Tú eres veterinario, tienes tu propia clínica, eres de los mejores que conozco. Tienes una familia que te apoya sin pestañear. —Hice una pausa—. Tu vida profesional va bien; la personal también podría ir bien, si no te comportaras como si hubieras cumplido dieciocho años ayer.

Se dibujó en sus labios una sonrisa socarrona.

—Solo te has olvidado de mencionar mi belleza y mi encanto. Eso, aceptémoslo, ayuda con las mujeres.

Me pasé la mano por la cara, riendo sin humor.

—El encanto que cambia a una mujer por peces...

—¡Ya está, ya está! —respondió, y por primera vez en el día noté un malestar real en su voz.

Nuestros ojos se cruzaron unos segundos. Fillipe y yo éramos amigos desde hacía más de veinticinco años. Nuestra amistad había sido siempre directa, cruda, sin paños calientes.

Nos decíamos lo que necesitábamos oír, no lo que quería escuchar. Quizá por eso seguíamos juntos. Para mí, él era más que un amigo: era el hermano pequeño que la vida me había puesto en el camino.

—Cambiando de tema —dije—, ¿qué tal si quedamos un día de estos? No hace falta salir de fiesta. Y no, tampoco será para ir a pescar. Tienes problemas serios para quedar con los amigos. Conmigo, ya ni hablemos...

—No es eso —me cortó—. Sabes la tradición. En los próximos tres meses la ciudad estará a tope, y yo no voy a tener mucho tiempo.

—Esa tradición... siempre me olvido de ella —sonrió ladeando los labios—. ¿Vas a perseguir alguna carta este año?

Mi semblante se endureció al instante.

Lo dijo sin pensar, pero conocía bien el pasado que arrastraba. Sabía cuánto detestaba esa maldita tradición.

—Creo que sabes lo que esa tradición significa para mí —mi voz salió firme, cargada de irritación.

—Perdona, no debía haberlo dicho —Fillipe bajó la mirada, arrepentido.

La memoria me quemó el pecho. Por más que intentase enterrar el pasado, dolía. Había enfrentado la realidad el día en que todo se vino abajo, pero las cicatrices no se borran solo con el tiempo.

—Vosotros os queríais demasiado —insistió él, en voz baja—. Tú e Isabella erais lo que yo siempre quise ser con alguien. Erais mi espejo, Oliver. Quería tener una relación así...

—¡Fillipe! —lo corté, ríspido—. Basta. Eso ya es pasado. Y ahí se queda.

—Oliver...

Me levanté, dando por terminada la charla.

—Tengo que irme. Cuídate. Y, por favor, deja de poner peces por delante si de verdad quieres conservar a alguien a tu lado.

—¡Idiota! —susurró, forzando una media sonrisa para disimular.

No le hice caso. Aunque la conversación había estado salpicada de sarcasmo y risas, bastó una palabra mal dicha para abrir una herida que todavía latía dentro de mí: Isabella.

Y, a pesar de todo este tiempo, seguía doliendo recordar que, en un solo día, mi mundo entero se había hundido. Aun así, me había prometido seguir adelante. Aunque fuera a la fuerza.



CAPÍTULO 9

«Cuando menos lo esperamos, el destino nos sorprende…»

EMILY FLORES

Mi amiga insistió tanto en llevarme al centro de la ciudad que ya sospechaba que había algún plan oculto detrás de la invitación.

Habló con tanto entusiasmo, repitiendo que tenía que enseñarme algo sorprendente, y añadió, con su habitual dramatismo: *«será el verdadero motivo de tu estancia en Liverpool».*

Caminamos por las calles concurridas hasta llegar al lugar que, según ella, cambiaría mi percepción de la ciudad.

Fue entonces cuando noté una aglomeración inusual. Una multitud se apiñaba alrededor de un espacio vallado, como si dentro hubiera algo de valor incalculable.

Me incliné, intentando ver mejor, y lo que descubrí me dejó intrigada.

En el centro de aquel espacio había una mesa enorme… cubierta de cartas. Cientos, quizá miles, amontonadas en pequeños montículos de papeles envejecidos y sobres gastados.

—July… —giré el rostro hacia ella, atónita—. ¿Por qué toda esta gente alrededor?

Ella sonrió con aire provocador.

—Enseguida lo vas a descubrir.

Suspiré, impaciente. Desde adolescente cargaba con ese defecto —o virtud — de necesitar entender de inmediato lo que despertaba mi curiosidad.

Y, como buena mujer que era, jamás habría considerado esa necesidad como algo negativo. Nosotras no teníamos defectos, solo intensidades.

—Está bien, te lo cuento. —Cruzó los brazos, los ojos chispeando de emoción—. Quería hablarte de este festival desde que llegaste, pero me contuve. Me costó, pero lo logré.

—¿Festival? —arqueé las cejas, confusa.

—Sí. —Señaló hacia el interior del cercado—. Esta tradición se toma muy en serio aquí. Todo gira en torno a esas cartas que ves.

Seguí la dirección de su dedo y reparé mejor. Además de la gran mesa, había hombres uniformados custodiando el perímetro, como si protegieran un tesoro.

La escena parecía sacada de una película.

—¿Y cómo funciona exactamente esta tradición? —pregunté, intrigada.

July se adelantó, hablando deprisa, con la voz acelerada por pura emoción:

—Nadie sabe de inmediato quién escribió cada carta. El objetivo es descubrir si llegaron a su verdadero destinatario. Solo que, la mayoría de las veces… no llegan.

Parpadeé varias veces, confundida con aquella explicación.

—Espera… me estás liando. No tiene ningún sentido lo que dices.

Ella, absorta en su recuerdo, ignoró mi queja. Sus ojos brillaban, fijos en las cartas como si fueran algo sagrado.

—¡Eso es lo fascinante! Te sumerges en las historias y necesitas descubrir qué pasó con quien escribió. Es adictivo. En cada página, en cada línea, quieres saber cómo termina…

—¿Historias? —fruncí el ceño—. ¿Parejas? ¿Me estás diciendo que son cartas de amor?

—Exacto. —Volvió a mirarme, seria por un instante—. Al principio no sabemos qué pasó con ellos. Solo entendemos el desenlace cuando —y si— encontramos la última carta.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

La idea de cartas que atravesaban décadas, quizá siglos, cargando historias inconclusas, me dejó una sensación agridulce. Como si aquel festival fuese una mezcla de esperanza y melancolía, un culto a la memoria de amores interrumpidos.

Aun así, respiré hondo y sujeté los hombros de July, intentando traerla de vuelta a la realidad.

Ella parecía más entusiasmada de lo que yo podía seguir, y su explicación, hasta entonces, solo aumentaba mi confusión.

—Amiga… sigo sin entender. —Reí nerviosa, sin saber si reírme de la situación o de mí misma.

—Perdona. —Inspiró hondo, intentando serenarse—. Es que estoy eufórica.

—Empieza otra vez, por favor. —Sonreí, pidiéndole calma.

—De acuerdo. —Sus ojos brillaron—. Antes incluso de que vinieras, hace años, te dije que Liverpool es conocida como la ciudad de los amantes, ¿te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien. Aquí abundan las historias de relaciones que nacieron en medio del esplendor de la ciudad. Muchos jóvenes —y también adultos— dejan cartas en esta mesa, declarándose a alguien en concreto o intentando reencontrar a alguien que vieron solo unos instantes. Esa es la belleza de la tradición.

Asentí, aunque mi mente aún trataba de ordenar la información.

—Vale, ¿pero las cartas…?

—Pueden ser de cualquiera. —Gesticulaba, entusiasta—. Alguien que coqueteó en un bar, que bailó con alguien en una discoteca, o incluso que cruzó una mirada fugaz en la calle. Funciona así.

—Sigo sin entender el verdadero motivo del festival. —Fruncí el ceño—. Si esas cartas vienen de gente casada, de novios o de un simple rollo…

—¡Dios mío, Emily! —Rodó los ojos, riendo—. Te lo contaré desde el principio.

—Por favor. —Crucé los brazos, acomodándome.

July inspiró hondo, como quien se prepara para una representación.

—Hace quince años, cuando la tecnología no era lo que es ahora y los móviles aún no estaban tan avanzados, la gente tenía que buscar otras formas de expresarse. Liverpool siempre fue una ciudad turística, lo que hacía los reencuentros casi imposibles. Entonces, allá por el 2000, una chica decidió buscar a un chico llamado Jeff. Como nadie sabía quién era, escribió una carta. No contenta con eso, sacó un montón de copias y las colgó por toda la ciudad. —Hizo una pausa significativa—. ¿Sabes esos carteles de "se busca" de perros o gatos? Pues algo parecido.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¡Vaya! Buena analogía. —Negué con la cabeza en desaprobación, aunque sonreí.

—Ah, ya lo has entendido. —Rió, complacida—. El caso es que, con el tiempo, ese hábito se extendió. Buscar a alguien a través de cartas se convirtió en costumbre y, luego, en tradición. Desde entonces, mucha gente deposita aquí sus historias.

—¿Y a dónde van esas cartas exactamente? —pregunté, intrigada.

—Depende. —Bajó el tono, como si revelara un secreto—. Como dije, Liverpool es turística. Es imposible prever dónde llevarán las cartas a quien decida seguirlas.

Me mordí el labio, pensativa.

—Parece bonito, pero también bastante complejo.

—No siempre quien sigue una carta está solo. —Sus ojos se entornaron con aire enigmático.

—¿Cómo que no? —me enderecé, sorprendida.

—Algunas de esas personas acaban siendo pareja. Es raro, pero pasa.

—Si ya están juntas, ¿por qué necesitan buscar cartas? —pregunté, aún confusa.

—Es lo que no entiendes, Emily. —Su rostro se suavizó, tomado por un encanto casi poético—. Muchos participan no porque lo necesiten, sino porque quieren inspirar. Desean que sus historias impacten en otros. Que sirvan de ejemplo, de esperanza.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Es un gesto precioso.

—Lo es. —Sonrió, maravillada—. Quieren que sus relatos sean faros en la vida de quienes se animen a seguirlos. Por eso, cuando llega esta época, tanta gente acude. Sobre todo mujeres. Para ellas es un lujo: pueden recorrer la ciudad y, a la vez, vivir una historia de amor, aunque no sea la suya.

—Es una tradición distinta… hasta insólita. Nunca vi nada parecido.

July asintió, entusiasmada.

—Mucha gente llega aquí cansada, triste, desilusionada. Entonces se zambullen en las cartas, leen sentimientos reales, intensos, y acaban experimentando algo que no sentían desde hacía mucho. A veces es solo esperanza. Otras, alegría. Y muchas, al año siguiente, vuelven, no para buscar nuevas historias, sino para contar las suyas. —Su sonrisa se ensanchó—. Muchas encuentran el amor verdadero en el proceso y luego escriben cómo todo cambió.

Guardé silencio unos segundos, absorbiendo cada palabra.

Era casi mágico imaginar que papeles envejecidos pudieran tener tanto poder. Y, de pronto, me descubrí deseando saber qué guardaba esa tradición para mí.

July se detuvo a recuperar el aliento, como si cada frase hubiese estado cargada de pura energía.

La euforia le iluminaba el rostro de un modo contagioso, y no pude evitar sonreír al verla tan feliz de compartir conmigo algo tan especial.

Al principio se había liado un poco en la explicación, pero ahora comprendía la esencia de aquel festival, el motivo que atraía cada año a tanta gente

al corazón de Liverpool.

—Entonces… dime. —Alzó las cejas, ladeando la cabeza, los ojos castaños brillando—. ¿He conseguido convencerte para aceptar el reto?

—Espera… —sonreí de lado—. ¿Todo esto era solo para invitarme?

—¡Por supuesto! —respondió sin dudar, con las manos en la cintura, casi maternal—. Cierta persona va a pasar unos meses en la ciudad. Y ya que tendrás tiempo libre, más te vale ocuparlo en algo útil. Porque te aviso: estaré bastante ocupada.

Puse los ojos en blanco, fingiendo indiferencia.

—Lo pensaré.

—¡Ni hablar! —replicó al instante, fulminándome con la mirada.

¿Cómo decirle que no a mi guapa y obstinada amiga?

En el fondo sabía que necesitaba algo nuevo. Una experiencia que me sacara de la rutina, que me hiciera sumergirme de verdad en lo que Liverpool tenía para ofrecer.

La tradición era el pretexto perfecto: mantendría mi cabeza ocupada y, de paso, me permitiría conocer la ciudad desde otra mirada.

—Vale, acepto. —suspiré, rendida—. Me gusta el propósito… y ya sabes mi debilidad por las cartas.

—Exacto. —July sonrió, orgullosa—. Me contaste en el instituto que escribías notitas y cartas para tus amigas.

Reí, recordando con cariño.

—Sí, es verdad.

De pronto, un fogonazo en la memoria me llevó a mi antigua escuela, uno de los periodos más felices de mi vida. Hice amigos que aún hoy tenían un sitio en mi corazón.

Era la típica empollona, empeñada en sacar las mejores notas, pero aun así nunca dejé de divertirme.

Entre exámenes, había charlas interminables en los pasillos, encuentros furtivos en rincones de la ciudad, fiestas improvisadas solo para estar juntos.

Revivirlo, aunque solo en mi mente, me calentó el pecho. La nostalgia venía con ternura, como un recordatorio de que la vida se compone de retales de momentos.

Y lo esencial era aprender a sacar lo mejor de cada uno.

—¡Emily! —La voz de July me devolvió al presente. Se inclinó hacia mí, seria, los ojos fijos en los míos—. Escucha bien. Mañana, a las diez en punto, tienes que volver aquí y elegir una carta.

—¿Y después? —pregunté, intrigada.

—Después… —sonrió de manera enigmática— te la llevas a casa. Pero solo podrás abrirla de noche.

Reí, negando con la cabeza.

—¿Por qué solo de noche?

—¡No lo cuestiones! —me señaló con el dedo, teatral—. No rompas la magia.

Su seriedad repentina me sacó otra risa, pero, en el fondo, algo me decía que realmente había un toque mágico en todo aquello. Y quizá, por primera vez en mucho tiempo, estaba preparada para descubrirlo.

July me observó en silencio, y durante unos segundos no supe qué decir. Demasiadas preguntas giraban en mi cabeza, dudas aún sin respuesta.

—Entonces, ¿cualquiera puede venir, escoger una carta y llevársela? —pregunté, arqueando las cejas.

—¡Claro que no! —rió, aunque enseguida recuperó la seriedad—. Hay pasos para conseguir ese privilegio.

—¿Privilegio? —repetí, incrédula.

—Sí. —Se inclinó hacia mí, casi en susurro—. Primero: necesitas ser recomendada por un habitante de la ciudad. No basta con decir que quieres participar. Los organizadores deben tener un mínimo de confianza, sobre todo porque, la mayoría de las veces, ni siquiera te conocen.

Asentí, atenta.

—Después, tienes que escribir una carta que un comité valorará para ver si realmente te lo tomas en serio. —Hizo una breve pausa—. Y por último, debes dar

tus datos a los organizadores. Solo entonces, un día antes, descubres si estás admitida.

Suspiré, alzando la vista al cielo.

—Déjame ver si lo entiendo… De todos los requisitos necesarios, yo cumplo… ¡ninguno! —ironizé, riendo bajo—. Has hecho toda esta propaganda para que no participe.

—¿Y quién dijo que no vas a participar? —rió, con los ojos brillando de picardía—. Ya lo he hecho todo por ti.

Parpadeé, desconcertada.

—¿Cómo?

—Mis padres te recomendaron, yo escribí la carta y, cuando la aceptaron, entregué tus datos. —Se encogió de hombros, como si fuese lo más natural—. Hoy, antes de salir, lo confirmé: ¡ya estás admitida!

—July, tú eres… —las palabras se me atragantaron.

Alzó la barbilla, satisfecha.

—Un genio, lo sé. —Se tocó el pelo con gesto presumido—. Admítelo, ha sido un golpe maestro.

Negué con la cabeza, incrédula.

—Iba a decir que estás loca. ¡Te hiciste pasar por mí!

—¿Y qué? —rió—. Soy impulsiva. Y ahora, quieras o no, vas a participar. No sabes el trabajo que me costó arreglarlo todo.

Mis ojos recorrieron la multitud alrededor de la mesa repleta de cartas. Había tanta gente que parecía una gran celebración.

—¿Y toda esta gente? ¿También participa?

—¡Qué va! —respondió enseguida—. La mayoría viene solo por curiosidad.

Respiré hondo, absorbiendo el ambiente, las miradas expectantes, la energía vibrante. Poco a poco, empecé a entender la magnitud de todo aquello.

—Creo que empiezo a captar la esencia. —Sonreí levemente.

—¡Ya era hora! —refunfuñó, desviando la mirada con fingida impaciencia —. Estaba cansada de repetirme.

Reí ante su drama habitual.

Sabía que había hecho un esfuerzo por explicarme, pese a su temperamento explosivo. Tenía aún muchas preguntas ardiendo en la mente, pero preferí callar.

Encontraría las respuestas cuando llegara el momento.

July se colocó la bolsa al hombro y me miró una última vez.

—Tengo que resolver unas cosas, me voy. Pero sé que vas a aprovechar para turistear. Así que… suerte. Y no te pierdas. —Me guiñó un ojo antes de alejarse, dejando tras de sí un rastro de energía inconfundible.

Me quedé quieta unos segundos, viéndola desaparecer entre la multitud, mientras la expectativa se mezclaba con una extraña ansiedad en mi pecho.

Reconocí en mí esa parte torpe, algo perdida, que siempre había sido motivo de broma para July.

Ella no dejaba de reírse de mi manía de perderme incluso en trayectos fáciles. Pero nunca me importó.

En el fondo, siempre me pareció bonito: perderme era una excusa para encontrarme con la naturaleza, y eso me reconfortaba.

—Eso no va a pasar, amiga. —Sonreí, como si pudiera tranquilizarla a distancia—. Estaré bien.

—¿Lo prometes? —alzaría las cejas, desconfiada, como si me conociera demasiado bien.

—Lo prometo. —afirmé, aunque las dos sabíamos que no confiaría del todo.

Nos despedimos y me quedé sola, envuelta en el bullicio de la ciudad. Mis pasos me llevaron alrededor del cercado hasta detenerme ante la inmensa mesa que todos observaban con devoción casi sagrada.

Me acerqué. Había cartas esparcidas con orden, y otros sobres cuidadosamente colocados. Imaginé que muchos aguardaban aún ser abiertos.

Era curioso: no eran simples papeles, sino fragmentos de vidas, sentimientos reposando allí, esperando nuevos ojos.

Noté cómo la ciudad entera parecía transformarse en esa época. El aire estaba cargado de euforia, y la gente contemplaba aquella tradición con auténtico deslumbramiento.

Había algo en el ambiente, una energía difícil de explicar.

Siempre fui positiva, acostumbrada a buscar el lado bueno en todo, incluso en lo malo. Pero lo que me sorprendía era ver el brillo en los rostros de todos.

Como si bastara con contemplar aquella mesa para encender en ellos una chispa de felicidad.

Y lo confieso: me conmovió.

Por mucho que intentara racionalizarlo, no entendía del todo el motivo de aquella alegría compartida.

Al fin y al cabo, no eran más que cartas… ¿no?

Y aun así, por un instante, me dejé contagiar.

Sentí cómo se me abría el pecho, una sonrisa me brotó sin darme cuenta y alcé la vista al cielo. El azul pálido se mezclaba con nubes suaves, y el viento ligero me rozaba la piel como una caricia.

El clima era perfecto, fresco, invitante. Imaginé que, si empezara a caer una llovizna fina en ese instante, sería como completar un lienzo delicado.

Cerré los ojos y respiré hondo. Permití que la brisa me envolviera, que la sensación del aire en el rostro se extendiera por todo el cuerpo. Durante unos segundos quise fundirme con aquel lugar, hacerme parte de la propia naturaleza.

Era como si el mundo se detuviera solo para dejarme sentir —sentir de verdad—.

Me prometí a mí misma, allí, bajo ese cielo de Liverpool, que aprovecharía cada detalle de mi estancia con la máxima intensidad. Pasara lo que pasara, lo viviría todo.

Hasta el último instante.



CAPÍTULO 10

«La familia es la base de nuestro progreso…»

OLIVER CLARKE

Mi día había sido agotador.

Jamás planeé convertirme en CEO, pero la vida, con su prisa casi cruel, se encargó de empujarme hasta este lugar. Todo ocurrió tan deprisa que, cuando quise darme cuenta, ya estaba al mando de todo.

En ese momento era propietario de veinticinco restaurantes repartidos por Liverpool.

El crecimiento de mis locales había sido tan rápido como inesperado, y el peso de las responsabilidades aumentaba en la misma proporción.

Aprendí a apuntar cada detalle, cada mínima información sobre la gestión de mis negocios, y estaba convencido de que ese hábito obsesivo había sido uno de los secretos de mi éxito.

Pero con él llegó también la necesidad de control.

Me había convertido en un hombre que necesitaba estar al tanto de todo, de cada paso, de cada decisión.

No admitía fisuras.

Ser implacable no era solo un rasgo, era un requisito. Aunque estuviese desbordado, mis ojos seguían atentos, vigilando, analizando, exigiendo.

Respiré hondo, pasándome la mano por el pelo.

—Relájate un poco, Oliver… —murmuré para mí mismo, como si pudiera convencerme de algo que casi nunca sucedía.

Lo único que deseaba era llegar a casa y dormir una noche entera, sin interrupciones, sin el peso de las cuentas, las decisiones y las estrategias persiguiéndome.

Necesitaba una ducha. Urgente.

El trayecto hasta mi casa fue corto, aunque cargado con la sensación de que cada minuto me llevaba retrasado. Al cruzar la puerta, lancé una mirada automática al reloj de pulsera: 22:30.

Demasiado tarde.

La irritación apareció primero, seguida del arrepentimiento. Había llegado tarde otra vez. Y, una vez más, había perdido horas preciosas con Emma.

—Buenas noches, Jessy. —Forcé una leve sonrisa al entrar.

Mi hermana siempre estaba allí, llenando el espacio de mis ausencias, cuidando de Emma hasta que yo lograba volver.

—Buenas noches, Oliver. —Me miró con complicidad, como quien sabe lo que sientes antes incluso de que abras la boca.

—¿Emma ya está…?

—Durmiendo. —Sonrió, interrumpiendo mi pregunta antes de que la acabara.

—¿Hace mucho? —pregunté, esperanzado.

—Unos minutos. Pero… —alzando las cejas, divertida—. Sé que en cuanto entres en su cuarto, se despertará.

Sentí que mis labios se curvaban de nuevo. Era la segunda sonrisa que lograba esbozar en todo el día.

No existía medida exacta para lo que sentía por Emma. Amor parecía una palabra demasiado pequeña frente a la inmensidad que despertaba en mí.

Y, en cierto modo, nunca había intentado descifrarlo. No hacía falta.

Durante años fui cínico con ese sentimiento. El amor me parecía algo inestable, efímero… hasta que la vi nacer. Hasta que sostuve a aquel ser diminuto en brazos por primera vez.

En ese instante todo dentro de mí se transformó. Es una sensación imposible de traducir.

Quien ha sido padre o madre lo entiende: miras a ese bebé frágil, indefenso, y sabes que, a partir de ahí, darías la vida sin dudar.

La primera mirada que lancé a Emma se convirtió en mi recuerdo más valioso, grabado en mí como una marca eterna.

Y con el tiempo, ese amor no hizo más que crecer. Creí que ya estaba en el límite, que no podía ser más fuerte, pero descubrí que siempre había espacio para más.

A mi hermana le encantaba repetir: «Te has vuelto un padre baboso, Oliver. Haces de todo y más por ella».

Y yo no lo negaba. Me enorgullecía de ese título. Emma era mi centro, mi mayor logro, el motivo por el que resistía días como aquel.

Mi hija era la fuerza que me mantenía en pie, la razón por la que no cedía ni cuando el mundo parecía venirse abajo.

Después de todo lo que habíamos pasado, le hice una promesa silenciosa, un juramento grabado en lo más hondo: sería el mejor padre que pudiera existir.

Dejé el salón y fui hasta su cuarto.

La respiración ligera de Emma llenaba el espacio, ese sonido suave que ya me traía paz. Me incliné sobre su cama y deposité un beso en su frente. Y, como casi siempre, Jessy tenía razón: bastó mi roce para que los ojos de mi pequeña se abrieran.

—Papá… —murmuró con voz adormilada.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunté, deslizando los dedos por su pelo rubio y largo, extendido sobre la almohada.

Era imposible no perderme contemplando su dulzura.

—Estoy cansada. —Respondió con sinceridad, con ese aire dramático tan suyo.

Cerré los ojos y sonreí. Mi hija, cansada… de pasarse el día jugando.

—Papá ha trabajado dieciséis horas al día, seis días seguidos. Ese sí que está cansado. —Fingí indignación, guiñándole un ojo.

Emma frunció la nariz y cruzó los brazos, haciendo pucheros.

—Pero yo también estoy cansada.

—¿Ah, sí? —arqueé las cejas, acercándome más.

Antes de que pudiera reaccionar, mis manos comenzaron a hacerle cosquillas en la barriguita. Se retorció entre carcajadas, su risa cristalina llenando la habitación y colmando cada hueco vacío en mí.

—¡Para ya, papá! —suplicó entre risas.

Cedí, riendo con ella, y me tumbé a su lado.

Nos quedamos allí, juntos, el silencio solo roto por el compás de su respiración volviendo a la calma. Pasé la mano por su pelo de nuevo, despacio, en un gesto que sabía que le encantaba.

Siempre que lo hacía, se dormía más rápido, como si el mundo entero se redujera a la caricia de mi mano.

Pero, a diferencia de ella, yo no cerré los ojos. Me quedé contemplando su rostro sereno, cada rasgo delicado que me recordaba tanto a alguien que nunca lograba olvidar.

Emma era idéntica a su madre.

Bueno, quizá hubiera heredado mi nariz, si es que eso contaba. Un nudo me apretó el pecho.

Por mucho que intentara evitarlo, mis pensamientos siempre acababan allí: en cómo lidiaba con la ausencia, en cómo equilibraba mis decisiones.

Seguía fallando en algunos aspectos, sobre todo dejando que el trabajo me robara tanto tiempo. La conciencia de ese error me perseguía como una sombra imposible de ignorar.

Sabía que tenía que cambiar. Que debía reorganizar mi vida para darle no solo presencia física, sino todo lo que merecía: tiempo, amor, recuerdos.

Cerré los ojos por un instante y me prometí, una vez más, que encontraría la forma. Por ella. Siempre por ella.



CAPÍTULO 11

«Al destino le encanta jugar con quienes menos creen en él.»

OLIVER CLARKE

Mi día había sido agotador.

Nunca había planeado convertirme en CEO, pero la vida, en su prisa casi cruel, se había encargado de empujarme hasta ese puesto. Sucedió tan deprisa que, cuando me quise dar cuenta, ya estaba al frente de todo.

En aquel momento era propietario de veinticinco restaurantes repartidos por Liverpool.

El crecimiento de mis locales había sido tan vertiginoso como inesperado, y el peso de las responsabilidades aumentaba en la misma proporción.

Había aprendido a anotar cada detalle, cada mínima información sobre la gestión; creía que ese hábito casi obsesivo había sido uno de los secretos de mi éxito.

Pero con ello vino también la necesidad de control.

Me había convertido en un hombre que tenía que estar al tanto de todo: de cada paso, de cada decisión. No admitía fisuras.

Ser implacable no era sólo un rasgo, era un requisito. Aunque estuviese hasta arriba de trabajo, mis ojos seguían atentos: vigilando, analizando, exigiendo.

Respiré hondo y me pasé la mano por el pelo.

—Relájate un poco, Oliver… —me dije en voz baja, como si pudiera convencerme de algo que casi nunca ocurría.

Lo único que quería era llegar a casa y dormir una noche entera, sin interrupciones, sin que las facturas, las decisiones y las estrategias me persiguieran en sueños.

Necesitaba una ducha. Urgente.

El trayecto hasta casa fue corto, aunque lo viví con la sensación de que cada minuto me retrasaba más. Al cruzar la puerta eché un vistazo al reloj de pulsera: las 22:30.

Demasiado tarde.

La irritación fue lo primero, seguida del arrepentimiento. Llegaba tarde otra vez. Y, una vez más, había perdido horas valiosas junto a Emma.

—Buenas noches, Jessy. —forcé una pequeña sonrisa al entrar.

Mi hermana siempre estaba allí, ocupando el hueco de mis ausencias, cuidando de Emma hasta que yo pudiera volver.

—Buenas noches, Oliver. —me miró con complicidad, como quien ya sabe lo que sientes antes de que pronuncies una palabra.

—¿Emma ya está…?

—Durmiendo. —sonrió, cortando mi pregunta antes de que terminara.

—¿Desde hace mucho? —pregunté, esperanzado.

—Unos minutos. Pero… —alzando las cejas, divertida— sé que en cuanto entres en su cuarto, se despertará.

Se me dibujó otra sonrisa. Era la segunda del día.

No había medida exacta para lo que sentía por Emma. «Amor» se quedaba corta frente a la inmensidad que despertaba en mí.

Y, en cierto modo, nunca lo intenté descifrar. No hacía falta.

Durante años fui escéptico con ese sentimiento: el amor me parecía inestable, pasajero, hasta que la vi nacer. Hasta que sostuve a aquel ser diminuto entre mis brazos por primera vez.

En ese instante todo en mí cambió. Es una sensación imposible de poner en palabras.

Quien ha sido padre o madre lo entiende: mirar a ese bebé frágil, indefenso, y saber que, a partir de entonces, darías la vida sin dudar.

La primera mirada que dirigí a Emma se convirtió en mi recuerdo más preciado, grabado en mí como una marca indeleble.

Y con el tiempo ese amor no dejó de crecer. Pensé que había alcanzado el límite, que no podría ser más intenso, pero descubrí que siempre había lugar para más.

A mi hermana le encantaba decir: «Te has convertido en un padre empalagoso, Oliver. Haces de todo por ella».

No lo negaba. Me enorgullecía ese rótulo. Emma era mi centro, mi mayor logro, la razón por la que resistía días como aquel.

Mi hija era la fuerza que me mantenía en pie, la razón por la que no cedía aunque el mundo se desmoronara.

Tras todo lo que habíamos pasado, le hice una promesa silenciosa, un juramento interior: sería el mejor padre que pudiera ser.

Salí del salón y me dirigí a su cuarto.

La respiración tranquila de Emma llenaba la estancia, ese sonido sereno que ya bastaba para traerme paz. Me incliné sobre su cama y deposité un beso en su frente. Como casi siempre, Jessy tenía razón: apenas la toqué, los ojos de la pequeña se abrieron.

—Papá… —murmuró somnolienta.

—¿Cómo estás, mi amor? —pregunté, pasando los dedos por su pelo rubio y largo, extendido en la almohada.

Era imposible no perderme en su dulzura.

—Estoy cansada. —contestó con total sinceridad, con ese histrionismo encantador que sólo ella tenía.

Cerré los ojos y sonreí. Mi hija, agotada… de jugar todo el día.

—Papá ha estado trabajando dieciséis horas al día, seis días seguidos. Ese sí está cansado. —fingí indignación y le guiñé un ojo.

Emma frunció la nariz y cruzó los brazos, haciendo pucheritos.

—Pero yo también estoy cansada.

—¿Ah, sí? —arqueé las cejas y me acerqué.

Antes de que pudiera reaccionar, mis manos empezaron a hacerle cosquillas en la barriga. Se retorció de risa, su carcajada cristalina llenó la habitación y colmó cada hueco vacío que tenía dentro.

—¡Para ya, papá! —suplicó entre risas.

Me rendí, riendo con ella, y me tumbé a su lado.

Permanecimos así, juntos, el silencio sólo roto por el ritmo de su respiración volviendo a la calma. Volví a acariciar su pelo despacio, ese gesto que siempre la arrullaba.

Siempre que lo hacía, se dormía antes; parecía que el mundo entero se reducía a la caricia de mi mano.

Pero, a diferencia de ella, no cerré los ojos. Me quedé contemplando su rostro sereno, cada trazado delicado que me recordaba tanto a alguien que no lograba olvidar.

Emma tenía el rostro de su madre.

Bueno, quizás había heredado mi nariz, si eso contase para algo.

Un nudo me apretó el pecho.

Por más que intentara evitarlo, mis pensamientos siempre terminaban ahí: en cómo manejaba la ausencia, en cómo equilibraba mis decisiones.

Seguía fallando en ciertos aspectos, sobre todo por dejar que el trabajo me robara tanto tiempo. La conciencia de ese error me perseguía como una sombra que ya no podía ignorar.

Sabía que tenía que cambiar. Reorganizar mi vida para darle no sólo presencia física, sino todo lo que merecía: tiempo, amor y recuerdos.

Cerré los ojos un instante y me prometí, de nuevo, que lo encontraría. Por ella. Siempre por ella.



CAPÍTULO 12

«Con cada mirada compartida, los dos se acercaban un poco más a ese abismo peligroso al que llamaban amor.»

EMILY FLORES

Fue una pésima idea intentar conocer la ciudad tres horas antes de que empezara el festival.

Lo comprendía ahora, perdida entre las calles, sin la menor noción de dónde estaba. El tiempo se me había escurrido entre los dedos.

Seguí las indicaciones de algunas personas, caminé casi un kilómetro hacia el punto señalado, pero con cada paso estaba más convencida de que me había equivocado.

No era allí.

La calle de los adornos, que recordaba tan bien, no se parecía en nada a aquel lugar.

La ansiedad empezó a apretarme el pecho. Ya no caminaba, corría. Corría mirando a los lados, buscando algo que me diera una pista, cualquier señal. Y en esa prisa, no miré al frente.

El golpe fue inevitable.

Sentí el choque contra otro cuerpo y, acto seguido, un líquido caliente salpicando en el aire.

El olor a café me envolvió de inmediato. Bajé la vista y vi el desastre: la bebida chorreaba por una camisa blanca. Una mancha marrón se extendía por el tejido como una herida abierta.

Dios mío… ¿qué he hecho?

—Perdón, yo… —la voz se me quebró, las palabras tropezaron, hasta que me quedé congelada.

Oliver. Era él.

—Lo siento, si hace falta… —intenté continuar, pero no tuve ocasión.

Levantó un dedo, pidiéndome silencio. Se quitó las gafas de sol despacio, cerró los ojos como buscando autocontrol, la respiración pesada, irritada.

Podía sentir la tensión que emanaba de él como ondas de calor.

Oliver estaba exactamente como lo recordaba la primera vez que lo vi: el cabello perfectamente peinado, la barba cerrada, esa presencia imponente. La única diferencia era la camisa, ahora arruinada por el café.

Y, aun así, nada de eso disminuía su atractivo. Quizá hasta lo realzaba.

Solo que su expresión decía otra cosa: seguramente quería matarme. Y, para ser justa, lo merecía.

Me quedé en silencio, observándole respirar hondo. Una, dos, tres veces.

Cuando por fin abrió los ojos, su mirada cayó sobre mí como un cuchillo. Intenté suavizar la situación con una sonrisa nerviosa.

—Hola… ¿cómo estás?

Las palabras salieron y, en el mismo instante, me arrepentí.

¿En serio, Emily? Había empapado a un hombre con café y lo único que se me ocurría era eso.

Siempre que metía la pata, mis defensas sociales se desmoronaban. No era timidez, era peor: me volvía la persona más torpe del planeta, soltando preguntas absurdas.

Él arqueó una ceja, la rabia aún evidente.

—Estoy mojado. Literalmente. Además, el pecho me arde… y me estoy conteniendo mucho para no gritar.

Tragué saliva, notando cómo me ardían las mejillas.

—Sí… ha sido una pregunta idiota.

—Muy idiota. —replicó, seco, con la voz grave.

—Lo siento. —levanté las manos en rendición—. No lo vi… estoy tarde y completamente perdida.

Inclinó la cabeza, entornando los ojos.

—¿Perdida?

—Sí. —suspiré, incapaz ya de disimular mi nerviosismo—. Busco el lugar de la tradición… pero creo que me he alejado demasiado.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, y sentí que el silencio entre los dos pesaba más que cualquier explicación.

La mirada de Oliver, dura e intensa, no solo juzgaba mi error, también me desnudaba de cualquier defensa.

Ese silencio suyo resultaba más intimidante que una bronca, y la tensión parecía estirarse con cada segundo.

Cuando por fin habló, su voz sonó grave, impaciente:

—Ese… sitio está por allí. —Señaló con la cabeza hacia la derecha—. A unos diez kilómetros.

—¿¡Diez kilómetros!? —me llevé las manos a la cabeza, incrédula—. No voy a llegar a tiempo… —murmuré para mí, frustrada.

Él siguió observándome, los ojos fijos, aunque de vez en cuando parecía perderse en sus propios pensamientos.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó de golpe.

—Emily. Nos conocimos en…

—Sí, lo sé. —me cortó antes de que terminara.

Suspiré.

Al parecer tenía la mala costumbre de interrumpir, pero, considerando que le había echado café encima, decidí pasar por alto el detalle.

—Será mejor que me vaya… y, otra vez, perdón por la camisa. —Forcé una sonrisa amarga, consciente de que nada, absolutamente nada que dijera, arreglaría aquel desastre.

Retrocedí dos pasos, lista para desaparecer, cuando su voz me alcanzó, firme:

—Espera.

Me giré, un tanto asustada, pero atenta.

Había algo en su manera de hablar, autoritario y natural a la vez, que me obligaba a obedecer.

Incluso cubierto de café, Oliver era imposible de ignorar. Atractivo, magnético, capaz de atraer miradas solo por existir.

—Vivo cerca de la calle principal donde se celebra ese… —hizo una pausa, como si la palabra «festival» le provocara rechazo— ese evento. ¿Necesitas que te lleve?

—No, gracias. Creo que es mejor… —empecé, intentando mantener algo de dignidad.

—Ese es mi coche. —Señaló un vehículo de lujo a pocos metros—. Vamos.

Se dio media vuelta y caminó hacia el coche sin molestarse en esperar respuesta.

Me quedé quieta, sin saber si aceptar o huir, hasta que me lanzó una mirada afilada que me atravesó de parte a parte. Mis piernas, hipnotizadas, se movieron solas.

Al llegar, abrió la puerta, pero en vez de entrar fue al maletero. Sacó algo de allí y, sin pensárselo, empezó a desabrocharse la camisa en plena calle.

Parpadeé varias veces, incrédula.

Como si mi día no fuera ya bastante surrealista…

De pronto estaba frente a mí, el torso descubierto, como si nada.

Sentí cómo mis ojos recorrían cada detalle de su cuerpo antes de poder evitarlo. Más allá de su físico definido, me sorprendieron unas discretas tatuajes en el pecho, líneas negras que parecían guardar historias que aún desconocía.

Se puso una camisa limpia del maletero y, sin prisa, lanzó la otra —manchada de café— dentro.

Entró en el coche con la naturalidad de quien vuelve a su salón.

—Solo tienes que tirar de la manilla, se abre —explicó sin mirarme, con un deje burlón.

Rodé los ojos discretamente, pero obedecí.

Me acomodé en el asiento, rodeada por el olor del cuero mezclado con su perfume intenso. Oliver arrancó, y el rugido del motor llenó el silencio.

Durante un minuto entero no dije nada. Solo repasé mentalmente la escena del café, su cuerpo, la manera en que me había fulminado con la mirada.

La vergüenza me quemaba, pero necesitaba romper el hielo.

—Y… entonces, ¿te gusta la tradición de la ciudad?

Se rió, corto, sin pizca de humor.

—No. La odio.

La firmeza en su voz me dejó claro que había más detrás de esa respuesta. Y, por alguna razón, su convicción solo me hizo sentir más curiosidad por él.

—¿Tienes algún motivo para odiarla tanto? —me atreví, la voz más suave de lo que pretendía.

—No lo entenderías. —Su respuesta fue seca, los ojos fijos en la carretera, como si eso levantara un muro entre los dos.

—¿Por qué no lo intentas? —insistí, forzando una sonrisa, buscando cualquier rendija.

—No vale la pena. —Soltó un suspiro pesado—. Acabaríamos discutiendo, y hoy ya he tenido bastante.

Noté el peso de sus palabras y un nudo en la garganta. Solo podía pensar que, además, yo había empeorado su día.

—Perdón por la camisa, yo…

Me interrumpió de nuevo.

—No hace falta repetirlo. Es solo una camisa. Nada más.

—Pero vi en tus ojos… te molestó. —La culpa se colaba en mi voz.

—Sí, me molestó. —admitió sin rodeos—. Pero no por la camisa. Por el café ardiendo en mi piel.

—Oliver, yo…

—Emily. —Su voz firme me atravesó, cerrándome la boca de inmediato—. Si me pides perdón otra vez, te dejo aquí.

Tragué saliva. No parecía estar bromeando.

—Bah, no harías eso… —arriesgué, intentando sonar confiada aunque el corazón me golpeaba en el pecho.

Él giró el rostro hacia mí, con una sonrisilla sarcástica en los labios.

—Tienes razón. Podría hacer algo peor. Podría llevarte bien lejos de este festival. Sería hasta un favor.

Su mirada tenía un punto desafiante, casi peligroso, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Oliver era guapísimo, increíblemente guapo, pero… había algo en él que me daba miedo.

Intenté sonreír, o al menos aparentar calma. Pero mi mejor defensa fue girar la cara y fijar la vista en la calle que pasaba tras la ventanilla.

El silencio cayó entre nosotros. Un silencio denso, cargado de lo no dicho. Permanecimos así minutos largos, cada cual perdido en sus pensamientos.

Cuando el coche redujo la velocidad, sentí que mi cuerpo se tensaba. Oliver estacionó, apagó el motor y, con la misma naturalidad de siempre, anunció:

—Es en la manzana de delante. No puedo entrar más, la calle está bloqueada por la gente.

Asentí, con una mezcla de alivio y frustración.

—Está bien… y gracias por la ayuda.

Él se limitó a hacer un gesto con la cabeza, sin sonreír, sin añadir nada.

En cuanto cerré la puerta, escuché el motor rugir con fuerza. Oliver arrancó y desapareció entre la multitud, como si se hubiera esfumado de mi vida tan rápido como había irrumpido en ella.

Y, aun así, algo en mí susurraba que no sería la última vez que nos cruzáramos.



CAPÍTULO 13

«Y cuando menos se espera, lo improbable sucede…»

EMILY FLORES

Después de que Oliver me dejara en la calle paralela al festival, respiré hondo, intentando apartar la extraña sensación que aquel encuentro había dejado en mí.

Me obligué a centrarme en lo que de verdad importaba: encontrar el lugar exacto donde todo iba a suceder.

Seguí las señales y pronto divisé una taquilla improvisada junto al gran escenario central. Una mujer sonriente me atendió, tomó mis datos y los comprobó con atención.

Pocos minutos después me entregó una acreditación sencilla, pero cargada de significado.

Era oficial: formaba parte de la tradición.

Todo resultaba mucho más organizado de lo que había imaginado. Las estructuras montadas, los organizadores uniformados, incluso fotógrafos captando cada detalle de los participantes.

No era un simple evento local; en el ambiente flotaba una seriedad casi solemne.

Seguí las instrucciones, uniéndome a un grupo de personas por un camino delimitado. La agitación era enorme, aunque su entusiasmo contrastaba con lo que yo sentía.

Charlaban animadamente sobre lo que esperaban encontrar, compartían historias, especulaban acerca de las cartas.

Yo, en cambio, permanecía en silencio.

No conocía a nadie y tampoco sabía exactamente qué esperar. Me sentía desplazada, como una mera espectadora en medio de una multitud entregada a la tradición.

De repente, un enorme panel digital se iluminó anunciando una cuenta atrás.

Sesenta segundos.

El corazón me dio un vuelco. La ansiedad se propagó como un eco. Miré alrededor y descubrí la intensidad en los ojos de los demás participantes.

Algunos ya no hablaban; estaban completamente absortos, como si el universo se redujera a aquella mesa de cartas frente a nosotros. La devoción reflejada en sus rostros me asustó.

Una sirena cortó el aire, aguda y vibrante. La señal estaba dada. Era la hora.

Avanzamos hacia la inmensa mesa y, al acercarme, mis ojos se perdieron en aquel espectáculo de colores y formas. Una infinidad de cartas cubría la superficie.

Cada una parecía encerrar un fragmento de vida, una historia escondida.

Había sobres sencillos, casi humildes, y otros adornados con lazos delicados, cintas doradas, papeles de colores. Vi cajitas de madera, bolsitas elegantes, ingeniosas dobleces.

Era como contemplar un mosaico caótico y al mismo tiempo fascinante, en el que cada detalle suplicaba atención.

Recorrí con la mirada cada rincón, analizando formas, tamaños, texturas. El despliegue era hipnótico, como si cada carta tuviera un aura propia, una invitación silenciosa.

Un escalofrío me recorrió la piel. La magnitud de posibilidades me hacía pensar en cuántas historias aguardaban allí, cuántos destinos se entrelazarían a partir de esas palabras guardadas en papel.

Y por primera vez, mi pecho se llenó de algo inesperado: una ansiedad dulce, casi electrizante.

Estaba preparada para elegir. Para iniciar mi propio viaje dentro de aquella tradición.

Entre la multitud de sobres que cubrían la mesa, uno llamó mi atención de inmediato.

De un rosa suave, delicado, casi infantil, pero con adornos imposibles de ignorar: pequeñas flores dibujadas, detalles dorados, arabescos trazados con paciencia y cariño.

Alargué la mano con cautela y, al sujetarlo, mis ojos se clavaron en las palabras escritas a mano en el centro:

«Una historia que cambiará tu manera de ver la vida».

Me quedé inmóvil unos segundos, sintiendo el peso de aquella promesa.

El corazón golpeaba con fuerza, y una oleada de pensamientos me invadió. Era solo un sobre, un trozo de papel de colores… pero las palabras tenían poder. Me atraían y, a la vez, despertaban dudas.

¿Debía arriesgarme y seguirlo? ¿O sería mejor escoger otro, menos "intenso"?

—La carta imposible… —susurró una voz suave a mi lado.

Me giré, sorprendida, y me encontré con una mujer pelirroja que sonreía mientras sostenía con cuidado su propia carta.

—¿Cómo dice? —pregunté, fijándome en su rostro.

Tendría unos cuarenta años, de mi misma estatura, el pelo largo cayendo en ondas encendidas sobre los hombros. Su expresión irradiaba simpatía, esa que transmite confianza al instante.

—El sobre que tienes en las manos. —Señaló con el mentón—. Aquí lo conocen como la carta imposible.

Fruncí el ceño, intrigada.

—¿Y por qué ese nombre?

Su sonrisa se ensanchó, con un destello de misterio en la mirada.

—Prefiero no desvelar demasiado, perdería la gracia. Pero si decides quedártela, te aseguro que habrá grandes sorpresas. —Se inclinó un poco, la voz baja, casi conspiratoria, mientras fijaba la vista en el sobre rosa—. Si buscas emociones reales, este es el desafío. Eso sí… necesitarás paciencia.

Volvió a mirarme, y la intensidad de sus ojos me hizo sujetar el sobre con más fuerza.

—Por cierto, me llamo Maggie. —Extendió la mano con delicadeza.

—Emily. —Sonreí, estrechándola—. Encantada. Y sí… me gustan los retos. Odio empezar algo y dejarlo a medias. Siempre voy hasta el final.

—Entonces no tengo dudas. —Asintió, satisfecha—. Esa debe ser tu elección. Espero que consigas dar con la persona que escribió esas palabras… porque no será solo una carta.

—¿Es cierto entonces? ¿Serán varias? —pregunté, sorprendida.

—Sí. —confirmó—. Esta carta es solo el inicio. Te conducirá a otras, y cada una será una pieza del puzle. Pero te advierto: nadie, hasta hoy, ha logrado llegar al final.

Reí por lo bajo, nerviosa.

—Por cómo hablas, diría que tú lo intentaste.

Apartó la mirada un instante; su sonrisa se tiñó de melancolía.

—Sí. Lo intenté. Pero no lo logré.

Sentí un nudo en el pecho con aquella confesión.

Miré de nuevo el sobre entre mis manos. Había en él algo magnético. No era mera curiosidad: parecía un llamado, como si esas palabras estuvieran destinadas a mí.

—Creo que voy a aceptar el reto. —admití, en voz baja pero decidida, con los ojos fijos en el delicado rosa del sobre.

El movimiento alrededor empezaba a menguar. La mayoría ya había elegido y se alejaba con sus cartas: algunos ansiosos, otros emocionados.

El tiempo se agotaba.

Inspiré hondo y, de manera instintiva, apreté el sobre contra el pecho.

—¡Me quedo con él! —declaré, sin dudar más.

—Creo que has hecho lo correcto. —Maggie sonrió, casi orgullosa, antes de cambiar el tono—. Por tu acento… no eres de aquí, ¿verdad?

—No. —Negué con la cabeza—. Soy de Estados Unidos. Vine porque mi amiga tiene familia aquí. Digamos que estoy de vacaciones forzosas… sin ser forzosas. —Reí, incómoda—. Supongo que me entiendes.

—Lo entiendo perfectamente. —Y el brillo en sus ojos me hizo creer que de verdad lo entendía.

En ese momento, con el sobre apretado contra el pecho, supe que nada volvería a ser igual.

—Espero que disfrutes. —Maggie señaló discretamente una casa verde, sencilla, a pocos metros—. Vivo allí. Si alguna vez necesitas hablar, estaré disponible.

Me cayó bien al instante. Había algo en ella que me recordaba a Jessy: esa manera de hacerme sentir cómoda, acogida, aun en un lugar nuevo.

Y, en efecto, en una ciudad desconocida, esa hospitalidad era un alivio inesperado. Las sonrisas sinceras, las miradas cargadas de aliento… todo me reconfortaba.

—Es increíble —comenté, mirando alrededor—. Aquí casi todos caminan con una sonrisa, siempre dispuestos a ayudar. Nunca vi nada igual.

—Es que Liverpool es así. —confirmó Maggie, orgullosa—. Nos encanta conocer gente nueva, sobre todo forasteros. Muchos vinieron solo a visitar y

terminaron quedándose… y son felices. —Suspiró, tranquila—. Liverpool es una ciudad amable, distinta. Nuestro mayor rasgo es ese: nos gusta ser serviciales.

Mientras hablaba, me fijé en algo. La gente recogía sus cartas y simplemente se las guardaba sin abrirlas. Aquello me desconcertó.

—¿Es normal no leerlas aquí mismo y llevárselas? —pregunté, frunciendo el ceño.

Maggie arqueó una ceja y soltó una risita.

—Parece que no te lo han explicado del todo, ¿eh?

—Mi amiga lo intentó… —admití, con una sonrisa tímida.

—Bien. —Se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja—. La elección se hace por la apariencia, no por la historia. Ese es el punto clave. Y tú lo has hecho sin pensarlo, Emily. Al fin y al cabo, elegiste un sobre cerrado.

Miré el sobre, acariciando con el pulgar el borde dorado.

—Es cierto… —murmuré, imaginando lo que escondería.

—Una vez elegida, la carta debe llevarse a casa. Solo puede abrirse de noche, al acostarse. Es parte de la tradición.

Recordé lo que July me había mencionado, y comprendí que no era una exageración suya, sino una regla compartida por todos.

—¿Y hay algún motivo? —quise saber.

—Ninguno. Es costumbre. —Maggie sonrió, como si no hubiera más explicación.

Suspiré, todavía intrigada.

—¿Y si alguien no la devuelve? ¿O no encuentra la última?

Su expresión se volvió seria.

—Esta tradición se toma en serio. Todos devuelven las cartas. Solo hubo un caso, hace años, en que alguien no la devolvió. Pero la recuperaron. Y recuerda: te registraste, así que tienen todos tus datos.

Asentí, tragando saliva. Ese registro… gestionado por July a mis espaldas.

Observé que casi todos habían terminado ya. Quedaban pocos sobres sobre la mesa.

—Será mejor que nos vayamos. —Maggie volvió a sonreír—. Ha sido un placer, Emily. Te deseo suerte. Que tu vida cambie al descubrir la mente de quien escribió esas palabras.

—El placer ha sido mío. —Apreté el sobre contra el pecho—. Gracias por tu ayuda. Prometo llegar hasta el final.

—Eso espero de corazón. —dijo ella, con un brillo sincero en la mirada.

Dejé la zona del evento y regresé al punto inicial, donde había recibido el acreditativo. Los organizadores aguardaban con ordenadores y listas.

—¡Buena suerte! —me deseó una empleada amable tras registrar mi nombre—. Así evitamos pérdidas o robos. Tu nombre queda vinculado al número de la carta. Si tiene continuación, el sistema lo marcará. Y recuerda: el último día deberás traer todas las cartas que hayas reunido.

—Entiendo. —Asentí, intentando asimilarlo todo.

—Sé que ahora parece confuso, pero pronto tendrá sentido. —Tecléo unos datos más y alzó la vista hacia mí—. Veo en el sistema que eres de fuera. Ojalá disfrutes de la ciudad… y seas la primera en llegar al final. —Me sonrió con aliento.

Rodé los ojos, riendo nerviosa.

—¿También lo sabe?

—¿Lo de la carta imposible? —interrumpió, divertida, mirando el sobre—. Claro. Aquí todos conocemos esas historias.

Apreté el sobre con más fuerza contra el pecho. Aquella aventura, por lo visto, iba a ser mucho más de lo que podía imaginar.



CAPÍTULO 14

«Algunas verdades permanecen ocultas hasta que alguien se atreve a buscar las respuestas adecuadas.»

EMILY FLORES

—Así que la señorita, por fin, ha elegido una carta.

La voz de July resonó antes de que me diera tiempo siquiera a cerrar la puerta. Me observaba con una sonrisa traviesa, los ojos clavados de inmediato en el sobre que yo apretaba contra el pecho, como si hubiera adivinado todo.

Me había prometido pasar el día conmigo, pero ya había dejado claro que, a partir de mañana, me daría "espacio".

Espacio… con ese tono dramático tan suyo, que yo conocía demasiado bien. Era July en estado puro, y hacía tiempo que me había acostumbrado a su teatro.

—Sí. —Respiré hondo, volviendo a mirar el sobre como si pudiera arrancarle respuestas solo con los ojos—. Y no fue cualquiera… escogí precisamente la carta imposible.

Los ojos de July se abrieron como platos, como si acabara de anunciar que me casaría esa misma noche.

—¡¿Perdona?!

Solté una risita nerviosa, recordando todo lo que había pasado en el festival.

—Es una historia muuuy larga… —alargué las palabras—. Pero, resumiendo, nadie ha conseguido nunca encontrar la última de esa serie de cartas. Por eso la llaman imposible.

Ella cruzó los brazos, pensativa unos segundos, hasta que dejó que el drama invadiera su expresión.

—¡Eso sí que es interesante! —exclamó, los ojos brillando de curiosidad—. He oído hablar de algunas cartas difíciles de completar, pero nunca me metí mucho en el tema. Ya sabes, la mayoría de las veces estaba de viaje. Aun así, tengo un vago recuerdo de alguien mencionando una carta famosa, que nadie lograba terminar. Seguramente sea esa.

Suspiré, todavía asimilando el peso del reto que había aceptado.

—Sí, seguramente.

Pero antes de que pudiera añadir nada, su rostro cambió. De repente se puso serio, como si hubiera recordado algo grave. Me incorporé en el sillón, tensa, preparándome para lo peor.

—Y ahora… —hizo una pausa teatral, como si estuviera a punto de revelar un secreto de Estado.

—¿Ahora qué? —pregunté, con el corazón acelerado, anticipando algún sermón inesperado.

—Ahora tenemos que hablar de algo importante. —Me sostuvo la mirada.

—¿De qué asunto? —quise saber, recelosa.

July respiró hondo, incrementando el suspense.

—De qué vamos a comer: ¿pizza o palomitas?

Cerré los ojos y solté una carcajada, entre aliviada y divertida. Claro. Esa era mi amiga. Una maestra en cambiar de tema de golpe, capaz de transformar cualquier situación en algo ligero.

Era imposible no quererla por eso.



Después de una breve discusión sobre sabores y combinaciones imposibles, terminamos de acuerdo: pediríamos pizza y prepararíamos palomitas —porque, según July, cualquier película merecía las dos cosas.

Elegimos un título cualquiera en Netflix, sin prestar mucha atención al argumento, y en menos de media hora mi amiga ya estaba rendida, profundamente dormida.

Se había echado de lado en la cama de matrimonio y roncaba de una manera tan desacompasada que tuve que contener una risa.

Me quedé allí unos minutos, observándola.

Su presencia siempre me calmaba, incluso cuando hacía dramas innecesarios o soltaba chistes fuera de lugar. Pero ahora, con la casa sumida en silencio, recordé la promesa que me había hecho: respetar la tradición.

Cuando el reloj marcó alrededor de las diez, me senté en el borde de la cama con el sobre en las manos. El corazón me latía como si estuviera a punto de desvelar un secreto peligroso.

Lo abrí despacio, cuidando cada gesto como si todo importara.

La primera frase, escrita con una caligrafía elegante, me robó el aliento:

«Di sí al AMOR, a la VIDA y a los SENTIMIENTOS…»

Las palabras bailaban ante mis ojos, sencillas, pero con una fuerza que me atravesaba entera. Cerré los párpados un instante, intentando absorberlas.

Pensé en cuántas veces las palabras habían brotado en mi mente como una avalancha —intensas, reales, imposibles de contener— y, aun así, habían muerto en silencio, atrapadas en la garganta. Aquella carta parecía desafiarme a romper el ciclo.

Seguí leyendo:

Por eso, a partir de ahora, haré lo que siempre he querido: ¡contaré toda la verdad! No me juzgues, soy una mujer soñadora —siempre lo he sido—. Pronto comprenderás a qué me refiero. Mi mayor deseo es que seas capaz de ver el camino de posibilidades que se abrirá desde hoy. Si decides recorrerlo, estoy segura de que contemplarás la vida con otros ojos. De verdad espero que embarques en esta aventura, pero hay algo muy importante: abre tu corazón y tu mente. De lo contrario, temo que no captarás la esencia de lo que descubrirás a medida que pasen los días…»

El silencio en la habitación se volvió aún más denso. Sentía cada palabra vibrando dentro de mí, como si no estuvieran dirigidas a un desconocido, sino a mí misma —como si alguien hubiese entrado en mi alma y puesto por escrito lo que tanto temía y, al mismo tiempo, anhelaba.

Al darle la vuelta a la carta, una pequeña etiqueta roja pegada en el reverso me llamó la atención. Las letras en mayúsculas resaltaban con nitidez:

Bella's Coffee, segunda mesa a tu izquierda.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Conocía bien aquel lugar. Bella's Coffee había sido uno de los primeros cafés que visité al llegar a la ciudad. Recordaba el olor dulce a canela, la decoración acogedora y el vaivén tranquilo de turistas mezclados con vecinos.

Guardé la carta con cuidado, como si fuera algo sagrado, y me tumbé. El techo de la habitación se convirtió en una pantalla para mis pensamientos. Recordé todo lo que había vivido desde que puse un pie en Liverpool y lo que aún me esperaba.

El miedo que había sentido al sostener por primera vez aquel sobre rosa se había desvanecido.

En su lugar, surgía una alegría extraña, una expectativa dulce que me calentaba el corazón. Algo dentro de mí susurraba que esa carta no era un simple trozo de papel. Era una invitación.

Y, de algún modo, lo sabía: algo bueno estaba a punto de suceder.



CAPÍTULO 15

«Entre bromas y deseos, lo único que anhelaba era un beso…»

EMILY FLORES

El sol apenas había asomado en el horizonte y yo ya estaba despierta, tomada por la ansiedad que me había acompañado toda la noche.

Me arreglé a toda prisa, como si cada minuto fuese demasiado valioso para desperdiciarlo. A las ocho en punto ya iba camino del Bella's Coffee.

Un detalle no se me escapaba: no iba a encontrarme con una persona, sino con… una carta.

Sonreí sola al pensarlo. ¿Quién, en su sano juicio, se ponía nerviosa por una "cita" así? Yo, claramente.

Al girar la esquina, la escena me pilló por sorpresa. El café estaba abarrotado. Gente entrando y saliendo sin parar, y hasta en la acera se formaba una pequeña cola.

Aun así, mis piernas avanzaron solas hacia la puerta. Antes de entrar, miré por las cristaleras y mis ojos se clavaron en la mesa señalada en la carta anterior: la segunda a la izquierda.

Un frío me recorrió el estómago al ver que había una pareja sentada allí, charlando animadamente. La idea de quedarme espiándolos me hizo sentir la mayor stalker del mundo, pero sabía que debía tomarlo en serio. El festival lo exigía.

Quince minutos pasaron hasta que, por fin, se levantaron. Mi corazón se desbocó. Sujeté el sobre anterior contra el pecho, respiré hondo y entré.

Caminé hacia la mesa con pasos firmes, intentando aparentar confianza, aunque por dentro tenía las manos sudorosas y el estómago revuelto.

Me senté. Durante unos segundos permanecí inmóvil, mirando la taza de café olvidada sobre el mantel blanco.

¿Y ahora qué? ¿La nueva carta iba a aparecer por arte de magia?

Mi cabeza bullía. Tenía que haber un motivo para que me hubieran mandado exactamente a esa mesa.

Me incliné despacio, fingiendo que recogía algo, y miré debajo del tablero de madera. Casi se me salió el corazón al descubrir un pequeño sobre pegado en el reverso.

—Punto para mí… —susurré, incapaz de contener una sonrisa victoriosa.

Lo despegué con cuidado, casi con reverencia. En el dorso, en letras rojas bien marcadas, se leía: «1 de 6».

El verdadero inicio del viaje.

Con los dedos temblorosos lo abrí. Contuve el aliento, como si al romper aquel sello estuviera cruzando una frontera invisible.

1ª CARTA

¡Esta no es una carta de amor!

Lo leí en voz baja, como si la frase pesara demasiado para decirla en silencio.

Perdona que empiece así, pero nada es lo que parece. Nunca lo ha sido. No hay un final feliz en lo que estoy a punto de contarte, y tus aventuras distarán mucho de un cuento de hadas. Si aceptas llegar hasta el final, ten por seguro que lo que presencies impactará tu vida, y esa es la verdadera intención de las próximas cartas. Sé que te diste cuenta de que la mayoría apenas miró el sobre que llevabas, que ni siquiera lo quisieron sostener. Todo tiene un motivo…

Comencemos: yo viví una historia de amor en el pasado. Sí, amé a un hombre. Sí, hice todo lo posible por quedarme a su lado. Sí, le decepcioné.

Aun así, esta historia no va de él. Va, de algún modo, de mí. De mi renacer como persona. Deseo que TÚ sientas en la piel lo que supuso en mi vida. Ese es mi objetivo principal a partir de ahora.

Al final, un dato resaltado: *Calle Penny Lane, 10.*

Dejé la carta sobre la mesa y me quedé mirando las líneas como si pudieran darme más respuestas.

Esta no es una historia de amor…

Las palabras resonaban dentro de mí. ¿Por qué empezar así?

A mi alrededor, el café seguía bullicioso, lleno de voces y risas, pero para mí el mundo se había detenido. Solo existía aquella carta. Y, en el fondo, lo sabía: ya no había vuelta atrás.

—Vaya, si no ha vuelto la forastera…

La voz de Jessy me sacó del trance. No supe en qué momento se había plantado a mi lado, pero al alzar la vista la encontré sonriendo con su habitual aire sagaz.

No respondí al instante; me limité a sostener la carta entre los dedos mientras veía cómo su mirada se desviaba hacia el sobre antes de volver a mí. El brillo en sus ojos dejaba claro que había entendido más de lo que yo quería admitir.

—Suelen empezar aquí muchas cartas. —dijo, apoyándose en la barra—. El año pasado, al menos quince arrancaron en el Bella's Coffee.

—¿En serio? —pregunté, incrédula, con el corazón acelerado ante la magnitud de todo aquello.

—Sí. —Asintió con calma, como si fuese lo más normal—. Verás cómo Liverpool cambia desde hoy. Mucha gente caminará por las calles con cartas en la mano, buscando su siguiente paso. Es casi mágico.

—Lo entiendo… —murmuré, todavía procesando.

Jessy suspiró, su expresión se suavizó.

—Perdona por no haberte atendido antes. Estoy con algunos líos…

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

—Somos cuatro aquí, pero Chloe está de vacaciones y el sábado termina el preaviso de Nathalia. Todo va a mil y aún no he podido contratar a nadie para cubrir las mañanas. —Su voz destilaba cansancio, aunque también resignación.

—No te preocupes. —sonreí, queriendo aliviarla—. Si quieres, puedo echarte una mano.

Se rió, un poco cohibida, agitando la mano.

—Bah, me las arreglo. Pero gracias por ofrecerte. —Y enseguida cambió de tema—. ¿Qué quieres tomar?

—Solo un café solo… y un huevo frito.

—Enseguida vuelvo.

Mientras se alejaba, aproveché para observar el ambiente.

El local estaba aún más lleno que la última vez: unas veinticinco mesas ocupadas, voces entremezcladas en conversaciones animadas, tazas tintineando, carcajadas que estallaban de vez en cuando. El lugar vibraba de energía.

Y entonces mis ojos se detuvieron. En una mesa apartada, aislado de todos, estaba él.

Oliver.

El aire pareció enrarecerse. Allí estaba el hombre que, el día anterior, me había “ayudado” —a su manera— a llegar a tiempo al festival.

Su porte era el mismo de siempre: serio, distante, como blindado contra el mundo. El rostro, con gesto severo, casi hosco, pero con una presencia magnética.

Frente a él, un portátil absorbía toda su atención, los dedos moviéndose con precisión sobre el teclado. Lo observé varios minutos, esperando algún gesto,

pero no levantó la vista ni una sola vez.

—No te preocupes. —la voz de Jessy me hizo dar un respingo; me había pillado mirándole demasiado—. Mi hermano es un gruñón.

—Nos vimos ayer. Creo que… probablemente aún está molesto conmigo.

—¿Qué pasó? —preguntó, curiosa, inclinándose sobre la barra.

Exhalé despacio.

—Estaba perdida, el festival iba a empezar, y cuando me desesperé empecé a andar demasiado rápido. No miré al frente y… choqué con él.

—¿Solo eso? —arqueó una ceja, incrédula.

Me mordí el labio, dudosa.

—Bueno… no solo choqué. —suspiré—. Le tiré encima el café que llevaba. Y estaba caliente.

Los ojos de Jessy se abrieron como platos antes de soltar una risita.

—Y para colmo… —añadí, encogiéndome de hombros— lo empapé entero. Camisa, pecho… todo.

Mientras lo contaba, la escena se desplegaba en mi memoria: su expresión irritada, la forma en que respiraba hondo para no perder el control. Y, por absurdo que fuese, junto al recuerdo venía un escalofrío, un cosquilleo en la piel que me impulsaba a mirarle de nuevo, aunque supiera que debería evitarlo.

La boca de Jessy se abrió en un “oh” perfecto, y sus ojos chispearon con curiosidad infantil. Miró rápido hacia su hermano, luego volvió a mí, inclinándose como quien se prepara para oír un secreto.

—¡No me lo creo! —exclamó en un susurro excitado—. ¿Y después?

Sonreí con incomodidad, notando cómo se me encendían las mejillas al recordarlo.

—Le pedí perdón mil veces, le dije que llegaba tarde al festival… —me pasé la mano por el pelo, nerviosa—. Y, sinceramente, nunca pensé que fuese a llevarme. Supuse que lo hizo porque le venía de camino. De no ser así, estoy segura de que no me habría ayudado.

Los ojos de Jessy se entornaron.

Me miró como quien evalúa un enigma y luego volvió la vista hacia Oliver, que seguía absorto en su ordenador, como si nada de aquello le importara.

—Vivendo y aprendiendo… —murmuró casi para sí, pero lo suficiente para que yo la oyera.

Intenté desviar la conversación, aunque me quemaba una duda.

—Sé que estás liada, pero… vi que al dorso de la carta hay una fecha. Dentro de diez días. ¿Eso es normal?

Jessy se enderezó, recuperando la expresión ligera.

—Sí, es lo habitual. —sonrió—. No te agobies. El festival dura tres meses. Normalmente, las continuaciones aparecen cada diez días. No tendría gracia si todo se revelara de golpe, ¿no crees? Parte de la magia es la espera. Así que el autor dejará la siguiente exactamente en el mismo sitio donde hallaste la primera.

—Debajo de la mesa. —añadí en voz baja, señalando discretamente.

—Exacto. —asintió, complacida.

Mientras hablaba, empezó a limpiar mi mesa, tarareando bajito, pero con una sonrisa que parecía decir más de lo que dejaba escapar.

—¿Y tú has participado alguna vez? —pregunté.

—Claro. —levantó la barbilla con orgullo—. Los dos últimos años. Y me encantó. Como ya te dije, es una experiencia única. Te cambia la manera de ver las cosas, te renueva.

Por un instante comprendí lo mucho que nos parecíamos en algunos aspectos. Ambas buscábamos algo más allá de lo evidente, una forma distinta de mirar la vida.

—Bueno, tengo que volver al lío. —dijo, secándose las manos en el delantal —. Si necesitas algo, avísame.

Asentí y la seguí con la mirada mientras se alejaba entre el bullicio del local.

Respiré hondo, dejando que la atmósfera del lugar me envolviera.

Liverpool tenía un encanto que superaba sus calles históricas o el acento de su gente. Era algo que latía en cada gesto, en cada sonrisa. Y, contra todo pronóstico, empecé a sentirme… bien. Casi en casa.

Me levanté para pagar. El movimiento del café seguía intenso, pero no pude evitar fijarme cuando Oliver también se levantó. Su porte firme, la manera de caminar con pasos largos y seguros… era imposible no mirarle.

Nuestras trayectorias convergieron hacia la misma dirección: la caja. A cada paso, la distancia se acortaba. El corazón me latía con fuerza; me preparé para decir algo, cualquier cosa que suavizara el recuerdo desastroso del café.

Pero pasó de largo como si yo no existiera.

Dejó algo en manos de Jessy sin dedicarme una sola mirada. Y, sin pronunciar palabra, se volvió a su mesa como si nada hubiera ocurrido.

Me quedé allí, con la respiración contenida.

Quería convencerme de que era simple indiferencia. Pero en lo más hondo intuía que, en sus ojos, no había desdén… sino resistencia.

Y eso, de algún modo, me intrigaba aún más.



CAPÍTULO 16

«El pasado siempre encuentra la manera de regresar, incluso cuando todos intentan enterrarlo.»

OLIVER CLARKE

Mi día apenas había empezado y ya estaba siendo devorado por problemas.

De vuelta en mi mesa, centré la vista en el portátil. El gráfico rojo palpitaba en la pantalla como un recordatorio cruel de que algo iba mal. Joe's, uno de mis restaurantes más prestigiosos, acumulaba quejas.

Quejas.

Inadmisible. Más aún en una casa que ostentaba el título de mejor de la ciudad.

Se me tensó la mandíbula. No dejo margen para errores. Nunca.

Y, por si fuera poco, estaba el maldito festival. El tráfico en la ciudad era un caos: llegar al edificio de mis empresas, lo que antes me llevaba media hora, ahora

me consumía casi dos.

Tiempo perdido, productividad aplastada. Cada minuto atrapado en los atascos me carcomía por dentro, alimentando mi furia.

—Estás nervioso. —La voz de Jessy me sacó de mis pensamientos.

Se acercó despacio, con los brazos cruzados, estudiándome con esa mirada que siempre lograba desarmarme, incluso cuando yo no quería.

—Eres lista, hermana. —respondí sin apartar los ojos del gráfico—. Creo que sabes perfectamente por qué.

—Si vas a decir que es por la tra…

—Por esa maldita tradición, sí. —la corté, la voz tranquila pero cargada de desprecio—. No conozco nada más estúpido que esto.

Jessy me observó en silencio unos segundos. Ese silencio suyo siempre incomodaba, porque significaba que estaba preparando una réplica certera.

Yo sabía que tenía mal genio. Reconocía que, a veces, me pasaba de la raya —en las palabras y en los gestos. Y esa era una falla que nunca conseguí enterrar. Había cosas que simplemente no tragaba, y aquella absurda tradición era una de ellas.

—Hermano… —suspiró, hondo—. Los dos sabemos que, como empresarios, nuestros beneficios crecerán en los próximos tres meses.

—¿Y qué?! —levanté la vista, clavando la mía en la suya. La irritación hizo que mi voz sonara como un gruñido—. Preferiría no ganar ni un céntimo más si eso significara acabar con esta farsa. Es un circo, Jessy. Nada de esto es necesario.

Vi el momento exacto en que bajó la cabeza, como buscando fuerzas para decir lo siguiente. Cuando volvió a mirarme, había pesar en sus facciones.

—Si tu único problema fuese ese, Oliver…

—Entonces dime. —La encaré, firme—. ¿Cuál es mi otro problema?

No titubeó.

—Ser un poco más educado. Ese es el verdadero problema.

—Sabes que esa…

—No hablo de la tradición. —me interrumpió, seria. Eso me dejó callado un instante: Jessy rara vez usaba ese tono conmigo—. No seas lo contrario de lo que eres de verdad. Tú no eres así. No eres un maleducado. Pero hoy… lo he visto. —respiró hondo—. Lo vi cuando Emily pasó por tu lado. Intentó saludarte, Oliver. Y también vi la vergüenza que sintió cuando la ignoraste.

Se me encogió el pecho.

—No la vi. —respondí seco, desviando la mirada.

—¿De verdad? —arqueó las cejas, incrédula.

—¿A dónde quieres llegar, Jessy? —pregunté, impaciente.

Ella levantó las manos en señal de rendición, pero la sonrisilla de esquina delataba su provocación.

—A ningún sitio. Solo creo que estás con síndrome premenstrual. ¿Y sabes qué es lo raro? —hizo una pausa teatral—. Que los hombres no tienen síndrome premenstrual, Oliver.

Rodé los ojos, pero no pude evitar el nudo incómodo en el estómago al escuchar el nombre de Emily.

Cerré los ojos un instante y dejé escapar una sonrisa breve, más irónica que alegre.

—Lo que tú digas. —murmuré, apoyando los codos sobre la mesa—. Vine a desayunar como cada día. ¿Puedo, querida hermana?

Jessy alzó la barbilla, afilada como siempre, y rodó los ojos.

—Claro. Pero llamaré a Luanna para que te atienda. —Hizo un gesto teatral con las manos, arrugando la nariz como si apartara algo invisible—. No quiero contagiarme de… esto.

Entorné los ojos.

—¿Esto?

—Tu mal humor. —pronunció despacio, saboreando cada sílaba, como si fuera una sentencia definitiva.

Nos quedamos mirándonos en silencio unos segundos.

Sabía que la había provocado, pero ella también conocía cómo tocarme las llagas. Su mirada se estrechó y comprendí que algún recuerdo se le pasaba por la cabeza.

—Solo respóndeme a algo. —dijo al fin, cruzándose de brazos.

—Lo que quieras. —me recosté en la silla, fingiendo un bostezo perezoso, pero sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Desde cuándo vives cerca del festival, querido hermano? —La ironía en su voz me hizo fruncir el ceño—. Porque, que yo sepa, los dos vivimos a veinte kilómetros de la calle principal.

Se me contrajo el estómago, pero mantuve el gesto cerrado.

—No sé de qué hablas. —retruqué, a la defensiva.

Jessy ladeó la cabeza, un gesto burlón en los labios.

—¿Ah, no sabes? Está bien. —Se encogió de hombros—. Hablar contigo es como discutir con un adolescente. —Se dio media vuelta, resoplando, y salió a zancadas por el local.

Respiré hondo y volví los ojos a la pantalla frente a mí, intentando ignorar el pinchazo incómodo que sus palabras me habían dejado.

Amaba a mi hermana. Más de lo que jamás sería capaz de admitir en voz alta. Pero nunca supe demostrarlo. Ni cuando quería, ni cuando debía.

Lo cierto es que teníamos todos los números para acabar siendo adultos rotos, hijos de un pasado amargo. Pero Jessy… ella siempre fue luz, siempre llevó dentro una energía que nos mantuvo vivos.

Fue esa fuerza la que me salvó cuando los días en el orfanato parecían interminables.

Las imágenes seguían nítidas, dolorosas. Aquellas miradas de desprecio de los visitantes, como si fuéramos mercancía defectuosa en un escaparate.

Lo odiaba. Odiaba el olor frío de los pasillos. Odiaba cada sonrisa falsa que nos evaluaba.

Odiaba.

Esa palabra resonaba en mi interior. Odio.

Y, aun así, el destino, irónico como siempre, nos puso delante a un matrimonio que supo ver más allá de la coraza. Que no nos juzgó. Que nos acogió.

Y por eso pude quererlos.

Jessy siempre fue comunicativa, abierta, capaz de arrancar sonrisas hasta de las piedras. Yo, en cambio, me cerraba en mí mismo.

Cada año ahondaba más ese abismo. Seguía sintiéndome traicionado por nuestros padres biológicos, abandonado como un estorbo indeseado.

Esa cicatriz moldeó al hombre en el que me convertí.

Nunca confié con facilidad. Nunca me importó ser querido. Y, como si el destino quisiera ponerme a prueba otra vez, fui abandonado en el altar por la única mujer que pensé que me amaba de verdad.

Cerré los puños, luchando contra el recuerdo.

Ahora lo entendía con una claridad cruel: a veces, una sola decisión —un abandono, un "no" pronunciado en el momento equivocado— podía moldear el resto de tu vida.

Y era esa certeza la que pesaba sobre mis hombros cada día.



CAPÍTULO 17

«El primer paso después de una gran decisión puede ser duro, pero es necesario volver a empezar.»

EMILY FLORES

Pedí un Uber al salir de la cafetería y me dirigí a la dirección indicada en la carta. El trayecto transcurrió en silencio, pero por dentro se desataba una tormenta. Mi cuerpo vibraba con sensaciones que parecía imposible que coexistieran: miedo, alegría, tensión, ansiedad.

Todo a la vez.

No imaginaba que esta aventura me llevaría tan lejos dentro de mí. Al principio parecía un juego, una tradición curiosa de la ciudad; ahora comprendía que también era una válvula de escape.

Lo necesitaba. Necesitaba perderme para, quizá, poder encontrarme.

El coche avanzó hasta las afueras y lo que vi por la ventanilla me sorprendió. La dirección me llevó a un lugar parecido a una pequeña granja, con

cercas de madera y un horizonte abierto de montañas sinuosas que se desplegaban en curvas infinitas contra el cielo claro.

Bajé y caminé despacio hasta el número indicado. El aire olía distinto, fresco, casi inocente, como si aquel pedazo de tierra fuese intocado por el tiempo.

Me detuve frente a la puerta, respiré hondo y apreté la carta contra el pecho. Aún no sabía qué me esperaba.

Solo era una carta. Y, aun así, sentía que estaba a punto de cruzar un portal.

Toqué el timbre. El sonido se perdió en el silencio del campo y, durante al menos un minuto, no ocurrió nada. El corazón me golpeaba fuerte, casi doloroso, como si cada segundo fuera una eternidad.

Apreté todavía más el sobre, intentando adivinar qué vendría después.

Cuando por fin la puerta se abrió, no lo hizo sin más: se arrastró lentamente, como si el tiempo también pidiera permiso.

Y entonces la vi.

Una señora de más de ochenta años apareció ante mí. Los ojos cansados apenas se abrían del todo, pero su sonrisa fue inmediata: amplia, acogedora, como si ya supiera quién era yo.

No entendí el motivo, pero una oleada de calor me cruzó el cuerpo y le devolví el gesto con una sonrisa tímida.

—Hola, me llamo Emily y… —empecé, con la voz vacilante.

—Sé por qué estás aquí. —me interrumpió, aún sonriendo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Lo sabe?

—Es por la carta, ¿no?

Se me erizó la piel. Durante unos segundos no encontré palabras.

—Sí y… ¿cómo lo sabe? —acerté a balbucear.

—Pasa. —dijo con naturalidad, dándome la espalda como si ya esperara mi visita.

Obedecí sin pensar, casi por impulso, y cerré la puerta tras de mí.

—Por favor, échale la llave. —añadió. Lo hice de inmediato.

Se sentó en una silla sencilla, frente a una mesa de madera pulida por el tiempo. Hice lo mismo, aún en silencio, tratando de absorber la escena.

Miré alrededor y me sorprendí.

La casa era humilde, pero había algo casi sagrado en su orden. Cada objeto parecía estar exactamente en su sitio, como si guardara su propia historia.

El ambiente rezumaba sencillez, pero también dignidad.

—Vivo sola. —dijo con serenidad—. Rara vez recibo visitas. Pero cuando aparece alguien… suele ser por estas fechas.

—Entiendo.

Suspiró, sin perder la sonrisa.

—Y esas personas… siempre hablan de la carta.

El corazón me latió más fuerte. Supe, en ese instante, que estaba a punto de escuchar algo que lo cambiaría todo. Fue un golpe oírlo tan de pronto, como si me arrancaran el aire de los pulmones.

—Yo… no sé qué decir. —la voz me tembló—. ¿Fue usted quien puso la carta en el festival?

La anciana rió quedo, con un sonido suave, casi maternal.

—No, hija. —respondió con firmeza, pero con dulzura—. Ni idea de quién lo hizo. Pero doy gracias cada día por la vida de esa persona, porque desde entonces ya no me siento tan sola. —Hizo una pausa y añadió con calma—: Por cierto, me llamo Donna.

Tragué saliva.

Aquella sonrisa tan genuina en un rostro marcado por el tiempo me atravesó. Era imposible no conmoverse. Ahora lo entendía: vivir en un lugar tan apartado significaba visitas raras, casi inexistentes.

—Un placer conocerla, Donna —respondí con sinceridad, sintiendo mis propias palabras cargadas de emoción.

Ya intuía que ella no me daría las respuestas sobre el misterio de la carta, pero algo dentro de mí decía que quizá ese no era el propósito.

Tal vez me habían llevado hasta allí para escuchar.

—Verás… —empezó, acomodándose en la silla— normalmente no hablo con la gente del pueblo. Mi esposo murió hace ocho años. Nuestros hijos se casaron, hicieron sus vidas. Ya no me visitan. —Suspiró hondo—. Pero no te preocupes: en estos últimos años hice tres amigos nuevos. Y todos llegaron a mí por esa carta que tienes en la mano.

Se me encogió el pecho.

—No… no sé qué decir. —admití, con la voz tomada.

Sonrió serena, aunque había peso en sus palabras.

—Al principio, hija, yo tampoco entendía. Pero ellos me hablaron del festival. Con el tiempo comprendí que alguien sabía lo triste y sola que estaba, y esa persona… fue como un ángel en mi vida. Os trajo hasta aquí. Me trajo compañía. Me trajo vida. —Sus ojos húmedos brillaron cuando su sonrisa se abrió un poco más.

Cada frase me atravesaba, no como dolor, sino como ternura.

Era hermoso, dolía y, al mismo tiempo, era real.

—Y hay otra cosa… —dijo Donna, inclinando levemente la cabeza.

Me acerqué, atenta.

—¿Qué es?

—No veo muy bien. —confesó en voz baja—. Hace años empecé a perder la vista. Hoy apenas alcanzo a ver un veinte por ciento de lo que debería.

Sentí un nudo en la garganta.

Miré aquellas manos arrugadas, tan frágiles, y en ese momento nació una decisión. Quizá no pudiera cambiarle la vida, pero sí hacer que no se sintiera sola.

Vine a Liverpool con ganas de conocer lugares, pero entendía que lo más importante no eran los puntos turísticos, sino los lazos que podía crear.

Personas. Historias. Corazones.

Me incliné un poco más y tomé sus manos entre las mías, sonriendo desde el alma.

—Donna, quiero que me cuente más de su historia. Puede hablar conmigo de lo que quiera. Prometo hacerle compañía siempre que pueda. No estaré mucho

tiempo en la ciudad, pero durante estos tres meses… cuente conmigo. Vamos a hacernos buenas amigas.

Las palabras salieron como un ruego sincero, casi urgente.

No lograba imaginarme en su lugar: años de silencio, sin nadie con quien compartir la rutina. Impensable.

Tardó unos instantes, pero luego se inclinó y me atrajo hacia un abrazo. Sentí la fragilidad de su cuerpo, el calor de la emoción al notar que tenía los ojos vidriosos. Intenté contenerme, pero fue inútil: el nudo creció en mi interior.

Sí, aún tenía corazón. A pesar de haberme prohibido llorar durante tanto tiempo.

—Gracias, hija. —susurró al oído—. No imaginas lo que significa para mí. Llevo tanto tiempo aislada… casi no trato con nadie.

Cuando se apartó, me sujetó las manos con firmeza, los ojos suplicantes.

—Pero prométeme algo.

—Claro. Lo que quiera. —respondí sin dudar.

—No le cuentes a nadie que vivo aquí. —pidió, casi en ruego—. Amo mi casa, el contacto con la naturaleza. Pero si descubren que una viejecita como yo vive sola en este sitio, querrán llevarme a una residencia. Y… me da mucho miedo. Sé que a veces uno comenta sin mala intención, pero… por favor, no permitas que me saquen de aquí.

Apreté sus manos con más fuerza y la miré a los ojos.

—No diré nada. Puede confiar en mí.

Y entendí, en ese instante, que el secreto de aquella mujer también era mío. Lo protegería como si fuese parte de mi propia vida.

Después de prometerle a Donna que guardaría su secreto, el ambiente se suavizó. El peso en el aire cedió a una complicidad silenciosa, y empezamos a conversar.

Yo hablé poco.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de llenar los silencios con mi voz. Me interesaba su vida, cada recuerdo que quisiera compartir. Me concentré en escuchar, en darle lo que parecía faltarle: alguien dispuesto a oír.

Donna comenzó hablando de sus hijos —Albert, Alexandra y Bertie—.

Su voz se iluminaba al nombrarlos, pero en cada frase se adivinaba una melancolía de fondo. Dijo que se había convertido en abuela hacía unos años, pero que solo había visto a sus nietos una vez, porque todos se habían marchado al extranjero.

Aquello me partió el alma.

Con cada palabra notaba cuánto le dolía la ausencia de hijos y nietos. El modo en que suspiraba, ese segundo de más antes de pronunciar sus nombres, delataba la inmensa añoranza que cargaba en el pecho.

Me sentí conmovida, como si su dolor se hubiera alojado en mí.

Luego sus ojos brillaron al hablar del marido. Pasó largos minutos recordándolo, describiendo pequeños detalles del hombre que había perdido. Por el timbre de su voz, por la suavidad con que lo evocaba, comprendí que aquel amor no se había diluido con el tiempo.

Al contrario: parecía crecer con cada recuerdo.

La alegría con que revivía lo vivido me hizo pensar. La observaba y me preguntaba si algún día sentiría por alguien un amor así: tan fuerte, tan constante.

Y, si lo sentía, si sería correspondido.

El tiempo se me fue sin darme cuenta. Me quedé en su casa al menos dos horas. Al final, me pareció justo abrirme un poco también. Le conté parte de mi historia, mis miedos, mis pequeñas conquistas.

Sentí que debía compartir algo: Donna me había dado tanto sin conocerme.

Cuando noté que debía irme, me levanté despacio y sujeté sus manos frágiles entre las mías.

—Me voy ya, pero prometo venir a verla cada semana. —dije, mirándola a los ojos.

Ella abrió los suyos, sorprendida, como si no terminara de creérselo.

—¿De verdad?

Sonreí.

—Sí, si a usted le parece bien.

Donna apretó mis manos con delicadeza y sus labios dibujaron una sonrisa tímida.

—Está bien, hija. Y gracias… gracias por escucharme. Hablo demasiado.

—Yo también. —reí, sincera—. Ya se dará cuenta.

Nos despedimos con un abrazo largo y, al salir de la casita, miré al cielo. El aire era fresco y una paz diferente me envolvió.

Muchas veces pasamos por la vida sin dar a las pequeñas cosas el valor que merecen. Pero todo lo que Donna me contó aquella tarde me llenó de fuerza.

Como si sus palabras hubieran encendido algo en mí.

De pronto, tenía un nuevo impulso para seguir mis objetivos. Un nuevo deseo de convertirme en alguien mejor.



CAPÍTULO 18

«El amor no cura todas las heridas, pero enseña a convivir con las cicatrices.»

EMILY FLORES

Hice algo sin pensarlo demasiado. En cuanto pedí el Uber, di la dirección de la calle principal de la tradición. Poco después, ya estaba frente a la puerta de otra persona a quien había conocido el primer día del festival: Maggie.

Abrió enseguida, y en su expresión no había sorpresa.

—En el fondo imaginé que vendrías —dijo, apartándose para dejarme pasar—. Entra, y no te fijes en el desorden. Tengo a dos trastos en casa.

Sonreí, cómplice.

—Acertaste.

Apenas crucé el umbral, vi a dos niños jugando con una pelota. Enseguida salieron disparados hacia el patio, riendo a carcajadas, con esa energía inagotable

de la infancia.

—Se llaman Theo y Louis —explicó Maggie, con ternura—. Tienen ocho y siete años. Estoy con ellos todo el día, ya que mi marido trabaja en transporte y pasa por lo menos quince días fuera al mes.

—¿Dan mucho trabajo? —pregunté, oyendo las risas que venían de fuera.

—Ni te lo imaginas… —rodó los ojos, pero sonrió al instante. Nos sentamos juntas, y noté que, pese al cansancio en su tono, había orgullo en su voz—. Creo que tienes algunas dudas.

Me mordí el labio, dudando.

—No son exactamente dudas, pero… —la voz se me apagó unos segundos, buscando cómo decir lo que pensaba.

—Adelante —me animó, atenta.

—Imaginé otra cosa. Pensé que las cartas no estarían ligadas a conocer gente, ¿sabes?

—Sí, perfectamente —respondió sin tardar, con una sonrisa tranquila—. A mí también me chocó al principio. Pero el sobre que cogiste es distinto.

—Entonces… ¿no todos son así? ¿No conectan necesariamente a personas?

—Para nada. —Negó con la cabeza—. Algunas cartas enlazan a parejas; la tuya, en cambio, te lleva a encuentros con personas diferentes.

—Ya… —murmuré, pensativa.

Se inclinó un poco hacia adelante, curiosa.

—¿Y qué te pareció esa primera carta en particular?

—Bueno, conocí a…

—Donna —se adelantó, dejándome boquiabierta.

—Sí —asentí, casi riéndome—. A veces olvido que seguiste los mismos pasos el año pasado.

Maggie suspiró con ternura.

—Desde el día en que la conocí, empecé a visitarla dos veces al mes. Donna tiene una historia de vida impresionante. Siempre pienso en cómo consigue

mantenerse alegre, aun estando sola y tan apartada.

Se me encogió el corazón al recordar sus ojos vidriosos.

—El problema es que teme mucho que descubran que vive sola allí.

Maggie me tomó la mano con firmeza; su mirada era seria y profunda.

—Emily… —dijo en tono grave—. Te dije que habría sorpresas en este camino, y aún habrá muchas más. Estas cartas son especiales porque nos obligan a pensar en cosas en las que casi nunca reparamos. Si pudiera, haría que todo el mundo viviera esta experiencia.

Tenía razón.

Aunque solo había dado el primer paso, sabía que pronto encontraría a otras personas y otras historias. Y, al contrario de lo que imaginé, esa expectativa me ilusionaba.

—Necesito hacerte una pregunta —dije, con la voz más firme de lo que esperaba—. Pero quiero que me contestes con sinceridad.

—Lo que quieras —respondió, ladeando la cabeza.

—Si yo no hubiese cogido el sobre, ¿lo habrías hecho tú?

Una sonrisa serena le iluminó el rostro.

—Definitivamente… no. —No dudó—. Primero, tengo que decirte que cambié mucho mi forma de pensar después de este recorrido. Me hice mejor mujer: más atenta, más cariñosa, más amiga. Por eso, no sería justo quitarle a otra persona la oportunidad de vivir lo que yo viví. Todos necesitamos tiempo para entender el mundo —cada cual a su ritmo.

Sus palabras me dieron de lleno: profundas, honestas y, sobre todo, verdaderas.

Apreté el sobre entre las manos, notando cómo se me aceleraba el corazón.

—Puedes estar segura de algo, Maggie: voy a llegar hasta el final —declaré, convencida—. Y si nadie ha logrado encontrar la última carta hasta hoy… yo seré la primera. Puedes apostar.



CAPÍTULO 19

«Cambiar es necesario, y aceptar nuevos retos es solo el comienzo…»

EMILY FLORES

El Jess' Caffee se había convertido, sin que yo lo planeara, en mi rincón fijo de las mañanas.

Algunos dirían que iba por el café cargado y los dulces caseros; otros pensarían que era por la simpatía de Jessy, siempre con esa energía contagiosa incluso en medio del ajetreo.

Pero los más atentos quizá se darían cuenta de que había un tercer motivo: Oliver.

Era imposible ignorar su presencia, incluso cuando se escondía tras ese ceño perpetuo. Tenía ese tipo de magnetismo que atraía miradas sin esfuerzo — serio, imponente, dueño de un silencio que pesaba más que cualquier palabra.

No era culpa suya si encajaba exactamente con mi tipo. Es más, me atrevería a decir: encajaba con el tipo de todas.

Lo admito: era la suma de los tres factores. El ambiente acogedor, la compañía de Jessy y… Oliver, que parecía un colirio disfrazado de mal humor.

Aquel día me senté como de costumbre, pero enseguida noté que algo no iba bien. Pasaron dos minutos y nadie se había acercado a atenderme.

El local estaba más lleno de lo habitual y, al fijarme mejor, me di cuenta de que había menos personal de lo normal. El bullicio crecía, las voces se mezclaban, y aun así, nadie aparecía.

Al cabo de unos instantes, Jessy surgió apresurada, con la respiración algo entrecortada.

—Emily… perdóname, hoy esto es una locura —dijo, ajustándose el delantal, visiblemente sobrepasada.

—¿No encontraste a nadie para sustituir a una de las chicas? —pregunté, ya imaginando la respuesta.

Jessy suspiró, los hombros hundidos en rendición.

—Por desgracia, no. Y para colmo, Luanna se torció el pie ayer. Estará de baja toda la semana. Yo… no sé qué hacer ya, me estoy volviendo loca.

La observé unos segundos.

Era fácil ver la desesperación escondida tras la sonrisa que intentaba sostener. Y fue entonces cuando mi defecto más notorio habló por mí: no sabía aceptar un no por respuesta.

Me levanté de inmediato.

—Dime qué tengo que hacer para echarte una mano.

Los ojos de Jessy se abrieron de par en par.

—Emily…

—Sí, lo digo en serio —insistí, levantando la barbilla con firmeza—. Hoy te ayudo, y si hace falta, mañana, pasado…

Abrió la boca, dispuesta a protestar, pero la interrumpí alzando la palma de la mano.

—Ni se te ocurra —corté, sonriendo de lado—. Si piensas darme una negativa, olvídalo. Soy muy cabezota cuando quiero.

Una risa se le escapó, y Jessy negó con la cabeza, mirando alrededor como si buscara fuerzas.

—No sé qué decir… solo… gracias.

—Está todo bien —aseguré, con un brillo de determinación en los ojos—. Solo dime lo básico. El resto ya me las arreglo.

Nos dirigimos a un cuartito en la parte trasera, lejos del bullicio de la sala. Era sencillo pero ordenado: montones de cuadernos de pedidos, delantales colgados y el aroma intenso de café recién molido impregnando el aire.

Jessy llamó a su única camarera para que volviera al salón y empezó a explicarme.

—Como no me va a dar tiempo a contarte todo ahora… —dijo, llevándose nerviosa los dedos al pelo—, haz lo básico: anota los pedidos y entrégalos a Karen, que está en la barra junto a la caja. Su trabajo es organizarlos y repartirlos a las camareras. Después, llevas el pedido a la mesa.

Asentí con confianza.

—Pan comido.

Ella me miró de reojo, con la cabeza ligeramente ladeada y el gesto aún receloso.

—Emily… ¿segura de que te viene bien?

Respondí sin dudar, levantando la mano en señal de saludo.

—Tranquila, jefa.

Una sonrisa sincera le iluminó el rostro y, antes de darme cuenta, me estrechó en un abrazo fuerte.

—Muchísimas gracias. De verdad —susurró contra mi hombro. Y por primera vez aquella mañana, sentí que estaba justo donde debía estar.



La primera hora fue una auténtica prueba de paciencia… y de memoria.

Confieso que no fue nada fácil. Descubrí que mi cabeza iba bien para apuntar los pedidos, pero el problema eran los nombres raros que aparecían a cada instante.

La cultura allí era distinta, y tuve que aprender rápido que «café solo» no siempre significaba simplemente café solo.

Cada bebida, cada plato, parecía tener un detalle específico, un ingrediente añadido que marcaba la diferencia para quien lo pedía.

Mientras intentaba adaptarme, escuché la voz firme de Jessy resonar por la sala.

—¡Mesa uno! —avisó, pasándome por delante con esa sonrisa incansable que nunca desaparecía de su cara.

Respiré hondo, me recolocqué el pelo de manera automática y ajusté el delantal.

El corazón me dio un vuelco cuando vi a dónde tenía que ir. Caminé hasta allí y, en cuanto me planté delante de él, sentí esa mezcla familiar de nervios y desafío extendiéndose por mi cuerpo.

—Hola —solté, intentando sonar natural.

Oliver alzó la vista despacio, analizándome de arriba abajo. Se detuvo un instante más de la cuenta en mis nuevos complementos: el delantal y el bloc de

notas en la mano.

—¿Te gusta? —pregunté, provocadora, levantando un poco la barbilla.

Él volvió a fijarse en el portátil, ignorando por completo mi intento de conversación.

—Seguro que me gusta todo… si no vuelves a derramarme café encima —respondió con frialdad—. ¿Trabajando aquí ahora?

—Vi que tu hermana iba justa de personal y me ofrecí a echarle una mano. Quizá mañana, y…

—Una baguette bien tostada y un café descafeinado —me cortó sin mirarme siquiera a la cara—. De momento, solo eso.

Sentí los dientes apretarse. Lo hacía a propósito. Me quedé allí plantada, observándole en silencio unos segundos, esperando al menos que levantara los ojos.

Al cabo de un rato, me miró de frente.

—¿Necesitas que lo repita? —dijo, con ese tono frío y cargado de impaciencia.

—No hace falta —respondí seca, mordiéndome la cara interna de la mejilla.

Odiaba que me interrumpieran, y Oliver parecía disfrutar haciéndolo.

Apunté el pedido y fui a la barra. Minutos después regresé a su mesa, dejando delante de él el plato y la taza.

Él examinó lo que tenía delante como si fuera un inspector. Luego cerró los ojos un instante, claramente contando mentalmente para no perder los nervios.

—Esto no es lo que pedí —dijo con firmeza.

Crucé los brazos, desafiándole.

—Sí lo es —y solté una risa breve, incapaz de contener la ironía.

—¿Dónde está la gracia? —frunció el ceño, irritado.

—En ninguna parte —cerré la expresión—. Has pedido una baguette y un café descafeinado.

—No, pedí té negro.

—Café descafeinado —repetí, firme.

—Té negro.

Nos quedamos así, frente a frente, como dos guerreros a punto de batirse en duelo.

El murmullo alrededor empezó a diluirse y noté que algunas mesas cercanas nos miraban con curiosidad.

—¿Algún problema aquí? —la voz de Jessy interrumpió la tensión, y sus ojos fueron directos a su hermano.

—He pedido una cosa y ella me ha traído otra, pero ya lo estamos arreglando. ¿Verdad, Emily? —dijo Oliver con un sarcasmo evidente, el labio curvado en provocación.

La sangre me hirvió. ¿Quién se creía que era para vacilarme así?

—No lo estamos —corregí, girándome hacia Jessy e ignorando a su hermano—. Él pidió café, pero no quiere admitirlo.

Oliver respiró hondo y su voz salió casi en un gruñido:

—En fin… Jessy, ¿puedes traerme mi té negro?

—No, no puedo —contestó su hermana al instante, cruzándose de brazos.

La miré, sorprendida. Oliver también.

—Hace más de un año que no tomas té, y algo me dice que no lo has pedido.

—Jessy… —empezó él, pero fue interrumpido.

—Confórmate con el café. Hasta luego, hermano.

Tuve que contener la risa. Le miré con descaro.

—Ya lo has oído. Confórmate con tu café —dije, dándome la vuelta a propósito, sin ocultar el sarcasmo.

Volví a la barra con la sensación de haber ganado una pequeña batalla. Jessy se acercó poco después, con el gesto un tanto apurado.

—Mira… perdona a mi hermano. Entenderé si no quieres seguir echándome una mano.

Crucé los brazos, fingiendo que lo pensaba.

—Ah, pero claro que quiero. Solo que voy a pedirte una cosa.

Jessy arqueó una ceja, desconfiada pero con una sonrisa traviesa en la comisura de los labios.

—¿Es lo que estoy pensando?

—Depende —respondí, mordiéndome el labio con diversión—. Pero te diré algo: me empeñaré en atender a tu hermano a partir de ahora.

Ella rió, negando con la cabeza.

—Por mí, perfecto. Y una cosa más… —se inclinó hacia mí, como si fuese a contarme un secreto—. Trátale igual que él te trate a ti. Yo miraré hacia otro lado. Necesita a alguien que sepa devolverle las pullas.

Me guiñó un ojo antes de alejarse, y me quedé allí, sujetando el bloc con fuerza.

No debería haberme dicho eso. Porque ahora, cada encuentro con Oliver prometía convertirse en una guerra silenciosa.

Y, extrañamente, yo apenas podía esperar al siguiente asalto.



CAPÍTULO 20

«Él creía que el amor era una debilidad; ella, en cambio, estaba convencida de que era la mayor fuerza del mundo.»

OLIVER CLARKE

Como si no bastara la escena ridícula de haberme tirado el café encima, ahora Emily rebatía absolutamente todo lo que yo decía.

Era insufrible.

Cerré los ojos un instante, respirando hondo, intentando recuperar la calma. Ese tipo de autocontrol me salía caro.

Por lo visto, Emily había conseguido una aliada poderosa: mi querida hermana. Jessy siempre había sido demasiado buena, generosa hasta el exceso, pero su nueva ayudante parecía llevar dinamita en la punta de la lengua. Soltaba lo que se le pasaba por la cabeza sin pensarlo dos veces, y eso me ponía en guardia.

El problema era que, aunque me incomodara, no me sentía del todo a gusto cerca de ella por un motivo que odiaba admitir: Emily llamaba demasiado la

atención.

Y eso, para mí, era lo peor.

Emily era exactamente mi tipo. En la altura, en el cuerpo, en la cara. En todo.

El único defecto —si es que podía llamarlo así— era que hablaba demasiado.

Yo evitaba a ese tipo de mujeres, porque sabía adónde llevaba ese camino: al enredo.

Algo que no tenía cabida en mi vida.

Era bueno ocultando sentimientos. Excelente, incluso. Pero no era de hierro. Bastaba con mirar su boca, con fijarme en cómo mordía el labio inferior cuando estaba a punto de replicar, y mis pensamientos se volvían un caos.

Por eso evitaba mirarla de frente. Sabía que, si lo hacía, acabaría cediendo. Y ella no podía descubrir jamás cuál era mi punto débil.

Fue en ese momento cuando Fillipe entró en la cafetería. En cuanto me vio, se acercó directo a mi mesa, tiró de la silla de enfrente y se sentó sin pedir permiso.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo va todo? —preguntó, con ese aire desaliñado de siempre.

—Lo de siempre —respondí sin mucho ánimo—. ¿Y en la clínica?

—Mucho curro —replicó, y, sin el menor pudor, me quitó media baguette y empezó a comerla como si fuera suya.

—¿Por qué no pides algo en vez de…?

—¡No me rayes, Oliver! —me cortó, masticando y mirando alrededor—. Con todo lo que aguanto de ti, lo mínimo es que tengas un detalle conmigo.

—Lo que tú digas. Hoy estoy rodeado de locos —bufé, pasándome la mano por la cara.

Y entonces la escuché a ella. Cerca. Demasiado cerca para mi autocontrol.

—¿Desea algo… señor?

Alcé la vista y la vi allí, con el delantal y el bloc en la mano. Ese “señor” sonó como una provocación, y mi ceja se arqueó al instante.

—¿Señor? —repetí, incrédulo—. ¿Tan viejo parezco?

Ella sonrió, esa sonrisa que me sacaba de quicio porque parecía genuina.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo, y odié la sensación.

Odié aún más la forma en que Fillipe la miró de vuelta. Como si hubiera gracia en todo aquello, como si la escena tuviera algo de divertido.

—Él no quiere nada —corté, antes de que mi amigo abriera la boca.

Emily se giró hacia mí, sonriendo con descaro.

—Creo que él puede responder solito —replicó, y miró directamente a Fillipe.

Mi amigo se aguantó la risa, pero vi el brillo malicioso en sus ojos. El cabrón se estaba divirtiendo a mi costa.

—Un café con leche, doncella. Frío —dijo Fillipe, aprovechando la ocasión para hacerse el gracioso.

—Muy bien —respondió Emily, apuntando y alejándose.

Puse los ojos en blanco y mascullé entre dientes:

—Dios mío… qué pastelada más innecesaria.

Fillipe no desaprovechó la ocasión. En cuanto ella se fue, soltó una carcajada sonora.

—¡Podías haberte ahorrado esa, colega! —me pinchó, golpeando la mesa.

—No me toques las narices, Fillipe —repliqué serio.

Se inclinó hacia delante, los ojos chispeando de malicia.

—Anda, dime… ¿qué te parece la nueva?

Crucé los brazos, observándole con calma.

—No es exactamente una empleada. Es amiga de mi hermana. Por lo que entendí, solo está echando una mano hoy porque una de las chicas se torció el tobillo.

—Hmm, a mí me parece interesante.

—¡Ni de coña! —gruñí, más alto de lo que pretendía—. Deja a Emily en paz, ¿me oyes?

—Vale, vale —alzó las manos en señal de rendición, aunque la sonrisa seguía ahí—. No sabía que estabais saliendo.

—No lo estamos.

—Entonces, ¿por qué tienes celos? —insistió, con la voz cargada de ironía.

—No son celos —le corté, aunque mi tono sonó más a la defensiva de lo que quería—. Ella no es de aquí y… mejor no liarse. Tú acabas de salir de una relación.

—Dios santo… —negó con la cabeza, riéndose—. Has perdido el toque con las mujeres. Voy a tener que enseñarte cómo se trata a una dama.

Me incliné hacia él, los ojos clavados en los suyos, dejando que la amenaza se colara en mi voz.

—Fillipe… no me busques.

Y por primera vez desde que llegó, pareció creerse que no estaba bromeando.

No contestó.

Pocos instantes después, Emily regresó con la bandeja y dejó la taza delante de Fillipe con esa sonrisa que parecía provocarme solo por existir.

—Su café con leche —dijo, con la voz suave, casi musical—. Si necesita algo, no dude en llamarme.

—Me llamo Fillipe —se presentó mi amigo, mirándola directamente, como si yo no estuviera allí—. Y, como ya le he dicho a mi colega, me encanta tu acento. Es muy suave.

Cerré los ojos y solté el aire.

¿De verdad tenía que aguantar esta payasada?

—Gracias —Emily sonrió, encantada con la atención—. Sé que suena un poco distinto… soy de Estados Unidos.

—Déjame adivinar… ¿Colorado? —Fillipe arqueó una ceja, seguro de sí mismo.

Los ojos de ella brillaron, sorprendidos.

—¿Cómo lo sabes?

—El acento te delata —explicó, encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio—. He viajado a Texas, Colorado y Nebraska, y tengo muy presentes algunas diferencias.

Emily se inclinó un poco, genuinamente interesada.

—Es mi primera vez aquí, pero me está encantando la ciudad. He venido por el festival.

—Ah, el festival… —rió él, entusiasmado—. Me encanta participar. Hay sitios preciosos por aquí. Si quieres, puedo…

—¿Y bien, Fillipe? —solté, golpeando la mesa e interrumpiendo aquella escena digna de una cita casual—. ¿Qué tal si hablamos de negocios?

Emily me lanzó una mirada, y su sonrisa se transformó en pura provocación.

—Perdona a mi amigo —dijo Fillipe, ignorando mi arranque—. Es un cascarrabias, pero en el fondo es buena persona.

—Cascarrabias ya me he dado cuenta —replicó Emily enseguida, sin apartar los ojos de mí—. Ahora, lo de buena persona… tengo mis dudas.

Esa mujer disfrutaba pinchándome.

—Con permiso —concluyó, recogiendo la bandeja—. Si necesitan algo, solo tienen que llamarme.

Mi amigo asintió, demasiado encantado para mi gusto, y esperó a que se alejara. Después, cruzó los brazos y me miró con una sonrisa torcida.

—Tío… te odia —dijo, riéndose por lo bajo—. Pero creo que también se ha dado cuenta.

—No tengo tiempo para esto, Fillipe —respondí seco—. ¿Qué querías decirme?

Él dio un sorbo a su café con leche antes de contestar.

—Nada especial. Solo quería avisarte de que la semana que viene es obligatoria tu presencia en mi nueva clínica.

—Enhorabuena. Ya era hora. Iré.

—Siempre encuentras la forma de escapar de los amigos, de las fiestas… y de las mujeres.

Crucé los brazos, impaciente.

—¿Necesitas algo más?

—Sí —se levantó, con esa sonrisa burlona en la cara—. Paga mi café con leche.

Puse los ojos en blanco, pero debía haberlo sabido: con Fillipe siempre era lo mismo. Yo pagaba las cuentas y, al final, me quedaba con la paciencia agotada.



CAPÍTULO 21

«Todo en ella le irritaba y, aun así, todo en ella le atraía.»

OLIVER CLARKE

Mi día había sido agotador, de esos en los que cada segundo parece pesar el triple. Me bastó poner un pie en el edificio de mi empresa para sentir cómo la rabia se acumulaba en el pecho.

De nada servía delegar funciones si luego la gente hacía todo como le venía en gana, como si mis órdenes fueran simples sugerencias prescindibles.

A veces tenía la sensación de que la única solución sería despedir a la mitad del equipo; quizá así el resto entendería que no estaba allí para juegos.

—Oliver, tenemos un problema con… —empezó Paollo, con voz cautelosa.

—Arréglalo. Me voy. —lo corté sin frenar el paso, ya alejándome.

No insistió. Paollo me conocía lo suficiente como para saber que, en días como aquel, lo más sensato era callar y solucionarlo él mismo. De lo contrario, sería

su cabeza la que rodara.

Cuando salí del edificio, fui directo a recoger a Emma al colegio. Y, como si el universo quisiera poner a prueba mi paciencia, el tráfico volvió a engullirme, retrasando mi llegada casi veinte minutos.

Cada bocinazo, cada semáforo en rojo parecía burlarse de mí. Lo que más me corroía era perder tiempo precioso con mi hija.

Nada me enfurecía tanto como eso.

Al entrar en el colegio, encontré la clase casi vacía. Solo estaban la profesora y Emma dentro.

En cuanto me vio, corrió hacia mí con esos pasitos apresurados. Me agaché de inmediato, abriendo los brazos para recibirla. Su abrazo me envolvió como un bálsamo, y me permití quedarme así, pegado a ella, durante largos segundos.

—Has tardado, papá —se quejó en voz baja, con los ojos muy abiertos fijos en los míos.

—Perdona, cariño —acaricié su pelo suave—. El tráfico estaba fatal… ¿me perdonas?

Asintió con un "ajá", sencillo pero suficiente para aliviar el peso que llevaba encima. Le hice un gesto de agradecimiento a la profesora por haberse quedado esperándonos, y salimos juntos por el pasillo.

—¿Qué tal la clase hoy? —pregunté, sujetando su pequeña mano.

—Bien, papá. He aprendido a hacer cuentas con los deditos —respondió orgullosa.

—¿En serio, cielo? —sonreí, sorprendido, mientras la acomodaba ya en la sillita del coche.

—Ajá. Pero solo tengo diez dedos en las manos, ¿verdad? —dijo, frunciendo el ceño como si aquello fuera una injusticia.

Solté una risa baja.

—Tengo una idea —le guiñé un ojo y le quité una de las zapatillas.

—¿Cuál? —preguntó, riendo antes incluso de escuchar la respuesta.

—Usa los deditos de los pies —le hice cosquillas y el coche se llenó con la carcajada deliciosa de mi hija.

Ese instante se convirtió, sin duda, en lo mejor de mi día. La única vez en que me permití sonreír de verdad.

—Papá te quiere, ¿sabes? —le dije, con la voz cargada de ternura.

—¿Muchíííííísimo? —replicó, con los ojos brillantes.

—Muchíííííísimo —confirmé, besándole la frente con delicadeza antes de sentarme al volante.

Mientras conducía, pensé en lo difícil que me resultaba expresar amor a alguien que no fuera de mi familia.

Era como si existiera un bloqueo invisible, un muro que me mantenía lejos de cualquier vínculo más allá de lo necesario. Pero, mirando a Emma por el retrovisor, comprendí que quizá algún día mi vida diera un giro de ciento ochenta grados.

Quién sabe, tal vez algún día consiguiera ser distinto.

Aun así, era plenamente consciente de algo: probablemente tardaría mucho tiempo.



CAPÍTULO 22

«Nuestro corazón es curioso, ¿verdad? Justo cuando menos lo esperamos, late con más fuerza… y en ese instante entendemos que estamos… jodidos.»

OLIVER CLARKE

En los días que siguieron, empecé a notar un patrón. Siempre que entraba en la cafetería, me atendía la misma persona: Emily.

Jessy me explicó que, por las mañanas, estaría allí, al menos hasta que mi hermana consiguiera contratar a alguien fijo. Y, por mucho que fingiera que me daba igual, aquello me removía por dentro.

De vez en cuando, sin poder evitarlo, mi mirada la seguía. La veía sonreír mientras atendía otras mesas, reírse de algún chiste sin importancia o simplemente intercambiar palabras ligeras con los clientes.

Nunca conmigo, claro.

No tenía motivo alguno para sonreírle a un hombre que ni se molestaba en mirarla. Pero lo que me llamaba la atención era otra cosa: la naturalidad de su alegría.

Había en ella algo que me recordaba a Jessy: la disposición, la energía, el brillo en los ojos. Pero, a diferencia de mi hermana, Emily discutía conmigo a todas horas.

Ella provocaba, yo respondía. Yo la pinchaba, y ella contraatacaba al instante.

Después, Emily se acercó a la mesa con el mismo aplomo de siempre.

—¿Cuál es su pedido de hoy?

—Lo de siempre —respondí sin levantar la vista del portátil.

—Eso no existe en el menú, señor —dijo, y percibí el veneno disfrazado en la palabra «señor».

Respiré hondo, arqueando una ceja. Por supuesto que no iba a perder la ocasión de pincharme.

—¿Señor?

—Sí —replicó, erguida, con los ojos fijos en los míos—. Soy educada. Aquí dentro trato a la gente de señor y señora.

—Tiene un defecto grave —solté, seco.

—¿Cuál? —cruzó los brazos, esperando.

—Habla demasiado cuando no hace falta.

Emily parpadeó, sorprendida, y luego ladeó la cabeza con incredulidad.

—¿Y desde cuándo es un problema?

—Para algunos, lo es —cerré el portátil y la encaré de frente—. Yo valoro el silencio. Lo necesito.

Ella sonrió, como si solo estuviera esperando esa excusa.

—¿De verdad? Pues tengo una solución.

Me incliné hacia delante, casi curioso, aunque no quisiera reconocerlo.

—Me encantaría oírla, puedes estar segura.

Emily señaló con la barbilla hacia la ventana y acompañó el gesto con la mano.

—Mire justo en frente. Allí también hay una cafetería. Váyase a desayunar tranquilo y en paz. Le prometo que no le seguiré, señor.

Por un segundo me quedé sin reacción. Luego solté una carcajada incrédula.

—Esto tiene que ser una broma.

—¿Tengo pinta de estar bromeando? —replicó seria—. Vine a Liverpool para conocer gente, hablar hasta cansarme mi preciosa boca. —me guiñó un ojo, descarada—. No es culpa mía que no le caiga bien solo porque le dejé empapado de café caliente.

La sonrisa se me borró al instante.

Iba a contestar, pero ya se había dado la vuelta, caminando hacia la barra con la seguridad de quien sabe que ha ganado.

Emily era una buena persona. Lo sabía.

El problema era yo.

La cuestión era que nadie se había atrevido nunca a plantarme cara de esa forma. Yo estaba acostumbrado a tener siempre la última palabra, a recibir silencio como respuesta.

Pero ella… no. Emily ni se lo pensaba antes de enfrentarse a mí, y eso me sacaba de quicio.

Pocos minutos después regresó a la mesa. No preguntó nada, no hizo ceremonia. Simplemente dejó el plato delante de mí, sin comentario alguno.

Miré la comida. No era lo que había pedido… entre otras cosas, porque, técnicamente, no había pedido nada. Pero, tal y como imaginaba, había acertado de pleno en lo que yo quería.

Emily no dijo una palabra. Solo se alejó con ese aire satisfecho, dejándome a solas con mi plato y con la incomodidad de estar, una vez más, en desventaja frente a ella.



Hacía ya dos años que mis pasos seguían el mismo recorrido, de lunes a sábado, como si mi vida hubiera entrado en una coreografía ensayada y previsible.

Venía cada mañana a la cafetería, ocupaba siempre la misma mesa, la más apartada del salón, y me quedaba allí hasta las once, más o menos.

Aquel hábito se había convertido en un refugio, un espacio donde el estrés parecía disiparse, a diferencia de lo que ocurría en mi edificio de oficinas, donde cada segundo era devorado por problemas y exigencias.

Por la tarde, mi rutina era otra. Solía visitar alguno de mis restaurantes para observar de cerca el desempeño del personal o resolver cualquier imprevisto que reclamara mi atención inmediata.

No toleraba fallos.

Para mí, los errores no eran simples deslices: eran signos de debilidad. Y yo no admitía debilidad en nada que llevara mi nombre.

El comienzo, sin embargo, había sido duro. El Joe's, mi primer restaurante, nació a base de sudor, sacrificio y obstinación. Trabajé en tres empleos al mismo tiempo, hace siete años, para reunir lo suficiente y levantar aquel sueño.

Recuerdo las noches en vela, las cuentas que apenas cuadraban, las manos encallecidas por el esfuerzo. Pero el Joe's prosperó. Se convirtió no solo en un restaurante, sino en el cimiento de todo lo que vendría después.

Los demás locales llegaron como consecuencia natural. El éxito del primero abrió caminos y avancé sin mirar atrás. Me mantuve como jefe y

administrador de mano dura, exigente, inflexible.

Creo que fue precisamente esa rigidez la que se transformó en el pilar fundamental de la solidez de mi imperio.

En apenas cinco años, abrí veinte restaurantes más, cada uno con identidad propia. Ya no se trataba solo de comida americana o italiana, como en los primeros proyectos.

Mi red ofrecía sabores que cruzaban fronteras: platos mexicanos, brasileños, japoneses, argentinos, canadienses, portugueses, españoles, holandeses.

La diversidad siempre había sido mi sello. Yo no vendía únicamente comida: ofrecía el mundo convertido en experiencia.

Ese amor por la gastronomía global no nació de la nada. Había estado ya en más de treinta países. Cada viaje, cada plato degustado en una calle olvidada o en un restaurante de renombre, lo traía conmigo como aprendizaje.

Puse toda esa experiencia en práctica. Invertí fuerte, sin miedo, contratando a los mejores chefs para cada especialidad.

Sabía que obtendría retorno. Y si por casualidad no lo tenía, cambiaba la pieza que desentonara en el conjunto.

Siempre fui así: si algo no funciona, lo elimino.

La verdad es que me hice millonario con mis propias manos. Y había orgullo en eso, claro. Mucho.

Pero junto con el dinero llegaron también los compromisos. Y con los compromisos, una mente saturada.

Cuanto más crecía, más difícil se volvía mantenerlo todo bajo control. Ya me había costado administrar un único restaurante; ahora, con veinticinco, la presión era insoportable.

Muchos me juzgaban por querer controlarlo todo. Decían que era exagerado, una obsesión por la perfección. Tal vez lo fuera.

Pero lo cierto es que no sabía ser distinto. El control siempre estuvo en mi sangre.

Había nacido así. Y cambiarlo no entraba en mis planes.

Hoy mi paciencia se agotó del todo. Ya estaba al límite cuando, para colmo, me vi atrapado en una tarea que no me correspondía. Dos horas sentado allí, intentando resolver una maldita fórmula de Excel, y nada avanzaba.

Era como si el archivo se hubiera convertido en mi enemigo personal, una barrera imposible de atravesar. No soportaba la incompetencia, sobre todo la mía.

Mi mirada fija en la pantalla era una mezcla de rabia y frustración cuando escuché su voz a mi espalda.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó Emily, con ese tono que sonaba educado, pero escondía un hilo de ironía.

Solté un suspiro pesado.

—Sí. Paz. Tranquilidad —bufé, incapaz de disimular el cansancio.

—Borde —respondió, fulminándome con los ojos, como si disfrutara viéndome perder el control.

Alcé la vista, tenso, y asentí con la cabeza.

—No es culpa tuya —admití, en un raro momento de tregua—. Solo necesito corregir una fórmula y me voy. Y tú estarás en paz, sin tener que aguantar mi cara.

Ella arqueó las cejas, curiosa.

—¿Fórmula?

—Sí —me masajeé la sien, exhausto—. Tengo que unir cinco funciones en una sola, pero debo de estar fallando en la maldita lógica matemática.

Emily se acercó despacio. Sentí su presencia antes incluso de verla. Se inclinó por detrás de mis hombros y, por un instante, el aroma dulce que desprendía invadió mi espacio, desordenando todavía más mis pensamientos.

Cerré los ojos sin querer, dejándome envolver por ese olor.

—¿Y bien? —pregunté, forzando una sonrisa leve, casi divertida.

Ella rió bajito, como si confesara una torpeza íntima.

—Muy complejo… no entendí nada. No se me da bien la matemática, ¿sabe? —dijo, casi apenada.

Me encogí de hombros, resignado.

—No te culpo. A mí tampoco.

—Entonces, suerte —soltó, mientras recogía algunas cosas de la mesa, antes de alejarse.

Mi tiempo se había acabado. Cerré el portátil y lo guardé en la mochila. Me levanté y fui hasta la barra, donde Jessy lo organizaba todo con su energía habitual.

—Tu nueva empleada es… diferente —comenté, lanzando una mirada de reojo hacia Emily.

Jessy sonrió, divertida.

—¿Qué ha hecho?

—Me echó de aquí. Dijo que, si no estoy a gusto, tengo una cafetería justo enfrente.

—Hago mías sus palabras —cruzó los brazos, triunfante.

—Dos locas… —murmuré, aunque en el fondo me descubrí sonriendo sin querer.

—Ya te acostumbrarás a ella —aseguró, corriendo de inmediato a atender otra mesa.

El local estaba a rebosar por el festival, todas las mesas llenas, y aun así, incluso sobrecargada, Jessy irradiaba felicidad.

Ver a mi hermana así me producía una alegría silenciosa, un orgullo que no expresaba con palabras, pero que sentía muy dentro.

Me colgué la mochila al hombro y me preparé para salir.

En el camino hacia la puerta, sin embargo, vi a Emily venir hacia mí. Sus ojos se cruzaron con los míos un instante: tiempo suficiente para descolocarme. Y en ese mismo segundo tropezó.

Antes de que cayera, mis reflejos actuaron solos. La sujeté con firmeza contra mi cuerpo.

Todo ocurrió demasiado rápido, pero fue lo bastante intenso como para dejarme sin aire. Su aroma volvió a invadirme y, esta vez, no había escapatoria.

El pecho se me contrajo, los músculos se tensaron.

No era nada bueno. Emily tenía la capacidad de removerme de una manera que yo evitaba a toda costa.

—Perdóneme —murmuró, aún demasiado cerca—. Y… solo para que quede claro, no me he lanzado encima de usted. Podría, pero no lo he hecho.

Curvé la boca en una sonrisa casi imperceptible.

—Mírelo por el lado positivo: al menos esta vez no me ha tirado nada caliente encima.

—Muy gracioso… —replicó, aunque un pequeño gesto de sonrisa se le escapó, iluminándole el rostro.

Mis manos aún sujetaban sus codos. Noté cuando sus ojos descendieron hacia ellos, fijos, y enseguida retiré el contacto.

Tragué saliva, acomodé la mochila y murmuré:

—Tengo que irme.

Salí de la cafetería antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que Emily descubriera que, por mucho que yo lo negara, ya empezaba a resquebrajar mis defensas.



CAPÍTULO 23

«No todas las historias de amor empiezan con promesas; algunas comienzan con secretos.»

EMILY FLORES

—Me ha gustado la idea de despachar a mi hermano.

—Le hace falta una lección de buenos modales —respondió Jessy en el mismo tono, aunque en sus ojos apareció, por un instante, una seriedad inesperada.

El bullicio de la cafetería había disminuido. El constante ir y venir de pedidos y risas dio paso a un silencio relativo, y ahora estábamos las dos apoyadas en la barra, por fin respirando.

Jessy se giró hacia mí, el gesto más suave, aunque también más lejano, como si su mente hubiera viajado al pasado.

—Mi hermano es una buena persona, Emily —dijo con calma—. Solo que ha pasado… por demasiado.

Su expresión cambió. Los ojos se perdieron durante unos segundos, como si viejas imágenes, quizá dolorosas, atravesaran su memoria.

—¿Hace poco? —me atreví a preguntar, temiendo haber cruzado una línea.

Tardó unos segundos en responder.

—Desde que nació —confesó, seria—. No llegamos a conocer a nuestros padres.

La revelación me pilló desprevenida.

Noté mi cuerpo en alerta, el corazón acelerado. No esperaba que compartiera algo así conmigo, sobre todo porque aún no nos conocíamos demasiado.

—Yo… ni sé qué decir —murmuré, sintiendo un peso que no me pertenecía.

Jessy inspiró hondo, y cuando volvió a hablar, ya tenía una ligera sonrisa en la comisura de los labios, aunque discreta.

—Y no tienes que decir nada —aseguró, mirándome de nuevo—. Algún día te contaré parte de nuestra historia. Pero, en resumen… nos abandonaron en un orfanato de la ciudad. Nos adoptaron unos años después.

Su voz sonaba firme, pero dulce, como si quisiera suavizar el golpe de sus propias palabras.

—Lo entiendo.

—Mi hermano siempre ha sido un hombre hermético, Emily. Nunca le ha gustado relacionarse. Y, para colmo, aún arrastra algunos traumas recientes…

Cerró los ojos un instante, respiró profundo, como si apartara los recuerdos, y al abrirlos de nuevo sonrió con más ligereza, intentando devolver la normalidad a la conversación.

—Pero… cambiemos de tema —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Qué te parece tu nuevo trabajo?

Le devolví la sonrisa, acompañando el giro de tono.

—Muy distinto a lo que estoy acostumbrada, pero me está gustando. Es bonito charlar con gente tan variada, escuchar historias… Esa es la parte que más

me alegra. Me gusta la simpatía de los clientes y siento que cada día aprendo un poco más de vuestra cultura.

—¿De verdad no te importa trabajar de camarera? —preguntó, ladeando la cabeza, como temiendo que mi respuesta estuviera cargada de orgullo herido.

—Para nada. Toda profesión es importante. Además, tengo algo dentro de mí, una necesidad de ayudar. No me da ninguna vergüenza.

Ella me miró con ternura, los ojos llenos de admiración.

—Eres buena persona, Emily.

—Solo soy un poco majilla —bromeé, guiñándole un ojo para quitar hierro.

Jessy rió, pero enseguida entrecerró los ojos, analizándome con un aire misterioso.

—Entonces, siendo tan majilla, seguramente aceptarás mi invitación.

Incliné la cabeza, intrigada.

—¿Qué invitación?

Fue entonces cuando su sonrisa se ensanchó, cargada de segundas intenciones, y, con voz baja, Jessy me reveló de qué se trataba…



CAPÍTULO 24

«Conquistar es necesario, pero no podemos olvidar todo lo que hemos vivido para llegar al objetivo final…»

OLIVER CLARKE

Resolví buena parte de mi trabajo allí mismo, en la cafetería.

El día, para mi sorpresa, transcurría tranquilo, sin el bullicio habitual que solía distraerme.

Aquel silencio relativo me regaló un raro momento de concentración, y conseguí adelantar asuntos importantes, entre ellos la negociación para la compra de otro restaurante.

Claro que el verdadero desafío no sería la adquisición en sí, sino la reforma casi total que necesitaría. Aun así, lo más complicado ya estaba hecho: convencer al antiguo dueño de vender.

Pocos sabían resistirse a mi insistencia cuando yo decidía que algo debía ser mío.

—¿Desea algo más, señor? —su voz interrumpió mis pensamientos.

Alcé la vista, y allí estaba Emily. Guapísima, con esa sonrisa irónica que parecía siempre dispuesta a desestabilizarme.

—Sí —respondí, fijándome adrede en su rostro—. Que deje de llamarme señor. Eso ya me ayudaría bastante.

Esta vez no se contuvo. Se rió en mi cara, descarada, como si acabara de contar el mejor chiste del día.

Nuestras interacciones eran extrañas, casi infantiles, pero había algo magnético en su espontaneidad. Conseguía arrancarme una calma que yo ni siquiera admitía ante mí mismo. Emily me divertía, incluso cuando me empeñaba en mantener el rostro impasible.

—Lo pensaré, Oliver —dijo, recalcando mi nombre como si fuera un desafío.

—Así está mucho mejor —repliqué en el mismo tono, y vi cómo sus labios se curvaban en una sonrisa breve, casi involuntaria.

Inclinó la cabeza y preguntó, como quien recuerda algo trivial:

—Se me olvidaba… ¿resolviste tu problema con el Excel?

Solté un gruñido frustrado, echándome hacia atrás en la silla y estirándome.

—No.

—Toma —dijo de repente, sacando algo del bolsillo y dejándolo sobre mi mesa.

Miré el objeto y arqueé una ceja.

—¿Qué es esto?

—Un pendrive. ¿Nunca has visto uno? —se burló, cruzándose de brazos.

Había algo distinto en ella ese día. Desde la mañana notaba un aire más serio, menos juguetón. Su tono aún tenía un filo de ironía, pero sus ojos delataban otra cosa.

—Sé lo que es un pendrive —contesté—. ¿Pero por qué me lo das?

—Conéctalo al portátil y abre el bloc de notas —ordenó, firme, como si no admitiera réplica.

Me quedé unos segundos observándola.

No parecía estar bromeando. Al contrario, hablaba con una seriedad inusual, como si aquello tuviera más peso del que yo imaginaba.

—No tengo todo el día —insistió, impaciente.

Asentí, sin ganas de discutir, e hice lo que me pedía. Conecté el pendrive y abrí el archivo señalado.

Fue entonces cuando Emily se acercó y, sin pedir permiso, arrastró la silla para sentarse a mi lado. El calor de su cuerpo tan cerca me incomodó por dentro, aunque por fuera mantuve la misma postura fría.

Su olor invadió mi espacio, dulce y provocador, distrayéndome más de lo que quería admitir.

Intenté centrarme en la pantalla, pero la cercanía de Emily hacía imposible ignorar la sensación de que, en cualquier momento, podía derribar las barreras que yo me esforzaba tanto en mantener.

—Listo —dijo con aire triunfal, como si acabara de resolver el mayor enigma del mundo—. Abre el bloc de notas y copia la fórmula que aparece allí. Luego la pegas en tu hoja y… voilà.

Incliné la cabeza, receloso.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Por qué no lo compruebas? —replicó, cruzando los brazos, con los ojos fijos en cada uno de mis movimientos.

Respiré hondo.

No tenía nada que perder. Hice exactamente lo que me indicó: copié y pegué la fórmula, introduje números aleatorios y… la cuenta cuadró. Precisa, perfecta, como si siempre hubiera estado allí.

Miré la pantalla, luego a ella.

—¿Cómo has podido resolver esto con solo echarle un vistazo unos segundos?

Emily se encogió de hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

—Tengo buena memoria. Ayer, cuando me puse detrás de ti, vi lo que necesitaba.

—Pero… eso requiere bastante conocimiento matemático —insistí, aún incrédulo.

—Sí, es cierto —respondió con total naturalidad.

—Tú me dijiste que eras malísima con los números —recordé, entrecerrando los ojos.

Su sonrisa se ensanchó, descarada.

—Mentí —confesó, sin pizca de remordimiento—. Quería verte dándole vueltas, pero me dio pena, ¿sabes? Tengo buen corazón. Verte allí, todo nerviosito, a veces me despierta compasión.

Me pasé la mano por la cara, sin creérmelo.

—Sigo sin aceptar que lo resolvieras tan fácil.

—Para mí no es nada complicado —dijo con firmeza, inclinándose hacia delante hasta que sus ojos se encontraron con los míos. La intensidad me desarmó —. Soy licenciada en Matemáticas. Tengo un máster. Y cuando regrese a mi ciudad, empezaré el doctorado. Así que… de nada por la ayuda. —me guiñó un ojo, con un aire travieso—. Puedo hablar demasiado, pero detrás de esta carita hay alguien extremadamente inteligente.

—Gracias, pero… no hacía falta que te preocuparas. Lo habría resuelto tarde o temprano.

Emily puso los ojos en blanco de manera teatral y se llevó la mano a la frente, como si lidiara con la mayor estupidez del mundo.

—¡Hombres! —exclamó, con dramatismo—. ¿Para qué os necesitamos nosotras, en realidad…?

Se giró y salió con paso firme, el sonido de sus tacones resonando en el suelo de la cafetería.

Mientras se alejaba hacia la barra, dejé que mi mirada la siguiera.

Era inevitable. Me fijé en la forma en que se movía, en la seguridad de su porte, en el vaivén ligero de su pelo a cada paso. La deseé sin disimulo, sintiendo

cómo el pecho se me apretaba por algo que no quería reconocer.

Me gustaba su lengua afilada, la forma en que decía lo que pensaba sin medir las consecuencias.

Emily no era, ni de lejos, una mujer común. Y precisamente eso era lo que me atraía, como una llama que crecía día tras día, amenazando con consumir todas mis defensas.



CAPÍTULO 25

«Su silencio ocultaba más que palabras; escondía cicatrices que ella aún estaba por descubrir.»

OLIVER CLARKE

—¿Cinco más cinco?

Emma frunció el ceño y empezó a contar con los deditos, la lengua entre los labios, concentrada. Cuando terminó, abrió la mano llena y, con el brillo del descubrimiento en los ojos, dijo:

—¡Diez, papi!

Sonreí, el pecho lleno de orgullo.

—¡Muy bien! Ahora... ¿siete más ocho?

Esta vez hizo lo mismo, pero recordó la pista que le había dado días atrás. Miró sus propios pies, se quitó las zapatillas y empezó a contar con los deditos

diminutos de los pies. Tardó un poco, los ojos pasando de un pie al otro, pero al final respondió con firmeza:

—¡Quince!

—¡Dios mío! —exclamé, riendo y atrayéndola a mi regazo—. ¡Qué lista eres! —La abracé con fuerza, sintiendo ese olor dulce de niña que me desarmaba por completo.

Aquel día, por primera vez en semanas, logré salir antes del trabajo. No estaba siendo un padre presente, y la conciencia de ello me corroía. Tenía informes apilados sobre mi mesa, contratos por revisar, emails que pedían respuesta inmediata.

Pero, por primera vez, decidí que nada de eso era más importante que estar allí. Y aunque la culpa profesional intentara acecharme, en el fondo supe que había tomado la decisión correcta.

Por el rabillo del ojo vi a Jessy entrar en casa sin ceremonia, como siempre. Ya tenía prácticamente medio cuerpo dentro de mi nevera, rebuscando como si fuera la dueña del lugar.

—Por favor, compórtate hoy —dije, sin mirarla.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, recelosa.

—He invitado a Emily a cenar con nosotros —respondió ella con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué?

—Porque me dio la gana —replicó divertida, y hasta me lanzó un beso desde lejos. Yo solo negué con la cabeza, en evidente desacuerdo—. En realidad, es para agradecerle la ayuda en la cafetería. Lleva casi una semana allí.

—Bueno… —murmuré.

—¿Puedo confiar en ti? —me preguntó al fin, cerrando la nevera y mirándome en serio.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Por qué crees que haría una tontería?

Jessy cruzó los brazos y arqueó una ceja.

—Porque, cuando quieres, eres pésima compañía —dijo con reproche—. Echo de menos a mi hermano comunicativo, alegre, feliz...

Aquellas palabras me golpearon de lleno.

—¡Ese hermano murió con Isabella, que quede claro! —respondí, cortante, interrumpiéndola.

—¡Tú no sabes si ella murió! —replicó ella con la voz temblorosa.

—¡Que ella…!

—¡Cuidado con la boca! —me reprendió Jessy, sus ojos clavándose en Emma, que veía la tele en el salón ajena a la tensión—. Pareces un niño. Supéralo, Oliver. La gente cambia.

—Fácil decirlo cuando no has sido engañada por tres personas distintas —mi voz salió cargada de furia.

Ella se quedó en silencio.

Aparté la mirada, fijándome en un punto cualquiera de la pared; no podía encarar a mi hermana. Los recuerdos eran cadenas: se agarraban a mi mente y me asfixiaban cuando brotaban.

Jessy intentó una vez más:

—No sabes si Isabella te fue infiel.

Mi risa fue amarga.

—¿En serio? ¿Me abandonan en el altar, me dejan una nota de despedida y tú me vienes a decir que no lo sabes?

—¿Cómo iba a saberlo, Oliver? —su voz bajó hasta convertirse en un susurro suplicante—. Mi propio hermano nunca le contó a nadie lo que ponía esa nota.

—Y no hace falta —mentí—. Tiré esa porquería hace mucho tiempo.

Pero no era verdad.

Aún la guardaba. A veces releía esas palabras como quien remueve una herida solo para sentir la punzada otra vez. Y, de forma enfermiza, había días en que me gustaba estar enfadado.

—Olvídalo. Emma es el mayor regalo de tu vida. Por mucho que Isabella hiciera lo que hizo… te dio una hija, Oliver.

—Y podría volver y arrebatármela —exploté, la voz quebrándose casi al final—. ¿Crees que no lo pienso todos los días? ¿Que no temo perder a mi hija por alguien que nunca se preocupó, que no apareció en todos estos años? ¿Una mujer que desapareció la víspera de mi boda?

La rabia me consumía, quemándome por dentro.

Prometí no enfadarme esa noche, pero fue inútil; otra vez lo tiraba todo por la borda.

Jessy se acercó, bajando la voz.

—Sé que tienes miedo… yo también lo tengo. No soportaría estar sin Emma. Pero en el fondo creo que eso no pasará. Isabella siguió con su vida. Si ella escogió eso, no podemos cambiarlo.

—Espero que no vuelva.

—Oliver… —suspiró Jessy—. Déjalo y arréglate. Vas a cenar con nosotros, con nuestros padres y con Emily. Si no vienes, yo misma seré una pésima hermana.

La miré y, por un instante, una sonrisa se escapó.

Jessy y «pésima» en la misma frase no pegaban; ella era la calma dentro de mi caos, el pilar silencioso que impedía que me derrumbara.

—Haré ese sacrificio por ti, hermana —murmuré.

—«Sacrificio», ya —resopló ella, saliendo por la puerta.

Me quedé allí viendo cómo se alejaba y un calor apretado me inundó el pecho. La quería más de lo que ella imaginaba. Más de lo que yo mismo lograba admitir.



CAPÍTULO 26

«Ella no tenía idea del peligro que suponía despertar sentimientos en un hombre como él…»

EMILY FLORES

Cuando Jessy me invitó a cenar en su casa, imaginé algo sencillo, íntimo, quizá solo nosotras dos. Pero en cuanto crucé la puerta, me di cuenta de que había más gente.

Un señor y una señora estaban de pie en el salón, sonriendo con calidez en cuanto nuestros ojos se encontraron.

—Bienvenida, Emily —dijo la mujer, acercándose sin titubeos—. Me llamo Marisa, soy la madre de Jessy.

Antes de que pudiera responder, me envolvió en un abrazo apretado, de esos que rebosan acogida. Me sorprendió, pero lo devolví, sintiendo el calor humano que irradiaba.

Después, el hombre a su lado repitió el gesto, firme pero igual de afectuoso.

—Y yo soy Isaac. Estás en tu casa.

En ese instante entendí enseguida de dónde le venían a Jessy la generosidad y la energía contagiosa. Sus padres eran la personificación de la misma bondad.

—Oliver llegará en seguida —explicó Marisa, girándose hacia la escalera—. Estará arreglando a Emma.

—¿Emma? —pregunté, dudosa, sin ocultar mi desconcierto.

Se miraron entre ellos con naturalidad, como si esperaran esa reacción.

—Sí —Marisa sonrió—. Mi nieta.

Sentí que los ojos casi se me salían de las órbitas.

¿Oliver tenía una hija?

—Lo sé —dijo ella, divertida con mi asombro—. Siempre impacta la primera vez que se escucha.

—¿Y la madre…? —me atreví a preguntar, eligiendo bien las palabras.

El semblante de Marisa se suavizó, aunque una sombra de tristeza se reflejó en sus ojos.

—Bueno… no sabemos nada de ella desde hace años.

La revelación me dejó helada.

El golpe me desestabilizó y durante unos segundos guardé silencio, reflexionando sobre el peso que eso debía de tener en la vida de Oliver. Quizá era uno de los motivos que lo hacían tan hermético, tan inaccesible.

—Y hablando de mi hijo… —murmuró Marisa, y al girarme lo vi.

Oliver bajaba los últimos peldaños de la escalera de la mano de una niña de ojos claros y melena larga. Aún no había reparado en nuestra presencia, pero su sonrisa era inconfundible.

La forma en que miraba a su hija, la ternura reflejada en su rostro, resultaba casi irreconocible para quien solo conocía al hombre serio de la cafetería.

Emma le devolvía la mirada con el mismo brillo, y juntos componían una escena que me encogió el corazón.

Poco después se unieron a nosotros.

—Hola, soy Emma —dijo la niña, caminando hacia mí con una seguridad que me desarmó por completo.

—Hola, Emma. Me llamo Emily —respondí, agachándome para abrazarla.

Al tenerla entre mis brazos, pude observar mejor su rostro. Era imposible negarlo: tenía la nariz y las cejas de su padre.

—Buenas noches, Emily —la voz grave de Oliver resonó a mi espalda.

—Buenas noches, Oliver —contesté, más contenida, sintiendo aun así el calor subir a mis mejillas.

Su presencia, tan cerca, seguía teniendo el poder de descolocarme. Y verle con ropa informal, relajado, solo intensificaba el efecto. Mis ojos se deslizaron de forma instintiva hacia lugares indebidos, y solo recé para que no se hubiera dado cuenta.

—No te asustes —intervino Jessy, divertida—. La finca tiene tres casas, pero cada uno vive en la suya.

—En teoría —Oliver replicó enseguida, con ironía—. Mi querida hermana pasa más tiempo en la mía.

—Anda ya… —protestó ella.

—¿A que sí, hija? —preguntó él, mirando a Emma.

La niña asintió inocente, y Jessy cruzó los brazos fingiendo indignación.

—¿Me estás traicionando, Emma? —dramatizó—. ¡Nos quedamos sin juegos esta semana!

Emma abrió mucho los ojos, indecisa, y corrió hacia su padre buscando protección.

—¡No! La tía no viene, papá.

—¡Qué vergüenza, jovencita! —Oliver fingió gruñir, pero enseguida toda la sala estalló en carcajadas. Incluso él.

La escena me dejó descolocada.

Allí, frente a mí, Oliver parecía otro. Con su hija al lado, su mirada se suavizaba, la rigidez desaparecía. Era como descubrir una versión secreta de él,

reservada solo para Emma.

Y, sin darme cuenta, yo también estaba sonriendo.

—Espero que te guste la comida española —anunció Jessy con una sonrisa traviesa—. Hice un pedido especial a uno de los restaurantes de Oliver en cuanto supe que venías. Pedí tapas españolas. ¿Has probado alguna vez?

Negué con la cabeza, riendo nerviosa.

—Ni siquiera sé lo que es.

Oliver me sostuvo la mirada con seriedad unos segundos, pero luego dejó escapar una leve sonrisa.

—Pueden hacerse de muchas maneras, pero yo las prefiero así: patatas fritas con salsa picante, jamón ibérico, quesos y pulpo —su voz sonó baja, firme, como si me invitara a probar algo más que comida—. Estoy seguro de que saborearás mi plato. Puedes apostar.

Un escalofrío me recorrió la piel.

Esa voz, tan cargada de intención, me agitó de un modo que no conseguía controlar. Sentí mis mejillas arder y, por la forma en que Oliver arqueó apenas una ceja, supe que lo había notado. Pero, por suerte, no dijo nada.

Aún no entendía bien por qué, pero había algo en él que removía mis cimientos de una forma peligrosa.

Y, por primera vez, tuve miedo de adónde podía llevarme aquello.



CAPÍTULO 27

«Si el cuerpo lo desea, la mente lo acepta…»

EMILY FLORES

La cena transcurrió sorprendentemente tranquila.

Para mi propia sorpresa, hablé más de lo habitual sobre mí. Marisa e Isaac, los padres de Jessy, tenían la dosis justa de curiosidad y me hicieron varias preguntas sobre mi vida en Estados Unidos. Igual que su hija, se mostraban entusiasmados con cada detalle que compartía.

Mi acento, por supuesto, no pasó desapercibido.

Nos reímos cuando intentaron imitar algunas palabras, y la conversación derivó hacia la cultura de mi país. Me di cuenta de que hablaba sin parar, pero no me importó: parecían de verdad interesados.

Oliver permaneció callado casi todo el tiempo, como era de esperar, pero noté sus ojos atentos en cada frase que decía.

Parecía absorber mis palabras en silencio, como si intentara descifrarme. Emma, en cambio, se mantuvo reservada al principio, aunque pronto dejó escapar su curiosidad infantil.

—¿Tienes hijos? —preguntó de repente, mirándome con esos ojos claros que eran una copia exacta de los de su padre.

—¿Yo…? No —negué con la cabeza, sonriendo—. Quizá más adelante.

—Hm… Mi papi solo me tiene a mí de hija —dijo con orgullo, y no pude evitar que mis ojos buscaran de inmediato los de Oliver.

Él ya la estaba mirando, con una ternura que le suavizaba el gesto. La misma sonrisa discreta se me escapó a mí, aunque con cierto rubor.

—¿Tienes novio? —insistió la niña, implacable.

—Hija… —Oliver intervino, visiblemente incómodo—. Esas preguntas son un poco…

—No pasa nada —lo interrumpí, levantando la mano en un gesto calmado —. Tenía novio, pero lo dejamos poco antes de que viniera aquí.

Emma pareció satisfecha, pero enseguida encadenó más preguntas: si vivía sola, con quién compartía casa, si tenía mascotas.

Era la personificación de la curiosidad —un contraste absoluto con su padre, que solo nos observaba en silencio, como guardándose cada respuesta.

Más tarde, cuando la noche avanzaba y los ojos de Emma pesaban de sueño, Marisa e Isaac se despidieron.

—Nosotros nos vamos a la cama. Gracias por venir, Emily —dijo Marisa, abrazándome una vez más.

—Gracias a vosotros, ha sido un verdadero placer —respondí, de corazón agradecida.

Jessy se dio cuenta de que Emma apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Me llevo a mi chiclecito a la cama —dijo, tomando la mano de la niña y guiándola por el pasillo.

Y entonces, de repente, quedamos solo Oliver y yo en la cocina.

El silencio se alargó. Él no disimulaba la forma en que me observaba, como interrogándome sin pronunciar palabra.

Me puso nerviosa.

Me levanté de golpe.

—Yo… voy a ayudarte a fregar los platos.

—No hace falta —contestó enseguida—. Lo hago yo.

—No, quiero y voy a ayudarte —insistí, firme, y él solo negó con la cabeza, sin discutir.

—Entonces te ayudo yo a ti —remató, en un tono que no dejaba espacio a réplica.

Recogimos juntos los platos y cubiertos, llevándolos al fregadero. La proximidad resultaba incómoda y, al mismo tiempo, extrañamente natural.

—La comida estaba buenísima —elogié, rompiendo el silencio—. Mis felicitaciones. Si todos tus restaurantes tienen esta calidad, prometo visitarlos antes de irme.

Me lanzó una mirada curiosa.

—¿Qué tipo de comida te gusta?

—La americana —respondí sin pensar, y vi cómo por un segundo se le ensombrecía el rostro antes de relajarse en una pequeña sonrisa.

—Lo sospechaba.

—Pero también me gusta la japonesa, la italiana, la francesa… adoro el sushi. Más de lo que debería.

Sus ojos brillaron con complicidad.

—Somos dos. Como sushi tres veces por semana.

—Yo también —reí, relajándome—. En mi ciudad tengo un japonés casi al lado de casa. Voy tanto que ya me sé la carta de memoria.

Seguí hablando, animada, y para mi sorpresa no me interrumpió ni una vez. Solo me escuchaba, los ojos fijos en mí, atentos.

Había algo distinto en aquel Oliver: una apertura rara, como si hubiera bajado la guardia.

Hasta que, de pronto, rompió el clima.

—¿Y entonces… de verdad te rendiste a esa persecución de cartas? —preguntó entre dientes mientras secaba un plato.

El tono burlón era inconfundible.

—Sí —respondí, alzando el mentón—. De hecho, vine a Liverpool por eso. —mentí, con una media sonrisa.

—¿Qué gracia tiene salir de tu país y perseguir cartas?

—Conocer gente, visitar sitios, admirar la naturaleza, intentar ser mejor persona… —enumeré a propósito, mirándole de frente—. Pero apuesto a que te dormirías antes de que acabara.

—Sí, sin duda —replicó, sin contener el sarcasmo.

Volvió a secar los utensilios, pero sabía que aquel era mi momento. Tenía que aprovechar la grieta para arrancarle algo más.

—¿Cuál es el motivo real de odiar tanto este festival? No hace falta ser muy lista para entender que, como dueño de tantos restaurantes, tus ganancias solo aumentan en esta época.

Se detuvo un instante, los ojos serios, antes de responder con sequedad:

—Tengo mis motivos.

—Lo sé. Precisamente por eso te lo pregunto —manteniendo mi mirada fija en la suya.

Su semblante se endureció.

—No quiero hablar de eso.

—¿Eres siempre así? —arqueé las cejas.

—¿Así cómo?

—Cerrado. Como si odiaras conversar.

Respiró hondo, encogiéndose de hombros.

—Digamos que sí. Hablar me agota. Y odio sentirme cansado.

Crucé los brazos, encarando.

—Necesitas un psicólogo, ¿lo sabías?

Me miró, sorprendido por la osadía, y por un segundo vi que la comisura de su boca amenazaba con sonreír. Pero enseguida se recompuso, y el muro invisible volvió a alzarse entre nosotros.

Aun así, por primera vez tuve la sensación de haber logrado resquebrajar sus defensas.

—Soy muy sincero, y tú piensas que eso es un problema —Oliver habló con calma, secando el último plato—. Te entiendo.

Crucé los brazos, firme.

—Si fueras tan sincero como dices, no mentirías a la gente.

Se detuvo en seco. Se giró despacio, los ojos chispeando, la mandíbula tensa.

Por primera vez, no ocultaba la rabia.

—¿Qué insinúas, Emily? —pronunció mi nombre con dureza, como si quisiera cortarme solo con el sonido.

Sonreí, satisfecha con la reacción.

—Que, en el fondo, te gusto. Solo que mentiste. —di un paso más cerca—. Le pregunté a tu hermana cuántas casas teníais. Me dijo que había un edificio, terrenos vacíos, pero casa como tal… solo esta, aquí atrás.

Frunció el ceño.

—No entiendo tu punto.

Dejé que mi sonrisa se ensanchara, provocadora.

—Significa que no vives en la calle del festival. Y el día que te derramé café encima juraste que vivías allí. O sea…

—¡O sea nada! —su voz estalló, cargada de irritación—. Te hice un favor, nada más.

—Yo no necesitaba favores —rebatí, firme—. Solo quería información.

Se acercó, la mirada dura.

—¿Eres siempre así? ¿Contradices todo lo que dicen los demás?

—No —lo provoqué, levantando la barbilla—. Mi problema es que tú no admites ciertas cosas. Pero es bueno saber que te gusto.

—¡No me gustas! —contestó demasiado rápido.

—Ah, sí que te gusto —insistí, sintiendo el calor de la tensión entre nosotros—. ¿Y sabes qué más? Me tienes miedo. Cuando me acerco, pierdes el control. Me gusta tu timidez.

Él apretó los dientes.

—Ya me di cuenta de que estabas loca desde la primera mirada.

Fui más atrevida aún, dejando que mis dedos rozaran la tela de su camisa, sintiendo la firmeza de su pecho debajo.

—No… Solo sé lo que sientes. Tengo un poder sobre algunos hombres. No consiguen limitarse a mirarme… igual que tú, estos últimos días.

—Emily… —murmuró, entre advertencia y súplica.

—Pensaba que eras distinto. Pero ya veo que solo es fachada. —sonreí de lado, burlona—. Me tienes miedo.

—¡Será mejor que te calles! —su voz sonó más baja, peligrosa.

—¿Si no, qué? —di otro paso, quedando a centímetros de él, levantando el rostro.

Oliver era enorme delante de mí, la diferencia de altura era evidente. Pero yo quería ver hasta dónde llegaría.

—No me conoces —dijo entre dientes—. No sabes de lo que soy capaz.

—Cierto —mi voz salió en desafío—. Entonces demuéstramelo. ¿O tienes miedo de una mujer de…?

No terminé la frase.

Sus manos fuertes se cerraron sobre mi nuca en un gesto firme, atrayéndome hacia él. El impacto me robó el aire, y antes de que pudiera reaccionar, su boca tomó la mía. El beso fue urgente, feroz, quemando cada parte de mí que se resistía.

Mi mano chocó con la encimera, derribando utensilios que cayeron al suelo con estrépito metálico, pero ni eso nos detuvo. Mi cuerpo cedió al suyo, y cuando sus brazos rodearon mi cintura, sentí que el mundo se derrumbaba.

—Oliver… —susurré contra sus labios, sin fuerzas para apartarme.

Pero el ruido de pasos en el pasillo nos congeló. Nos separamos de golpe, jadeando, y enseguida la voz lejana de Marisa resonó en la cocina.

—¿Ha pasado algo, hijo?

Oliver respiró hondo, recomponiendo la voz.

—Estaba fregando los platos y se me han caído unos cacharros. Todo bien, mamá, vuelve a dormir.

—Vale. Buenas noches…

—Buenas noches.

El sonido de una puerta cerrándose devolvió el silencio. Oliver se pasó las manos por los ojos, apretándolos con fuerza, como buscando cordura donde ya no quedaba.

—Te voy a llevar a casa —dijo con voz firme, cargada de decisión.

—No hace falta, yo…

—Te voy a llevar —repitió, cortándome.

No era una oferta. Era una orden.

Y, por cómo resonó su voz dentro de mí, supe que no había lugar para negarse.



CAPÍTULO 28

«Cada encuentro puede ser un nuevo comienzo, y cada despedida, una promesa de regreso.»

EMILY FLORES

Fueron unos minutos pesados, casi asfixiantes, de silencio dentro del coche.

El motor era el único sonido que llenaba el espacio, acompañado de la respiración contenida de Oliver, que parecía demasiado hundido en sus propios pensamientos como para arriesgar una sola palabra.

Yo tampoco hablé.

No sabía qué se le pasaba por la cabeza después de lo que había ocurrido entre nosotros. El beso. Feroz, arrebatador, imposible de ignorar.

Una parte de mí deseaba desesperadamente romper el silencio, arrancarle alguna confesión, pero la otra, más racional, me decía que esperara.

Que dejara que fuese él quien diera el siguiente paso.

Las luces de la calle se reflejaban en su rostro, revelando a un hombre que parecía librar siempre una guerra consigo mismo. Las manos firmes en el volante delataban la tensión, y la mandíbula apretada dejaba claro que se contenía para no hablar.

O para no sentir.

Cuando el coche por fin se detuvo frente a mi casa, Oliver apagó el motor, pero no se movió. Solo giró el rostro hacia mí, como si buscara las palabras correctas en un vocabulario que no dominaba.

—Gracias por venir —dijo al fin, en voz baja, cargada de una sinceridad que rara vez mostraba—. Sé que no fui yo quien te invitó, pero… a mis padres y a mi hija les ha encantado conocerte.

La mención a su familia encendió algo dentro de mí. Sonreí, sin disimulo.

—A mí también me ha gustado —respondí, y me di cuenta de que mi voz sonaba más suave de lo que pretendía.

Nuestras miradas se encontraron y permanecieron unidas durante unos segundos que se hicieron demasiado largos.

Noté la inquietud en Oliver, como si estuviera dividido entre apartarse de mí para siempre o volver a acercarme. Había un conflicto en sus ojos, y aquello me golpeó más de lo que debería.

Fui yo quien apartó la mirada primero.

Abrí la puerta, sintiendo el aire frío de la noche contra mi cara, y bajé del coche. El corazón me latía demasiado rápido, pero intenté disimular mientras caminaba hacia la puerta de mi casa.

Antes de entrar, no pude resistirme. Giré la cabeza por encima del hombro y miré discretamente hacia atrás.

Oliver seguía allí, en el coche, observándome. El rostro parcialmente oculto por la sombra, pero los ojos fijos en mí.

Aquella mirada me acompañó incluso después de cerrar la puerta, como si se hubiera quedado impregnada en mi piel.

OLIVER CLARKE

El camino de vuelta a casa fue un tormento silencioso.

Conducía en piloto automático, pero la cabeza seguía clavada en lo que había pasado… y, sobre todo, en lo que no había pasado.

Sonaba contradictorio incluso para mí: a ratos me arrepentía amargamente de haberme dejado llevar por el impulso de besar a Emily; en otros, el mayor remordimiento era no haberlo repetido, no haber prolongado ese instante que me había incendiado por dentro.

Resultaba una locura admitirlo, pero me enfurecía aún más no saber exactamente qué quería de ella —o de mí.

La vida ya me había demostrado, demasiadas veces, que todo tiene un precio.

Cada elección, cada palabra dicha, cada silencio guardado; y había consecuencias que podían resultar devastadoras, sobre todo cuando tocaban los pocos miedos que aún llevaba encima.

Me habían abandonado demasiado: por mis padres biológicos, que se marcharon sin explicaciones; por mujeres que, una a una, desaparecieron de mi vida dejando solo preguntas sin respuesta.

Estaba cansado de darle vueltas a los porqués, cansado de acabar solo al final.

No quería, de ningún modo, repetir esa historia. Por eso debía blindarme. Debía mantener el foco en lo que verdaderamente importaba: Emma y el legado que estaba construyendo para ella.

—¿Has dejado a Emily en casa? —la voz de Jessy me alcanzó nada más entrar, sacándome de mis divagaciones.

Allí estaba ella, en el sofá, con su pijama de rayas inseparable. Ridículamente feo, pero de algún modo le pegaba a su aire desenfadado.

—Sí —respondí seco, soltando las llaves sobre la mesa.

Arqueó una ceja, maliciosa. —¿Y te dio tiempo de pasarte por tu propiedad de la calle del festival? —provocó, antes de estallar en carcajadas.

—¿Tú también? —gruñí, exasperado.

—Vamos, nadie te obligó a mentir. Tú, que presumes de ser el hombre más sincero del planeta —sonrió triunfante.

—Solo intentaba ayudar —me defendí, a regañadientes.

Jessy se acomodó en el sofá, el rostro más serio ahora.

—Me cae bien. Emily es divertida… y soñadora.

La miré con atención. Había una extraña semejanza entre las dos.

—Tenéis estilos parecidos.

—¿Cómo dices? —entrecerró los ojos, desconfiada. Supe en ese instante que mi sinceridad iba a costarme caro.

—Bueno… sois como medio hippies. Tenéis esa cosa de naturaleza y tal.

—Espera. Repite eso —exigió, incorporándose un poco.

—Ven el lado bueno de todo, sonríen sin motivo aparente, se maravillan con pequeñeces, adoran la naturaleza como si fuera un espectáculo diario… ese tipo de tonterías.

Lo que vino después fue un ataque coordinado: primero un pellizco, luego una bofetada y, para rematar, un puñetazo. No fuerte, pero suficiente para quejarme.

Mi hermana tenía sus momentos de agresividad —y casi siempre yo era su objetivo.

—¡Somos alegres! —gritó, subrayándolo con los ojos brillantes —. ¡Alegres, Oliver! Y eso es lo que te falta, cascarrabias.

—Me gusta ser así —repliqué, firme.

—Ajá. Otra vez mintiendo —respondió, cruzándose de brazos—. Pero no me engañas. Me conozco a mi hermano. Te gusta ella.

—No empieces, Jessy. Tengo otros objetivos y no quiero nada con Emily.

Sonrió de medio lado y se dirigió hacia la puerta.

—Ya veremos con el tiempo… —murmuró, dándome un beso rápido en la mejilla antes de cruzar a su casa.

Subí al cuarto de Emma, pero esta vez me quedé en el umbral. La miré dormir: tan pequeña, tan inocente.

Sabía que no estaba siendo el padre que ella merecía, pero quería cambiarlo.

Emma lo era todo para mí. Todo. Deseaba que tuviera un futuro brillante, que fuera querida y respetada, que no cargara con heridas como las mías.

Desde lo más profundo del corazón, solo quería que encontrara a alguien que le demostrara, día tras día, cuánto la amaba.

Y si eso no ocurría… que no acabara hecha como yo: un hombre que remueve, noche tras noche, las decisiones equivocadas y los fantasmas del pasado.



CAPÍTULO 29

«Necesitamos controlarnos, de lo contrario se perderán oportunidades y se herirán vidas…»

EMILY FLORES

Estaba inquieta. Demasiado ansiosa para fingir normalidad.

Intenté concentrarme en el trabajo, pero la segunda carta me quemaba en las manos, como si pidiera ser leída de inmediato.

Incluso vi el momento en que la dejaron: un señor de unos cincuenta años, discreto, que pegó el sobre en el lado contrario de la mesa.

La curiosidad no me dejó callar.

Le pregunté a Jessy si podría ser el autor de las cartas, pero respondió, tajante, que no.

—Existe una norma de confidencialidad. La persona responsable nunca se involucra físicamente en la entrega —explicó, antes de cambiar de tema.

—Por favor, no me digas que Oliver estuvo de mal humor contigo ayer.

—No. Solo me llevó a casa.

—¿Y hablasteis algo por el camino? —insistió, como si aún quedara esperanza.

—Ni una palabra —suspiré, poniendo los ojos en blanco.

Jessy cerró los ojos y bufó, contrariada.

—Desisto de mi hermano. Echo de menos cuando era sociable.

Crucé los brazos y solté una risita.

—¿En serio fue así alguna vez?

Ella también rió, negando con la cabeza.

—Sí, en un pasado muy lejano. En fin… ya no puedo hacer nada —dijo, alejándose para atender una mesa.

Miré el reloj. Era exactamente la hora a la que Oliver, todos los días, hacía su pedido habitual.

Decidí adelantarme. Preparé el café solo y la baguette de siempre y llevé la bandeja hasta su mesa.

—Su café solo y su baguette —anuncié, sonriente.

Él alzó los ojos hacia mí, y la brusquedad de su voz me pilló por sorpresa.

—No recuerdo haber pedido nada hoy.

Parpadeé, confusa.

No parecía estar bromeando. Sabía que no lo había pedido, pero también sabía que, a la misma hora, siempre tomaba exactamente lo mismo.

Oliver era meticuloso hasta el extremo.

—Desde que empecé a trabajar aquí me pides siempre lo mismo y…

—No quiero comer nada —me cortó, áspero—. Llévatelo, por favor.

Aquel «por favor» no suavizó en absoluto el tono seco, casi ofensivo.

—¿Vas en serio? —repliqué, incrédula.

Él arqueó una ceja, desdeñoso.

—¿Tú qué crees, Emily?

Por un segundo pensé en soltarle toda mi irritación. Respiré hondo.

No valía la pena estropear mi día. Yo estaba allí para pasarlo bien, para conocer gente, no para dejarme afectar por un hombre que parecía cargar el mundo a la espalda y ni se molestaba en ser agradable.

Recogí el café y el pan y se los di a Karen. Entonces vi que Jessy me observaba desde lejos.

Se acercó, recelosa.

—¿Algún problema?

—Intenté adelantarme al pedido y le llevé el desayuno de siempre. Dijo que no quería. Lo he devuelto.

Jessy me miró como si acabara de soltar la mayor mentira del mundo.

—Eso es mentira, ¿verdad?

—No —respondí, firme.

Ella suspiró, indignada.

—Lo toma todos los días. Ay, voy yo…

—No, Jessy —la detuve, apoyando la mano en su brazo—. Todo bien.

Vaciló, asintió y volvió a la barra.

Unos treinta minutos después, allí estaba él.

Oliver me llamó y pidió… un café solo. Exactamente el de todos los días. Noté la sangre subir a la cabeza. Me mordí el labio para no explotar, respiré hondo y llevé la taza a su mesa.

La dejé delante y me di la vuelta, dispuesta a irme.

Entonces su voz me alcanzó, baja, cargada de algo que me desarmó por completo:

—El café está frío.

Alcé la mirada despacio, incrédula.

¿Frío? Casi me había quemado la mano trayendo esa taza. La sangre me hirvió.

Ese hombrecito arrogante…

—¿Está frío de verdad o es un capricho tuyo? —me giré hacia él, clavándole los ojos.

Oliver se recostó en la silla, mirada helada y desafiante.

—¿A ti te pagan por opinar o…?

—Para empezar… —le corté, subiendo el tono sin dudar y avanzando un paso—: primero, no me pagan. Estoy aquí porque quiero y porque me gusta. Segundo: no es culpa mía que seas un imbécil. Y tercero: ¡yo no soy tu saco de boxeo!

Se le tensó el músculo de la mandíbula, pero no se echó atrás.

—Llévate el café —dijo, con voz baja y dura—. Darte libertad ayer fue lo peor que hice.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vas en serio?

—Te comportas como si entre nosotros hubiera algo —espetó, áspero—. Pero solo nos besamos. Y aquello… no fue para tanto.

El dolor me atravesó como una puñalada, pero no dejé que se notara más allá del picor en los ojos.

—¡Yo nunca dije eso! —solté, con la voz tomada por la rabia—. ¡Eres un idiota, Oliver! ¡Aquel beso fue un error!

—¡También lo creo! —devolvió, escupiendo cada palabra como veneno—. ¿Qué te parece si fingimos que no pasó nada?

—¡Eres un malhumorado, un borde, un estúpido y un bipolar! —grité, sintiendo la furia escaparse sin control.

—Emily… —intentó interrumpirme, pero no le dejé.

—¡No! ¡Ahora te callas y me escuchas! —mi voz retumbó por la cafetería, me dieron igual las miradas alrededor.

Él se inclinó hacia delante, ojos aún más fríos.

—No tengo por qué escucharte…

—¡Pues lo harás! —avancé otro paso, el dedo señalándole—. ¿Quién te crees que eres para tratar así a la gente? ¿Solo porque eres poderoso? ¿Porque tienes empresas, porque eres rico, te crees con derecho a hablar como te da la gana? ¡Ahórrame el numerito!

Imité su voz, cargándola de ironía:

—«Ay, pero yo soy Oliver, el controlador, el puto amo de la ciudad». —Escupí las palabras—. Pues que te quede claro: ¡me da exactamente igual!

—Emily, no hace falta gritar… —murmuró, pero yo ya no tenía freno.

—¡Hablaré como me dé la gana con gente imbécil como tú! —el pecho se me alzaba y bajaba a toda prisa, la rabia latiéndome en cada vena—. ¿Sabes cuál es tu problema? Juzgas sin ponerte en el lugar de nadie. Me juzgas sin conocer a la mujer que soy, sin saber de mis miedos, mis fallos, mis deseos.

Me temblaban las manos, pero la voz salió firme.

—Así que no voy a humillarme quedándome cerca de alguien como tú. —Le señalé—. El que no se merece conocerme mejor eres tú.

Por un instante vi algo quebrarse en su mirada. Algo que parecía arrepentimiento.

—Será mejor que hablemos con calma…

—¡Ni te molestes! —corté, con el corazón a punto de estallar—. A partir de hoy, ni ganas tengo de atenderte.

Me di la vuelta y salí con paso firme, cada pisada amplificando la rabia que me quemaba por dentro.

Entré en el cuartito reservado de la cafetería, aún sin aliento, y apoyé las manos en la mesa para recuperar el aire.

Pocos segundos después, vi a Jessy en la puerta, observándome con gesto preocupado pero sereno.

—Perdóname —empecé, con la voz quebrada—. Sé que me pasé y…

—No —me interrumpió, con una sonrisa leve en los labios—. Has dicho exactamente lo que él necesitaba oír.

Abrí mucho los ojos, sorprendida.

—¿No estás enfadada?

—Ni un poco —respondió, firme—. Si Oliver quiere que lo traten como a un hombre, que empiece a comportarse como tal. A ver si ahora mi hermano no se replantea la forma en que trata a la gente.

Sus palabras me golpearon como un alivio inesperado.

Respiré hondo y sentí cómo la rabia se transformaba en otra cosa. Tal vez, solo tal vez, yo hubiera sido la primera en derribar un pedazo del muro que él había levantado a su alrededor.



CAPÍTULO 30

«Nada ocurre por casualidad; incluso el dolor trae consigo lecciones que solo el corazón sabe entender.»

EMILY FLORES

No pensé que, después de tantos años, el primer llanto que se me escaparía sería de rabia.

Pero así fue.

Las palabras de Oliver resonaban en mi cabeza como cuchillas afiladas, cortándome una y otra vez. Cada sílaba suya dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Me había mantenido firme delante de él, le había escupido mi furia de vuelta, pero en cuanto la puerta del cuartito de la cafetería se cerró tras de mí, la muralla se vino abajo.

Lloré. Lloré de rabia. De frustración. De impotencia.

Era humillante reconocer que un hombre al que decía despreciar tenía tanto poder sobre mí, capaz de desarmarme, de arrancarme lágrimas que me había prometido no volver a derramar nunca más.

Al cabo de unos minutos respiré hondo, intentando recomponer los pedazos de mi orgullo. Me limpié la cara, enderecé los hombros y, en un gesto casi instintivo, alcancé la segunda carta.

Eso, sí, era mi propósito allí. Y de alguna manera tenía que aferrarme a ello para no perderme.

Abrí el sobre con las manos todavía temblorosas, y las palabras saltaron ante mis ojos.

2ª CARTA

Mientras pensemos solo en nosotros mismos, la vida no florecerá del modo correcto.

Mucha gente tiene dinero, fama, amigos. Algunos se enorgullecen de los bienes materiales que acumulan, pero nada de eso basta.

Nunca lo ha sido.

El mayor bien que poseemos es el cuerpo y la mente. En ellos cargamos todo: dolores, sentimientos, deseos, miedos…

Tragué saliva. Esas palabras eran casi un espejo, reflejando cosas que yo misma me resistía a reconocer.

Las palabras no cambian a las personas. Lo hacen las actitudes. Hay momentos en los que es necesario actuar, permitirse. Lo nuevo asusta, claro. Pero nuestra forma de ver la vida necesita transformarse. Es preciso arriesgarse.

¡Así que arríesgate!

Sé la mejor persona para ti misma, y estoy seguro de que tu vida se verá transformada, igual que lo estuvo la mía hace años…

Al final, una dirección: *Hope Street, 3947.*



Mientras esperaba al Uber que me llevaría hasta la nueva dirección, sostenía la carta entre las manos y la releía mentalmente.

No era larga, pero la sencillez de aquellas palabras me había golpeado de una forma que pocas cosas conseguían. Había en ellas algo directo, certero, como si la persona que las hubiera escrito me conociera por dentro, como si hablara conmigo.

Por primera vez en mucho tiempo sentí cierto alivio, como si pudiera respirar con más ligereza.

Al cabo de unos minutos, el coche se detuvo frente a mi destino.

Era una casa enorme, toda de madera, con una arquitectura rústica que parecía fundirse con el entorno.

Lo primero que me llamó la atención fue la presencia de árboles imponentes, algunos creciendo dentro mismo del espacio, antes incluso de cruzar la verja.

La escena era casi irreal. Y, junto al número, una placa en grande:

«CASA DE PAZ»

Aquello parecía más un santuario que una simple vivienda.

El portón estaba entreabierto, como invitándome a entrar. Respiré hondo, lo empujé despacio y, en cuanto crucé el umbral, una sensación extraña me recorrió el cuerpo.

El ruido de la calle se desvaneció, sustituido por el murmullo de las hojas y el aroma fresco de tierra húmeda. Avancé unos pasos y descubrí que el espacio era aún más amplio de lo que imaginaba.

Un césped impecable se extendía hasta otra entrada, a unos metros, como si hubiera una casa dentro de la casa.

Al poco, un hombre de mediana edad apareció, caminando con calma hacia mí. Inclinó levemente la cabeza a modo de saludo, y yo, tan sorprendida, apenas acerté a devolverle un gesto torpe.

No pareció importarle.

—Bienvenida al templo. ¿Puedo ayudarla? —preguntó con un tono suave.

Tragué saliva y alcé la carta.

—Bueno… yo he venido por esto —mostré el sobre a cierta distancia, sin saber bien qué decir.

Sus ojos brillaron con sorpresa.

—¿La carta del festival?

—Exacto.

Su sonrisa se ensanchó.

—Por aquí —indicó el camino con la mano, y lo seguí en silencio.

Definitivamente, esas cartas tenían el poder de conducirme a lugares inesperados.

Se detuvo frente a una puerta de madera y la abrió.

—Entre.

Nada más pasar, la cerró detrás de mí.

El espacio era amplio, silencioso, iluminado solo por la luz natural que entraba por las ventanas altas. Al fondo, un hombre permanecía sentado en posición de loto, inmóvil, como si formara parte de la propia arquitectura.

Solo cuando mis ojos se fijaron en él, abrió los suyos, revelando una mirada serena, profunda, casi desconcertante.

—¿Cómo se llama, señorita? —su voz se expandió calma por el ambiente.

—Emily. Yo he venido… —empecé, titubeante.

—Por la carta —concluyó él, incorporándose con movimientos pausados.

Asentí.

—Sí. ¿Qué es exactamente esta casa?

—Es un templo de meditación —explicó, acercándose—. Aquí usamos la paz que llevamos en el corazón para reflexionar sobre la vida. Todos los que llegan hasta nosotros comparten el mismo propósito: ser mejores con ellos mismos.

Miré a mi alrededor, intentando absorber sus palabras.

Las paredes, los muebles, los detalles… todo evocaba los templos orientales que solo conocía de las películas. Había sencillez, pero también solemnidad.

Ashley adoraba la meditación, pero yo…

Nunca lograba quedarme quieta demasiado tiempo. Mis pensamientos eran ruidosos, inquietos, y mi boca… aún más.

—Entiendo —respondí, aunque en el fondo no estaba segura de haber entendido nada.

Se presentó:

—Soy Urman. Si lo acepta, seré su guía espiritual.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunté, sin saber todavía si debía reírme de la situación o entregarme a ella.

—Solo abrir su mente… y su corazón —sus ojos se fijaron en los míos con tanta intensidad que me sentí desnuda por dentro—. Todas las personas que vinieron aquí por el festival salieron transformadas. Pero debo decirle algo importante: en la vida, un instante puede ser grandioso, pero son sus actos a lo largo del camino los que le traerán la verdadera paz.

Hizo una pausa, como si eligiera cada palabra con precisión.

—Así que olvide el pasado y concéntrese en el presente, Emily.

Urman parecía un monje.

La cabeza rapada, la postura impecable, la serenidad que exudaba… no me costaría creerle si dijera que realmente lo era.

Aunque aún estaba asustada por todo lo que había descubierto hasta entonces, algo dentro de mí se mantenía firme.

Acepté ese desafío precisamente para eso: para vivir nuevas aventuras, lanzarme a horizontes distintos. Y por mucho que lo desconocido me provocara escalofríos, iba a seguir hasta el final.

—Quiero entender mejor lo que dijo —respondí al fin, sin saber si era la respuesta que él esperaba, pero convencida de que necesitaba oír más.

Urman asintió, sereno, como si ya hubiera previsto mi reacción.

—Ven conmigo.

Lo seguí por una puerta lateral. En cuanto la cruzamos, mis ojos se llenaron de una visión inesperada, casi mágica.

El césped que se abría delante era amplio, de un verde tan vivo que parecía pintado. Distribuidas sobre él, decenas de personas estaban sentadas en perfecta sincronía.

Al fijarme con más atención vi que las edades variaban mucho: había señores de cabello blanco, mujeres maduras y hasta adolescentes.

Todos ocupaban la misma postura —piernas cruzadas, manos sobre las rodillas, pulgar tocando el índice—, la clásica posición de meditación.

—Parecen tan tranquilos… —murmuré, sorprendida por esa quietud casi palpable.

—Sí —confirmó Urman, también contemplando al grupo—. La meditación alivia el cuerpo y el alma. En ella podemos olvidarnos de todo… y concentrarnos en el no-hacer.

Me giré hacia él sin saber qué responder.

El concepto sonaba sencillo, pero la idea de vaciar la mente me parecía casi imposible.

Percibió mi duda y sonrió.

—Al principio es confuso, lo sé. Dime: ¿has intentado meditar alguna vez?

—Lo he intentado… pero no lo conseguí —confesé, recordando las veces que Ashley había insistido en que la acompañara.

—Tienes la mente inquieta —observó con calma.

Solté una risa breve, sin humor.

—Sí. Mucho.

—Te ayudaré —aseguró, y había tanta convicción en su voz que, por un instante, creí que era posible.

Seguimos caminando por el recinto. La sonrisa serena de Urman no flaqueaba, y eso me intrigaba. ¿Cómo puede alguien mantener una expresión tan tranquila todo el tiempo? Me llené de preguntas, pero las guardé para mí.

—Fundé este lugar hace algunos años —comenzó a explicar, como si hubiera leído mis pensamientos—. Y mi primer visitante fue justamente alguien que siguió una de las cartas del festival, como tú.

—¿En serio? —levanté las cejas, sorprendida.

—Sí —confirmó con calma—. Desde entonces, todas las personas que ves aquí vinieron por la misma carta. El festival dio a conocer la Casa de Paz. Hoy, por recomendaciones, tenemos más de doscientos asistentes.

—Vaya… —solté, encantada.

El fascinio creció dentro de mí. Veíamos la vida de formas muy distintas, pero el hecho de que él hubiera convertido su experiencia en algo que ayudaba a tanta gente era admirable por sí mismo.

Urman volvió la mirada hacia mí, ahora más serio.

—¿Cómo está tu corazón, Emily?

Tragué saliva.

—Un poco perdido —admití—. Hoy me enfadé bastante. —Hice énfasis, sintiendo el calor subir al recordar lo ocurrido con Oliver.

—¿Puedo darte algunos consejos? —preguntó, con voz firme y acogedora a la vez.

—Claro. Creo que necesito escuchar a alguien con una perspectiva distinta a la mía.

—Ven —me pidió, y caminamos unos metros hasta sentarnos en el césped.

Crucé las piernas como los demás, pero no pude evitar fijar la vista en el grupo. Era inevitable observar a aquellas personas tan concentradas, ojos cerrados, entregadas al silencio.

—Primero —empezó, en un tono casi ceremonial—: no merece la pena vivir oprimida por tus propios cuestionamientos y pensamientos. Todos nos equivocamos, Emily. Forma parte de lo que somos. Equivocarse es perfectamente normal. Eso vale para ti… y también para quien te haya herido.

Mis dedos rozaron la hierba suave, arrancando briznas distraídamente.

—Creo que mi mayor problema —dije en voz baja, como si confesarlo fuera una debilidad— es que, en algunos momentos, me siento sola.

—Emily —Urman posó las manos sobre las mías con una delicadeza respetuosa, como quien no quiere invadir sino recordar que no estás sola—: por mucho que intentes escapar, en algún momento sentirás soledad. Es la condición humana. No alcanzamos el éxito sin fallar repetidamente. Así que controla lo que puedas. Haz aquello que esté en tu mano.

Sus palabras se filtraron en mí como un soplo de realidad. Suspiré, mordiendo el labio antes de preguntar:

—¿Y… cómo se hace eso?

Sostuvo mi mirada con firmeza.

—No te fijes en los obstáculos; concéntrate en el propósito. Apunta al bien mayor, al resultado final. Y hay algo esencial que debes entender: nada de esto importará si no te quieres primero. Sin amor propio, todo será en vano.

Mi pecho se apretó.

—Me gustan las personas que me rodean, Urman. Tengo amigos, muchos incluso… pero intento complacer a todos y por dentro sé que está mal. Lo noto.

Él asintió, paciente.

—Sí. La felicidad verdadera viene de estar en paz con uno mismo. La manera en que vivas no gustará a todo el mundo, y no tiene por qué gustarles. Ese no es el punto.

—¿Entonces cuál es? —mi voz se volvió susurro, casi frágil.

—Amar… y ser amado —contestó sin vacilar—. A pesar de todas las adversidades.

Permanecimos largo rato intercambiando confidencias. En realidad, era más él quien hablaba y yo la que absorbía cada frase. Sus palabras eran semillas que supe que germinarían al salir de allí.

Nadie se había mostrado tan abierto conmigo, nadie se había preocupado por hacerme reflexionar con tanta intensidad. Aquello se estaba convirtiendo en una experiencia distinta a todo lo que había imaginado.

Miré la hierba entre mis dedos antes de soltar:

—¿Qué crees que debería hacer para mejorar esta soledad que llevo en el pecho? —mi voz vaciló—. Sé que es una pregunta amplia, pero quiero mejorar. Ser mejor conmigo misma. Como mujer.

Urman alzó la mirada al cielo, como buscando las palabras en las nubes. Su silencio me hizo sentir aún más expuesta, pero necesitaba respuestas.

—Emily… si piensas que no estás haciendo la vida de nadie mejor, entonces, tristemente, estás desperdiciando tu tiempo —dijo por fin, con la calma de quien sabe que aquello me golpeará—. Por eso creé este lugar: para compartir. Para ayudar a curar las heridas invisibles, las que guardamos en el corazón y ocultamos por miedo al juicio ajeno.

Volví a mirar a las personas a nuestro alrededor, todas tan entregadas, los rostros relajados.

Me pregunté qué dolores o búsquedas les habían traído hasta allí. En el fondo, sabía que la meditación se puede practicar en cualquier sitio; basta con silencio. Pero en aquel espacio había algo más.

—¿Por qué no meditan en casa? —pregunté.

—Porque en casa somos rehénes de nuestros propios pensamientos —explicó—. Siempre hay algo que hacer, siempre una distracción. Aquí, la meditación se toma como un compromiso. Por eso muchos vienen todos los días.

Asentí, comprendiendo más de lo que me habría gustado admitir.

—¿Y puedo venir cuando quiera? ¿Cuánto cuesta la sesión?

Urman sonrió, y en su sonrisa había una paz contagiosa.

—No cobramos nada. Este lugar es para todos. Puedes venir cuando quieras, a partir de mañana. Tengo mentores que te guiarán. Pero primero… reflexiona sobre todo lo que hemos hablado hoy. Si te permites, si aceptas, estoy seguro de que tu vida cambiará. Te lo garantizo.

Se puso en pie, dando por concluida la conversación. Yo también me levanté, aún con la carta apretada en la mano.

—Gracias, Urman —mi voz sonó más emocionada de lo que esperaba—. Lo que me has dicho, junto con el contenido de la carta… me ha removido profundamente.

Él inclinó la cabeza, solemne.

—Harás lo correcto, Emily. Y pronto volverás.

—Sí, seguro que volveré.

Al salir del templo caminé despacio, reflexionando sobre todo lo oído. Me di cuenta de que yo misma había dejado de valorar lo que realmente importaba. Estaba tan acostumbrada a lo previsible, a lo seguro, que nada ya me sorprendía.

Necesito ser más imprevisible. Necesito vivir.

Con ese pensamiento llamé un Uber y marqué la dirección de Donna. Quería verla; quería que se sintiera mejor con mi compañía. Sabía que no siempre hay alguien con quien hablar… y quizá, en aquel momento, yo fuera justo la persona que ella más necesitaba.



CAPÍTULO 31

«Cambia. Permítetelo. Vive.»

EMILY FLORES

Tras algunos días, sentía el corazón más ligero, como si por fin hubiera pasado la tormenta.

Había vuelto al templo dos veces desde la última carta, y la experiencia fue mucho más intensa de lo que jamás habría imaginado.

Escuchar el silencio de mi propio cuerpo, permitirme desconectar la mente de todo, resultó liberador.

No era fácil, pero cada minuto de práctica me ayudaba a ver con más claridad quién era yo.

También saqué tiempo para hablar con Maggie, aquella que, sin saberlo, me había conducido hasta este camino cuando me animó a escoger la carta imposible.

Conversar con ella era como encontrar un pedazo de mí en otra persona. Salía más ligera, como si sus palabras consiguieran ordenar el caos de mi mente.

Estaba mejor, tenía que reconocerlo. Situaciones que antes me consumirían de rabia ahora me parecían más pequeñas, más fáciles de comprender.

Pero había algo que seguía latiendo.

Oliver.

Evitaba a toda costa cruzar la mirada con él durante la última semana. Sabía que, de vez en cuando, me observaba en silencio, pero yo me negaba a corresponder.

Seguía demasiado enfadada con todo lo que había pasado y, siendo sincera, no quería gastar energía en alguien que se empeñaba en complicar la vida de todos a su alrededor.

Yo tenía otro objetivo en Liverpool: reconstruirme. No había lugar para esos juegos absurdos.

La cafetería estaba tranquila aquel día.

Los jueves nunca eran demasiado movidos, y el salón lo reflejaba. Jessy había salido a resolver asuntos personales y ninguna de las otras chicas estaba cerca. Solo yo atendía las mesas.

Era raro, pero me gustaba estar allí. Me gustaba escuchar historias, aprender nuevas expresiones, reír con los clientes habituales.

En las últimas semanas había descubierto tanto sobre la ciudad, sobre la cultura, sobre los pequeños hábitos que formaban parte de sus vidas.

Y ya tenía planes para mañana. Mi turno terminaba a las dos, y después, por fin, me permitiría ser turista. Varios clientes me habían recomendado lugares para visitar, y yo ansiaba cada uno de ellos.

Además, en pocos días recibiría la tercera carta, y la ansiedad ya crecía en mí.

¿Qué sorpresa traería esta vez? ¿Qué nuevo desafío me esperaba?

Fue entonces cuando vi una mano levantada, llamando mi atención. El estómago se me encogió al instante.

Oliver.

Solté el aire con fuerza, contrariada. No quería ni mirarle, mucho menos tener que atender su mesa. Pero no tenía elección.

Con pasos pesados me acerqué, ya pertrechada de paciencia.

—¿Por qué me estabas ignorando? —su voz grave cortó el silencio.

Crucé los brazos, firme.

—Te dije que no volvería a atenderte.

Sus ojos se clavaron en los míos, serios, cargados de algo que no quería descifrar.

—Emily, sobre aquello, quería dis…

Levanté la mano, cortando sus palabras.

—¿Cuál es su pedido, señor? —la acidez me salió como veneno—. Tengo varias mesas que atender y no puedo perder el tiempo contigo.

La frialdad de mi voz me sorprendió, pero era justo lo que quería: dejar claro que, al contrario de lo que él creía, no era él quien tenía el control sobre mí.

OLIVER CLARKE

Durante varios días, las palabras de Emily no dejaron de martillearme en la cabeza.

Volvía mentalmente a aquella discusión cada vez que el silencio me rodeaba, y la sensación de culpa se hacía más insoportable con el paso del tiempo.

De nada servía buscar excusas.

No podía culpar al trabajo, al estrés ni a la presión de dirigir decenas de restaurantes. El error había sido solo mío. Había hablado con ella de una manera cruel, y lo sabía.

Con cada día que pasaba, notaba que me convertía en un hombre más frío, más amargo. Incluso Jessy, que siempre había estado a mi lado, empezó a mirarme de otro modo, como si ya no reconociera al hermano con el que había tenido siempre tanta complicidad.

No había orgullo en mi vida personal.

Sobre el papel, era un hombre de éxito: negocios consolidados, dinero, salud. Pero, por dentro, no era más que un antisocial incapaz de cultivar amistades, alguien que se escondía tras la arrogancia para disimular la soledad.

Podía cargar la culpa sobre los demás —las mujeres que me engañaron, las personas que me abandonaron—, pero, en el fondo, conocía la verdad.

El problema era yo.

No había sido lo bastante fuerte para superar el pasado, y Emily tenía razón: descargaba mi frustración sobre la gente que consideraba inferior.

Era un despojo de hombre. Y lo más cruel era que ni siquiera necesitaba que Emily me lo echara en cara.

Ya lo sabía.

—Quiero un té negro —pedí, y vi cómo se sobresaltaba levemente. Desde que empezó a trabajar con Jessy, nunca había cambiado mi pedido. Café solo y baguette, siempre. Aquella era la primera vez que me atrevía a variar—. Siempre viene bien cambiar, ¿no? —añadí, intentando romper el hielo.

Ella, sin embargo, no levantó los ojos hacia mí.

—¿Y de comer? —preguntó de forma automática.

—Nada. Y… gracias —rematé, sintiendo el peso de esa palabra salir de mi boca como si me resultara extraña.

Emily frunció el ceño, desconcertada. No era habitual que yo diera las gracias.

Volví a fijar la vista en el portátil, aunque mi mente estaba lejos.

Esa semana, por fin, podría pasar más tiempo con Emma. ¿Y quién había hecho posible eso? Emily.

Aquella dichosa fórmula de Excel —que para ella parecía un gesto trivial— me había permitido desbloquear procesos, ver con claridad los fallos de mi propio equipo.

Gracias a eso conseguí optimizar el tiempo y, por primera vez en meses, abrir un espacio para estar más presente en la vida de mi hija.

Es cierto que tuve que despedir a dos personas.

No soy de piedra. Pero, si alguien fue capaz de resolver en cinco segundos lo que dos empleados no lograron en semanas, el problema no era la fórmula. Era su incompetencia.

Cuando Emily trajo mi pedido, decidí que era el momento de intentar hablar con ella.

Tal vez disculparme. Pero no tuve oportunidad. Simplemente dejó la taza delante de mí, sin mirarme, se dio la vuelta y se marchó.

La imagen de ella me perseguía.

Recordé el primer día que entró en la cafetería para ayudar a mi hermana. Me vino a la mente la forma en que me sonrió, como si de verdad creyera que había algo bueno escondido tras mi ceño fruncido.

¿Y ahora? Yo era el hombre que había apagado aquella sonrisa.

Alcé la vista y la vi en la barra, charlando con Jessy y Luanna. Las tres reían juntas, cómplices, compartiendo historias en las que yo no tenía cabida. Emily estaba radiante.

Era alegre, vibrante, llena de vida. Y, por primera vez, lo comprendí con claridad: en eso no había nada de malo.

El defecto estaba en mí.

A veces deseaba llevar esa ligereza en el pecho, reír con la misma libertad con la que reía ella. Pero, la mayoría de las veces, me escondía detrás del trabajo. Ocupaba mis horas con informes, objetivos y excusas que solo servían para alejar cualquier posibilidad de una felicidad real.

Y quizá lo que más dolía era reconocer que, mientras yo me perdía en justificaciones, Emily sencillamente vivía.



Bastó cerrar el archivo y apagar el portátil para que el cielo se desplomara.

La lluvia cayó con fuerza, golpeando los cristales de la cafetería como si quisiera abrirse paso. Todo apuntaba a que tanto yo como los clientes íbamos a quedarnos atrapados allí un buen rato.

Casi sin darme cuenta, mis ojos la buscaron de nuevo. Emily.

Esta vez, su sonrisa era aún más amplia de lo habitual mientras hablaba con Jessy.

Mi hermana también parecía feliz, pero había algo distinto en su expresión —una mezcla de fascinación y recelo— que no supe interpretar. De repente, vi cómo se cogían de la mano y, enseguida, Emily la envolvía en un abrazo apretado.

La curiosidad me pudo.

Pocos minutos después, Emily entró en el cuartito reservado de la cafetería. Se quedó allí un tiempo y, cuando salió, ya no llevaba el delantal.

Fue entonces cuando, de reojo, vi a Jessy negar con la cabeza y a Luanna taparse la boca con ambas manos, completamente sorprendida.

El significado me golpeó solo cuando Emily cruzó la puerta y salió a la calle.

Y entonces… ocurrió.

Alzó los brazos hacia el cielo gris y empezó a girar bajo la lluvia que empapaba su cuerpo y su cabello.

Sus movimientos eran espontáneos, casi una danza. El agua le corría por el rostro, pero su sonrisa abierta, esa expresión de libertad absoluta, la hacían parecer más viva que cualquiera que hubiera conocido.

El impacto fue tal que me levanté y me acerqué a Jessy, atónito.

—¿Qué está haciendo? —pregunté, incapaz de apartar los ojos de aquella escena.

Mi hermana sonrió como quien guarda un secreto precioso.

—Cumpliendo un sueño —dijo, con la voz emocionada—. Cuando me contó hace unos minutos lo que pensaba hacer, dudé de ella. Pero ahora… por lo visto, Emily cumple cada palabra que promete.

Yo sabía bien lo que eso significaba. Emily no era de hablar por hablar.

—Yo me consideraba una persona alegre y llena de vida… —continuó Jessy, con orgullo en la mirada—. Hasta que conocí a Emily.

—¿Cómo puede ser tan feliz? —pregunté, más para mí mismo que para ella, fascinado por la imagen de Emily girando bajo la lluvia como si el mundo le perteneciera.

—No lo sé. Pero creo que tienes más que aprender de ella de lo que imaginas, hermano —respondió, alejándose y dejándome a solas

con mis pensamientos.

Y no era solo yo.

Todos en la cafetería la observaban en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. Emily bailaba, reía, giraba con los ojos cerrados, entregada al momento como si nada importara más que la lluvia.

Y de pronto me di cuenta de cuánto me removía aquello.

Emily también arrastraba miedos, dolores, cicatrices que el tiempo no borraría —igual que yo. Pero allí, en medio de la tormenta, se permitía olvidar.

Se permitía vivir.

Y en ese instante, la felicidad pura, sencilla y contagiosa que irradiaba parecía ser lo único que realmente importaba.

Y quizá lo era.



CAPÍTULO 32

«El tiempo puede curar heridas, pero el reencuentro abre cicatrices escondidas.»

EMILY FLORES

El agua me corría por el cuerpo como si tuviera el poder de arrastrar cada pensamiento oscuro, cada resto de energía que había ido acumulando en los últimos días.

Cerré los ojos y dejé que la lluvia me atravesara entera, sin reservas, como si fuese un bautismo íntimo. Siempre había soñado con hacer algo así, pero el miedo y la vergüenza me lo habían impedido.

En aquel instante, sin embargo, no me importaba nada más que lo que mi corazón pedía. Y, por primera vez en mucho tiempo, obedecí sin cuestionar.

No me arrepentí.

Al contrario, me sentí más viva que nunca. El agua helada despertaba cada parte dormida de mí, y había una sensación extraña, casi liberadora, en estar allí,

vulnerable y expuesta, pero al mismo tiempo renovada.

Era como si hubiera descubierto un secreto antiguo: a veces necesitamos romper la rutina, permitirnos una locura que nos revitalice. Y yo disfruté de cada segundo de aquel momento.

Cuando por fin volví a casa, aún chorreando, me llevé un susto al encontrar a July tirada en el sofá, como si fuese la dueña de la sala.

Hacía casi una semana que no la veía, y allí estaba, mirándome como si yo fuera un espectáculo curioso. No la culpaba: mi pelo era un desastre, y la ropa empapada se me pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—¿Por qué estás toda mojada? —preguntó, alzando una ceja, claramente divertida con la escena.

Suspiré, apoyando las manos en las caderas, aunque no pude evitar la sonrisa.

—Es una larga historia —le guiñé un ojo—. Digamos que cumplí un sueño antiguo.

July soltó una risita y levantó las manos, como rindiéndose.

—Vale, no voy a preguntar… todavía. Pero esta noche arréglate, porque vamos a salir.

Incliné la cabeza, intrigada.

—¿Y a dónde, exactamente?

—Voy a presentarte a mi primo… y quizá a su amigo —sus ojos brillaron con picardía—. Hace meses que no le veo, así que quedamos en el Christakis, ese restaurante griego del que siempre dices que mueres por ir. Es la ocasión perfecta.

Solo escuchar el nombre me arrancó una sonrisa inevitable. July, por supuesto, lo notó enseguida y entrecerró los ojos.

—Ni lo sueñes —advirtió, señalándome con el dedo—. Yo no me lío con mis primos. ¡Ni me mires con esa cara!

Crucé los brazos, fingiendo seriedad, pero la provocación me salió sola.

—Voy a observar muy de cerca para comprobar si eso es verdad…

Resopló, pero acabó riéndose, y en ese instante comprendí cuánto la había echado de menos. La vida siempre parecía más divertida cuando July estaba cerca.



Hacia las ocho de la noche, July y yo salimos del piso. El aire fresco de la ciudad parecía más ligero tras el bochorno del día, y no sabía si era la expectación por la noche o el simple placer de salir lo que me hacía sonreír.

—Tengo hambre —se quejó en cuanto arrancó el coche, acelerando rumbo a nuestro destino.

—¿Y cuándo no? —la provoqué, arqueando una ceja.

Me lanzó una mirada fulminante, como si acabara de cometer la peor ofensa. Después suspiró de manera teatral.

—Estás guapísima, amiga. Si me gustasen las mujeres, te comía con patatas sin pensarlo dos veces.

Su elogio me arrancó una risa, aunque yo misma me veía demasiado sencilla aquella noche. Llevaba una falda ligera, un poco evasé, ceñida en la cintura. Nada atrevido, solo lo justo para sentirme cómoda.

El trayecto transcurrió tranquilo. La ciudad parecía haberse rendido a la calma nocturna, un contraste brutal con el caos matinal del tráfico, agravado por el festival que colapsaba las calles cada día.

Apoyé la cabeza en el cristal, contemplando las luces borrosas que desfilaban deprisa.

—¿Y el famoso amigo de tu primo? ¿Viene de verdad? —pregunté sin darle mucha importancia.

July alzó las cejas, la malicia brillándole en la mirada.

—¿Ya interesada, eh?

Negué con la cabeza enseguida, aunque el calor subía a mis mejillas.

—No… bueno, quizá sí. En fin, no afirmo nada.

Soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Mucho "no" en una sola frase. Lo has dejado clarísimo.

Al llegar, el aroma de especias ya escapaba por las puertas del Christakis. En cuanto entramos, vi la sonrisa formarse en los labios de July. Señaló discretamente hacia el fondo.

—Ya están allí.

Seguí su mirada y distinguí a dos hombres sentados de espaldas. El corazón se me aceleró sin motivo aparente, y cada paso hacia la mesa se me hizo más lento. Pero, cuando por fin los vi de frente, el estómago se me encogió.

No podía ser verdad.

—Estos son Fillipe y Oliver. Y esta es Emily —anunció July, entusiasmada.

El impacto me recorrió como un rayo. Oliver.

Como si no bastara con verlo cada mañana en la cafetería con su mal humor, ahora también tendría que soportarlo de noche.

—¿No tenías un amigo menos desagradable que invitar? —solté antes de poder morderme la lengua.

July parpadeó, sorprendida.

—Vaya, por lo visto ya os conocéis… ¿y os odiáis?

—Es su forma de ser —intervino Fillipe con ligereza. Se levantó y me abrazó con calidez—. Me alegra verte otra vez.

—¿Qué me estoy perdiendo aquí? —July cruzó los brazos, intrigada.

—Nada importante —respondió Oliver, con voz baja pero firme. Sus ojos se clavaron en los míos cuando añadió—: Buenas noches, Emily.

Sentí el golpe de aquel saludo seco, como si lo hubiera hecho a propósito para desarmarme. Aun así, no contesté.

Me limité a deslizarme en la silla junto a July, manteniendo la cabeza erguida.

—¿Cómo conoces a mi amiga, Fillipe? —insistió ella.

—Ayuda a Jessy en la cafetería —explicó él con naturalidad.

—Ah, sí… —asintió July, lanzándome una mirada rápida.

Puse los ojos en blanco. Ya le había contado que estaba echando una mano a Jessy, pero había omitido detalles. No quería convertir aquel tema en conversación obligada.

—Bueno, Fillipe es mi primo —sonrió ella.

—Y Oliver es el que se ha dejado arrastrar hasta aquí —añadió Fillipe, divertido.

La sonrisa desapareció del rostro de Oliver.

—He venido porque he querido, no porque me arrastraran.

—¿Aquí vas a tratarme como una persona normal o seguirás siendo un borde? —retruqué, perdiendo la paciencia—. Porque si…

—Emily —su voz cortó la mía como una cuchilla. El tono duro me obligó a tragar saliva—. No me dejaste hablar en la cafetería. Pero iba a pedirte perdón por cómo me comporté. Así que… lo siento.

La palabra quedó suspendida en el aire, pesada, inesperada, y mi corazón se aceleró de una manera para la que no estaba preparada.

Todos lo miramos en silencio, y la incredulidad pintada en la cara de Fillipe lo decía todo.

—Tú nunca pides perdón, Oliver. ¡Nunca! —exclamó como si acabara de presenciar un milagro.

—Lo sé… —Oliver se recolocó en la silla, pero mantuvo la mirada fija en mí —. La traté mal, y ese es uno de los motivos por los que me odia.

—Yo no te odio —mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Solo creo que necesitas aprender a ser más educado… y menos borde, claro. Lo cual, sinceramente, me parece complicado.

Esperaba una réplica afilada, el contraataque habitual en él, pero no llegó. Oliver guardó silencio.

Y aquello resultó extraño, casi incómodo. El hombre siempre tenía una respuesta rápida, cortante como un cuchillo. Escucharlo callado era como enfrentarme a una versión desconocida de él.

Tragué saliva.

Como tantos amigos me habían dicho ya, era rencorosa. Más de lo que me gustaría admitir. Cuando alguien me trataba mal, me costaba siglos perdonar, aunque luego intentara redimirse.

Y con Oliver, la herida aún era demasiado reciente.

—En fin… está muy bien saber que aquí todos nos queremos, pero… ¡yo tengo hambre! —intervino July, rompiendo la tensión—. ¡Vamos a lo importante!

El camarero trajo enseguida las cartas y, tras un breve debate, decidimos el plato. La conversación fue retomando poco a poco, aunque yo preferí centrarme en Fillipe, aún demasiado desconfiada como para dejarme arrastrar por Oliver.

Mientras tanto, July parecía empeñada en no dejar que el silencio lo envolviera. Hablaba, lo pinchaba, le lanzaba preguntas… y, para mi sorpresa, descubrí que ambos se conocían desde hacía más tiempo del que yo imaginaba.

Escuchar su voz mezclarse con la de ella en distintos momentos me dejó aún más descolocada.

—¿Este restaurante es tuyo? —pregunté, intentando despejar mis dudas.

—No le gusta comer en sus propios restaurantes —respondió Fillipe antes siquiera de que Oliver abriese la boca.

Me giré hacia él.

—¿Por qué?

—No hay un motivo concreto. —Esta vez fue Oliver quien habló. Su tono era serio, aunque no áspero—. Conozco de sobra la comida de todos mis restaurantes, así que prefiero probar otras cosas. Nunca había venido aquí.

La curiosidad me empujó a ir más allá.

—¿Sabes cocinar?

—Sí —asintió levemente—. Pero por falta de tiempo, se ha convertido en un hobby mensual. Como mucho, cocino para mí un par de veces al mes.

—¿Y antes de esta rutina de locos?

—Todos los días —contestó, y hubo un cambio en su voz.

Un matiz sutil, un peso. Apartó la mirada, como si cocinar hubiese sido algo más que una simple costumbre en su pasado.

Mientras July y Fillipe se entretenían en una charla paralela, me di cuenta de que los ojos de Oliver estaban fijos en mí.

Había algo intenso, casi asfixiante, en aquella manera de mirarme, como si me obligara a sostenerle la mirada. Y lo peor es que lo hacía. Aunque supiera que no debía.

No seas idiota, Emily. No seas…

—Me gustó mucho verte empapada bajo la lluvia —dijo de pronto, rompiendo mi resistencia. Su voz fue tan seria que el corazón se me desbocó—. Me gusta tu felicidad, la forma en que ves la vida. Vi que no te importa lo que piensen de ti, y eso es un don raro.

El recuerdo de la lluvia me atravesó como un calambre, y una sonrisa involuntaria se me escapó de los labios.

Él estaba… distinto. Más comunicativo, casi humano.

—¿Puedo decirte algo con sinceridad? —me arriesgué.

Levantó la comisura de la boca, irónico.

—Sí, pero probablemente no me va a gustar.

—Tu problema es vivir para el trabajo las veinticuatro horas. Por eso te estresas con todo y con todos. Sé que tienes muchas propiedades, decenas de restaurantes, pero… eso no lo es todo. Necesitas vivir.

—No lo hago por dinero —replicó rápido, casi a la defensiva.

—¿Entonces por qué? —insistí, manteniendo mis ojos en los suyos.

Oliver me sostuvo la mirada unos segundos, el gesto serio, como pesando cada palabra.

Luego alzó la vista al techo y respiró hondo.

—Para mantener la cabeza ocupada. Cuando no me concentro en nada, el pasado vuelve demasiado fuerte y me enfado. Más aún porque no tengo el poder de cambiar lo que pasó.

El silencio que siguió fue distinto, más denso.

Vi sinceridad en sus ojos, una sombra de dolor que no encajaba con la máscara de frialdad que solía llevar puesta.

—Es cierto, no se puede cambiar el pasado… —dije despacio, sintiendo mi propio corazón apretarse—. Pero sí podemos adueñarnos de nuestro presente. Y perdona si soy dura, pero no estás viviendo, Oliver.

Me sostuvo la mirada. Esta vez no había ironía ni dureza. Solo un reconocimiento amargo.

—Lo sé.

Dos palabras simples que me golpearon más que cualquiera de sus provocaciones.

El templo me había dado una extraña sensación de claridad.

Estar allí, entre paredes que respiraban silencio e introspección, me había permitido abrir la mente a nuevas formas de ver la vida.

Quizá a Oliver no le gustara que tocara ese tema, pero yo necesitaba creer que, de algún modo, mis palabras podían atravesar la coraza que levantaba a su alrededor.

—Puede que pienses que no, pero me he fijado en cómo tratas a Emma —dije, con voz baja pero firme—. Se ve en tus ojos que ella lo es todo para ti. Entonces pasa más tiempo con ella. Intenta olvidarte de tus responsabilidades al menos un día. Concéntrate en quienes quieres.

Inclinó un poco la cabeza, como si hubiera dicho algo demasiado atrevido.

—¿Desde cuándo me das consejos?

—Desde el momento en que me das pie a ello. Y, siendo sincera, es la primera vez que siento que puedo hablar contigo de forma normal. Digamos que…

no eres precisamente el tipo más sociable.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa apenas perceptible. Cerró los ojos un instante y asintió despacio.

Al abrirlos, me tendió la mano. Dudé, sorprendida por el gesto.

—Encantado, soy Oliver.

El corazón me dio un vuelco, pero me obligué a sonreír mientras estrechaba su mano.

—Emily. Encantada, el placer es mío.

—Espero que olvides lo ocurrido. —Su voz sonó más baja, cargada de honestidad—. Me cuesta reconocer errores, pero tienes razón. Me pasé.

—Puede que tarde en olvidarlo… —confesé, sin apartar la mirada—. Pero creo que en unos días estaré bien. Conseguiré mirarte a la cara tranquilamente. De momento, aún me cuesta.

Un soplo divertido se escapó de sus labios.

—Exactamente lo que imaginaba que dirías.

—¿Ah, sí?

—Claro. Si después de cómo te traté me perdonaras rápido, significaría que no tienes carácter.

No dejaba de sorprenderme.

Durante media hora entera hablamos como si fuéramos viejos conocidos, y era increíble verlo tan distinto: cercano, casi ligero. Descubrí que su verdadero problema era el estrés del trabajo, siempre presente como una sombra.

—Gracias por la fórmula —dijo, tras un breve silencio—. Me ayudaste mucho.

—Fue pan comido —respondí, encogiéndome de hombros.

—Entonces creo que debería contratarte.

Reí alto, tanto que atraje miradas de otras mesas.

—¡Ni de broma! No duraría un día trabajando contigo. Te mataría o me despediría antes.

Me miró serio un segundo… y luego soltó una carcajada inesperada.

—¿Aún piensas que hablas demasiado? —pregunté, arqueando una ceja.

—Mucho. Demasiado —hizo una pausa, mirándome de un modo que me dejó sin aire—. Pero me gusta.

El calor me subió al rostro.

—¿De verdad?

—Hoy sí. —Sus ojos se entrecerraron, examinando cada detalle de mi expresión—. Solo no me gusta cuando llamas demasiado la atención, como antes. A mí es a quien le gusta destacar.

—Vaya, qué controlador…

—Un poco —admitió sin el menor pudor.

Vi cómo echaba una mirada discreta al reloj de pulsera.

Luego se levantó, sacó unos billetes de la cartera y dejó sobre la mesa una cantidad generosa.

—Tengo que irme. Emma debe de estar preocupada. —Su mirada recorrió a cada uno de nosotros antes de volver a fijarse en mí.

—Pero si no son ni las once —protestó July.

—Hay días en que no se duerme sin mí —respondió con un suspiro, en un tono que no admitía réplica—. Lo siento. Vámonos, Fillipe.

Su primo arqueó una ceja, suspicaz.

—Pero… tienes dos piernas sanas. Puedes irte solo.

—Sí, pero vendrás conmigo, ¿verdad? —Oliver le lanzó una mirada tan cortante que la respuesta no se hizo esperar.

—Claro… voy.

Tras las despedidas rápidas, Oliver me sostuvo la mirada un instante más, como si quisiera decir algo que no dijo.

Finalmente asintió con un gesto breve y decidido antes de girarse y marcharse, con Fillipe detrás.

El vacío que dejó alrededor de la mesa era casi palpable, y en mi pecho aún pesaba la sensación de sus ojos clavados en mí.



CAPÍTULO 33

«La verdad es dura, pero necesaria…»

EMILY FLORES

Llegué a casa exhausta, como si el peso del día se me hubiese pegado a los huesos. July venía conmigo y, entre un bostezo y otro, anunció que se quedaría a dormir allí aquella noche.

Después de desmaquillarme en el baño, solté el pelo y caminé hasta el salón. Encontré a mi amiga tirada en el sofá, pendiente de la tele, aunque en cuanto me vio desvió la mirada hacia mí con un brillo malicioso.

—Para alguien a quien no le gustaba Oliver… habéis charlado bastante.

Solté una risa ahogada, dándome por vencida.

—Sí, tienes razón.

—¿Qué te ha hecho? O mejor dicho, ¿de dónde lo conoces? —insistió, arqueando una ceja, curiosa.

Me mordí el labio, recordando la primera impresión que tuve de él.

—¿Te acuerdas cuando aterrizamos y te dije que casi me comía a un hombre con los ojos? Pues era él.

—¡No me lo creo! —July dio un salto en el sofá, con los ojos muy abiertos.

—La pura verdad. —Crucé los brazos, satisfecha con su cara de sorpresa—. Y ahora que estoy ayudando a Jessy, lo veo todos los días.

—A ella también la conozco —comentó, pensativa—. No tanto como a Oliver, pero hemos hablado alguna vez. Mi acercamiento a él fue más bien por Fillipe.

Suspiré hondo, dejando que los recuerdos afloraran.

—Oliver me pidió perdón. El problema es que fue bastante borde conmigo en varias ocasiones, y tú sabes lo mucho que detesto a la gente así.

—Por lo que sé, él no suele pedir perdón —murmuró, sorprendida.

—Lo sé. —Negué con la cabeza, aún intrigada—. Pero lo hizo. Y eso ya significa algo.

July soltó un silbido bajo e inclinó el cuerpo hacia delante, como si estuviera a punto de soltar un secreto explosivo.

—Ese hombre es una montaña rusa de sentimientos. Un rato está contento, luego se hunde en la tristeza, y así todo el tiempo…

—¿Cómo que así? —pregunté, frunciendo el ceño.

Ella suspiró hondo, mirando al techo como si buscara valor.

—Su historia de vida es bastante dramática.

—¿Por lo del orfanato, porque sus padres lo abandonaron?

—No. —Su tono se volvió más serio—. Hablo de lo que vino después. Oliver fue engañado tres veces… por tres mujeres diferentes.

Abrí mucho los ojos, impactada. July levantó la mano enseguida, continuando antes de que la interrumpiera.

—Bueno, técnicamente fueron dos infidelidades. La tercera fue todavía peor: lo dejaron plantado en el altar.

—Espera. —Me acomodé en el sofá, el corazón acelerado—. Explícamelo desde el principio.

Ella giró el cuerpo hacia mí, entrelazando las manos como si estuviera a punto de contar un culebrón.

—La primera relación fue cuando fundó el Joe's. En ese entonces salía con una de las chefs. Resulta que ella y otro cocinero dimitieron el mismo día. Hasta ahí, todo normal. Solo que seis meses después aparecieron casados. Después se supo que llevaban liados más de un año.

—Dios mío…

—La segunda fue aún peor. Oliver pilló a su novia en la cama con uno de sus mejores amigos, que además era socio suyo. —July hizo una pausa dramática—. Y, por increíble que parezca, no reaccionó con violencia. Simplemente echó a la mujer de su casa. Hacía falta mucho autocontrol.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Y la tercera?

—La tercera fue la más extraña de todas. Conoció a Isabella y creyó haber encontrado por fin a la persona indicada. Tras varios años de noviazgo, le pidió matrimonio y tenían previsto casarse justo por las fechas del festival. Emma ya tenía un año. Pero el día de la boda, Isabella simplemente no apareció. Mientras él esperaba en el altar, uno de los organizadores le entregó una nota.

Sentí que el aire me faltaba.

—¿Y qué ponía?

—Eso no lo sabe nadie. —Se encogió de hombros y luego se levantó—. Solo él. Pero seguramente fue algo malo, de lo contrario ella habría aparecido.

Me llevé la mano al pecho, intentando asimilarlo.

—Tiene sentido el odio que le tiene al festival.

—Exacto. —July asintió—. Y para colmo, Isabella no volvió a dar señales de vida. No buscó a Oliver, mucho menos a Emma. Dejó a su hija con él, como si nada.

El corazón se me encogió.

—¿Qué clase de madre hace algo así?

—La misma que abandonó al propio Oliver. —July suspiró—. Imagínate: que te dejen tus padres, que te engañen dos veces, que te planten en el altar y, encima, criar solo a tu hija sin entender el porqué…

Me quedé callada, con un nudo en la garganta.

—Es demasiado, incluso para mí.

—Lo sé. —Bostezó, cansada—. Ahora necesito dormir. Mañana tengo un día ajetreado. Buenas noches, amiga.

—Buenas noches, July…

En cuanto se metió en la habitación, me quedé sola en el salón, rumiando cada palabra.

¿Sería por eso que Oliver se mostraba tan arisco, tan hermético? ¿Y si toda esa desconfianza que cargaba no era simple tozudez, sino cicatriz?

Ahora entendía mejor su mirada dura, la frialdad calculada, esa costumbre de apartar a todo el mundo.

Había sido traicionado demasiadas veces, y no solo en sus relaciones. Uno de sus propios amigos se había acostado con su mujer. Era inevitable… ¿cómo confiar después de tanto?



CAPÍTULO 34

«El amor llegó sin pedir permiso, desordenando certezas y reconstruyendo sueños.»

EMILY FLORES

Hoy me sorprendió un mensaje que no esperaba —y que, sinceramente, no quería recibir.

«No sé qué hacer sin ti, Emily. Por favor, tenemos que hablar…»

William. Mi exnovio.

Bastó leer su nombre para que un peso se instalara en mi pecho. Cerré los ojos, intentando apartar el recuerdo. Llevaba días escribiéndome, pero nunca con tanta desesperación.

Nuestra historia había terminado, y tenía que entenderlo de una vez por todas. Como en las ocasiones anteriores, lo ignoré. No respondí.

Llegué temprano al trabajo, aunque el corazón me iba inquieto. Lo que más me ponía nerviosa no era solo William… sino Oliver.

La noche anterior había sido una compañía sorprendentemente agradable, incluso ligera. Pero hoy podía ser distinto. Yo misma había dicho que no volvería a atenderle.

Pasé unos minutos perdida en mis pensamientos, sopesando decisiones, hasta que respiré hondo y reuní valor. Caminé hasta su mesa.

—Hola.

Levantó los ojos del ordenador, y aquello ya fue un golpe. Oliver casi nunca apartaba la vista de la pantalla.

—Hola, Emily —respondió con un tono inesperadamente sereno.

—¿Necesitas algo más? —pregunté con cautela, como tanteando el terreno.

—No. Pero gracias por preguntar. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y el estómago se me encogió de forma involuntaria.

La tensión que me acompañaba desde la mañana se fue disipando poco a poco. Había estado asustada por nada.

Hoy parecía tranquilo, casi… humano.

—¿Y el trabajo? ¿Conseguiste resolverlo? —me atreví a sacar conversación.

Soltó una risa breve, sin humor.

—No, ninguna de las cosas. Está siendo mi día menos productivo. Pero… es lo que hay. Tengo que aceptarlo.

Negué con la cabeza, sorprendida.

Ese era justo el tipo de día que normalmente lo dejaría de peor humor, pero, de algún modo, parecía como si alguien hubiera ablandado su corazón de hielo.

—Qué raro… —murmuré, más para mí que para él.

—¿Qué? —arqueó una ceja.

—Que hables conmigo con normalidad, que me preguntes si necesito algo. Si no recuerdo mal, cierta persona dijo que no volvería a atenderme.

Me mordí el labio y alcé el mentón, divertida.

—Sí, por desgracia tengo un corazón blando. Qué le vamos a hacer… —solté una sonrisilla antes de añadir—: Pero que quede claro: si vuelves a ser un imbécil conmigo, no habrá segunda oportunidad. En serio. —Le señalé con el dedo, como advertencia final.

Oliver se recostó en la silla, observándome con esa mirada provocadora que siempre me desarmaba.

—Soy imbécil por naturaleza. Eso es complicado.

No pude evitar sonreír, a pesar de mí misma.

—Pues intenta no serlo.

Mantuvo los ojos en los míos más de lo debido, y respondió al fin, en un tono bajo que sonó casi a promesa:

—Haré lo posible.

El problema era que, tratándose de Oliver, lo posible podía ser tan imprevisible como él.



—¿Has decidido hablar con mi hermano?

La cafetería estaba más tranquila, y Jessy y yo aprovechábamos unos minutos de calma tras la barra.

—Ay, ni te imaginas… —puse los ojos en blanco, notando ya un calor extraño en las mejillas.

De forma resumida, le conté todo lo que había pasado el día anterior.

Con cada detalle, los ojos de Jessy se abrían más, y cuando terminé, estaba tan alucinada como July lo había estado.

—Probablemente se ha arrepentido… —murmuró, pensativa, mordiéndose el labio inferior.

—No lo sé. Puede que sea remordimiento, quizá. —Me encogí de hombros, indecisa—. Pero ayer fue buena compañía. Me sorprendió, lo confieso.

—Mi hermano es así —respondió, cruzándose de brazos y analizándome como quien estudia un puzle—. Puede ser agradable cuando quiere. Estoy harta de pedirle que sea más sociable.

—Quizá algún día cambie —suspiré.

Sus ojos brillaron con algo entre picardía y curiosidad.

—¿Y si le provocas? Solo para comprobar si ese cambio es real. Quiero saber si de verdad se ha arrepentido.

Fruncí el ceño, desconfiada.

—¿Y cómo hago eso exactamente?

—Fácil: llévale el café… frío.

Abrí mucho los ojos, incrédula.

—¡No, Jessy! Me va a arrancar el hígado en el desayuno. —Reí nerviosa solo de imaginarlo.

—Tranquila. Confía en mí. —Me guiñó un ojo, descarada—. Vamos a comprobarlo.

Negué con la cabeza, pero terminé sonriendo.

—Eres una hermana terrible, ¿lo sabías?

—¡Lo sé! —replicó, victoriosa.

Después nos separamos para atender a los clientes.

Cuando el reloj marcó la hora habitual, Oliver pidió lo de siempre, y le pedí a Luanna que dejara el café… digamos que un poco menos caliente de lo normal.

Cogí la taza y caminé hacia su mesa. Sentía los dedos tensos al sujetar la porcelana.

—Su café… —anuncié, colocándola delante de él.

El líquido no estaba frío, pero sí tibio. Lo justo para incomodarle, a él, que odiaba cualquier temperatura que no fuera abrasadora.

Apenas habíamos hecho las paces y yo ya estaba tramando algo. Al final, se lo merecía.

—Gracias —murmuró sin apartar los ojos del portátil.

Segundos después, llevó la taza a los labios y bebió un sorbo.

Un escalofrío me recorrió la nuca. Me giré para volver a la barra, anticipando el desastre.

—¡Emily! —su voz sonó firme, más alta de lo normal.

Cerré los ojos un instante. Lo sabía.

—¿Pasa algo? —me volví despacio, forzando una sonrisa inocente.

Dejó la taza sobre la mesa y me miró con seriedad.

—Vamos a comprobarlo ahora.

—¿Comprobar qué?

—Quiero demostrarte que no soy un imbécil las veinticuatro horas del día. Que sé hablar como una persona normal.

Su franqueza me pilló por sorpresa. Me quedé callada, observándole, esperando lo siguiente.

—¿Y bien? —insistió.

—¿Y bien qué? —arqueé las cejas, provocadora.

Bufó, impaciente.

—Te estoy invitando a salir. Conmigo.

El corazón me dio un vuelco. Si antes estaba desconcertada, ahora no sabía ni cómo reaccionar.

—¿Por qué… quieres salir conmigo? —pregunté, casi en un susurro.

Oliver encogió los hombros, demasiado sincero.

—No lo sé. Hablas demasiado, me interrumpes, y parece que disfrutas metiéndote en mi vida. De verdad, no sé por qué. —Hizo una breve pausa y añadió —: Puede que ya me esté arrepintiendo.

No pude evitar reír. Era imposible.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro. —Su expresión se relajó, aliviada.

Levanté los ojos al techo unos segundos, dramatizando, antes de mirarle de nuevo con una sonrisa suave.

—Gracias por la invitación, Oliver. Pero… voy a rechazarla.

—¿Cómo dices? —su sorpresa fue casi cómica.

—Eso mismo. Quizá la próxima vez.

Me miró como si no pudiera creer que hubiera tenido el descaro de decirle que no. Se rascó la cabeza, incómodo, y soltó un suspiro.

—Vale, pero tengo que decir otra cosa. —Señaló la taza—. No es culpa tuya, pero el café está un poco frío.

—Yo… —empecé, sin saber si reír o disculparme.

—¿Sabes qué? —me interrumpió, negando con la cabeza—. Da igual. Está bien. No me va a matar.

Pero por el brillo contenido en sus ojos comprendí que, con aquella pequeña provocación, Oliver me había dejado entrar un poco más en su mundo. Y quizá eso resultara aún más peligroso que el café tibio que le había servido.



CAPÍTULO 35

«Él no quería enamorarse, pero le bastaba escuchar su risa para olvidarse de todas las promesas que se había hecho a sí mismo.»

OLIVER CLARKE

Llegué a casa dos horas antes de lo habitual, algo insólito en mi rutina.

La sensación de cruzar la puerta más temprano me dio una paz extraña, casi desconocida. Hoy podía centrarme en lo que de verdad importaba: mi hija.

Ya estaba planeando nuestra noche juntos, y jugar a la "comida de mentira" estaría, sin duda, en lo más alto de la lista.

Yo, el hombre que lidiaba con inversores, plazos imposibles y equipos enteros, tenía que rendirme a las ollitas de plástico y a las tazas sin té.

Y bastó pensarlo para que Emma me arrastrara a su juego de casita.

Nunca entendí muy bien aquellas reglas inventadas, pero al parecer lo único que tenía que hacer era beber té imaginario y hablar con muñecos

despeinados.

Fácil… o no tanto.

—Papá.

—¿Qué pasa, cariño? —respondí, fingiendo beber el líquido invisible de la taza.

—Esa chica que vino a casa es guapa, ¿verdad?

Tragué saliva.

Sí, era guapa. Guapa e irritante. Guapa e imposible. Guapa como para haberme dado el primer plantón de mi vida.

Algo que aún hería mi orgullo. Ninguna mujer me rechazaba. Siempre había sido yo quien marcaba las reglas.

—Es cierto. Emily es muy guapa.

Emma sonrió, con esa malicia inocente que solo un niño puede tener.

—¿Entonces por qué no sales con ella?

Directa. Como siempre.

Mi hija hacía esa pregunta a todas las mujeres que cruzaban nuestra puerta.

En el fondo ya me había acostumbrado. Sabía que buscaba algo que le faltaba: una figura materna.

Pero yo no estaba preparado. No después de todo.

Cargaba con demasiados fantasmas, heridas que nunca cicatrizaron. Y era plenamente consciente de que, para que alguien fuese feliz a mi lado, yo tendría que ofrecer reciprocidad.

Sin embargo, mi vida sentimental siempre había sido un campo minado.

—Papá no quiere salir con nadie.

—Pero yo quiero que papá tenga novia.

Solté una risa baja, pasándome la mano por el pelo.

—En la vida no se puede tener todo, mi amor.

Emma frunció el ceño, enfadada, y me tendió la tacita de juguete con fuerza. Parecía una orden silenciosa para que bebiera de una vez.

Obedecí, dando dos sorbos generosos de un té que no existía.

—¿Y qué te ha parecido que papá llegara antes a casa hoy? —pregunté, curioso por su reacción.

—Me ha gustado. Podrías venir todos los días, ¿a que sí?

La frase me golpeó como un puñetazo.

No podía prometerle eso. Sería cruel darle una esperanza que no podía cumplir. Aun así, aquella noche algo había cambiado.

Fue uno de los pocos días en que rompí mis propias reglas: dejé la oficina antes de tiempo, me abrí a lo inesperado, incluso me arriesgué a invitar a alguien a salir.

Era bueno innovar. Emily tenía razón cuando me acusaba de poner el trabajo por encima de todo. Hablaba demasiado, sí, pero había en ella una sensibilidad que me desarmaba.

Sus palabras tenían franqueza, y eso captaba mi atención de una forma peligrosa.

—Papá lo va a intentar, cariño.

—¿Lo prometes? —me miró con esos ojos enormes, llenos de expectativa.

—Lo prometo. —Y aun sabiendo el peso de esa promesa, la dejé existir.

—Quiero ver una peli.

—¿Cuál?

—El Emperador y sus locuras.

—Viejo como papá… —murmuré para mí mismo.

—¿Eh? —levantó la cara, desconfiada.

—Nada. Vamos a verla.

Puse el dibujo y me senté a su lado. El resplandor de la tele iluminaba su carita atenta. Yo fingía mirar la pantalla, pero en realidad solo podía contemplarla a ella.

A veces el impulso de abrazarla era irresistible, y cuando lo hacía, era más para calmarme yo que para tranquilizarla a ella.

Llevaba años con miedo de que Isabella volviera y se llevara a Emma. La nota que me dejó plantado en el altar explicaba algunas cosas, pero no justificaba nada.

No había manera de entender qué lleva a una madre a abandonar a su hija.

Miré el rostro concentrado de mi niña. Tan entregada a una película que ya había visto decenas de veces.

Qué bonito es ser niño… vivir sin preocuparse, creyendo que el mundo es sencillo y seguro.

Por un instante, deseé volver atrás.

Quizá, si pudiera, vería las cosas de otra forma. Tal vez habría aprendido a no cargar tanto peso, a no desconfiar de todo.

Pero la vida no permite regresar. Y la única certeza que tenía era que Emma era mi presente —y la única parte de mi historia que jamás dejaría escapar.



CAPÍTULO 36

«Ella nunca supo que ya era suya mucho antes de que el corazón lo admitiera.»

EMILY FLORES

Me quedé mirando el techo un buen rato. Rectifico: nos quedamos.

July estaba tumbada a mi lado, igual de pensativa, como si el silencio que nos envolvía tuviera un peso cómodo, casi reconfortante.

—A veces no tener nada que hacer es un rollo, ¿verdad? —dijo ella, la primera en romper aquella pausa contemplativa.

—Totalmente… y encima hoy ni hemos pedido comida. —Eché un vistazo al reloj de la mesilla. Pasaban ya de las nueve.

Mi día había sido más de reflexión que de acción. Repasé todo lo que estaba viviendo en Liverpool: los descubrimientos, los tropiezos, y también lo que estaba dejando de lado. Llevaba casi un mes allí y aún conocía poco de la ciudad.

Algo dentro de mí me decía que eso tenía que cambiar.

—¿Qué toca hoy, Emily? ¿Palomitas…? —provocó, con una mirada traviesa.

—Si vuelves a decir "palomitas" una vez más esta semana, te juro que te agredo —repliqué, fingiendo enfado.

July estalló en carcajadas, abrazándose la tripa.

—Ahora me estoy imaginando a una miniom pegándome.

—Haz la prueba y verás —respondí seria, aunque no pude sostener la expresión. Sonreí enseguida, negando con la cabeza—. Solo digo que…

De repente, sonó el timbre. El eco retumbó por el salón y nos hizo intercambiar miradas cómplices.

—¿Esperas visita, Emily? —preguntó con esa sonrisilla burlona que ya delataba que estaba imaginando mil escenarios.

—Que yo sepa, no. —Me levanté despacio, recolocándome el pelo mientras iba hacia la puerta.

Al abrir, me encontré con un repartidor de aplicación, con un paquete enorme en las manos.

—¿Emily?

—Sí.

—Su pedido. —Me tendió el paquete.

—Yo no he pedido nada. —Negué con la cabeza, confundida.

Miré a July, que encogió los hombros sin tener ni idea.

—Se lo ha enviado alguien —dijo el repartidor, entregándome el bulto antes de despedirse.

Cerré la puerta todavía atónita.

—¿Cómo que alguien me lo ha enviado? —murmuré, caminando hacia la mesa con el paquete pesado entre los brazos.

July me siguió de cerca, curiosa como una niña.

Abrí el envoltorio con cierta cautela y, justo en la parte superior, encontré una nota pegada en una de las tapas.

«Te habría llevado a un restaurante y, aunque no aceptaras, pensé que lo mejor era presentarte una de las maravillas de la comida mexicana.

Att, Oliver.»

El corazón me dio un brinco, y July prácticamente explotó a mi lado.

—¡Dios mío! ¿Qué me he perdido?

Me pasé la mano por la cara, incrédula.

—Esta mañana me invitó a salir. Le dije que no. —Resumí lo justo para que lo entendiera.

—¿¡Le dijiste que no a ese hombre!? —July me miraba como si acabara de cometer el pecado del siglo.

—No es culpa mía que fuese tan borde conmigo al principio. —Crucé los brazos, contrariada—. Pero esto de mandar comida… eso sí que es jugar sucio.

Fui desenvolviendo las cajas, una a una, y cuando vi la cena… madre mía. El aroma de las especias inundó la sala, y el aspecto era para babear.

Tragué saliva, imaginando la escena.

Si él estuviera allí, quizá se habría llevado un beso sin pedirlo. Porque conquistar a una mujer con comida… eso, sí, era un tipo de trampa absolutamente irresistible.



CAPÍTULO 37

«La sorpresa forma parte del proceso de crecimiento…»

OLIVER CLARKE

En ese momento mi día estaba tranquilo, pero la paz duró poco.

Cuando Emily apareció delante de mí, brazos cruzados y expresión decidida, supe que aquello no iba a acabar bien.

—¿Con qué derecho te crees que puedes mandar cosas a mi casa sin avisar? —disparó, la voz cargada de indignación.

Mi primer instinto fue culparme. Por lo visto, había vuelto a equivocarme con ella.

Pero, esta vez, juro que mi intención había sido buena.

—Pensé que te gustaría la sorpresa —me giré despacio, dejando que mi mirada se enganchara a la suya.

Y, como siempre, me resultó casi imposible disimular lo mucho que me fascinaban esos ojos. Era como intentar fingir que no sientes el calor del fuego cuando ya empieza a quemarte la piel.

—Pues mira tú… —dio un paso hacia mí, el rostro a escasos centímetros del mío. Esperaba otra bronca, pero de repente su gesto se suavizó—. Si crees que vas a conquistarme enviándome comida, estás… —titubeó, se mordió el labio, derrotada— completamente en lo cierto. Así que para ya, ¡por favor!

No pude contener la sonrisa.

La deliciosa contradicción de su voz me desarmaba. Y, segundos después, ella también cedió, regalándome una sonrisa que parecía iluminar todo a su alrededor.

—¿De verdad te gustó el pambazo? —pregunté, curioso, ansioso por la respuesta.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —arqueó una ceja, indignada—. ¡Ese plato estaba buenísimo! July estaba conmigo y nos lo zampamos todo. Ni sé qué decirte… solo… muchísimas gracias.

La forma en que lo agradeció, con esa mezcla de sorpresa y ternura, me removió más de lo que quería reconocer.

—No quisiste salir conmigo, pero yo ya tenía planes —expliqué, intentando mantener la voz neutra—. Así que decidí improvisar.

—Me gustó que hicieras algo inesperado ayer —la sinceridad en su tono me golpeó de lleno.

—Y hoy también lo haré —la decisión se escapó de mis labios antes de que yo mismo la procesara—. Voy a dejar el trabajo.

Emily parpadeó, incrédula.

Ni yo mismo me creía lo que acababa de decir. Pero era necesario. Solo por hoy, tenía que romper mis propias reglas.

—¿En serio? —preguntó, con el asombro pintado en la cara.

—Mucho. Necesito descansar, ocupar la cabeza con otra cosa. Aún no sé con qué exactamente, pero lo que tengo claro es que no será volver a mi edificio a resolver problemas.

Me observó en silencio durante unos segundos, seria, como si intentara descifrar si de verdad hablaba en serio. Y entonces, de forma inesperada, abrió una sonrisa amplia, llena de algo que no supe identificar al instante.

—Me gusta ese lado tuyo. Mucho… —dijo por fin, con voz baja, casi íntima.

Y antes de que pudiera reaccionar, se alejó hacia la barra. Aun así, no resistió la tentación de lanzarme varias miradas furtivas por encima del hombro, como queriendo confirmar que seguía observándola.

Y, claro, lo hacía. Porque no había la menor posibilidad de apartar mis ojos de ella.

EMILY FLORES

Ya tenía la tercera carta en las manos cuando por fin terminó mi turno.

El peso del día aún se me pegaba a los hombros, pero la curiosidad ardía con más fuerza. Caminé hacia el fondo de la cafetería, donde el silencio me envolvió como un refugio, y entonces abrí el sobre con cuidado, deslizando el papel entre los dedos.

El aroma característico de la tinta y del papel envejecido me llegó leve, trayendo consigo una sensación de misterio. Respiré hondo antes de empezar a leer.

3ª CARTA

Nunca seremos lo bastante buenos para nosotros mismos.

Nuestra jornada exige cambios. Tenemos que modificar la forma en que vivimos a cada instante para que la vida tenga sentido. Espero que tus estancias en el templo de la paz hayan sido gratificantes y que hayas comprendido un poco más tu cuerpo y tu mente.

Ahora es necesario mostrarte algo distinto: la realidad de muchas niñas y niños de nuestra ciudad. No elegimos a nuestra familia, y aun así ese lazo es de extrema importancia. Muchas veces, niños y adolescentes necesitan desesperadamente a alguien que los consuele, a alguien que, con pocas palabras, les dé fuerzas para seguir adelante.

Ponte en el lugar de quien nunca recibió afecto, de quien no sabe identificar sus propios deseos, de una criatura que jamás entendió el verdadero significado del amor.

No es agradable ver eso… y me duele el corazón no poder ayudar a quienes más lo necesitan.

Falkner Street, 2039.

Bajé el papel despacio, con la garganta apretada.

Las palabras parecían susurrarme al oído, removiendo recuerdos que prefería mantener enterrados. Mi respiración se volvió pesada y, por un instante, cerré los ojos para asimilar el impacto.

La carta tenía el don de desnudarme por dentro, como si alguien mirara a través de mi fachada y viera más allá de las máscaras que me pongo cada día.

Pasé la punta de los dedos por el papel, repasando mentalmente varios pasajes. «Ponte en el lugar de quien nunca recibió afecto». La frase reverberó dentro de mí como un eco cruel.

Se me encendió el pecho.

Recordé las tantas veces en que me había sentido exactamente así —sin suelo, sin rumbo, sobreviviendo al vacío.

Pensé en Oliver, en cómo cada gesto suyo dejaba entrever grietas que intentaba ocultar. Y pensé en mí misma, en todo lo que no sabía enfrentar y que, sin embargo, necesitaba mirar de frente.

Doblé la carta con cuidado, como si fuera un tesoro o una bomba a punto de estallar. La sensación era la misma.

Falkner Street, 2039.

El nombre del lugar aceleró mi corazón.

Una parte de mí quería hacer oído sordo y fingir que aquella misión no era asunto mío. Pero otra parte, más tozuda y curiosa, ya

sabía la verdad: iría.

Al fin y al cabo, esas cartas no eran solo invitaciones. Eran llamadas. Y yo, aunque a regañadientes, ya estaba respondiendo a todas.



Acababa de salir de la cafetería cuando me detuve en la acera, indecisa.

La brisa fría de la tarde me envolvió mientras miraba el móvil, dudando entre pedir un Uber hacia la dirección de la carta o volver primero a casa.

Una parte de mí ansiaba respuestas inmediatas; la otra quería aplazarlo, como si necesitara respirar antes de lanzarme a lo desconocido.

Fue entonces cuando, por coincidencia o destino, Oliver salió justo detrás de mí. Pasó a mi lado con ese aire imponente de siempre, como si el mundo entero tuviera que acompasarse a su paso.

—Nunca te había visto tan pensativa —dijo, observándome de reojo.

—Solo estoy dándole vueltas a qué hacer. —Guardé el móvil en el bolsillo, intentando disimular mi vacilación.

—¿Cuál es el problema? —insistió.

—Digamos que tengo que ir a un sitio, pero no sé si ahora… o más tarde.

Se detuvo, ladeando un poco la cabeza, como si pesara mis palabras.

—¿Quieres compañía? —preguntó, y esta vez no sonó a provocación. Su voz era firme, seria—. Como te dije, hoy me he dado el día libre. Y Emma sigue en el colegio. Tengo tiempo.

La sorpresa me arrancó una risita nerviosa.

—Mira, no me malinterpretes, pero probablemente te arrepientas de haberme dicho eso.

—Estoy seguro de que no. —Su mirada se clavó en la mía, intensa, casi desarmadora.

Guardé silencio unos segundos, estudiando a ese hombre frente a mí. Y quizá por primera vez decidí ser del todo sincera.

—Voy a la dirección de la tercera carta de la tradición.

Seguí cada matiz de su expresión, imaginando mil escenarios para su reacción. Pero ninguno se pareció a lo que escuché.

—¿Y a qué estamos esperando?

—¿Cómo dices? —abrí los ojos de par en par—. ¡Si odias el festival!

—Sí. —Cruzó los brazos, el gesto duro—. Con todas mis fuerzas. Así que este es el momento en que vas a intentar hacerme cambiar de opinión.

—¿Y crees que lo lograré? —le piqué, incrédula.

—Estoy seguro de que no. Pero puedes intentarlo.

Una sonrisa se me escapó antes de poder evitarlo.

Acompañé a Oliver hasta el coche y, todavía sin creérmelo, me senté en el asiento del copiloto. No me cabía en la cabeza: él, el hombre que despreciaba todo lo relacionado con el festival, estaba dispuesto a llevarme al lugar de la tercera carta.

—¿Entonces? ¿Qué dirección es? —preguntó mientras arrancaba el motor.

Saqué la carta una vez más; las palabras ya estaban grabadas en mi memoria, pero aun así las releí antes de contestar:

—Falkner Street, 2039.

El efecto fue inmediato.

Oliver me lanzó una mirada rápida, y el cambio en su rostro fue evidente. La calma desapareció, sustituida por una tensión súbita. El maxilar se le contrajo, como si aquellas palabras fueran difíciles de tragar.

—¿Esto va en serio o es alguna broma? —preguntó, la voz más áspera de lo normal.

—No es ninguna broma. —Mi respuesta sonó firme, aunque por dentro la incertidumbre me abrasaba.

—¿Puedo ver la carta?

—Claro.

Se la entregué. Oliver no se limitó a comprobar la dirección. Leyó cada línea, los ojos recorriendo el texto con una intensidad casi dolorosa.

Cuando terminó, permaneció inmóvil, mirando fijamente al frente. Después, me devolvió el papel con una respiración honda.

—¿Pasa algo? —me atreví a preguntar, la preocupación creciendo en mí.

Se frotó la cara con una mano, como si intentara espantar un fantasma antiguo.

—No lo sé bien. —Entonces se volvió hacia mí, y en sus ojos brillaba algo entre dolor y recuerdo.

—Dime qué ha pasado, por favor. —Mi voz salió baja, pero suplicante.

Vaciló unos segundos que se hicieron eternos. Por fin habló:

—Esa dirección… —hizo una pausa, la respiración pesada—. Es del orfanato en el que crecí.

El silencio que se instaló después fue casi palpable.

El corazón me latía a toda velocidad, no solo por la revelación, sino por la vulnerabilidad que se le escapaba —algo que casi nunca dejaba ver.



CAPÍTULO 38

«Entre tantos desencuentros, fue en la mirada de ella donde él por fin encontró un hogar.»

EMILY FLORES

El camino hasta el lugar transcurrió en completo silencio.

El motor del coche llenaba el espacio entre nosotros, pero no había palabra capaz de atravesar el peso que flotaba en el aire.

Oliver estaba distinto —no en el gesto frío que solía exhibir, sino en algo más profundo, casi roto. Su mirada fija en la carretera, las manos aferradas al volante, la mandíbula tensa.

Parecía luchar contra recuerdos a los que yo no tenía derecho a acercarme.

Por eso decidí no decir nada. A veces, el silencio era el mayor gesto de cuidado.

Cuando el coche se detuvo frente al caserón, tardó unos segundos en apagar el motor.

—Ya hemos llegado —murmuró, pero no se movió.

Se quedó allí, observando la vieja construcción que se alzaba delante, la mirada perdida en memorias que yo no podía alcanzar.

—Si prefieres quedarte… —susurré, con cautela.

Negó despacio con la cabeza, sin mirarme.

—No. Quiero entrar. Creo que lo necesito.

La firmeza de su voz no conseguía ocultar la vulnerabilidad del momento.

Bajamos juntos. El portón chirrió al empujarlo, y cada paso de Oliver parecía pesado, como si el suelo guardase demasiados recuerdos.

Lo miraba de reojo: la manera en que sus ojos recorrían cada detalle de la fachada, como si repasara escenas grabadas en la piel.

No quería sentir lástima, pero era imposible no conmoverme. Todo en él gritaba que aquellos habían sido tiempos duros.

Llamé al timbre, y enseguida una mujer sonriente abrió la puerta.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarles?

—Vengo por el festival. —Mostré la carta que llevaba en la mano. Bastó con que viera el papel para dejarnos pasar, como si fuera un pase secreto.

—Soy Judith. Encantada de conoceros. —Sus ojos se fijaron en los míos, cálidos.

—Emily —me presenté con una sonrisa—. El placer es mío.

A mi lado, Oliver seguía en silencio. Pero algo cambió cuando la mujer lo miró de frente.

Ambos se quedaron inmóviles, atrapados en un reconocimiento silencioso. Un hilo invisible pareció tenderse entre ellos.

—Eres especial, y te lo voy a recordar todos los días. Estoy segura de que alguna familia te dará el cariño y el amor con los que siempre has soñado… —Oliver murmuró de pronto, y un escalofrío me recorrió la espalda. Sus palabras no parecían dirigidas al presente, sino al eco de un pasado.

Judith llevó una mano a la boca, los ojos muy abiertos.

—¿Oliver?

Él se limitó a asentir.

Y antes de que pudiera apartarse, ella lo envolvió en un abrazo fuerte, las lágrimas corriendo sin que pudiera contenerlas.

Él, incómodo como siempre ante muestras de afecto, no dijo nada. Pero correspondió al gesto, aunque con contención.

—¿Sois pareja? —preguntó Judith, con la voz entrecortada, mirándonos alternativamente.

Sentí la sangre subirme a las mejillas.

—No… —balbuceé—. Soy de Estados Unidos, estoy participando en el festival. Conocí a Oliver aquí y… me acompaña.

—Ah, entiendo. —Respiró hondo, intentando recomponerse—. ¡Pasad, por favor! Os llevaré con Nora, la directora del orfanato.

—Lleva a Emily —interrumpió Oliver con tono firme, aunque sin rudeza—. Yo… daré una vuelta. ¿Hay problema?

—Ninguno, Oliver. —Judith sonrió, aún emocionada—. Y… me alegra muchísimo volver a verte.

Él asintió de nuevo, los ojos vidriosos que enseguida desvió hacia el suelo.

Sin añadir nada, se alejó despacio, perdiéndose por los pasillos del orfanato como quien camina de regreso hacia sus propias cicatrices.

Y yo me quedé quieta, con el corazón encogido, sintiendo que acababa de presenciar algo que Oliver jamás me habría permitido ver a propósito: la vulnerabilidad desnuda de quien carga con una historia que nunca dejó de doler.

OLIVER CLARKE

Tenía una idea vaga de las personas que podría reencontrar al volver a aquel orfanato, pero jamás imaginé que me invadirían tantas emociones de golpe.

Era como si cada pared, cada sonido lejano, tuviera el poder de abrir heridas antiguas que yo creía ya cicatrizadas.

Necesité apartarme. Los recuerdos eran demasiado intensos y no quería que nadie los leyera en mi rostro.

Encontré refugio en el patio exterior, donde el silencio solo se rompía con las voces y las risas infantiles que resonaban a lo lejos.

Mis ojos recorrieron el espacio, comparándolo con lo que guardaba en la memoria.

En mi época había más de doscientas criaturas aquí. Ahora, el número parecía mucho menor.

No sabía si debía alegrarme, pensando en posibles adopciones, o preocuparme, temiendo que ya no aceptasen más niños como mi hermana y yo lo habíamos sido.

A lo lejos, un chaval jugaba al baloncesto solo. El eco de la pelota golpeando contra el suelo me sacudió por dentro, demasiado familiar. Ese rincón del patio había sido mi refugio de niño.

Cuántas veces me había aislado allí, lanzando la pelota solo para sentir que aún tenía un poco de control sobre lo que me pasaba.

Me acerqué sin pensarlo demasiado. El chico notó mi presencia, pero no dejó de jugar.

Simplemente siguió botando y lanzando, indiferente. Me senté en un banco cercano y lo observé en silencio unos instantes, como si estuviera mirando una versión más joven de mí mismo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté en voz baja.

Abrazó la pelota contra el pecho y respondió sin titubear:

—Tony.

—¿Cuántos años tienes, Tony?

—Nueve.

Asentí despacio.

—Me llamo Oliver, y tengo treinta y dos.

Él me examinó de arriba abajo, los ojos oscuros brillando de picardía.

—Usted es muy viejo.

Cerré los ojos un segundo y acabé sonriendo.

—No soy tan viejo. —Me levanté y le tendí la mano—. Dame la pelota. Te voy a enseñar una cosa.

Tony obedeció sin rechistar. Cogí la pelota, la pesé entre mis manos y apunté a la canasta.

—Lanza un poco más hacia la derecha —dije, ajustando la posición—. El poste está torcido, se inclina un poco hacia allí.

Tiré. La pelota dibujó un arco perfecto y entró limpia.

El chico abrió los ojos como platos y sonrió, sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

Tragué saliva antes de contestar.

—Yo… crecí aquí.

—¿De verdad? —la emoción en su voz me atravesó.

—Sí. —El eco de esa palabra arrastraba mucho más de lo que él podía comprender.

Tony era alto para su edad, piel morena, ojos negros intensos. Su forma de replegarse, su preferencia por jugar solo… todo en él me resultaba dolorosamente familiar.

Me reconocía en él.

—No quiero que me adopten —soltó de repente, y sus palabras me dejaron desconcertado.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, abrazando la pelota.

—Me gusta estar aquí. Todos mis amigos quieren irse, pero yo no.

Me quedé sin respuesta unos segundos.

Hablar de negocios, de crisis o de estrategias era sencillo para mí. Pero frente a un niño con los ojos llenos de convicción, me sentía desarmado. Fuera de Emma, apenas trataba con niños. Y hasta con ella, a veces me atascaba.

—Dime una cosa. —Me incliné hacia él—. Si pudieras jugar en la NBA, ¿te gustaría que te adoptaran?

Una sonrisa iluminó su cara. Llevaba una camiseta morada y dorada, con el pantalón a juego, y unas zapatillas que dejaban claro su amor por los Lakers.

—¡Sí! —respondió convencido.

—Entonces tienes que mejorar mucho. —Negué con la cabeza en falsa reprobación, sonriendo—. ¿Qué te parece si jugamos uno contra uno? Creo que voy a arrasarte… pero puedes intentarlo.

Tony entrecerró los ojos, animado.

—¡Ni de broma, tío!

—Ya veremos.

Me quité los zapatos, sintiendo el suelo frío bajo los pies. El corazón me latía deprisa y, por un instante, el peso del pasado se disipó.

Allí, en ese momento, no era el hombre endurecido por los años ni el niño abandonado que había sido.

Era simplemente Oliver, frente a un chico que me recordaba demasiado a mí mismo, dispuesto a empezar un partido que significaba mucho más que un simple juego.



CAPÍTULO 39

«Cuando el cuerpo lo pide, es inútil resistirse…»

EMILY FLORES

Entré en una sala aparte y me recibió una mujer sonriente, de mirada serena y las manos entrelazadas delante del cuerpo. Su semblante transmitía una calma que me acogió de inmediato.

Nos presentamos con una formalidad sencilla y enseguida me senté frente a ella, sintiendo el corazón latir un poco más deprisa, como si estuviera a punto de escuchar algo importante.

—Me alegra que alguien haya cogido la carta este año —dijo, con voz dulce pero cargada de expectativa.

—Por lo que he visto, es bastante conocida. Seguramente alguien acabaría encontrándola.

—Depende, Emily. —Su sonrisa se borró un instante, dejando paso a una sombra de pesar—. La verdad es que nadie llegó hasta el final. Muchas personas se

rindieron por el camino. —Luego, como si no quisiera desanimarme, volvió a sonreír—. Pero tú estás aquí. Y eso ya es valioso.

Respiró hondo, y percibí un brillo de emoción en sus ojos.

—Quizá te preguntes por qué estás aquí… y, sinceramente, no hay un motivo concreto. Creo que la intención de quien colocó la carta es mostrar un poco más de la realidad que vivimos, dar visibilidad a nuestro trabajo, darnos voz.

—Es un gesto precioso. —La emoción me atravesó antes de poder contenerla—. No solo de quien pensó en ello, sino sobre todo de vosotros, que acogéis a tantos niños sin tener dónde ir.

Asintió, conmovida por mis palabras.

—Antiguamente llegamos a trabajar a plena capacidad. Había más de cuatrocientos niños aquí. Ahora solo tenemos cuarenta.

—¿Por qué?

—En gran parte gracias al festival. —Sus labios se curvaron en una sonrisa agradecida—. Cuando nos mencionaron en una de las cartas, las solicitudes de adopción aumentaron. Hasta entonces no teníamos ningún apoyo del gobierno. Sobrevivíamos por nuestra cuenta, y muy pocos en Liverpool sabían siquiera que existíamos. Pero todo cambió. Empezaron a buscarnos los medios, grabamos reportajes, incluso en ciudades vecinas nos conocieron. Gracias a Dios, muchos niños encontraron un hogar.

Sentí los ojos humedecerse, conmovida por la fuerza de sus palabras.

—Sé lo importante que es tener a alguien al lado para amar y respetar. Que os mencionaran en la carta fue… magnífico. No hay otra palabra.

—Sí. —Asintió despacio—. Y tras el primer año de tradición empezamos a recibir tantas donaciones que, ahora, incluso si llegan más niños, estamos preparados para acogerlos.

Se levantó con delicadeza, los ojos aún brillantes.

—¿Qué te parece si te enseño un poco el lugar?

—Claro. Me encantaría.

Salimos juntas de la sala y recorrimos pasillos que respiraban historias.

Me mostró la sala de música, donde tres niños ensayaban una melodía tímida acompañados de una profesora que los animaba con paciencia. Sus voces infantiles se entrelazaban en tonos dulces y me arrancaron una sonrisa involuntaria.

Seguimos adelante y observé las habitaciones: cuartos sencillos, alineados, pero llenos de vida. En el ala de los chicos, conversaban y reían entre ellos; algunos improvisaban juegos. La cercanía parecía fortalecer la amistad.

—Muchos creen que orfanato es sinónimo de tristeza. —La directora sonrió suavemente—. Pero aquí no. Les animamos a comunicarse, porque sabemos el peso de la pérdida que cargan. Nada mejor que sentirse acogidos no solo por nosotros, sino también por sus propios compañeros de cuarto.

Caminamos casi media hora y por fin llegamos al exterior. El sol doraba el césped, y Judith se acercó a nosotras, animada.

Instintivamente, mis ojos recorrieron el espacio en busca de Oliver. No lo vi al principio. Fue solo cuando Nora comentó que me di cuenta.

—Parece que Tony ha encontrado un amigo. ¿Ha venido contigo?

Seguí su mirada y allí estaba él, a lo lejos. Oliver, descalzo, jugando al baloncesto con un niño.

Por un instante dudé.

Pero cuanto más me acerqué, más clara se hizo la escena: su sonrisa genuina, la ligereza que rara vez mostraba, la manera en que vibraba con el chaval.

—Sí. —Mi voz salió casi en un susurro, acompañada de una sonrisa inevitable—. Oliver vino conmigo.

Las tres nos dirigimos hacia la cancha. Cuando nos acercamos, oímos al niño gritar, eufórico:

—¡He ganado!

Oliver le alborotó el pelo, riendo.

—Solo por un punto. Aún te queda mucho que entrenar si quieres llegar a la NBA.

—¡Voy a entrenar muchísimo! —Tony levantó la pelota, convencido.

Oliver volvió a reír, cogió sus zapatos y los sostuvo en la mano.

—Veo que has hecho un nuevo amigo, Tony.

—¡Sí! Se llama Oliver y vivió aquí —respondió el niño, orgulloso.

Nora lo observó, sorprendida.

—En la época en la que estabas aquí, la directora era Amelia, ¿verdad? Hace más de veinte años.

—Sí —contestó él, en un tono más contenido.

Charlamos unos minutos, pero toda mi atención estaba puesta en él.

Era imposible apartar la mirada. Oliver parecía tan feliz, tan libre del peso que siempre cargaba, que mi pecho se llenó de una alegría inesperada. Era como descubrir una parte de él que el mundo casi nunca tenía el privilegio de ver.

Y supe, sin necesidad de palabras, que aquel instante quedaría grabado en mí para siempre.



CAPÍTULO 40

«Algunas cartas cambian destinos… y aquella no sería diferente.»

EMILY FLORES

Probablemente pasamos más de dos horas en el orfanato.

El tiempo se escurrió sin que me diera cuenta. Oliver quiso recorrer algunos lugares en concreto y yo lo acompañé a todos, observando cada matiz en su rostro.

El hombre que había llegado tenso, cargado de sombras, parecía haber dejado parte de ellas atrás. Lo vi sonreír mientras hablaba con Judith, y esa imagen se me quedó grabada.

Cuando salimos de la propiedad, me prometí a mí misma volver más veces. Aquel lugar tenía una energía distinta y, de alguna forma, yo quería formar parte de ello.

—¿Qué tal con tu nuevo amigo? —pregunté, rompiendo el silencio que se había instalado en el coche.

—Muy bien. Tony es un crío demasiado maduro para su edad. Charlamos bastante.

—No solo charlasteis. —Una risita se me escapó—. Yo vi que jugasteis mucho también.

Una sonrisa casi imperceptible le rozó los labios, pero desapareció enseguida.

—Sí. Esa siempre fue mi parte favorita del orfanato. Y, como él, pasaba horas jugando al baloncesto solo.

Había algo distinto en su voz, un tono más ligero, casi orgulloso. El Oliver serio y contenido seguía ahí, pero ahora había matices que rara vez mostraba.

Pocos minutos después llegamos a mi casa. Para mi sorpresa, no solo me dejó en la puerta: también bajó.

Se quedó quieto un instante, mirando el cielo nocturno, y luego se apoyó en el coche. Hice lo mismo, intentando descifrar sus facciones bajo la luz amarillenta de la farola.

—Nunca te había visto tan pensativo —comenté.

Desvió la mirada del cielo y me analizó con atención.

—Yo soy más práctico. Tú eres más soñadora.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Ninguno. —Se encogió de hombros—. Yo también lo fui. Fue por soñar demasiado que construí mi imperio. Así que créeme, vas por buen camino.

Un escalofrío me recorrió la piel.

Oliver tenía el don de ser enigmático, y eso solo aumentaba la fascinación que me provocaba. Había secretos guardados en él, capas que me intrigaban, y yo quería desvelar una a una.

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia. Sus ojos se clavaron en los míos, intensos, como si buscaran algo escondido en mi alma.

—Entonces… ¿has reconsiderado tu decisión?

Se me cortó la respiración.

—¿Reconsiderar el qué?

—Creo que lo sabes. —La firmeza de su voz no dejaba espacio a dudas.

—Ah, ¿salir contigo? —arqueé una ceja, provocadora—. Ya te di mi respuesta.

Mantuvo la mirada fija, inmóvil, y yo sentía que en cualquier momento su intensidad me atravesaría por completo. Confieso que, después de todo lo que había visto hoy, había ganado puntos conmigo. Pero todavía no era suficiente para hacerme ceder.

O al menos, eso quería creer.

—¿Así que tu respuesta sigue siendo la misma? —insistió.

Crucé los brazos, disfrutando del pulso.

—Sí.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios, pero no había humor en ella, solo convicción.

—Vas a salir conmigo, Emily.

—¿Ah, sí? —erguí la barbilla, desafiante—. Dame un buen motivo.

—Ese es el más fácil.

Antes de que pudiera reaccionar, atrapó mi boca.

El choque me paralizó, el aire se me quedó en los pulmones. Pero en cuestión de segundos, el calor de su lengua invadiendo la mía desmoronó cualquier resistencia.

El beso era urgente, hambriento, desesperado. Su sabor se mezclaba con el mío, cálido e intoxicante, y cada segundo me arrastraba más a un lugar sin retorno.

Sus manos subieron a mi rostro, grandes, firmes, sujetándome como si temiera que escapara. Sus dedos presionaban mi piel, obligándome a mirarle solo a él, a rendirme.

La fuerza de su toque contrastaba con la suavidad de sus labios contra los míos, y ese contraste me arrebataba.

Sentí su cuerpo pegarse al mío, empujándome contra la puerta. El golpe hizo vibrar mi espalda, pero lo que realmente me dejó sin aliento fue la cercanía. El calor que irradiaba su pecho atravesaba mi ropa, incendiando mi piel.

—Abre la puerta… —murmuró entre besos, la voz ronca, cargada de urgencia.

Intenté mover la mano hacia la llave, pero él no me dejaba pensar. Sus labios volvían a dominarme, robándome cualquier resto de racionalidad. Su lengua se enredaba con la mía en un ritmo arrollador, y ya no sabía si mis piernas temblaban por deseo o por miedo a ceder del todo.

—Oliver… —susurré, sin fuerzas, sintiendo mi cuerpo vacilar bajo el suyo.

Y en ese instante entendí que no era solo un beso.

Era una invitación peligrosa, la promesa de algo que no sabía si estaba preparada para afrontar, pero que, al mismo tiempo, no podía rechazar.

Nuestros ojos se encontraron por un instante, y allí no había máscaras ni barreras.

Había algo salvaje, crudo, urgente.

Deseo puro, como una hambre que me hizo temblar por dentro. No era solo un beso. Era una confesión muda de que me quería entera, sin reservas, allí y ahora.

Volvió a tomar mi boca, esta vez con más intensidad, inclinando su cuerpo contra el mío hasta que no quedó espacio entre nosotros. Su mano bajó de mi rostro a la nuca, enredando los dedos en mi pelo y tirando de él suavemente, obligándome a recibirlo más profundo.

Un escalofrío me recorrió la espalda y mi respiración se perdió en gemidos bajos, ahogados contra su boca.

Cada embestida de sus labios era una mezcla de súplica y orden. Me deshacía en sus manos, entregándome a cada movimiento, a cada presión. Su boca me poseía con urgencia, sus brazos me mantenían atrapada en su dominio, y yo sabía que ya no había vuelta atrás.

Oliver parecía decidido a enloquecerme —y lo estaba consiguiendo. Con cada segundo que pasaba me perdía más, consciente de que el mundo exterior no importaba.

Solo existíamos nosotros y aquel beso que prometía mucho más de lo que yo me atrevía a admitir.

Con esfuerzo conseguí girar la llave y abrir la puerta. No interrumpió el beso; al contrario, aprovechó para arrastrarme dentro, pegando nuestros cuerpos,

tropezando entre besos y caricias.

La puerta se cerró tras nosotros, apagando cualquier ruido externo, y el silencio de la casa se llenó únicamente con el jadeo de nuestras respiraciones.

Cada paso era guiado por su fuerza, empujándome hacia atrás sin soltarme nunca. Sus labios seguían devorando los míos, voraces, mientras sus manos exploraban ahora mi cintura, apretándola con firmeza, guiándome por el pasillo como si el camino le perteneciera.

Intenté señalar la dirección del dormitorio, pero era imposible articular palabra. Mis gestos apresurados bastaron, y Oliver siguió sin darme tregua, como si tomarme para sí fuera lo único que importaba.

Cuando por fin llegamos a la puerta de la habitación, me arrinconó contra la pared, retomando el beso con una intensidad demoledora.

Su cuerpo se encajaba al mío de manera perfecta, y comprendí que no había escapatoria a esa cercanía —y, en el fondo, no la quería.

Su aliento ardía contra mi piel cuando sus labios descendieron por mi rostro hasta mi cuello. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, arrancándome un gemido involuntario. Mis dedos se aferraron al tejido de su camisa, desesperados por sostenerme, mientras me devoraba con labios y manos.

Empujé la puerta del dormitorio con dificultad y él me arrastró dentro con un gesto firme, haciéndome tropezar sobre la alfombra. El beso no se detuvo ni un instante.

Y fue allí, en el límite entre el deseo y la rendición, donde lo entendí: ya no tenía control. Me lo había arrebatado todo —la respiración, la cordura, el corazón.

Sus labios descendieron por mi mandíbula hasta mi cuello. El calor de su boca contra mi piel arrancó otro gemido, más profundo. Mis manos, sin rumbo, se aferraron al borde de su camisa, atrayéndolo más, como si fuera posible pegarlo aún más a mí.

—No tienes idea de cuánto te deseo… —susurró contra mi piel, con voz ronca, jadeante, cada palabra vibrando dentro de mí.

Mi corazón martilleaba en el pecho, cada latido más descompasado que el anterior. Sus manos bajaron por mi cintura, explorándola con firmeza, hasta fijarse en mis caderas, empujándome hacia atrás, contra la cama.

Tropecé de nuevo, pero esta vez caí sobre el colchón, y él me cubrió enseguida con su peso.

No era asfixiante.

Al contrario: había seguridad en su dominio, un calor que me hacía creer que no existía nada más que nosotros y ese instante.

El beso reanudó su curso más lento, profundo, como si Oliver quisiera saborear cada suspiro que arrancaba de mí. Su lengua danzaba contra la mía en movimientos a veces suaves, a veces intensos, y cada intercambio me hacía perder aún más el control.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando suavemente, mientras la otra mano exploraba mi cintura, mi cadera, bajando hasta mi muslo.

El toque firme, posesivo, me provocaba un escalofrío tras otro, y mis piernas, casi por instinto, se enroscaron con las suyas, atrapándome más.

En ese momento no había huida. Y, para mi sorpresa, yo no quería huir.

—Oliver… —mi voz salió temblorosa, casi como una súplica sin forma, un ruego que ni yo misma sabía explicar.

Él levantó el rostro lo justo para mirarme. Y en ese instante encontré en sus ojos todo lo que necesitaba: deseo crudo, hambre incontrolable, pero también una devoción silenciosa que me atravesó más hondo que cualquier caricia.

No podía resistirme. Cuando volvió a tomar mi boca, comprendí que estaba irremediablemente perdida.

El mundo alrededor desapareció. Todo se disolvió hasta que solo quedó la presión ardiente de sus labios, el recorrido de sus manos firmes explorando cada centímetro de piel que encontraban y la certeza absoluta de que no había vuelta atrás.

Oliver me tenía —y, más aún, yo ya no quería escapar.

Sus besos descendieron por mi cuello, cálidos y húmedos, cada succión marcada dejando rastros que me desarmaban. Mordiscos suaves se transformaban en pequeñas torturas deliciosas, arrancándome suspiros imposibles de contener. Mis dedos se hundieron en su nuca, atrayéndolo más, rogándole en silencio que no se detuviera.

Mi respiración se volvía cada vez más irregular, entrecortada por gemidos bajos. Sus manos recorrían mi cintura con posesión, ascendiendo por mis curvas hasta rozar el borde de mi blusa.

El contacto de sus dedos con mi piel desnuda fue como una descarga eléctrica que encendió cada célula de mi cuerpo.

Levantó el tejido despacio, casi en provocación, interrumpiendo el beso lo justo para despojarme de él. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una intensidad arrolladora, dejándome vulnerable, expuesta, pero al mismo tiempo absurdamente deseada. No era solo hambre en su mirada. Era posesión.

—Eres mía… —murmuró con voz grave, ronca, cargada de promesa y amenaza a la vez.

Antes de que pudiera reaccionar, su boca volvió a la mía con una urgencia redoblada. Sus piernas se entrelazaron con las mías, el peso firme de su cuerpo manteniéndome prisionera bajo él, como si quisiera grabar en mi piel que ya no había lugar para dudas.

Sus besos descendieron por mis hombros, bordeando la curva de mis pechos aún cubiertos, y cada roce me hacía arquearme en busca de aire. Era una tortura deliciosa, una cadena de estímulos que me llevaba cada vez más cerca de perderme por completo.

Mis gemidos se mezclaban con el sonido pesado de su respiración, creando un ritmo propio, íntimo, casi salvaje. Mis manos exploraban su espalda ancha, deslizándose por músculos tensos, presionándolo más contra mí, como si quisiera fundirnos.

Oliver me besaba como si me necesitara para sobrevivir, como si yo fuera el único aire capaz de mantenerlo vivo. Y yo respondía como si no existiera otra opción, como si él fuese mi propio oxígeno.

No había lugar para la razón. Ninguna duda, ningún miedo. Solo estábamos los dos, consumidos por el mismo fuego, incapaces de detenernos.

Y fue allí, entre besos voraces, caricias posesivas y respiraciones entrecortadas, donde entendí la verdad que me arrasaba: en ese instante ya no era solo suya.

Era suya por completo.



CAPÍTULO 41

«Había secretos escondidos entre las sombras, y ella estaba a punto de descubrirlos.»

EMILY FLORES

—¿Eres de esos hombres que se acuestan y olvidan lo que pasó el día anterior? —pregunté, con cierta inquietud.

—No, peor: soy de los que no olvidan nada —respondió, mirándome fijamente a los ojos.

—Eso está bien.

—O no tanto.

Me quedé pensando un buen rato en lo que acababa de decir.

Yo era de las que lo guardaban todo en la memoria: desde heridas antiguas hasta momentos que me regalaban calma y sosiego, como aquel. Parecía que todo

era nuevo, aunque la mayor parte del tiempo era el miedo lo que dominaba mis pensamientos.

—¿Cómo ha sido para ti volver al lugar donde pasaste tantos años?

—No lo sé bien —contestó, con la vista perdida en el techo—. Una mezcla de recuerdos buenos y malos. Jamás pensé que regresaría allí. Nunca lo quise.

—Puede ser, pero vi que hiciste amistad.

—Sí —dijo, y por primera vez sonrió—. Aunque Jessy estuviera conmigo, había un vacío enorme en mi pecho que me consumía cada vez más.

—¿Y para ella qué suponía estar en el orfanato?

—Mi hermana es tal como la ves: tranquila, serena, centrada. Aunque sufrió lo mismo que yo, supo afrontarlo de una manera completamente distinta. Ella aceptó que nuestros padres nos abandonaran; yo… esa historia nunca me ha entrado, y no sé si algún día lo hará.

—El abandono es algo difícil para ti, ¿verdad? —pregunté, y me arrepentí en el mismo instante.

Oliver no sabía lo que me habían contado sobre sus exnovias.

—Sí. Y no te preocupes, casi seguro que July te habló de mí, pero no quiero que sientas lástima —dijo, observándome muy serio.

—Es cierto —murmuré—. Pero no es lástima, es más… tristeza.

—Ser traicionado por personas distintas y convertirme en uno de los temas más comentados de la ciudad me cambió mucho. No lo llevé bien, y todavía no lo llevo, sobre todo lo de ser abandonado en el altar de aquella manera.

—¿Ella tuvo algún motivo para hacerlo?

—En su cabeza, sí. Pero yo jamás lo aceptaré.

No estaba bien con todo aquello; lo vi en sus ojos. Reabrir ciertas heridas solo lo empeoraba. Había un dolor escondido allí, y me costaba soportar verle cerrarse de esa forma.

—¿Y si hablamos de otra cosa? —propuse, suavizando la voz. Vi cómo sus hombros se aflojaban y el alivio en su rostro me arrancó una sonrisa.

—Lo que quieras —dijo, sujetándome de pronto la barbilla con firmeza para obligarme a mirarle. Sus ojos oscuros brillaban más intensos, y su boca esbozó una media sonrisa cargada de provocación—. Sé que no controlas lo que dices, hablas demasiado.

—¿Ah, sí? —repliqué, mordiéndome el labio antes de inclinarme para besarlo.

El primer roce fue breve, atrevido, pero bastó para que él lo profundizara. Sus labios se movieron sobre los míos con un hambre silenciosa, cálida, y un escalofrío me recorrió entera.

Oliver sonrió contra mi boca y, al instante siguiente, me giró con un gesto seguro, tumbándome bajo su cuerpo. Mi espalda se hundió en el colchón y el peso de él encima me arrancó un suspiro entrecortado.

Volvió a besarme con más intensidad, explorando cada respuesta que yo le ofrecía. Había en ese beso urgencia y ternura a la vez, firmeza y entrega, como si supiera exactamente cuánto me estaba perdiendo allí.

Su mano descendió despacio por mi rostro y mi cuello hasta detenerse en la curva de mi cintura, inmovilizándome contra él.

El simple contacto hizo que todo mi cuerpo reaccionara, y mis manos se aferraron a su camisa para atraerlo aún más.

—Sí… —murmuró entre beso y beso, con la voz baja y ardiente contra mi boca—. Más de lo que debería.

Antes de que pudiera responder, sus labios retomaron los míos con una avidez feroz, como si callarme fuese su mayor triunfo.

El beso se hizo más profundo, intenso, arrebatándome el aliento. Su boca se movía con prisa, y cada vez que su lengua rozaba la mía, yo me deshacía un poco más. El calor de su cuerpo pegado al mío borraba cualquier pensamiento que no fuera él.

Sus manos recorrieron mis costados, ascendiendo lentamente, como tanteando hasta dónde podía llegar. Su tacto, firme y casi posesivo, me erizaba la piel incluso a través de la tela.

Yo, sin control, recorría su espalda, sintiendo los músculos tensos bajo la camisa. Lo atraje aún más, incapaz de soportar ninguna distancia entre nosotros. Su respiración se mezclaba con la mía, áspera, caliente, como si besarnos fuera la única forma de respirar.

Interrumpía el beso solo para deslizar los labios por mi mandíbula hasta mi cuello, donde me dejaba un rastro de caricias ardientes y lentas. Cada succión, cada mordisco suave, arrancaba gemidos bajos que él coleccionaba como trofeos silenciosos.

Regresaba a mi boca con la misma intensidad, devorando mis labios sin descanso. Sus manos me sujetaban a la cama, dominando cada movimiento, y la sensación de rendirme a ese deseo me dejaba sin fuerzas.

Nuestros cuerpos se entrelazaron con naturalidad: piernas unidas, respiraciones desacompasadas.

Cada beso era más hondo que el anterior, cada caricia más urgente, hasta que el mundo entero se redujo a esa explosión de sensaciones entre los dos.

Ya no pensaba, solo sentía. Y todo en mí gritaba que, si aquello era una guerra, yo estaba dispuesta a perderla con tal de seguir en sus brazos.

Oliver besaba con una intensidad que me arrebataba por completo. A veces lo hacía despacio, alargando el instante como una tortura deliciosa; otras, me devoraba como si temiera que escapara. Y cada cambio de ritmo provocaba en mí oleadas de deseo.

Sus manos bajaron por mi costado hasta mi cadera, apretándola con firmeza, como si quisiera asegurarse de que estaba allí, real, rendida a él. El calor de su piel contra la mía aceleraba mi corazón, desbocado, y mi respiración se fundía con la suya en un mismo compás urgente.

Besar a Oliver era perderme. Su boca encontraba la mía con precisión, explorando cada respuesta, cada suspiro, como si conociera de memoria todos mis puntos débiles. Cuando su lengua se entrelazaba con la mía, un escalofrío me recorría la espalda y me aferraba a sus hombros para no caer en el vacío.

Solo se apartaba para deslizar los labios por mi cuello, dejando besos húmedos y demorados que hacían vibrar mi piel. El contacto era suave, pero impregnado de una promesa muda. Y antes de que pudiera recuperar el aliento, volvía a mi boca para robarme de nuevo.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, tirando con delicadeza, obligándome a acogerlo más hondo. Cada caricia, cada embestida, me arrebataba un poco más, y yo, incapaz de resistirme, solo sabía entregarme.

La cama dejó de ser un simple lugar donde yacíamos; se convirtió en el escenario de un duelo secreto en el que los besos eran armas y las caricias, rendición. Me perdía en cada roce, en cada suspiro, en cada aliento entrecortado.

Y cuando Oliver sonrió contra mi boca, provocador, antes de volver a besarme, entendí que ya no había regreso posible. Yo era suya: en los besos, en el cuerpo, en todo.



CAPÍTULO 42

«Los detalles marcan toda la diferencia…»

OLIVER CLARKE

Era extraño —por no decir insoportable— admitir que me estaba dejando atrapar por Emily.

Aquello rompía una de las reglas más importantes de mi vida, un límite que yo mismo me había impuesto para no volver a hacerme pedazos. Y aun así, ahí estaba, preso del brillo de sus ojos como un hombre indefenso.

Ella no vivía aquí.

Pronto estaría lejos. Esa era la verdad que me perseguía como un fantasma. Sabía cuáles serían las consecuencias, conocía el vacío que vendría después. Siempre lo había sabido.

Nunca había sabido encajar bien la pérdida, por eso me aparté de cualquier posibilidad de apego.

El problema era que, cuando algo —o alguien— conseguía atravesar mis barreras, ya no sabía cómo reaccionar. De ahí mi regla: nunca salir más de una vez con la misma mujer.

Nunca permitir que se creara un lazo. Nunca contestar a los mensajes que llegaban después del primer encuentro.

Era cruel, lo sabía. Por eso tantas me odiaban.

Sí, era un cabrón. Lo reconocía sin pudor. Pero ser frío y distante era mi manera de sobrevivir.

Mejor cargar con la etiqueta de insensible que admitir que, por dentro, era un hombre necesitado. Y aun así, prefería que me llamaran cabrón antes que alimentar sentimientos por alguien que no se quedaría a mi lado.

—Tengo que irme —dije, aun sabiendo que era mentira.

En realidad, no quería.

Quería quedarme.

Quería perderme un poco más en Emily, saborear cada segundo, prolongar aquella ilusión. Pero entendía que cada minuto extra me empujaba hacia un abismo para el que no estaba preparado.

—¿Todavía me vas a ayudar con las cartas? —preguntó, sonriendo.

Su alegría era natural, contagiosa. Incluso yo, un hombre acostumbrado a blindarme, me descubrí fascinado. Emily tenía el don de ver lo bueno en todo… incluso en mí, que me empeñaba en negar que pudiera quedarme algo de eso.

—Quién sabe. Difícilmente.

Ella arqueó las cejas, desconfiada.

—¿Quién sabe o difícilmente?

Guardé silencio unos segundos, pensativo.

—Mi trabajo me ocupa casi todo el tiempo. No puedo prometer nada.

El problema nunca había sido la tradición.

El verdadero problema era ella. Pasar más tiempo con Emily era todo lo que deseaba… y todo lo que temía. Porque si seguíamos juntos, tarde o temprano mi pasado saldría a la luz.

Y cuando eso ocurriera, lo arruinaría todo. Así había sido siempre. Y así sería.

—Acepto tu justificación —dijo, suspirando, aunque sin perder el brillo en los ojos—. Pero que sepas que, quieras o no, se te pasará la factura.

—Puedo convivir con eso —respondí con una firmeza que no sentía en absoluto.

Me levanté de la cama con esfuerzo, como si cada músculo protestara contra mi decisión. Me vestí despacio, no por tener prisa en marcharme, sino porque, en el fondo, no quería irme.

Antes de cruzar la puerta, la miré por última vez.

—Cuídate, Emily.

—Tú también. —Me devolvió una mirada dulce, aunque certera—. Y procura seguir más a menudo lo que te dice el corazón. Sé que te sentirás mejor.

Tragué saliva. Ese era exactamente el problema. Seguir al corazón siempre me llevaba al lugar equivocado. Y con Emily, tenía la sensación de que, si daba un paso más, ya no habría forma de regresar.



Era imposible mirar a Emily de la misma manera ahora.

Después de lo que había pasado entre nosotros, algo había cambiado. No me arrepentía de mis actos —ni mucho menos—, pero una parte de mí temía

mostrar demasiado, dejar escapar aquello que llevaba tanto tiempo intentando ocultar.

Por un lado, resultaba liberador.

Al fin y al cabo, yo no era más que un hombre, tan humano como cualquiera, con deseos y defectos. Por otro, mis ojos siempre me traicionaban, porque, en el fondo, la quería solo para mí.

La noche anterior había sido un tormento. Apenas pude conciliar el sueño. Mi mente regresaba una y otra vez a cada instante vivido en el orfanato, a cada mirada, a cada palabra.

Tony aún resonaba en mis pensamientos. El chaval era como un reflejo de lo que yo mismo había sido: solitario, hambriento de afecto, aunque intentara disimularlo.

Había alegría en él, sí, pero detrás de aquella sonrisa se adivinaba el mismo anhelo que yo conocía demasiado bien: el de ser querido por alguien.

Y eso me dejó marcado.

Pasé largos años convencido de que no necesitaba a nadie más que a mi hermana. Pero, de pronto, me di cuenta de todas las pequeñas cosas que había desperdiciado, de tantas oportunidades de permitirme sentir.

La soledad era cruel incluso cuando se escondía.

—¿Algo más? —la voz de Emily me devolvió al presente.

—No, todo bien —respondí, intentando sonar neutral.

—Hoy tienes mejor cara.

—El trabajo está tranquilo.

Ella arqueó una ceja, desconfiada.

—¡Venga ya, Oliver! Sé que es porque me tienes delante.

Sonreí, vencido.

Era raro en mí, pero inevitable. Emma, mi hermana y ella eran las únicas capaces de arrancarme ese gesto. Y quizá debía empezar a dar más valor a esos momentos.

—Confieso que verte ayuda —admití, inclinando la cabeza con un deje provocador—. Al menos cuando no hablas demasiado.

Emily entornó los ojos, fingiendo enfado.

—Creo que voy a dejar de atenderte durante una semana. A ver qué pasa.

Negué enseguida, casi riendo.

—Has hecho demasiado por acercarte a mí… ahora tendrás que aguantarme.

—Creo que puedo con eso. —Desvió la mirada, reprimiendo una sonrisa antes de encaminarse hacia una de las mesas que la llamaban.

Me quedé observándola, siguiendo cada movimiento. La forma en que se inclinaba para escuchar, cómo sonreía de verdad, cómo parecía iluminar la sala sin ningún esfuerzo.

Siempre me había enorgullecido de mi corazón de hielo. La prueba era mi regla de no involucrarme nunca dos veces con la misma mujer. Pero al verla allí comprendí que algo en mí ya se había quebrado.

Mis pensamientos eran distintos ahora.

Sabía que Emily no se quedaría en Liverpool para siempre. Y aun así, quería saborear cada segundo de los días que le quedaban aquí.

Podía sonar egoísta, sobre todo porque no entendía lo que aquello significaba para ella. Pero, por primera vez en mucho tiempo, decidí seguir lo que me dictaba el corazón.

Y, para mi desgracia y mi suerte, ese corazón latía cada vez más fuerte por Emily.



CAPÍTULO 43

«Con cada página desvelada, un nuevo misterio los unía aún más.»

EMILY FLORES

Poco a poco, Oliver empezaba a permitírselo.

Lo veía en cada detalle: en la forma en que me respondía, en cómo ya no apartaba tanto la mirada, en esas palabras suyas que, aunque medidas, dejaban escapar algo que antes jamás se habría permitido mostrar.

Ya no era el hombre que me ignoraba ni el que levantaba una muralla de frialdad cada vez que me acercaba.

Ahora, de algún modo, lograba escucharme. Y a veces, incluso dejaba escapar sentimientos escondidos en frases rápidas, casi descuidadas.

Lo sabía: todavía le costaba abrirse.

Para muchos, Oliver parecía simplemente un hombre frío, impenetrable, pero yo había aprendido que no era exactamente así. No era indiferente —solo

tenía miedo.

Miedo de sentir, miedo de perder. Por eso se ocultaba detrás de aquella fachada de hielo.

De alguna forma, los dos nos parecíamos. La diferencia era que yo me escondía tras las sonrisas.

Nadie notaba cuando estaba rota por dentro. Oliver, en cambio, no tenía problema en mostrar al mundo lo insatisfecho que estaba. Esa era su forma de protegerse.

Me quedé unos minutos en la sala reservada, aprovechando el descanso.

Eché la cabeza hacia atrás, respirando hondo, dejando que mis pensamientos se disiparan. Hasta que escuché pasos al otro lado de la puerta. Levanté la vista, esperando ver a Gorete, la nueva empleada de la cafetería. Pero cuando descubrí quién era, el corazón se me desbocó.

Oliver.

Estaba allí, plantado frente a mí, y su mera presencia llenó todo el espacio.

Me levanté de golpe, confusa, notando cómo las piernas me flaqueaban un poco.

—¿Necesitas algo?

Me sostuvo la mirada en silencio unos segundos, y luego respondió con una firmeza que me hizo un nudo en el estómago.

—Sí. Te necesito a ti.

No hubo tiempo para pensar.

Sus manos atraparon mi rostro con tal intensidad que me cortaron la respiración, y la manera en que sus labios chocaron con los míos me hizo perder el norte. Fue una explosión súbita, una chispa incendiando todo dentro de mí.

Mi cuerpo reaccionó al instante, reconociéndolo, recordando cada sensación como si estuviera grabada en mi piel.

Detenernos era imposible. Me entregué sin reservas, devorando aquel beso como si fuera vital, como si mi vida dependiera de él.

Y cuando creí que no me daría tregua, que la llama seguiría creciendo hasta consumirnos por completo, Oliver se detuvo. Interrumpió el beso de golpe, manteniendo sus manos en mi rostro, los ojos clavados en los míos.

En su mirada había algo que me desarmó: una mezcla de deseo y determinación que me dejó sin voz.

—Paso por ti hoy a las ocho. No llegues tarde —dijo con voz grave, más orden que invitación.

—Pero yo… —intenté protestar, aún aturdida.

No me dejó acabar. Simplemente se dio la vuelta y salió de la sala sin mirar atrás, dejándome allí, con los labios aún ardiendo, el corazón desbocado y la certeza absoluta de que, con Oliver, nada era jamás un ruego.

Siempre era una orden.



Hoy había decidido arreglarme de verdad.

Elegí un vestido blanco, ligero, con pequeños detalles florales que daban una impresión de delicadeza sin esfuerzo. Recogí el pelo en un moño sencillo, aunque elegante.

Quizá había pasado más tiempo del que debía frente al espejo, domando mechones rebeldes y comprobando cada detalle.

Aun así, cuando terminé y me encaré en el reflejo, sentí el corazón acelerarse. Estaba guapa.

—Ya estoy lista —murmuré para mí misma, sonriendo a la imagen del espejo.

Mi móvil vibró sobre la cómoda. Un mensaje suyo. Oliver: estoy aquí.

Respiré hondo, alisé la falda del vestido y salí. Y allí estaba él, apoyado en el coche como si lo hubieran esculpido para esa escena.

Dios mío.

Llevaba una camisa impecable, con el primer botón desabrochado y sin corbata, lo que le daba un aire de sofisticación relajada. El traje negro le caía perfecto, elegante sin rigidez. Los zapatos brillaban bajo la luz de la calle y, en la muñeca, un reloj medio escondido por la manga completaba el conjunto.

Era imposible no fijarse, imposible no sentir el estómago encogerse.

Cuando me acerqué, sentí el peso de su mirada recorrerme despacio.

—Estás preciosa, Emily —dijo con voz baja, cargada de algo que me estremeció.

—Gracias. —Hice un poco de gracia, inclinando la cabeza—. Y tú… ni sé por dónde empezar.

Oliver me observó en silencio, y comprendí que hasta la forma de mirarme había cambiado. Había intensidad, pero también una ternura contenida, como si estuviera descubriendo otra versión de sí mismo.

—¿Adónde vamos? —pregunté, curiosa, intentando romper la tensión que me dejaba sin aire.

—Al Joe's. El primer restaurante que monté en la ciudad —respondió con un orgullo evidente, y el brillo en sus ojos decía más que sus palabras.

—Vaya… me siento halagada.

—Esa era la idea. —Avanzó un paso y, con una delicadeza inesperada, me apartó un mechón que se había escapado del moño—. Después de todo lo que me pasó, nunca llevé a ninguna mujer allí. Quiero que sea especial.

El corazón se me desbocó.

No debería estar viviendo algo tan cercano a un cuento de hadas, y menos tan lejos de mi ciudad, sabiendo que en pocos meses todo podía terminar. Pero decidí que iba a vivir intensamente cada día que me quedara allí.

Como un caballero, Oliver abrió la puerta para mí. Subí al coche y, en silencio, recorrimos los veinte minutos hasta el restaurante. Fueron veinte minutos de pura expectativa hasta llegar al Joe's.

Era enorme. Lleno hasta arriba. Y aun así, emanaba calidez. Las paredes con detalles de madera, las luces tenues creando un ambiente íntimo, y el aroma de la cocina portuguesa flotando en el aire, rico y envolvente.

—Señor Oliver y señorita Emily, acompáñenme, por favor —nos dijo un camarero, guiándonos hasta una mesa reservada en un rincón discreto.

Me senté, aún absorbiendo el ambiente. Desde allí podía ver el movimiento del salón sin verme arrastrada por el bullicio. Un espacio pensado para ser exclusivo.

—El menú. —El camarero dejó uno a cada lado.

Lo abrí y abrí los ojos de par en par. Más de ciento diez platos distintos. Nunca había estado en un sitio tan sofisticado.

—No te asustes. Sé exactamente lo que estás pensando.

—Si tu intención es conquistarme por el estómago, ya te aviso: va a funcionar.

Soltó una risa breve.

—No puedo revelar todos mis secretos —dijo, con esa mirada que parecía desnudarme por dentro.

Sonreí, apartando los ojos para no ceder tan pronto.

Al poco, elegí. El Joe's respiraba tradición. Era, como él mismo había dicho, su orgullo.

—Es precioso este lugar —comenté, admirando cada detalle.

—De todos mis restaurantes, es del que más orgulloso me siento. —Sus ojos recorrieron el salón con una ternura rara en él—. Ya sabes lo que dicen… el primer hijo nunca se olvida.

No pude evitar sonreír.

—Y, hablando de eso, quiero que me cuentes más sobre Emma.

Fue automático: una sonrisa auténtica le iluminó el rostro, más sincera que cualquiera que le había visto antes.

Cogió el vaso de whisky recién servido, dio un trago y levantó la vista al techo un instante, como si ordenara los recuerdos antes de convertirlos en palabras.

—Emma lo es todo para mí. Si Isabella se la hubiera llevado… probablemente yo no estaría vivo.

—Oliver… —murmuré, conmovida por su franqueza.

—Es la verdad. —Volvió a mirarme, serio—. Mi hija es la razón por la que intento ser mejor. Mejor hombre, mejor persona. Sé que soy imperfecto, pero, aunque aún tenga mis demonios… he mejorado mucho.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en el pecho.

—Me encantó su manera de ser. Emma dice lo que piensa.

—Sí. —El gesto se le suavizó en una sonrisa—. Es dulce, cariñosa. Y aunque es tan pequeña, entiende que no paso suficiente tiempo en casa por el trabajo. Amo lo que hago, podría pasarme el día entero en los restaurantes… pero quiero más a mi hija. Sé que tengo que estar más presente.

Mientras hablaba, lo observaba en silencio.

Era imposible no rendirse a ese lado suyo. El hombre frío, de semblante duro, estaba cediendo espacio a un padre vulnerable, con un orgullo y un amor incondicional brillando en los ojos.

Fue en ese contraste, entre la fuerza que mostraba al mundo y la fragilidad que dejaba escapar conmigo, cuando lo comprendí: me estaba perdiendo en Oliver.

El orgullo que lo iluminaba al hablar de Emma era imposible de ignorar. Había una ternura que rompía con la dureza habitual de sus rasgos, como si su hija fuera la única capaz de atravesar su coraza.

—Se notó cuánto te quiere el día que cené en vuestra casa —recordé, pensando en la manera en que Emma corría a sus brazos.

Respiró hondo, apoyando los codos en la mesa.

—Sí… al principio fue duro. Era muy pequeña cuando su madre desapareció, pero hice todo lo posible para que no se sintiera sola. En aquel tiempo dejé de lado muchas cosas. Trabajé poco, quise estar presente y…

La voz se le quebró. El silencio que siguió fue denso, y decidí no presionarlo. Sabía que pisaba terreno frágil.

—… lloré mucho —retomó, en un tono bajo—. Muchísimo.

Me quedé callada, observándole. El Oliver frío, impenetrable, estaba ahí delante mostrándome una faceta que muy pocos habrían visto jamás.

—No soy un hombre de lágrimas. Rara vez lloro. Pero todo aquel proceso… el dolor de ser abandonado otra vez… nos golpeó de lleno. Emma lloraba sin parar y yo no sabía cómo consolarla.

El corazón me dio un vuelco con aquella confesión. Medí bien las palabras para no sonar insensible.

—Ella… ¿quería tener un hijo? —pregunté con cautela, sin insinuar nada, solo intentando entender.

—Ese es el problema, Emily. —Juntó las manos, mirándome fijo—. Era el sueño de su vida. Y por eso me pregunto: ¿por qué nos abandonó así?

Oliver cerró los ojos unos segundos, como si intentara alejar los recuerdos. Cuando los abrió, estaban más oscuros, cargados.

—Y… ¿todavía sientes algo por ella? —me atreví a preguntar.

—Sí. —La palabra cayó como un golpe seco—. Siento rabia, pena, desprecio. Sé que eso es lo que me impide seguir adelante. No quisiera pensar así, pero es inevitable. No se cambia de un día para otro.

Asentí despacio, absorbiendo la herida que dejaba entrever.

—No sé lo que sentiría en tu lugar… pero te entiendo. Al menos un poco.

Él sostuvo mi mirada, y entonces apareció una sonrisa leve, como si recordara algo que le ofrecía consuelo.

—Lo intento, Emily. Mi hija me ayuda. Todos los días tenemos un juego: se esconde en su cuarto antes de ir al cole, y yo tengo que encontrarla. Le encanta.

Sonreí con él, enternecida por la imagen.

Apoyé la barbilla en la mano, admirándole. Hablaba de Emma con tanto orgullo que era imposible no emocionarse.

Tras esa fachada rígida, Oliver tenía un corazón vulnerable, y verle abrirse así me alcanzaba de una forma inesperada.

—Ahora te toca a ti. —Inclinó la cabeza—. Háblame de tu familia.

—Ah, eso es fácil. ¡En mi casa todos están un poco locos! —respondí riendo.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿Locos?

—Es una manera de hablar. Nos llevamos muy bien. Charlamos a todas horas, nos gastamos bromas, nos decimos que nos queremos… esas cosas. Mi padre, Arnold, trabaja en bolsa. Mi madre, Helen, es ama de casa. Somos muy unidas. —Suspiré, recordando la escena—. Cuando bromeé con que me mudaría a Liverpool, me dijo que vendría a buscarme a rastras.

—Me lo imagino. —Sonrió de lado.

—Sé que se sienten solos, no tienen hermanos y mis abuelos ya fallecieron. Así que, de familia cercana, solo estoy yo. Tal vez por eso somos tan apegados.

Se quedó pensativo unos segundos, con los ojos entrecerrados.

—Entonces… ¿no vivirías aquí?

La pregunta me pilló desprevenida. Respiré hondo.

—Me gusta mucho Liverpool: la ciudad, la gente, y sobre todo la experiencia de formar parte de la tradición. Pero no sé si me mudaría. Tengo a mis amigos en EE. UU. y probablemente me sentiría sola aquí.

—Sola, no. —Su respuesta fue rápida, firme—. Sé que ya has hecho varias amistades en la ciudad.

Lo miré con desconfianza, intentando descifrar sus intenciones.

—¿Es cosa mía o intentas convencerme de que me quede?

Se encogió de hombros con una calma calculada.

—Solo te pido que pienses en las posibilidades. Incluso podrías traer a tus padres.

Sonreí, sorprendida. Aquella idea, viniendo de él, me resultaba más íntima que cualquier beso.

Charlamos aún un rato, y pronto llegaron los platos. Delante de mí, una humeante Açorda de Mariscos —pan cocido en caldo de marisco, coronado con un huevo mollet— me dejó sin palabras.

—Ese plato que pediste es excelente. Fue de los primeros que incluí en la carta.

—No me lo creo.

—Créetelo. —Sus ojos se entornaron en una media sonrisa—. Tenemos gustos muy parecidos, Emily. Mucho más de lo que piensas…

El modo en que lo dijo me recorrió la piel entera de escalofríos. Y, por primera vez esa noche, entendí que no hablaba solo de comida.



CAPÍTULO 44

«Permitirse es el primer paso de un nuevo viaje…»

OLIVER CLARKE

Hacía mucho que no me divertía tanto en una cita. La risa surgía sola entre nosotros, ligera, como si cada palabra llenara de calor una noche que, al principio, prometía ser meramente protocolaria.

—Podría enumerar todas las veces que fuiste un capullo conmigo —dijo ella, con un brillo travieso en los ojos—, pero creo que estaríamos hablando hasta mañana.

La verdad era que me gustaba aquella conversación: rara, rápida, con pullas y ternura a la vez.

—Es que hablas demasiado —contraataqué, fingiendo fastidio—. Y eso me irritaba bastante.

—¿Y desde cuándo es eso un defecto? —replicó, poniendo los ojos en blanco, aunque una sonrisa la delataba.

Pensé, por un instante, que quizá sentía envidia de la gente feliz… o mejor dicho, de esa felicidad que ella parecía llevar con tanta facilidad y que yo había perdido hacía tiempo.

Era un pensamiento egoísta, y me avergoncé de él sin confesarlo. Poco a poco me di cuenta de que necesitaba cambiar la manera en que miraba a los que me rodeaban. Emily me hacía replantearme actitudes que yo creía inamovibles.

Bebió un sorbo de vino y se puso seria por un segundo, como si buscara bien las palabras.

—¿Sabes una cosa…? —empezó, llevándose de nuevo la copa a los labios —. Mucha gente dice que los hombres ingleses son fríos. Al principio no me importó que tú fueras… —hizo una pausa, sonriendo con malicia.

—Un borde —completé, observándola.

—Iba a decírmelo en voz baja y fingir que era injusto —explicó, alzando las manos en rendición—, pero luego vi a los demás por aquí. Tú eres lo contrario. No conseguí convencerme de que eras simplemente uno más.

Cerré los ojos un instante y dejé escapar una sonrisa contenida.

—Puede que tengas razón.

Ella empujó la conversación con una franqueza que me pilló desprevenido.

—No, yo también me culpo.

—¿Por qué? —pregunté, intrigado.

Su rostro se ensombreció; apartó la mirada y mordió el labio.

—Yo… no sabía lo que habías pasado. Te juzgué sin entender tu historia. Pensé que eras frío por naturaleza, hasta descubrir que antes de todo eso habías sido un hombre feliz.

Sus palabras me atravesaron. Eran verdades que rara vez dejaba salir. Recordé la infancia, el orfanato, las carcajadas que solté al ser adoptado… risas que con el tiempo habían muerto.

—La vida está hecha de altibajos, Emily —dije con voz áspera, aunque sincera—. Y a veces los bajos pesan más que los altos. Lo que me ocurrió… ni siquiera sé explicarlo. El billete… —me detuve, con el sabor amargo del pasado llenándome la boca.

Ella rozó mi mano, breve, atenta.

—No tienes que hablar si no quieres.

Pero yo sí quería. Necesitaba confesarlo, aligerar la carga o simplemente dejar constancia en alguien.

—Nadie sabe lo que ponía en aquel trozo de papel —dije despacio—. Solo yo sé por qué me dejaron plantado en el altar. Y no… no lo consigo aceptar.

La lámpara sobre la mesa proyectaba sombras cortas; el restaurante parecía haberse recogido en torno a nosotros. Emily se quedó helada, sus ojos oscuros brillando de preocupación.

—¿Eso fue exactamente lo que estaba escrito? —preguntó, como repitiendo un eco que yo ya había tenido.

Asentí.

Entonces conté lo demás: la sensación cortante de humillación, la rabia que venía como una marea, la necesidad de aferrarme a la ira para tapar el vacío. Hablé de cómo esas palabras giraban sin cesar en mi cabeza, no por nostalgia, sino para alimentar el enfado que me mantenía en pie.

—El año pasado encontré un nuevo sentido con el festival —me abrí—. Entendí que no es justo casarse con alguien que no te ama. Decidí entonces… y pedí que no me buscara más.

Ella inclinó la cabeza, con las manos juntas sobre el regazo. Había pena en su rostro, pero también una fuerza suave.

—El tiempo no lo cura todo —dijo, con una sinceridad que me golpeó—, solo cicatriza. Y a veces lo hace despacio y doliendo. Pero, Oliver… eres fuerte. No lo olvides nunca.

Aquellas palabras —eres fuerte— cayeron sobre mí como una mano amiga. Por un momento, dejé que su verdad se abriera paso: no tenía por qué cargar yo solo con cada ceniza del pasado. Emily me miró con una delicadeza inesperada y concluyó, firme:

—Por más que no entienda ni una mínima parte de lo que viviste, puedes contar conmigo. Para lo que necesites.

En ese instante sentí que, tal vez, la armadura empezaba a resquebrajarse. No del todo, aún, pero lo suficiente para que la idea de confiar encontrara un resquicio de luz.

Y eso, más que cualquier elogio a mi cocina o a mis restaurantes, fue lo que me transformó aquella noche.



CAPÍTULO 45

«Él creía que el amor era un error, hasta que descubrió que algunos errores merecen la pena.»

EMILY FLORES

Salimos del restaurante.

Pensé que el ambiente se quedaría pesado después de su confesión, pero no fue así. Él mismo cambió de tema y, ya en el coche, estábamos en una charla animada… o en una discusión animada.

—Tienes que estar loca para decir que el pop-rock es mejor que el country. ¡Bájate de mi coche ya!

—Pues lo creo, sí. Y no pienso bajarme. A ver si te atreves a echarme. —Crucé los brazos, fingiendo enfado.

—Pero si ya te he echado. Eres tú la que se niega a salir.

—Con tantas cosas buenas que se pueden hacer en un coche y tú echándome… —solté, suspirando, y su cara cambió de golpe—. Perdona, hablo incluso cuando no hace falta, y sé que eso te molesta.

En cuanto dije aquello, giró el volante con brusquedad, se metió por una calle desierta y aparcó.

—Todo lo contrario, Emily. Precisamente eso es lo que hace que quiera estar a tu lado. Tu autenticidad me llama muchísimo la atención.

—No sé qué contestar —admití, algo cortada.

—No hace falta que digas nada.

—Oliver… —Eché un vistazo alrededor: no había coches ni gente en la acera—. Si haces lo que estoy pensando…

—¿Cuál es el problema? —preguntó mientras se soltaba el cinturón y se deslizaba hacia mí, atrapando mi boca.

—Ninguno. Pero… no soy de las que se controlan, esté donde esté.

—Perfecto.

De pronto, su mano liberó mi cinturón y luego buscó una palanca del asiento, que cayó hacia atrás de golpe.

Ya tenía los ojos cerrados y me estaba entregando a aquel hombre.

Me sujetó la barbilla, estudiándome unos segundos, como si quisiera grabar cada detalle de mí en ese instante. Después, sus labios tomaron los míos con un hambre que me dejó sin aliento.

Nunca le había visto así, pero sabía que estaba en las nubes y, como consecuencia, yo también.

El espacio estrecho del coche solo aumentaba la intensidad de lo que vivíamos. El cristal se empañaba con la mezcla de nuestras respiraciones y el silencio de la noche fuera contrastaba con el torbellino que estallaba dentro.

Sus besos eran a veces rápidos e impacientes, a veces lentos y profundos, explorando cada respuesta que yo le ofrecía. Sentía la textura de sus labios contra los míos, su lengua enredándose con la mía con una destreza que me arrebataba cada vez más. Mis dedos se aferraban al cuello de su camisa, tirando de él con fuerza, como si temiera que se apartara.

Su mano bajaba por mi costado, firme, posesiva, hasta mi muslo. El calor de su toque me hizo estremecer y, cuando sus dedos apretaron suavemente mi piel, un gemido bajo se me escapó, ahogado por el beso.

Sonrió contra mi boca, satisfecho, y volvió a besarme con más intensidad, inclinándose sobre mí hasta que no quedó espacio entre los dos. Cada caricia era una invitación a perder el control, y cada segundo hacía imposible pensar en algo que no fuera él.

Con el respaldo reclinado, aquel rincón estrecho se convirtió en un refugio de deseo. Notaba el peso de su cuerpo sobre el mío, la deliciosa presión de estar atrapada entre él y el tapizado, y la sensación de que el mundo entero había dejado de existir.

El cristal ya empezaba a empañarse, como si el propio coche compartiera el calor que nos envolvía. El silencio de la calle afuera contrastaba con el sonido de nuestras respiraciones desbocadas y el desliz urgente de unos labios que no se daban tregua.

Los besos de Oliver eran hondos, intensos, como si cada uno fuera una promesa y, a la vez, una confesión que nunca pondría en palabras. Su boca exploraba la mía con maestría, y cada embestida me arrancaba un escalofrío que me recorría la piel entera.

Su mano recorrió mi cintura y ascendió lentamente por la curva de mi cuerpo hasta detenerse en mi rostro, sujetándolo con firmeza. Aquel gesto, tierno y dominador al mismo tiempo, me hizo gemir contra su boca. Aprovechó ese sonido como combustible, esbozando una media sonrisa antes de profundizar aún más el beso.

Mis manos, sin rumbo, se aferraban a su camisa, arrugando la tela entre los dedos. Quería que no hubiera nada entre nosotros, ni siquiera el aire. Él lo percibió, y su mano volvió a bajar, rodeó mi cadera y se prendió a mi muslo, acercándome más, como si pudiera moldearme a su cuerpo.

El coche se mecía levemente con nuestros movimientos, pero nada importaba. Cada caricia era un incendio; cada beso, un salto sin retorno. Ya no distinguía dónde acababa la realidad y empezaba el delirio: solo sabía que estaba perdida en él… y que no quería que me encontraran.

Sus labios se deslizaron de los míos a mi cuello, dejando un rastro de calor que me hizo temblar entera. Su aliento, pesado contra mi piel, convertía cada beso robado en una marca invisible que me encadenaba aún más a él.

Mis manos no paraban: exploraban su espalda, su pecho, cada relieve de músculo bajo la camisa. Lo atraía hacia mí con un hambre que rivalizaba con la

suya, como si besarle ya no bastara.

Volvió a mi boca con una intensidad renovada, devorándome en un beso profundo y ardiente que me dejó sin aire. Su mano firme en mi cintura me guiaba, pegándonos aún más, hasta no dejar ni un resquicio para el pensamiento.

El espacio reducido lo intensificaba todo: el tapizado suave contra mi espalda, el calor acumulado, los cristales empañados delatando lo enganchados que estábamos el uno al otro. Nada fuera importaba, porque dentro solo existíamos nosotros, rendidos a un deseo que no necesitaba palabras.

Cada beso era más urgente, cada roce más osado, y yo sabía, muy dentro, que cruzábamos fronteras sin vuelta atrás. Pero no había miedo, solo la certeza deliciosa de que quería seguirle adonde fuera.



—Fillipe va a inaugurar una clínica nueva —dijo Oliver, con la voz grave sonando más ligera de lo habitual—. La inauguración iba a ser hace unas semanas, pero tuvo algunos problemas y la aplazó para este fin de semana. ¿Qué te parece venir conmigo?

Alcé las cejas, fingiendo indignación.

—¿Dos citas en menos de dos semanas?

Me miró divertido, como si disfrutara de mi resistencia.

—No es una cita.

—Entonces no voy. —Crucé los brazos, triunfante, solo para verle negar con la cabeza y soltar una sonrisa contenida.

—Me provocas.

—El problema es que te gusta. —Me incliné hacia él, bajando el tono—. Porque detrás de ese corazón helado que intentas exhibir, hay un buen hombre.

La sonrisa se borró un instante. Su mirada se volvió más seria, sombría, como si mis palabras hubieran rozado algo que prefería ocultar.

—Estoy muy lejos de ser un buen hombre, Emily.

No le dejé seguir. Extendí la mano y le tapé la boca, un gesto atrevido que le arrancó una chispa de sorpresa en los ojos.

—A veces te prefiero callado.

Él arqueó una ceja, como si quisiera reírse, pero se contuvo. Yo aproveché para imponer mis condiciones.

—Hagamos un trato: cada vez que me lleves a algún sitio, estarás obligado a ir conmigo a otro.

—Emily… —Pronunció mi nombre como una advertencia, arrastrado, grave.

—Lo tomas o lo dejas. —Sonreí, victoriosa, manteniendo su mirada.

Durante unos segundos, Oliver guardó silencio. Desvió los ojos hacia la calle desierta que nos rodeaba, como si necesitara esa pausa para convencerse.

La sombra de las farolas recortaba sus facciones, marcando con dureza la línea de la mandíbula, y en la tensión de sus labios se adivinaba la batalla interna. Aun así, cuando volvió a mirarme, estaba rendido.

—Vale. Acepto.

Un calor me recorrió el cuerpo al escuchar esas palabras.

Él no lo sabía, pero cada concesión suya era para mí una victoria, una grieta más en la muralla que lo protegía.

—¡Perfecto! —respondí, apenas capaz de contener el entusiasmo—. Porque dentro de pocos días iremos a buscar otra carta…

Su mirada se estrechó, aunque en la comisura de sus labios apareció una leve sonrisa. Era como si me dijera sin palabras que sabía perfectamente en qué se estaba metiendo y, aun así, lo aceptaba.

En ese instante tuve la certeza: el hombre que aseguraba no creer en segundas oportunidades estaba, poco a poco, cediendo a mis reglas. Y yo… yo estaba cada vez más cerca de perderme en las suyas.



CAPÍTULO 46

«A veces, lo que más necesitamos es tiempo para demostrar nuestras cualidades…»

EMILY FLORES

Los días pasaron más deprisa de lo que me habría gustado, y cuando me di cuenta la semana ya tocaba a su fin. Como de costumbre, el cuarto sobre apareció en el mismo sitio. Solo con verlo, el corazón se me aceleró, y tuve que contenerme para no abrirlo allí mismo, en mitad de la cafetería.

—Esa tradición te está afectando de verdad —comentó Oliver en cuanto le entregué su café. El tono era serio, aunque no pudo disimular un atisbo de curiosidad.

—Sí —respondí con una sonrisa tímida.

Él alzó una ceja, casi como si me reprendiera.

—Contrólate. O al menos, inténtalo.

—Mejor no. —Crucé los brazos, desafiante—. Soy ansiosa… y me gusta serlo.

La comisura de su boca se curvó en una sonrisa discreta.

—Hoy voy a darme una hora para comer. Probablemente vaya contigo.

—¿Probablemente? —me burlé, recalcando la palabra—. Ese fue nuestro trato.

—Sí, pero creo que ya sabes cuál es mi relación con el festival.

—Hazlo por mí. —Me incliné sobre la barra, buscándole la mirada—. Sé que estás deseando pasar un rato a solas conmigo.

Su silencio fue revelador. Oliver tenía esa manía de disimular, pero el brillo de sus ojos traicionaba que mi provocación no andaba tan desencaminada.

Aquella semana volví a los dos primeros lugares de las cartas.

Reviví el encuentro con Donna y la visita al templo con Urman. El templo de la paz, en especial, me había tocado más de lo que imaginaba. Sentía la mente despejada, en calma, como si hubiese recuperado algo que ni siquiera sabía que había perdido.

Nunca pensé que me gustaría meditar, pero era como si mi cuerpo se hubiera vuelto más ligero, como si cada pensamiento hubiera encontrado, por fin, su lugar.

Aun así, sabía que gran parte de la serenidad que experimentaba venía de Oliver.

Él era la pieza que no encajaba en nada de aquello y, paradójicamente, también lo que me hacía sentir más viva. Nuestros momentos juntos eran pocos, pero se volvían imprescindibles.

Atendí a unos cuantos clientes más, miré la hora en el reloj y sentí cómo la expectación se adueñaba de mí. Por fin había llegado mi descanso. El corazón volvió a acelerarse.

Cogí la carta con cuidado, como si fuera algo demasiado valioso para tratarlo con prisas, y salí de la cafetería para abrir el sobre. Respiré hondo antes de romper el lacre, y entonces las palabras saltaron ante mis ojos.

4ª CARTA

¡La vida está hecha de elecciones!

Reflexionamos mucho sobre algo, pero no siempre la respuesta que deseamos es la que el corazón elige. No me preguntes por qué, pero creo que nacemos predestinados y, incluso cuando nos equivocamos, eso forma parte del camino.

Somos todos iguales, frágiles, humanos, propensos a fallar.

Los sentimientos son una montaña rusa. A veces estamos arriba, y en otras… parece que todo se derrumba a nuestro alrededor. Es extraño, cuesta aceptarlo. A mí misma me llevó tiempo acostumbrarme. Pero la vida funciona de un modo misterioso, y me cansé de intentar descifrarla.

Tenemos que comprender que somos como aves que vuelan hacia lo desconocido, que las ataduras invisibles que nos sujetan no son más que nuestros propios pensamientos negativos.

Y que tan cierto como el aire que respiramos es el amor que llevamos guardado en el pecho. Ese amor hay que cuidarlo, protegerlo. Pase lo que pase, no podemos dejar que se tambalee.

La próxima etapa puede ser difícil, pero es parte de un proceso que necesitas entender. Confiar en las personas es un don… y jamás debería tratarse como una obligación.

Darby Rd, 2356.

Las palabras me golpearon de lleno, como si hubieran sido escritas para mí. Doblé el papel con cuidado, presionándolo contra el pecho mientras respiraba hondo.

La dirección palpitaba en mi mente, y la ansiedad regresó con fuerza.

Sabía que aquella jornada no sería fácil. Y, de repente, más que nunca, sentí que no quería afrontarla sola. Quería a Oliver a mi lado —aunque fingiera no importarle nada de aquello.

Y quizá, en el fondo, él también quisiera estar.



Por increíble que pareciera, Oliver había cumplido su palabra y había venido conmigo. Había algo curioso en contemplar a alguien romper sus propias defensas por simple cortesía: pequeñas concesiones que, para él, debían de doler.

Aun así, cuando aceptaba probar algo nuevo, surgía una ternura desnuda que me hacía admirarle todavía más, aunque supiera que cada paso lo devolvía al festival y a recuerdos que lo herían.

—¿Conoces el sitio? —pregunté mientras el coche serpenteaba por las calles calurosas del barrio.

—Solo el barrio. Sé más o menos dónde está —respondió con su habitual voz controlada.

Asentí, y en pocos minutos nos plantamos ante el edificio.

No me esperaba aquello: un hospital enorme, con una fachada austera, ventanales severos que reflejaban el cielo. Nos quedamos en silencio un momento, observando la entrada como dos intrusos frente a un templo público. Luego, entramos.

En el vestíbulo, el aire olía a antiséptico y café. La luz era neutra, apagaba los gestos, y me acerqué a la recepcionista con pasos pequeños, como quien entra en un territorio que requiere permiso.

Ella me sonrió con calma profesional.

—Hola, quería una información —dije, con una voz más baja de lo normal.

—Claro —contestó—. ¿Qué necesita?

—Estoy participando en la tradición… una de las cartas me ha traído hasta aquí.

Consultó el ordenador y señaló, rápida y precisa.

—Primer pasillo, después a la izquierda y luego a la derecha.

Tragué aire y, con cautela, pregunté qué me esperaba allí.

—Es una de las alas del hospital donde están los niños con quemaduras —respondió, y la frase me cayó en el pecho como una piedra.

Me quedé paralizada un instante.

El mundo pareció estrecharse a mi alrededor; vi las letras del cartel en la pared temblar. Tensa, respiré hondo, intentando recomponerme.

—¿Señora, me oye? —repitió la recepcionista, profesional.

—Perdón… —negué con la cabeza—. Solo preguntaba si puedo visitar a los niños.

—Ah, claro. —Sonrió, tranquila—. Puede pasar.

Oliver me acompañó, pero no avancé enseguida. Me senté en un banco metálico del pasillo y dejé que las memorias afloraran.

Los hospitales siempre arañaban viejas heridas. Las tres últimas veces que había entrado en uno, perdí a gente que quería: mis dos abuelas, un amigo de la infancia.

Eso hacía que cada pasillo tuviera para mí un eco triste.

—¿Pasa algo? —su voz rompió el silencio; se sentó a mi lado, preocupado.

—Solo recuerdos —respondí, sin mirarle—. Evito los hospitales. Perdí a personas importantes en los últimos años. Mis abuelas, un amigo…

—Si quieres, podemos volver después —propuso él, suave.

—No —dije, levantándome con una decisión que era más esfuerzo que seguridad—. Necesito vencer este miedo. ¿Vienes conmigo?

Oliver asintió sin dudar, y seguimos hasta el ala indicada.

Cada paso resonaba en el suelo institucional bajo los zapatos, y el aire se hacía más denso. En el mostrador de enfermería repetí la explicación. La enfermera sonrió con ternura:

—Ahora mismo solo hay una niña ingresada aquí. Se llama Laura.

—¿Eso… no es raro? —pregunté, sorprendida.

—Lo es. Hemos llegado a tener más de diez niños hospitalizados por quemaduras. Pero con el festival la visibilidad ha aumentado muchísimo —explicó —. Recibimos donaciones de todo el mundo. Es parecido a lo que pasó en el orfanato.

Sus palabras me calentaron y me entristecieron a la vez; la tradición había encendido luz en lugares que vivían en penumbra.

—¿Puedo hablar con Laura? —pedí.

—Claro. Le va a gustar.

La enfermera nos condujo por un pasillo corto hasta una sala soleada.

Allí, tumbada, había una niña pequeña, encogida en la cama, y a su lado una mujer con los brazos cubiertos de cicatrices: manos y antebrazos marcados por antiguas quemaduras que narraban, sin palabras, una historia de dolor. Al vernos, la mujer se levantó despacio.

—Las dejo solas —dijo la enfermera, cerrando la puerta con cuidado.

—Hola —me presenté, con un nudo en el pecho—. Soy Emily.

—Soy Jane, la madre de Laurita —respondió ella, la voz áspera pero acogedora.

Vi en su rostro, además del cansancio, una fuerza evidente. Esas marcas en sus brazos no eran simples recuerdos: eran mapas de un pasado que la había alcanzado entera.

Me acerqué despacio, consciente de mi propia fragilidad ante la escena.

—Has venido por el festival, ¿verdad? —dijo Jane, como si confirmara lo que ya se comentaba allí.

—Sí —respondí—. He venido por la tradición.

Ella sonrió de forma casi tímida.

—Mi hija se ha sentido muy sola. Sus compañeros recibieron el alta… y ya no tiene con quién hablar.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté, tomando la mano de Laura con cuidado, como si sostuviera algo precioso.

—Ocho —contestó Jane—. Si quieres, salgo y las dejo tranquilas.

Se produjo un silencio bueno, de esos que se llenan de posibilidades. Miré a la niña con ternura y respeto.

En su rostro había una fragilidad infantil mezclada con una valentía inesperada: como si supiera que algunas puentes debía cruzarlas sola, pero aun así deseara compañía.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, y cuando ella asintió, me senté junto a la cama, poniendo mi mano sobre la suya, más fría que la mía.

El mundo de fuera parecía lejano; aquel instante pertenecía solo a nosotras: una visitante incierta y una niña que quizá necesitaba otra voz.

Por primera vez en el día, comprendí con claridad lo que esa misión me pedía: no solo estar presente, sino tocar con cuidado las historias dolorosas y permitir que pequeñas humanidades volvieran a conectarse.

No solo los que participaban en la tradición se implicaban en ese movimiento: hasta quienes no buscaban cartas disfrutaban sumergiéndose en la corriente de generosidad y atención que recorría la ciudad.

En Estados Unidos quizá me habría encontrado con trabas para visitar a una niña sin vínculo alguno; allí, en cambio, la gente parecía más abierta, como si el festival hubiera dibujado un mapa secreto de solidaridad en la ciudad.

Jane cumplió lo que había dicho y salió, cerrando la puerta con cuidado, como quien deja un espacio íntimo para un encuentro delicado.

Me quedé frente a la cama un instante, observando a la niña que me miraba con una mezcla de desconfianza y curiosidad —ojos pequeños, atentos, ese gesto entre alerta y reserva que solo los niños hospitalizados conocen. Respiré hondo y sonreí.

—Hola… —dije en voz baja, suave.

—Hola —respondió ella, escueta.

—Me llamo Emily. ¿Y tú cómo te llamas? —pregunté, aunque ya lo sabía por la ficha.

—Laura. ¿Has venido a verme? —preguntó, sorprendida, como si la idea de una visita fuese casi mágica.

Asentí, acercándome con cuidado.

Al sentarme a su lado, vi mejor las marcas de su cuerpo: quemaduras recientes en las manos, en los hombros, en las piernas; pequeñas cicatrices aún brillantes. Eran señales que contaban una historia que no quería apresurar.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurré, bajito, conspirando como quien propone un juego.

Los ojos de Laura se iluminaron con una confianza inmediata.

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? —pidió, apoyando el mentón en las manos.

—Lo prometo, lo prometo, lo prometo —repitió ella, saltando sobre la palabra prometo como si fuese un hechizo que volviera todo seguro.

Fue imposible no reírme de aquella emoción tan sincera. Su risa dibujó algo ligero en la habitación, una pequeña rendija por donde se colaba la alegría.

—Estoy en una especie de búsqueda del tesoro —empecé, con aire de misterio—. Estas cartas que recibo me señalan lugares que tengo que visitar. Y en cada uno hago un nuevo amigo.

—¿De verdad?! —saltó Laura, entusiasmada.

—Muy de verdad. —Me incliné hacia ella, como compartiendo un secreto —. Es como un juego y, al final… bueno, al final uno aprende un montón de cosas bonitas.

Ella dio un brinco en la cama, olvidando casi la contención, y por un momento la sala entera dejó de parecer un hospital. Le conté, con voz simple y didáctica, las dos primeras cartas: Donna, el templo de la paz, la gente que había conocido.

Me escuchó con la atención de una pequeña señora, los ojos fijos, la boca formando “oh” y “uau” en los momentos justos.

—Me gusta hablar con la gente aquí en el hospital —confesó con un tono entre orgullo y tristeza—. Todavía no puedo salir. Me quedaré un tiempo más.

—Pero no deberías estar sola —intenté animarla—. Este hospital es grande: seguro que tienes muchos amigos por aquí.

Ella abrió los brazos como prueba física.

—¡Si cuento a los abuelitos, tengo un montón! —exclamó, y yo sonreí ante aquella honestidad desarmante.

—Y ahora has ganado una amiga más —anuncié, abriendo la mano como quien ofrece un regalo.

Los ojos de Laura se iluminaron.

—¿De verdad? —preguntó, con la esperanza latiendo en cada sílaba.

—De verdad. —Apreté su mano con cuidado—. Me encanta conocer gente nueva.

—Te pareces a mi hermana Genevive. ¿Quieres ver su foto? —propuso de pronto, con esa intimidad súbita que solo los niños saben regalar.

—Claro —acepté, curiosa.

Laura fue hasta una mesita, abrió una cajita rosa con el cuidado de quien guarda tesoros y me enseñó una fotografía.

En ella aparecía una chica joven, de piel clara, pelo pelirrojo como el suyo, rasgos delicados, ojos color miel que recordaban a los de Laura. Parecía tener unos quince años; un espejo familiar, fragmentos de historia reflejados en la habitación.

—Voy a contarte otro secreto —anuncié, sintiendo el peso de las palabras —. Yo no vivo en esta ciudad. Solo estoy de paso.

La sonrisa de Laura se apagó un segundo, y la franqueza infantil cortó como una cuchilla:

—Ah… —murmuró, triste—. Entonces ya no te voy a ver más.

La frase me atravesó con una punzada de culpa hermosa. El impulso de consolarla fue inmediato, casi instintivo.

—No te pongas así —dije, acariciando su mano con ternura—. Puede que volvamos a vernos. Y si no es aquí, te prometo que llevaré tu historia conmigo a donde vaya.

Laura me miró, calibrando aquella promesa pequeña y enorme a la vez, y luego sonrió tímidamente, como quien acepta un pacto.

En ese instante comprendí que aquella visita no era solo cumplir con una carta: era un recordatorio de que las pequeñas conexiones cambian el mundo — una amistad cada vez, una promesa sencilla, un secreto compartido.

—¿Qué te parece si hacemos una promesa juntas? —dije, entrelazando sus manitas entre las mías, con la delicadeza de quien sostiene cristal fino—. Yo te prometo venir a verte siempre que esté en la ciudad. Y tú me prometes que te vas a recuperar pronto y saldrás del hospital. ¿Trato hecho?

Sus ojitos color miel brillaron, vacilantes al principio, pero pronto llenos de esperanza.

—Vale. Quiero salir rápido de aquí. —Su voz titubeó—. Mis compañeros del cole no vienen a verme. Creen que estas manchas se les van a pegar… y eso me pone muy triste.

El corazón se me encogió como si una mano invisible lo apretara. Respiré hondo, intentando mantener la sonrisa para que no notara lo mucho que aquellas palabras me habían herido.

—Eso va a cambiar, Laurita. Ya lo verás.

De pronto, desvió la mirada hacia la puerta y sonrió, sorprendida. Seguí sus ojos y encontré a Oliver recostado en el marco, observando la escena en silencio.

—Él ha venido conmigo —expliqué, al verle acercarse con paso firme.

—¿Es tu novio? —preguntó la niña, con la inocencia dulce que solo los niños poseen.

Me atraganté con la pregunta, sin saber qué decir. Pero Oliver, con esa calma burlona tan suya, contestó antes que yo, con una leve sonrisa dibujada en los labios:

—Ojalá quisiera, ¿sabes? —provocó, y Laura soltó una risita—. Estoy ayudándola en esta búsqueda de cartas. Esta mujer está muy perdida, no conoce nada de aquí… me da pena. Tú harías lo mismo, ¿a que sí?

Puse los ojos en blanco y le di un manotazo en el brazo, mientras la niña estallaba en carcajadas.

—Os dejo para que os conozcáis mejor —dije, poniéndome en pie. Oliver me lanzó una mirada rápida, de esas que decían que sabía perfectamente lo que

estaba haciendo.

En el pasillo me crucé con Jane, que volvía. Sonrió con delicadeza, los ojos cansados pero cálidos.

—Tu novio es un hombre muy atento —dijo de repente, pillándome desprevenida.

Abrí la boca para corregirla, para aclarar que no había nada entre nosotros… pero las palabras se quedaron atascadas.

Por primera vez, no tuve ganas de desmentirlo.

—Oliver es un buen hombre. —Mi voz sonó más sincera de lo que me habría gustado admitir—. Lo he dejado hablando con Laura.

—Está bien. —Asintió, bajando la mirada al suelo antes de volver a encontrar la mía—. Supongo que querrás saber qué le pasó, ¿no?

—No tienes que contarlo si no quieres —respondí, con respeto.

—Está bien, Emily. Fue un accidente doméstico. Una fuga en la cocina lo desencadenó todo… un fallo del equipo. —Alzó los brazos, mostrando las cicatrices visibles—. Gracias a Dios llegué a tiempo, pero también me quemé.

—¿Y sus órganos internos… quedaron dañados? —pregunté, con cautela.

—No, ninguna función vital se vio afectada, gracias a Dios. Pero sufrió quemaduras de tercer grado.

—Entiendo… —murmuré, con la voz quebrada.

Charlamos unos minutos. Jane era una mujer admirable: inteligente, delicada y, pese a tantas batallas, irradiaba una fuerza que me conmovía. Había renunciado a una de sus empresas para dedicarse por completo a sus dos hijas.

Mientras regresábamos al cuarto, admiré en silencio su coraje.

Al entrar, la escena que se abrió ante mí me calentó el corazón. Laura y Oliver reían, a carcajadas de verdad. Era raro verlo así: los hombros relajados, el rostro iluminado, la coraza de frialdad ausente.

—¿Has hecho un amigo más, Laurita? —pregunté, acercándome.

—¡Sí! ¡Me ha contado que le tiraste café caliente encima! —dijo, riéndose tanto que tuvo que taparse la boca.

Oliver arqueó las cejas, satisfecho.

—Tuve que contar nuestro secreto.

Reí con ellos, y por un instante no había hospital, ni dolor, ni cicatrices. Solo aquella habitación llena de alegría inesperada.

—Me habéis caído muy bien los dos. —Laura nos miró con la seriedad dulce de una niña que pide algo importante—. ¿Prometéis que vendréis más veces?

Vacilé un segundo, sorprendida por el ruego. Pero Oliver fue el primero en asentir, firme. Yo lo seguí, emocionada, sintiendo un nudo en la garganta.

—Algún día, cuando sea mayor, yo también visitaré a los niños en los hospitales. —Laura sonrió, convencida—. No quiero que estén tristes como yo estuve.

Las lágrimas me escocieron en los ojos, empañándome la vista. Bajé el rostro para que no se diera cuenta.

Me sentía bendecida por haber aceptado aquella tradición, por haber venido a Liverpool, por conocer a personas que me transformaban en cada encuentro.

Uno de los mayores tesoros que había descubierto allí era la simplicidad de la vida: demasiado corta para perder el tiempo en pequeñeces.

Había que vivirla intensamente, como si cada instante fuese el último… y en aquella habitación, entre risas y promesas, estaba exactamente donde debía estar.



CAPÍTULO 47

«Olvida lo que quedó atrás, céntrate en el presente…»

EMILY FLORES

¡Emily, por favor, háblame! ¡Dime por qué no podemos hacer que esto funcione!

Una vez más me desperté con el mensaje de William parpadeando en la pantalla del móvil.

Solté un suspiro largo, agotada. Siempre la misma cantinela, el mismo ciclo de explicaciones que no llevaban a ninguna parte.

Detestaba tener que repetírselo todo, así que dejé el teléfono a un lado. Y menos ahora, en mi descanso: el único momento en el que podía respirar en paz.

Y, hablando de descansos, había un detalle que los hacía todavía más intensos: Oliver.

Casi todos los días aparecía en mi rato libre. Y cada vez que entraba en aquella sala reservada, el aire parecía calentarse, como si la energía del lugar cambiara solo con su presencia.

Hoy no fue distinto. En cuanto cerró la puerta tras de sí, ni se molestó en fingir formalidades. Simplemente me atrajo hacia él y tomó mi boca en un beso hambriento, como si fuera el único derecho que le pertenecía.

—Tienes que dejar esa manía de besarme mientras estoy trabajando… —protesté, aunque la voz me tembló, porque en el fondo no quería que parara.

Con mucho esfuerzo le empujé suavemente el pecho, pidiendo espacio. Pero, si era sincera conmigo misma, lo único que deseaba era quedarme ahí, pegada a él, sintiendo cada latido acelerado de su corazón contra el mío.

Él se arregló el traje, recuperando la postura impecable.

—Hoy tenemos plan en mi casa.

—¿Cómo? —pregunté, confundida.

—Voy a cocinar para ti. Paso a buscarte a las ocho. —Su voz no dejaba lugar a réplica—. Y no acepto un "no" por respuesta.

Crucé los brazos, indignada y divertida a la vez.

—¿Y desde cuándo me das opción de aceptar o no? Tú simplemente decides y ya está.

—Exacto. —Me guiñó un ojo y se mordió los labios justo después.

El gesto fue tan provocador que me dejó sin aire.

Y, sin darme tiempo a reaccionar, salió de la sala como si nada, dejándome apoyada contra la pared, riendo sola.

No podía estar enamorándome solo por unos cuantos besos intensos… pero no tenía la culpa de que él tuviera ese modo de tocarme que desarmaba todas mis certezas.

Además, Oliver era imprevisible —y eso solo me arrastraba aún más hacia él.

Todavía estaba en ese estado de torpor cuando Jessy entró en la sala. Aún tenía la mano en el pomo cuando miró hacia atrás y vio a su hermano marcharse por el mismo pasillo.

—¿Qué hacía Oliver aquí? —preguntó, entornando los ojos.

Tenía la boca húmeda, el pelo revuelto, el delantal arrugado… Dios mío. Era imposible disimular.

—Emily… espera un momento. —Me observaba, con la mano en la boca, incrédula—. ¿Mi hermano y tú…?

No respondí. El silencio era suficiente. Y, en el fondo, no quería negarlo. Estaba feliz con cada instante a su lado, y ya no podía esconderlo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, con la voz temblando entre el asombro y la emoción—. Sabía que había tenido una cita, pero jamás, jamás imaginé que fuera contigo.

—Es una larga historia… —sonreí, incómoda.

—Ah, pues me la cuentas ahora mismo. —Jessy me agarró la mano y me arrastró hacia el fondo, como una confidente impaciente.

Y le conté.

Le conté que Oliver me había pedido perdón, que fuimos juntos al orfanato donde ellos habían vivido, que allí se reencontró con Judith… y que, días antes, habíamos tenido un momento solo nuestro, algo que me había sacudido por dentro.

—Oliver juró que nunca volvería allí —murmuró, pensativa—. No me creo que haya roto esa promesa.

—No quería ir —expliqué—. Estaba nervioso, pero me acompañó de todos modos. Y allí acabó haciendo amistad con Tony, uno de los niños.

El brillo que encendió sus ojos era inconfundible. Como si hubiera recuperado un recuerdo feliz.

—Judith fue nuestro ángel de la guarda. Siempre nos cuidaba… y quería mucho a Oliver.

Asentí, recordando la ternura de aquel reencuentro.

—Conocí el orfanato por dentro mientras él jugaba al baloncesto con el chaval. Y, la verdad, fue él quien se acercó a Tony, no yo.

—Hablo de su alegría, Emily. Veo a mi hermano más feliz… y sé que tú tienes parte en eso.

—No, Jessy. Yo solo seguí la carta hasta donde me llevó.

Ella rió bajito y negó con la cabeza.

—No intentes disimular. Eres distinta. —Sus ojos se humedecieron—. Y, sobre todo ahora, sabiendo lo de vuestra cita, lo tengo clarísimo: estás removiendo algo en él.

—Y habrá más… —confesé, sintiendo cómo me ardían las mejillas—. Oliver dijo que va a cocinar para mí hoy.

—¡Dios mío! —exclamó, tapándose la boca—. ¿Sabes lo que significa? No cocina para nadie de fuera de la familia desde… Isabella.

El pecho se me encogió con el golpe de esas palabras. Me hizo sentir especial de una manera que no esperaba.

Sabía que Oliver libraba batallas cada día. Y aun así, había en él un corazón enorme, escondido bajo capas de dolor y frialdad. Yo quería formar parte de ese proceso, quería estar ahí cuando se permitiera ser feliz.

Y, aunque no lo admitiera en voz alta, lo sabía: me estaba enamorando de él más rápido de lo que debía.

—Sé que Oliver es una buena persona —susurré, más para mí que para ella —. Poco a poco volverá a ser el hombre que fue. Ya lo verás.

Los ojos de Jessy se llenaron de lágrimas, y solo asintió, emocionada.

Por primera vez entendí la intensidad del amor que había entre aquellos dos hermanos. Y dentro de mí nació un deseo callado: conocer al Oliver de antes… y quizá ser parte de la razón por la que volviera a sonreír así.



—¡Qué olor tan bueno!

Oliver había preparado una francesinha —un plato tan portugués como imponente— y la cocina del apartamento se había convertido en un pequeño altar de aromas.

Nunca antes había probado algo así; él me fue explicando entre una cucharada y otra que la salsa llevaba cerveza, hojas de laurel, pulpa de tomate, caldo de carne y vino de Oporto, y que el relleno era una orgía de salchicha, chorizo fresco, mortadela, jamón y un filete jugoso.

Cada detalle sonaba tan calculado como íntimo, y me encontré admirando al hombre que, allí, manejaba las cacerolas como si cincelara un recuerdo.

Nuestra velada ganó compañía: Emma, pura energía, no paraba de parloteos. Yo tampoco me quedaba atrás; éramos dos cotorras sincronizadas, contando historias, interrumpiéndonos y riendo.

Su inocencia era una medicina que me dejaba ligera.

—No me creo que te acuerdes de mi nombre —dijo, sorprendida, al comentar algo sobre mí.

—Ah, me acuerdo —respondió ella, seria un instante y luego orgullosa como solo los niños saben ser—. Y mi papi habla de ti con la tía.

Miré de reojo al padre, concentrado en la comida, ajeno a nuestras confidencias; un hombre grande, pero con una sonrisa fácil cuando reía con su hija. Emma continuó con la crudeza propia de los pequeños:

—Yo le dije a papá que tú eres guapa y que podríais ser novios.

Me puse a reír a carcajadas. Pude imaginar la escena, con ese tono de solemnidad infantil. Oliver alzó la vista hacia nosotras, y quise ver la cara que pondría al enterarse.

—Estoy segura de que tu padre aún encontrará a una novia, Emma —dijo con la calma dulce que ya empezaba a reconocer.

—Lo sé, pero se está poniendo viejo, ¿no? —repli-có la niña sin pudor.

Otra risa se me escapó. En ese momento Jessy entró en la cocina, observando a la familia improvisada alrededor de la mesa.

—¿Qué secretos está soltando la pequeña? —provocó mientras se sentaba.

—Que papá necesita una novia —respondió Emma, muy seria— ¡y que se está haciendo viejo!

Jessy puso cara de asco y acabó riéndose también. Oliver llegó con el plato principal en las manos y fingió ofensa.

—Parece que tramabais mi ruina —dijo, dejando la fuente en el centro de la mesa.

—Sí, papi —repitió Emma, mostrando una sonrisa enorme—. Le dije a Emily que te estás haciendo viejo.

Mi rostro debió de adquirir mil colores. Él me lanzó una mirada que no supe descifrar: mezcla de diversión, reproche y algo más tierno, casi protector.

La sensación en el pecho era extraña: un calor dulce que me activaba y, al mismo tiempo, un puntito de miedo, como si tocar aquello pudiera romperlo todo.

—Venga, dejad la cháchara —bramó Jessy, divertida—. ¡Hora de comer!

—¡Yuju! —celebró Emma, aplaudiendo.

Coloqué los últimos platos en la mesa. La francesinha, cubierta por una salsa densa y brillante, prometía redención; al primer bocado confirmé: estaba divina. Oliver no había aprendido a cocinar por casualidad.

Había amor en el aliño, una paciencia cuidadosa en cada capa.

—Si hubiera sabido que tu hermano cocina así, habría pedido más invitaciones —comenté, sincera.

—Cuando cocina por amor, sale así —puntualizó Jessy, y noté cómo Oliver se tensó un instante —no le hizo gracia la pulla.

—Si te atreves a criticar mi comida, te borraré de todos mis restaurantes —replicó él, con ese aire de propietario contundente que, sin embargo, me hacía reír.

Jessy alzó las manos en rendición teatral.

Lo que más me sorprendió aquella noche fue oír a Oliver hablar —y hablar mucho. Él, que siempre parecía comedido, dejaba surgir una alegría contagiosa, una ligereza en la mirada que no le había visto en todo el año.

Hubo chistes, recuerdos de infancia, una entrega automática a las tonterías con Emma; a veces se permitía reír a carcajadas, dejando los hombros sueltos de un modo que me provocaba una agradable punzada en el pecho.

Con cada risa suya, con cada gesto diminuto —la forma en que apartaba las migas del plato de Emma, la manera en que sin esfuerzo emergía su instinto paternal— sentí que algo nacía de verdad.

No era solo admiración. Era algo más antiguo, más urgente, y me sorprendió por completo.

Creía que el amor era un paso claro, un acto consciente. Pero allí, entre el humo fragante de la salsa y las risas de las dos personas que amaba, comprendí: me estaba enamorando.



Jessy llevó a Emma a la cama, dándole las buenas noches con esa dulzura que solo ella tenía. Poco después nos dejó a solas. El silencio que se instaló era cómodo, pero yo, como siempre, no tardé en romperlo.

Era más fuerte que yo: me encantaba hablar, hacer preguntas, escuchar respuestas y provocar a Oliver.

—¿Cuántas cartas has escrito en tu vida? —pregunté, con la curiosidad encendida.

Él arqueó una ceja, divertido.

—¿Cuenta el instituto?

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Sí, claro.

—Entonces ninguna. Nunca me gustó.

—¿Y cuántas has recibido? —insistí.

Oliver pensó un instante, pero cuando me miró, la seriedad de su expresión me hizo contener la respiración.

—Ninguna.

Negué con la cabeza, incrédula.

—¡Venga ya! ¿En serio que nunca recibiste una cartita? ¿Nada de nada?

—Seguro. Siempre fui de evitar escribir cualquier cosa. Y odiaba lengua.

Abrí los ojos como platos, fingiendo indignación.

—Dios mío...

—Puede que no lo parezca, pero me gustaba matemáticas. —Sus labios se curvaron en una sonrisa breve antes de devolverme la pregunta—: ¿Y tú? ¿Sigues hablando con tus padres?

Suspiré, apoyando la barbilla en el brazo del sofá.

—A veces. Mi madre me llama, pero la mayoría de las veces hablamos por WhatsApp. Ella intenta no darme la lata, dice que quiere que aproveche... pero sé que por dentro sufre por verme lejos. Lo noto.

Oliver sonrió, y aquella sonrisa iluminó más que cualquier lámpara del salón. Luego se acercó, atrayéndome a sus brazos.

Nos quedamos juntos en el sofá, lado a lado, en uno de esos momentos que más me gustaban: callados, tranquilos, observándonos como si intentáramos descifrar los pensamientos del otro.

Siempre me habían conquistado los gestos simples.

—¿Y tú… tienes algún recuerdo de tus padres biológicos? —me atreví a preguntar.

Su mirada se oscureció por un segundo, pero no apartó los ojos de los míos.

—Antes tenía algunos destellos. Pero creo que borré esos recuerdos por mí mismo. Mis padres están en la casa de enfrente, Emily. Eso es lo que importa.

Asentí, respetuosa. Sabía que aún arrastraba rencores y que tardaría en soltarlos. Pero también creía que, algún día, todo aquello se transformaría en algo menos doloroso.

Apoyé la cabeza en su pecho, escuchando el compás fuerte de su corazón.

—Solo quisiera dormir una noche entera sin interrupciones —murmuré en un suspiro.

Él inclinó el rostro hasta casi rozar mi oreja.

—¿Para qué dormir, si podemos hacer algo más interesante? —susurró, y su voz ronca recorrió mi piel como un escalofrío eléctrico.

La provocación me despertó al instante.

—¿Ah, sí? —sonreí, subiéndome sobre él y dejando una lluvia de besos calientes en su cuello.

Nuestros besos nunca eran tranquilos. Siempre incendiaban el aire, voraces, como si cada vez pudiera ser la última. Bastaba que nuestros labios se encontraran para que todo lo demás desapareciera.

—¡Ven aquí! —gruñó, firme.

Antes de darme cuenta, Oliver me alzó en brazos con facilidad, llevándome hacia el dormitorio. Estábamos a punto de cruzar la puerta cuando una vocecita nos interrumpió.

—¡Papá! ¡Papá!

Sentí cómo cerraba los ojos, respirando hondo, hasta que una risa baja se le escapó de los labios. Me dejó en el suelo con cuidado, todavía sonriendo. Nuestra fiesta quedaba cancelada, pero, para mi sorpresa, no me importó.

—Perdóname… —murmuró—. A veces lo hace. No puede dormirse sin mí.

—Puedes ir —dije, tocándole el brazo.

—No. Vamos los dos. —Sus ojos se encontraron con los míos, firmes, como si fuera a la vez una invitación y una orden.

Le acompañé, aún algo cohibida, hasta la habitación de Emma. La niña no pareció sorprendida al verme. Solo preguntó, directa:

—¿Vas a dormir aquí, Emily?

—Yo… no. Me voy dentro de un rato —respondí, incómoda.

—Papá tiene que llevarla, cariño. ¿Qué te parece si vienes con nosotros hasta la puerta y luego te acuesto? —propuso Oliver, paciente.

—Vale, papá.

Él me lanzó una mirada de reojo y, sin necesidad de palabras, me pidió perdón. Negué con la cabeza, indicándole que no pasaba nada. Yo lo entendía. Emma había crecido sin madre y necesitaba ese cariño constante, esa atención exclusiva. Y Oliver tenía de sobra para darle.

Podía tener todos los defectos del mundo, podía ser duro, complicado, hermético… pero en ese instante, mientras lo veía con su hija, comprendí con absoluta claridad: era un padre extraordinario.

Y quizá fuera exactamente eso lo que lo hacía aún más irresistible para mí.



CAPÍTULO 48

«Un momento puede cambiarlo todo, y algunos errores pueden ser más grandes de lo que imaginamos…»

EMILY FLORES

El fin de semana llegó antes de lo que esperaba, como si el tiempo se me hubiera escurrido entre los dedos.

Quizá fuese culpa de mi corazón desbocado, incapaz de seguir el ritmo de los días. Todo lo que había pasado en las últimas semanas no hacía más que agravar ese estado: noches largas, miradas prolongadas, conversaciones que siempre acababan en besos que me dejaban sin aliento.

Oliver y yo nos veíamos prácticamente todas las noches.

Nuestros encuentros, casi siempre en su casa, se habían convertido en rutina… y, al mismo tiempo, en un desafío constante.

También me había acercado mucho a Emma. Al principio noté en ella un cierto celo infantil, pero ahora era la primera en desear que su padre encontrara

novia… y, a ser posible, que fuera yo.

La idea me hacía feliz, pero también me inquietaba. Porque la sombra de la distancia planeaba sobre nosotros.

Me había prometido a mí misma aprovechar al máximo esos tres meses en Liverpool, y lo estaba cumpliendo. Pero precisamente esa entrega, esa inmersión sin reservas, podía salir muy cara en el futuro.

Lo sabía, y aun así no podía parar.

—¿Tú, pensativa? —la voz grave de Oliver me sacó de mis ensoñaciones.

Acabábamos de llegar al acto de inauguración de la clínica de Fillipe. Yo estaba más despistada de lo normal, perdida en pensamientos que no tenían ni pies ni cabeza, pero que pesaban igual.

—Hablo demasiado, pero también pienso mucho —respondí, intentando disimular.

Él sonrió levemente y pasó el brazo por mi cintura, acercándome a su lado. Su abrazo me envolvió entera, firme, cálido, seguro. Le sostuve la mirada durante unos segundos largos, intentando descifrar lo que escondía tras aquel semblante controlado.

Cada día que pasaba, quería más. Quería conocerlo más allá de lo evidente, quería estar segura de que no era la única atrapada en ese sentimiento que crecía dentro de mí.

—Eres preciosa, Emily —susurró con una seriedad que me desarmó—. Y fui un imbécil cuando nos conocimos.

—Totalmente de acuerdo. —Crucé los brazos, alzando el mentón—. Soy preciosa y fuiste un auténtico capullo.

Él frunció el ceño, contrariado, y tuve que morderme los labios para no soltar la risa.

Provocarle era, sin duda, mi mayor placer. Y, en el fondo, sabía que le gustaba cuando estaba a su altura.

—¿Entramos? —preguntó, aún serio.

—Vamos.

En cuanto cruzamos la puerta, los ojos de Fillipe se clavaron en nosotros, como si hubiera estado esperando aquella escena.

—Un momento… ¿qué está pasando aquí? —preguntó con tono sugerente.

—No empieces con tonterías —gruñó Oliver, cerrando el gesto aún más.

—Emily… mil perdones —Fillipe se giró hacia mí, fingiendo preocupación.

—¿Perdones por qué? —pregunté, confundida.

—Debe de ser un suplicio aguantar a este malhumorado. Así que, de verdad, lo siento mucho.

—¡Idiota! —Oliver dio un paso al frente, pero su amigo estalló en carcajadas.

—Gracias por venir —dijo, todavía riéndose—. Aunque Oliver sea un maniático, vuestra presencia es importante.

A lo lejos alguien lo llamó, y se marchó.

—Fillipe no cambia. Lamentablemente, le tengo cariño. Es de las pocas personas que me entienden. Habla demasiado, como tú, pero lo aguanto.

Puse cara de decepción a propósito y me acerqué a él.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—No.

—Que disimulas fatal. Sé que te gusta nuestro caos, nuestra manera ruidosa y descarada de ser. Necesitas gente así cerca, Oliver. No sirve de nada negarlo. —Le guiñé un ojo.

Una sonrisa leve curvó sus labios.

—No lo voy a negar. Lo que acabas de decir es la pura verdad.

Nos quedamos callados, mirándonos. Era impresionante cómo bastaba eso: una mirada, un gesto simple, para que la felicidad me rebosara por dentro. No necesitaba grandes gestos para hacerme sentir bien.

La voz de Fillipe retumbó en el salón, reclamando la atención de todos.

—Quiero dar las gracias a todos los presentes. Gracias por formar parte de mi crecimiento. Espero poder devolverlo cuando sea necesario. Muchos ya lo sabéis,

pero necesito repetirlo: amo mi profesión y haré todo lo posible por ser el mejor en mi campo...

Escuchamos juntos, mientras la gente se giraba hacia él.

Permanecimos alrededor de una hora en el evento, pero poco a poco mi cuerpo empezó a flaquear. Las luces me parecían demasiado intensas, el ruido me incomodaba, y Oliver lo notó antes incluso de que yo dijera nada.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado, inclinándose hacia mí.

—Nada. Solo dolor de cabeza.

Él frunció el ceño, inquieto.

—¿Quieres que te lleve al médico? ¿Crees que es algo serio?

Sonreí, intentando tranquilizarle.

—No, es migraña. Me pasa a menudo. No hace falta preocuparse.

—No nos quedaremos mucho más —replicó, firme, como si ya hubiera decidido por mí.

Le acaricié el brazo, agradecida.

—Solo necesito descansar, Oliver. Eso es todo.

Y en ese instante supe que, por muy incierto que fuera el futuro, había algo que me hacía sentir segura a su lado. Un sentimiento que crecía, insistente, incluso cuando intentaba protegerme.

OLIVER CLARKE

Llegué a casa todavía con el olor a francesinha pegado a la ropa —ese rastro dulce y salado que me recordaba la noche— y me dejé caer en el sofá, apagando el mundo un segundo con el murmullo apagado de la tele.

Me estiré, notando los músculos pedir descanso, cuando la puerta del piso se abrió de golpe y Jessy entró como un vendaval doméstico.

—¿Dónde está Emma? —pregunté sin girarme de inmediato. Su voz tenía ese tono que siempre me ponía en alerta.

—Con nuestros padres —respondió, plantándose en el marco y mirándome con una ceja arqueada—. Pensaba que la habías dejado con Emily.

Me volví, con la pereza aún pegada a los ojos.

—Le dolía la cabeza. Migraña.

Jessy me sostuvo la mirada un rato, como si intentara descifrar un enigma, y luego soltó un suspiro exasperado. Había en sus ojos ese brillo malicioso que conocía de sobra: el que precedía a un interrogatorio.

—¡Dios mío, Oliver! ¿Qué detalle has tenido con ella? ¿Le has comprado chocolate? ¿Le has mandado flores? ¿Le has dicho que estarías cerca si te necesitaba?

Me froté la sien, sin entender el motivo de aquella escalada. Las preguntas llegaban rápidas, como ráfagas, y yo necesitaba ordenar las respuestas.

—La llevé a casa. Nada más. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón, buscando un equilibrio entre la paciencia y la curiosidad que me provocaba su actitud.

—¡Sé romántico, hombre! —exigió, cruzándose de brazos—. De nada sirve ser romántico solo en teoría. Nosotras, las mujeres, necesitamos sentir que somos importantes, sobre todo cuando estamos frágiles.

Sus palabras me pillaron desprevenido; había en ellas humor, sí, pero también una seriedad que me hizo inclinarme hacia adelante en el sofá. Jessy sabía cómo hurgar en lo mejor y en lo más blando de mí.

—Soy romántico, a mi manera —intenté, con ese tono que tantas veces había funcionado con el público equivocado.

—¡No es suficiente! —replicó, casi cortándome. Y remató, con precisión quirúrgica—: Levántate ya de ese sofá, compra algo y déjalo en la puerta de Emily. O, si va más contigo, entra y demuéstrale que estás ahí para ella.

Hubo una urgencia en sus palabras que me hizo mirar mi reflejo en el cristal de la tele. Pensé en todas las excusas que solía repetirme —que no era hombre de gestos— y sentí algo distinto: unas ganas tenues de llevarle la contraria a esa voz cauta y hacer, por fin, un gesto grande.

—Jessy, yo… —empecé, porque siempre había un “pero” con el que me defendía.

—No. —Me cortó, firme—. Aprende a hacer gestos impulsivos. Sé que te gusta. Aprovecha el momento. Me encanta verte feliz, y Emily… está trayendo de vuelta, poco a poco, al hermano que yo conocía. Yo lo quiero de vuelta. Lo necesito.

Sus palabras me golpearon como un recordatorio dulce y sombrío a la vez.

Hablaba como si conociera al Oliver de antes, al de antes de las capas de hierro que me había construido. Vi en sus ojos el deseo —no solo por mi bienestar, sino por algo más puro: recuperar a su hermano entero.

Guardé silencio largo rato, sintiendo cómo el sofá se hundía bajo el peso de la decisión.

La llave en mi bolsillo pesó de repente como una posibilidad. Me levanté despacio, con la sensación de cargar sobre los hombros un gesto pequeño que podía volverse enorme.

—¿Habrá una floristería abierta a estas horas? —pregunté, con una sonrisa que nació sin querer.

Jessy aplaudió, triunfante.

—Sí. Y, por favor, no vuelvas sin algo ridículamente romántico. O vuelve, pero me lo cuentas todo.

Mientras ella se levantaba, satisfecha por haberme empujado fuera de mi propia coraza, yo me puse el abrigo.

En mi cabeza, un eco insistente: gesto impulsivo. Por una vez, dejé que la orden de alguien que me conocía bien abriera paso a lo que llevaba demasiado tiempo posponiendo.

Salí por la puerta con Jessy gritando instrucciones detrás, y con una sensación extraña —cálida y luminosa— de que quizá había llegado el momento de ser menos previsible.

EMILY FLORES

Oliver me dejó en casa, y lo primero que hice fue darme una ducha fría y larga, intentando aliviar la presión punzante que se extendía por mi cabeza. El agua resbalando por los hombros me trajo un alivio momentáneo, pero insuficiente.

Desde que había llegado a Liverpool no había tenido crisis de migraña y, casi dos meses después, aquel dolor regresaba con fuerza, recordándome que no era inmune a mi propio cuerpo.

Intenté dormir, pero la incomodidad no me dejó. Me levanté, preparé algo rápido de comer y, en un intento de ocupar la mente, fregué los platos acumulados.

El desorden era casi siempre fruto de las visitas de July; cuando se quedaba en casa, el piso acababa siempre patas arriba. Suspiré, recogí la basura en bolsas y decidí llevarla al contenedor.

Fue entonces, al salir de la residencia, cuando me llevé un sobresalto.

—¿William?! —mi voz salió casi como un grito—. ¿Qué haces aquí?!

Estaba parado a la derecha de la acera, con las manos temblorosas en los bolsillos y la mirada vacilante.

—Yo… necesitaba verte —respondió, dando un paso hacia mí, aunque aún incapaz de mirarme a los ojos.

Me quedé inmóvil, como si el mundo se hubiera congelado a mi alrededor. Mi exnovio, delante de mí, en Liverpool. Un encuentro tan improbable como un puñetazo en el estómago.

—Emily… me haces más falta en mi vida de lo que imaginas.

Antes de que pudiera reaccionar, acortó la distancia y me atrajo a un abrazo. El gesto me pilló desprevenida.

Durante unos segundos me dejé envolver, cerré los ojos y respiré hondo, pero la confusión dentro de mí no dejaba lugar a dudas: todo estaba ya decidido. No había espacio para ilusiones.

Con delicadeza rompí el abrazo y di un paso atrás. Llené los pulmones, buscando palabras firmes pero no crueles.

—William… se acabó. No alimentes esperanzas sobre algo que ya no existe.

Él negó con la cabeza, nervioso.

—Podemos hacer que funcione. ¡He venido hasta aquí por ti!

—Yo no te pedí que vinieras. —Mi voz salió firme, aunque dolida —. Fui clara cuando terminamos: no te amo. Y mereces mucho más que eso.

Se pasó las manos por el pelo, inquieto, y vi que buscaba respuestas que no encontraría.

Sé que mis palabras fueron duras, pero tenía que ser honesta. Merecía la verdad, no las migajas de un afecto que ya no sentía.

—Emily… —murmuró, como si aún tuviera algo más que añadir.

—Por favor, William. —Le corté, sosteniéndole la mirada—. Encuentra a alguien que te quiera de verdad. No mendigues atención, no supliques amor. Serás feliz con otra mujer, lo sé. Pero no soy yo. Nunca lo fui.

Nos quedamos en silencio, con el peso de las palabras flotando entre los dos.

Parecía perdido, confuso, casi irritado, pero no me transmitía amenaza. En el fondo, aún me preocupaba por él, pero sabía que lo mejor para ambos era seguir caminos distintos.

Y yo ya había seguido el mío.

—Creo que no fue buena idea venir —rompió el silencio con voz amarga—. Pensé que… todavía me echabas de menos.

—Al menos no te has guardado lo que sientes. —Sonreí levemente, con el corazón encogido—. Eso también es importante.

Me observó en silencio, con una sonrisa torpe asomando a sus labios. Quiso decir algo más, pero se contuvo. Se quedó pensativo, como si por fin entendiera.

—Nada de lo que diga va a cambiar tu opinión, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

Parte de mí sentía una punzada de tristeza, pero era un duelo antiguo. La decisión estaba tomada hacía mucho. Lo que vivimos fue bonito, pero había quedado atrás.

—Está bien, Emily. —Bajó la mirada, con voz cansada—. Espero que seas feliz.

Poco a poco, vi su silueta alejarse hasta desaparecer en la oscuridad de la calle. Y, mientras el silencio de la noche recuperaba su lugar, sentí cómo un peso se desprendía de mis hombros.

Dolía, sí, pero era necesario. Había cerrado ese ciclo para siempre.

OLIVER CLARKE

La rabia me golpeó como una cuchilla fría, más cortante de lo que recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Era de esas heridas que arden en el centro del pecho, un fuego brusco que me cegaba por dentro y me volvía irrazonable por un segundo —aunque sabía que debía respirar antes de hacer alguna estupidez.

Seguí al pie de la letra el consejo de Jessy: salí del piso por impulso, crucé la calle casi corriendo y entré en la primera floristería que encontré.

Elegí las flores como si escogiera un desafío: rosas rojas, abiertas en su punto, y un ramillete de verdes que contrastara con la intensidad de los pétalos. Luego busqué el bombón más caro de la estantería, ese que venía envuelto como si prometiera consuelo en capas de cacao y azúcar.

Pagué sin darle tiempo a pensar, como si el gesto fuera un rito de reconciliación conmigo mismo.

De camino a su casa el estómago me daba vueltas. Cada paso pesaba más. Mentalmente ensayé lo que diría, los tonos que probaría, las promesas que creería capaz de arrancar con voz temblorosa.

Quería que supiera cuánto me había costado estar allí: que había roto mi propio ritual de indiferencia sólo para hacer un gesto —uno que era tanto petición como confesión.

Abrí su puerta casi sin pensar y, por un instante, una imagen me golpeó: Emily en brazos de otro hombre.

El chocolate y las flores ardieron en mi mano como si fueran brasas. La necesidad de lanzarme hacia él, de desgarrarle la cara con la rabia, de aplicar justicia con los puños, creció hasta dejarme la garganta seca.

Pero algo en mí frenó ese impulso; no iba a ser yo el hombre brutal que golpea primero y reflexiona después —no en ese instante, no después de las traiciones que ya habían marcado mis manos.

Cerré los ojos un segundo; las pétalas se empaparon de gotas invisibles que no quise llamar lágrimas. Solté el ramo y la caja de bombones, dejándolos caer como ofrendas inútiles —o tal vez como pruebas de mi fracaso— en la papelera más cercana.

Ver el envoltorio dorado hecho un amasijo, el aroma dulzón flotando unos segundos antes de diluirse, dolió de un modo primitivo.

—No seré traicionado cuatro veces —murmuré para mí, en un tono que sonaba menos a promesa y más a advertencia.

Era como si la palabra «cuatro» encerrara todos los traumas viejos: familia, confianza, el altar vacío. Mi rencor no nacía sólo de aquella escena; brotaba del cúmulo, de la humillación que se había repetido una y otra vez en mi memoria, como un disco rayado.

Me di la vuelta. El aire frío de la noche golpeó mi cara y me despejó la mente. Entre la rabia y el amargo sabor del fracaso, volví a sentir la vieja resolución nacer: me levantaría, como siempre lo había hecho.

No era la primera vez que el mundo intentaba hundirme; conocía la rutina de sacudir la ceniza del alma y volver al combate.

Caminé sin prisa por las calles, las manos ahora vacías, los pasos marcando un compás distinto. El dolor persistía, pero dejó de ser verbo único para convertirse en combustible.

Era hora de irme de aquella escena, de no permitir que un instante definiera todo lo que había construido —ni de dejar que nadie decidiera por mí lo que merecía.

Observé que la noche, más allá del incidente, parecía más amplia: delante había elecciones, y yo tenía la fuerza para escoger las mías.



CAPÍTULO 49

«Las palabras pueden herir, sobre todo cuando se interpretan de forma equivocada…»

EMILY FLORES

Me desperté mucho mejor aquella mañana.

El dolor de cabeza que me había consumido el día anterior por fin me había dado tregua, y el trabajo en la cafetería transcurría a un ritmo tranquilo, casi ligero. Aun así, un malestar silencioso martilleaba dentro de mí.

Era como si algo estuviera fuera de lugar, y no conseguía ignorarlo.

Busqué a Jessy, que estaba organizando unas cosas detrás de la barra, y me acerqué.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, con una preocupación que intenté disimular.

Ella levantó los ojos hacia mí, sorprendida.

—¿Cómo así, Emily?

—Oliver no ha aparecido hoy. Siempre llega aquí a las siete en punto. —Crucé los brazos, inquieta.

—No sé... —murmuró, pensativa—. Pero estaba despierto cuando salí de casa. Llevó a Emma al cole. Debe de haber surgido algún problema en los restaurantes.

Asentí despacio, pero el nudo en mi estómago no se deshizo.

—Entiendo.

Seguí trabajando, intentando distraerme, pero su ausencia me martilleaba en la cabeza.

Era extraño cómo me había acostumbrado ya a su presencia, cómo la rutina parecía incompleta sin verle allí, quieto, serio, siempre atento a cada detalle a su alrededor.

Las horas pasaron y, casi sin darme cuenta, olvidé que ese día llegaría la quinta carta. Solo cuando un anciano entró con discreción me volvió la memoria.

El mismo ritual: dejó el sobre en una de las mesas y luego otro en un rincón, evitando miradas directas.

Aquella discreción ya no me sorprendía. Más de una vez me habían confesado que la mayoría de los autores prefería no exponerse, como si la fuerza de la tradición residiera precisamente en el anonimato.

Cuando llegó por fin mi descanso, me llevé el sobre a la sala reservada.

El corazón se me aceleró como siempre, y repetí el ritual de otras veces: me senté, respiré hondo, abrí con cuidado la carta y dejé que las palabras me inundaran.

5ª CARTA

¿Estar con alguien es suficiente?

Durante mucho tiempo me pregunté si tener un amor sería algo que me llenaría por completo y, para mi sorpresa, la respuesta fue... ¡no!

Aprendí que yo me basto en mi vida, y que soy mejor sola. Sí, sé que quizá pensaste que soy una mujer feliz y realizada, que tengo marido e hijos, solo que no es así.

Decidí ayudar a las personas que están perdidas, y quería que entendieras un poco lo que pienso. Espero que las cartas estén teniendo sentido para ti, porque ni yo misma siempre comprendo ciertas decisiones de mi vida.

El ser humano es complejo. Cada uno con sus particularidades. Pero todos actuamos guiados por algo que late en nuestro corazón, y no siempre es la decisión correcta.

Somos falibles, y la mayor virtud que podemos tener es reconocerlo. Me equivoqué demasiado, sigo equivocándome, pero siempre podemos empezar de nuevo. Espero que esta historia de amor que estás a punto de descubrir toque tu corazón como tocó el mío...

Grace Street, 6564.

Cerré los ojos un instante, dejando que las frases resonaran dentro de mí.

Había dolor en esa escritura, un peso que se desbordaba de las líneas y se instalaba en el pecho de quien leía. Sentí ese dolor como si fuera mío, un espejo de todas las incertidumbres que también cargaba.

Todos tenemos heridas escondidas, historias mal cerradas que insisten en acompañarnos. Nadie escapa a esa regla.

La diferencia está en lo que hacemos con ellas: si dejamos que nos definan o si, de algún modo, intentamos recomenzar.

Doblé el papel despacio, como si fuera demasiado frágil para guardarlo sin cuidado. La dirección latía en mi mente, pero junto a ella, la ausencia de Oliver me devolvió la inquietud.

Y por primera vez temí que el dolor de aquellas palabras no fuera la única sombra que me acompañara ese día.

Cuando salí de mi rincón, vi a Oliver al fondo, hablando rápido con su hermana.

El modo en que la despachó con prisas me llamó la atención: había algo extraño en su semblante. Pocos segundos después, cruzó la puerta de la cafetería y

salió.

El pecho se me encogió. Algo me decía que no debía dejarle marchar así. Le seguí los pasos y lo alcancé en la acera.

—¡Oliver! —lo llamé, jadeante.

Giró el cuerpo hacia mí, pero sus ojos eran dos cuchillas frías.

—No tengo tiempo, Emily.

La brusquedad de su respuesta me puso en alerta.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con el nudo subiendo a la garganta.

Bufó, impaciente, como si mi mera presencia fuera más de lo que soportaba.

—Hazme un favor: ignora mi existencia. ¡Es lo único que quiero!

Me quedé quieta, sin entender. Su rostro estaba más duro que en cualquiera de nuestras discusiones pasadas. Algo fuera de lo normal lo devoraba.

—¿Por qué me tratas así?

Oliver dio un paso hacia mí, con los hombros tensos.

—Emily, te lo diré solo una vez: ¡no me rompas más los cojones!

Las palabras me cortaron como un cuchillo. Sentí la sangre hervir.

—Pensé que estabas cambiando... pero de repente vuelves a ser un imbécil.

—¡Eres una cínica! —disparó, con aquella voz grave que me calaba los huesos.

—¿Cómo dices?! —avancé un paso también, furiosa—. ¿Quién te crees para...

—¿Sabes lo que hice ayer? —me interrumpió, con un tono desbordado de amargura—. Fui a tu casa, llevé flores, chocolate, todo eso que siempre me pareció ridículo, pero pensé que tú lo merecías... ¿y sabes lo que vi?!

El corazón se me desbocó.

Un destello de la escena me atravesó: William, de repente, allí en la acera, su abrazo inesperado.

—¡Estabas con otro hombre! —gritó Oliver—. ¡Con los ojos cerrados, abrazada como si fuera tu mundo entero!

Cerré los ojos, desesperada.

—Déjame explicarte...

—¡Ya no me importa lo que hagas ni lo que dejes de hacer! —su voz retumbó por la calle, alta, cortante.

—¡Pero a mí sí me importa! —rebatí, con la voz rota—. William es mi ex, apareció de sorpresa, me pidió volver y yo... ¡no acepté!

Me miró con los ojos cargados de dolor.

—No necesito escucharte. En realidad, ni siquiera necesito verte más. ¡Lo nuestro nunca fue real! Sabía que no iba a durar. Tú ni siquiera vives aquí, y fui un idiota por permitirme sentir algo por alguien que tarde o temprano se marcharía.

Las palabras me cayeron encima como piedras. El pecho se me apretó y las lágrimas brotaron, calientes, silenciosas.

—¿Cómo puedes hablarme así? ¿Juzgarme de ese modo? Él vino a buscarme y le dije que no.

—No aceptaste... ¡pero te abrazaste a él! —rugió—. ¡Me han traicionado tres veces, Emily, tres! ¿Crees que voy a permitirme ser de nuevo la segunda opción? ¡Jamás!

Tragué el llanto con dolor.

—Eres de verdad un capullo sin corazón. Ni por un segundo pensaste en mí. Ya me has condenado sin escuchar la verdad.

—Prefiero ser un capullo antes que volver a pasar por el infierno que viví. —Su voz fue una sentencia—. ¡Nuestra conversación termina aquí!

Se dio la vuelta, subió al coche y arrancó con un chirrido de ruedas. Yo me quedé en la acera, inmóvil, con el corazón hecho trizas, repitiendo en silencio cada palabra que me había lanzado.

Fue Jessy quien me rescató del shock.

—¿Qué ha pasado, Emily? —preguntó, angustiada.

Me derrumbé en sus brazos, llorando con una intensidad que me asustó. Poco a poco, entre sollozos, le conté todo. Ella escuchó en silencio, sin interrumpir.

Cuando terminé, suspiró y me acarició los hombros.

—Vete a casa a descansar. Mañana hablaréis. Ahora estáis demasiado alterados.

—¡No quiero hablar con él! —repliqué, con la voz alta y cargada de rabia—. ¡Oliver no puede tratar a la gente como si fueran desechables!

En cuanto lo dije, el remordimiento me golpeó. Ella no tenía culpa.

—Perdóname... —susurré, cabizbaja.

Jessy me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Tienes razón. Lo que ha hecho no tiene justificación. Y sé que tú no tuviste segundas intenciones con tu ex. Te conozco, Emily. Sé cuándo alguien es sincera.

Me abrazó con fuerza y me quedé allí, llorando bajito, intentando tragar el peso de las palabras de Oliver. Necesitaba olvidarlo. ¿Pero cómo? Mi mente solo sabía girar en torno a aquella pelea.

En casa, traté de cambiar el foco, tumbarme, cerrar los ojos... pero nada funcionaba. La ansiedad me devoraba. Su tono, su grito, la sentencia cruel de que lo nuestro nunca había sido verdadero, se repetían en mi cabeza como una maldición.

—¡Lo siento tanto, amiga! —July se acercó, angustiada. Era la quinta vez que pedía perdón—. Nunca imaginé que tu ex aparecería. Pensé que Oliver mandaría algo, pero no esto...

Me pasé la mano por la cara aún húmeda.

—Está bien, ya te lo he dicho.

—Pero discutisteis y...

—No quiero hablar de eso —la corté. La voz salió firme, aunque rota por dentro—. Se acabó. Y quizá sea lo mejor. Si no confía en mí, si no es capaz de escucharme, no hay motivos para seguir.

Decirlo dolió como hundir la mano en la herida y presionar. Pero era la verdad.

A veces, la única salida era alejarse... incluso cuando el corazón suplicaba lo contrario. Porque insistir solo significaba sangrar más.



Mi amiga me había contado que William se quedaría en la ciudad toda aquella semana y que, incluso después de oír todo lo que yo le había dicho, seguiría empeñado en esperarme.

La noticia me incomodaba como una sombra que se negaba a desaparecer, pero no quería quedarme atrapada en eso.

Necesitaba desesperadamente una distracción, algo que ocupara mis pensamientos antes de que me arrastraran de nuevo a aquella confusión.

Sin pensarlo demasiado, decidí dirigirme a la dirección de la quinta —y penúltima— carta. Esa misma mañana la había releído, y la curiosidad por las palabras escritas me quemaba por dentro.

No podía negarlo: una de las experiencias más extraordinarias desde mi llegada a Liverpool había sido participar en el festival.

Cada carta, con sus historias y reflexiones, me había dado un baño de realidad. Eran como bofetadas suaves, pero necesarias, que me hacían mirar más allá de mí misma. Quizá a algunos les parecieran simples, pero para mí eran profundas, intensas, casi transformadoras.

Estaba aprendiendo que la vida era mucho más amplia de lo que imaginaba. Que, por más complicados que nos parecieran nuestros problemas cotidianos, siempre había dolores más grandes, cicatrices que nunca se cerraban, como las pérdidas inevitables a lo largo de la existencia.

Llegué a la calle indicada y, al encontrar el número señalado, me detuve ante una vivienda aparentemente común.

Respiré hondo, intentando controlar la ansiedad, y estiré la mano hacia el timbre. Pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió sola.

—¡Hola! Así que has sido tú quien cogió la carta imposible —dijo una voz femenina, firme, pero acogedora.

Parpadeé varias veces, sin saber cómo reaccionar. Había hablado incluso antes de que me presentara.

—Pasa, mi marido y yo te estábamos esperando —añadió, dándose la vuelta y haciéndome un gesto para que la siguiera.

Aún sorprendida, pero intrigada, acepté la invitación.

El camino hacia el interior me descolocó. Nada más entrar había un pequeño jardín lleno de flores bien cuidadas, y una piscina brillaba bajo la luz del atardecer.

En el césped, muchos juguetes estaban esparcidos, como ecos de risas infantiles que, aunque ausentes, aún permanecían allí. Aquello me provocó una sensación extraña, de calidez y melancolía al mismo tiempo.

Pocos segundos después, ya dentro de la casa, me encontré con un hombre sentado a la mesa. Al verme, se levantó enseguida, el rostro iluminado por una sonrisa alegre.

—Me llamo Joel, y ella es Martha —dijo, señalando a la mujer que me había recibido—. Es un enorme placer conocerte.

Ambos se acercaron y, sin ceremonias, me envolvieron en un abrazo cálido.

Parecían rondar los cincuenta años y, como tantas personas que había conocido gracias a las cartas, irradiaban una felicidad serena, como si llevaran consigo una fuerza invisible capaz de acoger a cualquiera.

—Soy Emily —respondí, todavía algo cohibida—. Y… confieso que me sorprende esta acogida.

Martha sonrió y explicó con un gesto de la mano:

—Tenemos cámaras de seguridad. Cuando te vimos con la carta en la mano, supimos enseguida a qué venías.

—Te estábamos esperando —añadió Joel, con firmeza y suavidad a la vez.

No pude evitar sonreírles.

—Entonces… ¿sabíais que vendría hoy?

—¡Claro! —respondió Martha con naturalidad—. Quien participa en la tradición suele estar demasiado ansioso. Es raro que alguien guarde la carta días sin actuar. La mayoría viene el mismo día que la encuentra.

Joel asintió y completó:

—Mi mujer y yo participamos todos los años.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida, notando que el corazón me latía con más fuerza.

—Sí. —Me ofreció una silla—. Por favor, siéntate. Tenemos mucho de qué hablar.

Me senté con la sensación de estar a punto de escuchar otra historia capaz de cambiar mi manera de ver el mundo. Hice exactamente lo que Martha me había pedido: me senté, respiré hondo y simplemente escuché.

—Este año hemos cerrado nuestro ciclo —contó ella, con los ojos brillantes —. Joel escogió la carta de una chica que ahora vive en Francia, y yo la de una compatriota que reside en Mánchester. Curiosamente, las parejas mencionadas en esas cartas siguen juntas a día de hoy.

—Eso es lo que no termino de entender… —confesé—. Mi carta no parece tener la intención de unir a una pareja.

Joel entrelazó sus dedos con los de su esposa y sonrió.

—Lo sé. Pero de algún modo nos unió aún más.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Entonces conocéis a quien la escribió?

—No —respondió Martha con una sonrisa suave—. Pero de alguna manera, ella sí nos conoce.

Entonces empezaron a contarme.

La tradición en Liverpool llevaba muchos años, pero fue en el primer festival cuando ellos se encontraron. En aquella época la carta imposible aún no

existía, pero se hicieron conocidos por ser la primera pareja en casarse tras participar en la tradición.

—Espera… —mi voz se quebró de sorpresa—. ¿Os casasteis poco después de conoceros en el festival?

—Sí. —Se miraron de esa forma que solo los verdaderamente enamorados pueden—. No llegamos a estar ni un año de novios. Teníamos los mismos gustos, la misma pasión por todo lo que nos rodeaba… —Martha acarició con ternura el brazo de su marido—. Yo sabía que Joel era mi alma gemela.

Por un instante, mi mente voló hacia Oliver.

Su nombre me atravesó como una punzada silenciosa, y me descubrí imaginando cómo habría sido conocerle antes, en otra etapa de la vida, quizá cuando nuestras heridas aún no fueran tan profundas.

Quién sabe si entonces hubiéramos tenido una oportunidad…

Aparté aquel pensamiento con esfuerzo y sonreí al matrimonio.

—La vuestra es una historia preciosa. ¿Y después? ¿Qué ocurrió?

Nos quedamos allí largo rato, charlando como si nos conociéramos de toda la vida.

Martha me mostró fotografías esparcidas por la casa: los dos sonriendo en distintos países, del brazo en lugares icónicos, y también imágenes de todos los años en que participaron en el festival. Era como hojear un álbum de amor vivo.

Me confesó que eran las únicas personas que habían participado en todas las ediciones.

En la primera solo había treinta cartas sobre la mesa, y el destino quiso que coincidieran porque ambos se sintieron atraídos por el mismo sobre. Ahora, tantos años después, el número superaba las mil quinientas. El festival se había convertido en un éxito descomunal.

—Pensaba que, con el tiempo, siempre os quedaríais con las mismas cartas —comenté, riendo.

—Nosotros también lo pensamos —respondió Joel, divertido—. Pero descubrimos que era mucho mejor intercambiar experiencias. Es como si cada uno persiguiera una carta, y al final los dos viviéramos dos historias distintas para luego compartirlas. Eso nos une todavía más.

—Hemos visitado a personas en muchos lugares fuera del país, solo para escuchar sus historias —añadió Martha, emocionada—. Eso no tiene precio. Adoro este festival.

La conversación, inevitablemente, volvió a mi carta.

Les pregunté qué sabían sobre que la llamaran la carta imposible y si tenían alguna pista de quién estaba detrás de todo. Ambos negaron con la cabeza.

—Creo que nos hicimos conocidos por vivir esta tradición con tanta entrega —dijo Joel—. Quizá alguien nos regaló nuestra propia historia poniéndola en una de las cartas.

Martha sonrió, con los dedos aún entrelazados a los de su marido. Me explicaron que ese también era uno de los motivos por los que nunca más habían escogido esa carta: querían dejar espacio para conocer a otras personas, como yo.

—¿Y tú? —Martha me miró de pronto, con dulzura y firmeza—. ¿Tienes algún amor especial en Estados Unidos?

Suspiré, recordando todo lo que había vivido.

—No. Lo dejé hace unos meses. Yo… no sentía lo que debería sentir, ¿sabes?

Ella asintió, comprensiva.

—Sí, Emily. Pero no te preocupes. Encontrarás un nuevo amor. Quizá esté aquí, en nuestra ciudad.

Sonreí, aunque con el corazón encogido.

Era curioso escuchar eso, porque en el fondo fue exactamente lo que pensé cuando Oliver y yo empezamos a acercarnos. Tal vez no fuera lo nuestro. Tal vez el destino tuviera otros planes.

Entré en aquella casa con la idea de quedarme unos minutos, pero salí cuando ya caía la noche, prometiendo volver, como había hecho en los otros lugares.

La verdad es que una buena conversación tenía el poder de hacernos olvidar, al menos por unas horas, las heridas que cargábamos.

Mientras caminaba de regreso, guardé dentro de mí una certeza: yo quería un futuro así. Un amor que atravesara los años, que se reinventara en cada elección, que estuviera hecho de complicidad, de viajes, de risas compartidas.

Al recordar el brillo en los ojos de Joel y Martha comprendí cuánto se amaban de verdad. Harían cualquier cosa el uno por el otro, y eso me llenaba el pecho de esperanza.

Era hermoso conocer a personas que habían vivido el amor verdadero. Y, en el fondo, yo lo sabía: algún día, mi corazón también reconocería ese mismo estremecimiento. Ese mismo reconocimiento.

Esa misma paz.



CAPÍTULO 50

«Necesitamos a un amigo que nos abra los ojos en medio de las dificultades…»

EMILY FLORES

Pensé mucho cuando me acosté la noche anterior. Me quedé mirando el techo oscuro de la habitación, sintiendo el peso de mis propias decisiones.

Desde que había llegado a Liverpool, me prometí a mí misma que viviría intensamente, sin miedo a arriesgar, sin remordimientos.

La vida, al fin y al cabo, era eso: un enredo de errores y aciertos, caídas y nuevos comienzos. No quería dar marcha atrás ni dejar que el miedo me paralizara. Pero también sabía que debía ser honesta conmigo misma.

Con ese pensamiento llamé a Jessy para hablar. Estábamos solas en la cafetería, el ruido del vapor de la máquina de café llenando los pequeños silencios.

—Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí... —empecé, con la voz temblorosa—, pero en mi último mes aquí en la ciudad voy a aprovechar

para conocer algunos sitios turísticos.

Jessy me miró con atención. Sus ojos se entrecerraron un poco, y la angustia en su rostro me apretó el pecho.

—Emily... ¿esto tiene que ver con lo de ayer? —preguntó, con un tono que mezclaba preocupación y tristeza.

Bajé la mirada, pero fui sincera.

—También. —Suspiré hondo—. No voy a poder quedarme aquí, conviviendo con tu hermano después de todo. Necesito aprovechar mis últimos días en Inglaterra de la mejor manera posible. Así que... gracias de verdad por acogerme.

Ella negó con la cabeza, con una media sonrisa dolorida.

—No, Emily. La que tiene que dar las gracias soy yo. Todas las personas que me hablaron de ti te adoraron. Nunca vi a nadie tan dulce y paciente con los clientes.

Sentí cómo se me encendía el rostro, incómoda.

—Gracias... —murmuré.

Jessy insistió, firme, como si no aceptara mi modestia por respuesta.

—No, en serio. No sabes cuánto me ayudaste a mantener todo en pie. Sin ti, me habría vuelto loca. Te voy a echar muchísimo de menos.

La emoción me subió a la garganta y casi no pude articular palabra.

—Yo también, Jessy...

Ella se acercó, apoyando la mano sobre la mía.

—Pero solo acepto tu renuncia si me prometes que saldremos juntas en este último mes tuyo aquí. Esa es la condición.

Sonreí entre las lágrimas que amenazaban con caer.

—¡Lo prometo!

Nos abrazamos con fuerza, y en ese instante entendí cuánto valían los pequeños gestos. Un simple abrazo podía convertirse en un pilar.

Yo era así: aparentaba ser fuerte, pero por dentro era de mantequilla, alguien que se emocionaba con los detalles, que daba valor a instantes que para

muchos pasarían inadvertidos.

Esa era yo. Y no pensaba cambiar.

OLIVER CLARKE

Evadí durante dos días entrar en la cafetería de mi hermana.

Dos días enteros torturándome con mi propia obstinación, intentando convencerme de que era necesario, de que alejarme era la decisión correcta. Pero, en el fondo, sabía que no era solo la cafetería lo que evitaba. Era a ella.

Emily ocupaba mis pensamientos las veinticuatro horas del día, como una adicción de la que odiaba no poder librarme. Quería odiarla con todas mis fuerzas, pero no lo lograba.

Sentía rabia por lo que había pasado, por aquel maldito abrazo, por el torbellino que había despertado… ¿pero por ella? No. Nunca. Y eso era lo más frustrante.

Necesitaba con urgencia apartar los sentimientos. No podía permitir que el corazón gritara más alto que la razón.

Y la razón rugía en mí: aléjate, Oliver. Dentro de poco se marchará.

Un mes. Solo un mes. Repetía esa frase como un mantra, como si pudiera anestesiarme.

Pero aquella mañana decidí enfrentar de frente a mis propios fantasmas. Llegué exactamente a las siete, como siempre, y el lugar me pareció al mismo tiempo familiar y extraño. Mis ojos, instintivos, buscaron a Emily, pero me obligué a apartarlos. No iba a ser el idiota que se dedicaba a cazar su presencia.

Concéntrate en el maldito trabajo, Oliver. Solo en el trabajo.

Mientras intentaba distraerme con unos informes en el móvil, me di cuenta de que alguien nuevo me servía. Una chica bajita, con el pelo recogido en un moño sencillo. No se presentó, solo dejó mi pedido habitual sobre la mesa con una sonrisa educada.

Mis ojos recorrieron la sala hasta dar con Jessy. Caminaba con una bandeja en las manos, pendiente de una mesa cercana. Aproveché para llamarla.

—¿Quién es la nueva empleada?

Ella levantó los ojos hacia mí, con desconfianza.

—Se llama Thelma.

Tragué saliva antes de atreverme a hacer la pregunta que me quemaba en la garganta.

—¿Dónde está Emily? —se me escapó antes de poder pensarlo.

Al instante me arrepentí. No podía darle a nadie el placer de ver que me preocupaba.

Jessy dejó la bandeja despacio sobre la mesa, cruzando los brazos. Su mirada era puro hielo cuando respondió:

—¿De verdad me estás haciendo esa pregunta, Oliver Clarke? —su tono fue tan cortante como una cuchilla.

Rara vez usaba mi nombre completo, y cuando lo hacía, significaba que su rabia había superado todos los límites.

—¿De verdad crees que ella se quedaría aquí después de lo que hiciste el fin de semana?

Cerré los ojos, presionando el puente de la nariz, intentando contener el malestar que me devoraba por dentro.

—Estaba con otro, Jessy —gruñí, con la voz arrastrada.

Ella no pestañeó, no dio un paso atrás.

—Y, como ella misma te dijo, a veces te comportas como un completo imbécil. Ni siquiera la dejaste explicarse. ¿Sabes qué es lo que quiero yo, Oliver? —su voz se quebró, cargada de dolor—. Quiero, de corazón, que vuelva el Oliver de antes. Porque este hombre en el que te has convertido… ya no lo reconozco. Ya no sé quién es mi hermano.

Sus palabras cayeron sobre mí como piedras, pesadas, imposibles de ignorar. Jessy se dio la vuelta y se dirigió al mostrador, dejándome solo con mi culpa.

Me quedé allí, inmóvil, con el puño cerrado sobre la mesa.

No me gustaba en lo que me había convertido. No me gustaban mis decisiones, pero parecía incapaz de luchar contra ellas. Era como si algo más grande me arrastrara siempre hacia el lado equivocado, una energía oscura que devoraba la poca lucidez que aún me quedaba.

Deseaba con desesperación volver a ser el hermano presente, el hombre leal que una vez fui. Quería ser alguien mejor, alguien capaz de mirar a Emily sin destruirlo todo a su alrededor.

Pero no sabía cómo cambiar. No sabía qué hacer con mi cabeza… y mucho menos con mi corazón.



Quedarme en la empresa aquel día fue como cargar con un peso invisible. Intenté zambullirme en informes, en reuniones, en cualquier cosa que pudiera distraer mi mente.

Pero no servía de nada.

La voz de mi hermana resonaba en mí desde la mañana: su decepción, la añoranza del hermano que yo había sido.

Sabía que tenía razón. Y esa constatación me corroía.

Cuando una de las secretarias entró por la puerta entreabierta, la pluma se me escapó de la mano.

—El señor Fillipe está aquí. ¿Le dejo pasar?

Cerré los ojos, ya imaginando en qué desembocaría aquello. Estaba de mal humor, y él siempre sabía tocar el lado más oculto de mi irritación.

—Déjalo pasar —respondí, ya convencido de que me arrepentiría.

Segundos después, Fillipe entró con su sonrisa despreocupada de siempre y se sentó frente a mí como si fuera el dueño del lugar.

A veces le envidiaba esa ligereza suya, esa capacidad de reírse del mundo mientras yo lo tragaba todo con rabia y cansancio.

—¿Qué necesitas? —le pregunté, seco.

—Nada. Solo venía a verte y a darte las gracias por haber ido a la inauguración de mi clínica.

—No hace falta que me lo agradezcas. Eso es lo que hace un amigo.

—Lo sé. Pero también sé que odias este tipo de cosas. Ni siquiera te gustan las inauguraciones de tus propios restaurantes.

Suspiré.

—No es que no me gusten. Simplemente las evito. Detesto que la gente me chupe las medias.

Se rió, pero pronto cambió de tema.

—¿Y bien? ¿Qué tal las cosas? ¿Crees que lo tuyo con Emily va a prosperar?

Se me apretó el pecho solo al oír su nombre. El recuerdo de la sonrisa de Emily me atravesó como una herida abierta. Bajé la mirada.

—No va a ir a ninguna parte. ¡Y no quiero hablar de ello! —gruñí.

Fillipe se reclinó en la silla, incrédulo.

—Joder, Oliver, te cuento todo, ¿por qué no puedes confiar en mí?

—No es cuestión de confianza.

—¿Entonces qué es?

Me pasé la mano por el pelo, derrotado.

—Es que siempre es la misma historia. Siempre acaba igual cuando me involucro con alguien.

Su rostro se volvió serio.

—¿La viste besándose con otro?

Tragué saliva.

—Probablemente.

—¿Cómo que «probablemente»?

Y fue ahí cuando rompí uno de mis propios principios.

Se lo conté todo. Desde que salí de la inauguración hasta la escena frente a la casa de Emily. Hablé durante largos minutos y él no me interrumpió ni una sola vez.

Eso, viniendo de Fillipe, era casi un milagro.

Al terminar, me miró incrédulo.

—¿Me estás diciendo que lo tiraste todo por la borda solo porque la viste abrazada con su ex?

—¡Con los ojos cerrados! —repliqué, como si eso lo justificara.

Él alzó las manos, casi riéndose de mi indignación.

—Vaya… ¿ahora abrazar a alguien con los ojos cerrados es un crimen?

—Fillipe…

—¡No! —apuntó con el dedo—. Ahora me vas a escuchar. ¿Has pensado que ese tipo puede haber ido precisamente a intentar reconquistarla? ¿Que ese gesto puede haber sido solo un «hola» más largo? Y si vuelves a sacar lo de «ojos cerrados», te juro que te lanzo esta silla.

Me quedé en silencio, mirándole.

—En cualquier caso —continuó—, ella te dijo que no quiso volver con él.

—¿Y eso qué?

—¿Y eso qué? —prácticamente gritó—. ¡El problema es que tú no le crees! ¡Ese es tu problema!

Esa palabra resonó en mí: problema.

—No mereces a Emily si no confías en ella, Oliver. Está bien que te quemes por un abrazo, pero te digo: estás siendo un gilipollas.

Otra vez. La misma palabra me perseguía por todos lados: gilipollas.

—Conoces mi historia… —intenté argumentar, con la voz cargada de amargura.

—¡A la mierda tu historia! —dio un golpe en la mesa, inclinándose sobre mí—. ¡El pasado es pasado! ¿De verdad crees que todas las mujeres te van a traicionar? Deja de inventarte excusas para huir de lo que sientes.

—¡No es una excusa!

—¡Sí que lo es! —rebatió, con firmeza—. He visto cómo la mirabas. Nunca había visto esa mirada en ti desde Isabella. Te has enamorado, Oliver. ¡Y lo has tirado a la basura por un abrazo! Si hubiera sido un beso, bueno; ¡pero un abrazo!

Bajé la vista y murmuré:

—Quizá exageré un poco.

—¿Un poco? —se rió, incrédulo.

—Pero piensa también por mi lado…

—¡No hay «por tu lado»! —me cortó—. La cagaste, perdiste a la mujer que te hacía feliz y, en poco tiempo, se marchará. ¿Y sabes qué pasará? Que irá a peor. Porque te escondes detrás de esta puta armadura y no ves que estás destruyendo la única oportunidad que tuviste en años.

Esas palabras me alcanzaron de lleno.

—Soy mejor solo, Fillipe —la derrota se oyó en mi voz—. Así no me creo expectativas. Y cuando las creo, me pierdo.

Él respiró hondo, sin suavizar el tono.

—Mi consejo es sencillo: lucha. Todos cargamos con dolores: tú, yo, Emily. Pero si hay algo claro es que ella no se habría involucrado contigo si no soñara con un futuro. Y eso, amigo mío, se leía en sus ojos.

Me quedé callado, masticando cada sílaba.

Durante un instante dejé que se formara una imagen: Emily sonriendo para mí, los ojos brillando, la idea de un futuro a su lado.

La distancia, los problemas, todo parecía enorme. Pero también parecía posible, si me permitía intentarlo.

—Piensa en lo que te he dicho, Oliver —Fillipe se levantó, ajustándose el traje—. Nunca es tarde para intentar. Aún hay tiempo.

Quedé solo en la oficina, sus palabras resonando como un reto. Y, por primera vez en días, me pregunté si todavía había salvación para mí… y para nosotros.



CAPÍTULO 51

«Es especialmente en los errores donde sacamos una gran lección sobre la vida.»

OLIVER CLARKE

Recordaba aquella tarde con todos sus detalles: cada palabra de Emma parecía llenar el coche entero, ocupando el espacio que, de otro modo, se poblaría de silencios y pensamientos indeseados.

Desde el instante en que subió al asiento trasero hasta que aparcamos delante de casa, no dejó de parlotear.

Yo la escuchaba; escuchar era, de algún modo, una elección que hacía por ella y también por mí, como quien se entrega a un remedio que no cura, pero calma.

Era curioso cómo se comportaba mi paciencia con ciertas personas. Con clientes, colegas o desconocidos era seco, directo; tenía poca tolerancia para los rodeos.

Las palabras en exceso siempre me irritaban. Pero con mi hija era distinto: sus sílabas tenían el efecto de una melodía conocida que nunca me cansaba de oír.

Lo mismo sucedía, sorprendentemente, con Jessy y con Emily. Y siempre que pensaba en Emily —lo cual ocurría con una frecuencia absurda—, el pecho se me encogía como si algo dulce y doloroso me atravesara al mismo tiempo.

Mientras me dirigía a la cocina, los recuerdos de ella hervían en mi cabeza: sus provocaciones ligeras, la forma en que hablaba sin filtro, esa generosidad tan suya de encontrar belleza en las cosas pequeñas.

La había subestimado al principio; su verborrea me irritaba, y después me había conquistado precisamente con esa misma verborrea.

Echaba de menos aquellas conversaciones —o más bien, su voz— y, por mucho que no me permitiera admitirlo, me gustaba que se preocupara por mí de esa manera tan inoportuna y perfecta.

—Papá —la vocecita me sacó de aquel laberinto de pensamientos.

—¿Qué pasa, cariño? —respondí, echando un vistazo al asiento trasero y sonriendo por dentro.

Decidí cocinar. Había algo casi ritual en preparar la cena: era una forma de mantenerme ocupado, de no hundirme en preguntas sin respuesta.

Cocinar siempre había sido un refugio. Mientras cortaba verduras y el olor de la cebolla dorándose impregnaba el aire, ella volvió al tema que lo significaba todo y nada a la vez.

—¿Cuándo va a venir Emily otra vez? —preguntó con ese tonillo meloso de quien pide el mismo cuento por enésima vez.

Un nudo me subió al pecho. Sonreí, pero la sonrisa arrastraba una punzada de pesar.

—Creo que no va a volver —dije, dejando que verdades pesadas se deslizaran por mi voz.

—Pero a mí me gustó. ¿A ti no te gusta? —sus ojos grandes, llenos de una esperanza sencilla.

Respondí con la sinceridad que aún me quedaba:

—Sí que me gusta, hija. —Hice una pausa, buscando la mejor forma de traducir lo complejo a palabras que una niña pudiera entender—. Pero hemos

discutido. Eso fue lo que pasó.

Frunció el ceño, como si resolviera una ecuación vital y concluyera que había una solución fácil.

—Pero papá, ¿no es solo hacer las paces?

Cerré los ojos un instante. Hubiera querido que todo fuese tan simple como ella lo pintaba. Lo sería… si yo no estuviera hecho de terquedad y miedo.

La verdad era que yo era rencoroso; llevaba dentro viejas heridas como si fueran medallas que me negaba a soltar. Incluso sabiendo que me equivocaba, repetía los mismos gestos que me protegían del riesgo de volver a ser herido.

—Es más complicado que eso, Emma. Y Emily no vive aquí. —La explicación sonó a excusa, y ella ignoró la parte difícil.

Mi hija siempre tenía soluciones prácticas: cambios de dirección, decisiones tajantes.

—Ella puede mudarse aquí, ¿a que sí? —dijo con la naturalidad de quien cree que el mundo es maleable.

Reí, una risa corta, y le ofrecí una respuesta juguetona para no apagar la chispa de esperanza que le brillaba en la cara.

—O me mudo yo allí, ¿qué te parece? —le guiñé un ojo.

Ella entró de lleno en la fantasía, y por un instante el coche se convirtió en un pequeño barco navegando posibilidades:

—¿Y me llevarás contigo? —su voz desbordaba expectación.

—No, cariño —contesté, dejando escapar una ironía que solo yo entendía —. Creo que te dejaré aquí con la tía. Dentro de diez años vuelvo a buscarte.

El rostro que antes brillaba se arrugó en una sombra de tristeza. Vi la frustración infantil y me arrepentí de aquel chiste frívolo.

La alcé en brazos, sintiendo su peso y ese calor que solo un niño transmite. La abracé fuerte, como si pudiera prometerle con la piel algo que no sabía si sería capaz de cumplir.

—Papá nunca te va a dejar, hija. —Aquellas palabras fueron un juramento más íntimo que cualquier contrato.

—¿Lo prometes? —pidió, con la voz de quien exige la garantía eterna de que el mundo seguirá siendo seguro.

—Claro que lo prometo. Tú y yo vamos a estar juntos hasta el final. —Lo dije y quise creer en cada sílaba.

Después vino la pregunta que temía.

—¿Y Emily?

Había tantas verdades, y ninguna cabía en la simplicidad de una respuesta cerrada.

¿Qué decirle a una niña sobre amores enredados, sobre brazos que hieren más que curan, sobre lo frágil que es exponerse al peligro del afecto?

—No lo sé, hija. —Fui honesto—. De verdad… no lo sé.

Se acomodó en mi regazo, su cuerpecito pegado al mío, y por un momento el mundo pareció en orden.

La cocina olía a cebolla y a recuerdos recientes, el reloj marcaba un compás regular, y comprendí, con una nitidez dolorosa, que había cosas que aún no sabía resolver.

Pero allí, con mi hija entre los brazos, existía una certeza sola e inmutable: por ella intentaría ser mejor.

Incluso cuando no supiera cómo. Incluso cuando fallara. Incluso cuando el corazón me arrastrara lejos de lo que de verdad importaba.



Emma acaba de dormirse.

Por increíble que parezca, estaba viendo una serie cualquiera en Netflix, algo que nunca hacía, y de puntillas Jessy entró en mi casa.

—Hola.

—Hola, hermana.

—He venido antes, pero vuestra charla estaba demasiado animada y no quise interrumpir.

—¿Entonces lo oíste?

Jessy asintió con la cabeza.

—No es ninguna vergüenza pedir perdón cuando uno se equivoca, hermano.

—La cuestión no es esa. Es algo más grande. Puede que dijera muchas cosas sin sentido a Emily, pero al margen de eso, la distancia entre nosotros sí es un obstáculo, y no puedo arriesgarme.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó, atenta, con los brazos cruzados.

—¿Y eso qué diferencia hace?

—Mucha. Porque sé que ella corrió ese riesgo y, por lo visto, no le importó.

Fijé los ojos en la televisión, respirando hondo. Después empecé a reír, y Jessy no entendió nada.

—¿Te ríes de mí?

—No, de mí mismo. He conseguido llevarme una bronca de tres personas distintas en menos de veinticuatro horas.

—¿¡Tres personas!?

—Sí. Tú, Fillipe y Emma. Empiezo a pensar que estoy equivocado.

—Sé que no lo "piensas". Lo tienes clarísimo —dijo ella, ahora sonriendo, y se sentó a mi lado—. Déjame decirte algo: hablar con ella no significa que vayáis a besaros de nuevo ni nada parecido, significa que queréis resolver lo vuestro.

—Eso me cuesta, lo sabes bien. El problema no es pedir disculpas, sino decirle lo que sentía cuando estábamos juntos.

—Hablar no hace daño, y por mucho que seas un hombre muy orgulloso, esa conversación tiene que suceder. Estoy segura de que será peor si ella vuelve a Estados Unidos y os quedáis sin aclarar nada. Los dos vais a sufrir.

En eso tenía razón.

Hacía tiempo que me había convertido en un hombre que lo rumiaba todo en su vida personal, y esa era una de las razones de mi hiperactividad. Intentaba resolver lo que me sacudía, aunque ciertas situaciones se escaparan de mi control.

—Piénsalo bien —dijo levantándose y yendo hacia la puerta—. Al fin y al cabo, todavía os quedan unos días para hablar y arreglarlo.

—Lo haré, solo necesito tiempo. No quiero parecer desesperado.

Mi hermana sonrió al oírme.

—En tu corazón, sé que ya lo estás. Conozco al hermano que tengo mejor de lo que imaginas...

EMILY FLORES

Hice mi recorrido por la ciudad como quien se desprende de un peso antiguo: caminé sin prisas, pasé por los lugares que ya conocía gracias a las cartas y me permití también esas visitas que solo hace un turista —el Anfield imponente, donde la multitud parecía tener vida propia incluso vacío, y la Catedral de Liverpool, cuya piedra emanaba un silencio casi sagrado.

Salí de allí agotada y, al mismo tiempo, con una sonrisa lenta, como si algo dentro de mí hubiera descansado.

Llegué a casa con el cuerpo rendido y el pecho lleno de una alegría ligera. Mientras revisaba mensajes en el móvil, uno en particular brilló en la pantalla: era de alguien a quien quería con el alma.

En lugar de responder con texto, decidí llamar; necesitaba oír su voz, sentir esa presencia cálida al otro lado de la línea.

—¿Emily? —contestó ella, sorprendida y feliz.

—¿Te he pillado de sorpresa, Ashley? —bromeé, riendo al escuchar su exageración al otro lado.

—Pensé que te habías olvidado de mí… —dijo, fingiendo reproche. Sonreí. Ashley dramatizaba con todo, y eso siempre me divertía.

—Jamás. Solo estoy aprovechando Liverpool, ¿recuerdas? —comenté, saboreando el placer de contar pequeñas victorias.

La charla fluyó como siempre: rápida, íntima, llena de confidencias. Pregunté por ella primero, como correspondía.

—¿Cómo va todo en casa? —quise saber.

—Genial —respondió—. Antonella da más guerra que alegrías a veces, pero Romeo es un padre increíble. Me apoya en todo… —y dejó escapar una risa ligera, feliz.

Supe entonces cuánto había cambiado la vida de Ashley. Había vencido la depresión, seguía en tratamiento, y la pequeña Antonella había sido un remedio y un ángel —Romeo también. Recordé las noches en que estuvo tan mal y sentí por ella un cariño inmenso.

Respiré hondo y compartí la novedad que más me había marcado en esos días.

—No te lo vas a creer —dije, entusiasmada—: ¡estoy meditando todos los días!

—¿Qué? —Ashley soltó una carcajada incrédula—. ¿Tú? ¿Meditar? ¡Eso lo tengo que ver para creer!

Le describí el templo de la paz, lo que había sentido al aceptar sentarme sin prisas, dejando que la respiración ocupara el espacio donde antes solo había ruido.

Ella vibraba conmigo, pidiendo detalles, insistiendo en los matices: cómo me sentía, si lloraba, si reía, cuál había sido la experiencia más rara. Yo contaba y reía, y cada relato me aligeraba el pecho.

Después me preguntó cuánto tiempo me quedaba.

—Menos de un mes —respondí.

Un nudo se me formó en la garganta; la idea de marcharme ya me alcanzaba con prisa.

—¿Y los gatitos? —preguntó, sabiendo de mi amor por los animales—. Sé que no dejarías pasar la oportunidad.

Tuve que confesarle un tropiezo: le conté el pequeño drama con Oliver, y fue inevitable deshilvanar todo lo que había sucedido desde

aquel primer día en la cafetería.

Hablé rápido, porque hacerlo así me liberaba, y Ashley escuchó atenta, sin juzgar, lanzando solo los comentarios justos en el momento preciso.

—Te has enamorado —afirmó con un tono de certeza que no me dejó escapatoria.

—No lo sé —respondí con la honestidad que nos une—. Tal vez. Pero sé que no va a ninguna parte. Somos de mundos distintos y no quiero forzar algo que termine roto.

Se rió, tierna y convencida a la vez.

—Por lo que me cuentas, es exactamente tu tipo. —Y soltó una carcajada cómplice—. ¿Te acuerdas cuando le tiraste un refresco por encima a aquella chica que me hacía bullying? Confío en ti para tomar decisiones cuando se trata de proteger a los que quieres.

Charlamos un rato más y luego colgamos con la promesa de visitas y nuevas confidencias.

Su voz me acompañó hasta el final de la llamada y se quedó resonando como un recordatorio dulce: volvería a casa, sí, pero no antes de aprovechar lo que aún me quedaba en Liverpool.

Guardé el móvil, respiré hondo y sentí, por primera vez en muchos días, que estaba viviendo algo que valía la pena —aunque, al final, solo fueran aprendizajes y recuerdos para llevar conmigo.



CAPÍTULO 52

«Todos merecemos una segunda oportunidad. El perdón es necesario y, la mayoría de las veces, derriba barreras…»

EMILY FLORES

Cuando sonó el teléfono y vi que era Jessy, contesté incluso antes de mirar la pantalla.

La invitación salió sola, sin pensarlo: una vuelta por el centro comercial prometía distracción —y la necesitaba como quien necesita aire. Acepté en el acto, imaginando escaparates, risas y un café a mitad de camino.

Pocos minutos después, volvió a sonar. Percibí un leve titubeo en la voz de Jessy antes de que dijera nada, una vacilación que me puso en alerta. Había algo distinto, un pudor dulce de quien prepara una sorpresa.

—Soy yo otra vez, Emily, y necesito preguntarte una cosa. —Hablaba bajito, como si no quisiera que nadie la oyera.

—Dime —respondí, intrigada.

Hubo una breve pausa; sentí la sonrisa formarse en mi cara antes de que completara la frase.

—Espero que no te importe si llevo a otra persona. Digamos que alguien tiene muchas ganas de verte.

Aquellas palabras me llegaron suaves al pecho.

Por un segundo imaginé a Oliver —y la sombra de ese pensamiento duró lo que un soplo de viento. Pero enseguida Jessy continuó, y lo que oí hizo que el corazón me diera un vuelco:

—Esta vez no hablo de mi hermano —rió, sofocando un suspiro—. Claro que él también te echa de menos, pero mi invitada es Emma. No deja de preguntar por ti.

Me quedé en silencio, sujetando el móvil con las dos manos, notando un calor agradable subir por la garganta. Emma. Aquella niña dulce, llena de preguntas, que me había conquistado en un instante en el orfanato.

Jamás habría esperado que se acordara de mí —y mucho menos que pidiera verme.

La alegría que me explotó en el pecho era sencilla y casi infantil, como cuando recibes un regalo inesperado.

—Claro que sí, tráela —contesté, con una voz tan ligera que parecía bailar —. No te imaginas lo bien que me va a hacer.

Jessy dejó escapar una risa triunfante al otro lado de la línea.

—Pronto tendremos tiempo de cotillear y vas a entenderlo todo… — prometió.

Colgué sonriente, mirando por la ventana el cielo que empezaba a dorarse. Pensé en la tarde que nos esperaba: tiendas, risas y la posibilidad de más abrazos sinceros, de esos que no necesitan explicaciones.

La simple idea de reencontrarme con Emma me dio una paz que ninguna carta, ninguna ciudad y ningún conflicto me había sabido dar en los últimos tiempos.

Me levanté, me recogí el pelo con un gesto automático y salí de casa con el pecho liviano, dispuesta a convertir aquel encuentro en otro capítulo luminoso de mi estancia en Liverpool.



Sabía que Jessy cumpliría lo prometido, pero solo cuando vi a las dos acercarse juntas lo creí de verdad.

Emma, en cuanto me divisó, soltó la mano de su tía y corrió hacia mí, abrazándome con tanta fuerza que parecía que fuéramos amigas íntimas desde hacía años.

El calor de su cuerpecito contra el mío y el brillo de sus ojos me dejaron algo desconcertada, pero también profundamente conmovida. Aquella carita feliz revelaba algo que no esperaba: de verdad le caía bien.

—Hola, Emily —su vocecita venía acompañada de una sonrisa radiante.

—Hola, Emma. ¿Cómo estás? —pregunté, inclinándome para quedar a su altura.

—¡Estoy bien! —respondió con orgullo en el tono, como si quisiera tranquilizarme.

Antes de que pudiera añadir nada, Jessy llegó riendo y me envolvió en un abrazo apretado.

—¿Y qué te dije? —murmuró, cómplice, mirando a su sobrina.

Estábamos en la zona de restauración del Cavern Walks. Decidimos quedarnos allí un rato, observando el bullicio alrededor mientras charlábamos.

—¿Cómo va todo, Emily? —quiso saber Jessy—. Hace unos días que no pasas por la cafetería.

—He aprovechado para pasear mucho —confesé—. Fui a varios puntos turísticos, visité a gente que conocí gracias a la tradición… y dormí un montón, que no soy de hierro.

Las tres nos echamos a reír, pero noté que Emma me observaba con curiosidad. Parecía guardar algo importante y, enseguida, lo soltó:

—Le dije a mi papá que hiciera las paces contigo. ¿Lo ha hecho?

La sonrisa se me tambaleó. Me quedé un poco incómoda, buscando la manera de responder sin decepcionarla.

—Todavía no hemos hablado, Emma… pero quizá algún día.

Ella bajó la mirada, seria por un instante.

—Pero yo sé que te vas a ir de aquí… —murmuró, triste.

El corazón se me encogió. Le acaricié la mano diminuta y respondí con ternura:

—Sí, pero quizá vuelva. ¿Te gustaría?

Sus ojos volvieron a brillar.

—¡Ajá! Así podríamos jugar a las casitas con la tía… ¡y con papá!

—¿Con tu papá? —arqueé una ceja, divertida.

Emma asintió con firmeza.

—Los dos juegan a todo lo que te puedas imaginar, Emily. Hasta a las casitas…

Las tres reímos, y Emma soltó una carcajada como si hubiera revelado el mayor de los secretos.

—A papá no le gusta, pero yo finjo que lloro… y entonces juega conmigo, ¿verdad, tía?

Jessy rió y confirmó con un gesto.

—Vaya… me encantaría ver eso —comenté, riendo aún más—. Creo que me moriría de risa.

Jessy aprovechó para añadir más historias.

—Mi hermano hace de todo por su chiclecito. Jugar a las casitas es lo de menos. Una vez incluso se disfrazó de personaje de dibujos animados…

Emma corroboró con entusiasmo y pronto las tres estábamos riendo a carcajadas, como si el tiempo se hubiera ralentizado solo para nosotras.

No me importaba que Oliver fuese el centro de la conversación. Al contrario, me gustaba escuchar esas anécdotas. Eran recuerdos que mostraban un lado suyo que apenas conocía: un hombre capaz de todo, absolutamente todo, por su hija.

—Mañana pasaré por la cafetería. Tengo que recoger la última carta del festival —comenté de repente.

Jessy me miró con un brillo cómplice.

—¿Y estás preparada? Recuerdo que cogiste la carta imposible.

—Estoy deseando entender por qué se llama así —sonreí.

—Pues mañana lo sabrás.

El tiempo voló.

Pasamos horas en el centro comercial, siguiendo a Emma en cada capricho.

Como era domingo, no había prisa. Ella elegía las tiendas, los juegos, los sitios por explorar. Estaba radiante, y yo me dejé contagiar por aquella felicidad infantil.

Me di cuenta de que nunca había pasado tanto tiempo con una niña, y el sentimiento me sorprendió: un calor suave me envolvía, como si de repente mi corazón tuviera espacio para algo que antes solo era un sueño lejano.

Soñar con ser madre no era novedad. El problema siempre había sido no encontrar a la persona adecuada.

Mientras Emma se entretenía con unas cartitas que acababa de comprar en un kiosco, le susurré a Jessy:

—¿Oliver lo sabe? —señalé a la niña con la mirada.

—Sí. Le dije que la traería.

—¿Y él? —pregunté, con cautela.

—Sonrió —respondió, y tras una pausa añadió—: Luego se quedó pensativo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Sonrió?

—Sí —rió ella, divertida—. Y te digo más: sabe perfectamente que su hija no deja de hablar de ti.

Miré a Emma, aún absorta en sus cartas, y sentí cómo se me llenaba el pecho. Al cabo de un rato me agaché frente a ella, quedando a su altura. Le cogí la manita con cuidado.

—Me ha hecho muy feliz que vinieras a verme hoy —dije, sonriendo.

—¿Volveremos a salir, Emily? —preguntó, con un hilo de esperanza en los ojos.

Crucé una mirada con Jessy, que parecía insegura, consciente de que mi tiempo en Liverpool se agotaba. Pero no tuve valor para negarme.

—Claro que sí.

—¿Lo prometes? —insistió.

—Lo prometo. Y la próxima vez eliges tú el lugar. ¿Trato hecho?

—¡Bieeen! —celebró, dando saltitos de alegría.

La atraje hacia un abrazo largo, acariciando su pelo suave, grabando aquel instante en mi memoria.

Era reciente, pero ya sentía por ella un afecto profundo, lo bastante fuerte como para saber que Emma se quedaría conmigo de algún modo, incluso cuando me marchara.

Ella sería siempre un recuerdo vivo, un pedacito de Liverpool que llevaría en el corazón.

OLIVER CLARKE

Sentí el estómago apretarse todo el día, una mezcla de miedo y esperanza que mordía cada pensamiento.

Desde que Emma volvió del centro comercial y mencionó mi nombre por enésima vez, algo en mí latía distinto. Nunca antes había visto mi propio corazón en disputa; me vanagloriaba de olvidar pronto, de descartar lo que no merecía la pena.

Con ella, sin embargo, fue distinto. Emily había removido algo en mí —cambió los surcos de mi rostro por luz, me mostró que sí podía recuperar un poco del brillo que creía perdido.

Me quedé observando la calle desde la cafetería como quien intenta descifrar un mapa.

Ni en el trabajo lograba concentrarme. Y entonces la vi: cruzó la puerta con ese paso ligero que había ido guardando en mis recuerdos recientes, se acercó a una mesa libre, recogió una carta, abrazó a Jessy con naturalidad.

Cerré la tapa del portátil, respiré hondo y, antes de poder pensarlo demasiado, me levanté y la alcancé.

—¡Emily! —la llamé, y la voz salió más temblorosa de lo que pretendía.

Ella se volvió, sorprendida, y su rostro se abrió en una sonrisa tan hermosa que dolía.

—Hola, Oliver.

Me quedé allí, en la acera, mirándola durante un tiempo que me pareció excesivo.

Tenía que decirlo todo y, a la vez, no sabía por dónde empezar. Las palabras se atropellaban en el pecho; la disculpa se formaba como un nudo que necesitaba deshacer.

—He venido por eso —dije, tragando saliva—. He venido a pedirte perdón. Otra vez.

Respiré y seguí, cada frase saliendo pesada:

—No debí haberte gritado, ni juzgarte así. Me sentí una basura por no creer en lo que decías. Tú y mi hermana… me mostraron una vida, algo que había olvidado. Poco a poco me devolvisteis un brillo que no veía desde hacía años. Lo estropeé todo.

Ella me miraba sin interrumpir.

Había seriedad en su rostro, algo que rara vez veía —y que me decía que mi confesión no sería recibida como antes.

—Oliver, ¿qué pasó…? —comenzó ella.

—¡No! —la interrumpí—. No quiero que me expliques nada. Sé que soy el culpable.

Suspiró, firme.

—Lo sé. Fuiste el culpable. —La voz salió dura, directa—. Y fuiste un idiota al tratarme así. Ni mi exnovio, que tenía tantos defectos, me habló como tú lo hiciste. Ningún hombre —añadió, la voz quebrándose por la vergüenza de lo que hice.

La verdad me atravesó como una navaja. Asentí, abatido, sin excusas.

—Tienes razón. En todo. Si quieres, entiendo que no me perdones, que no quieras volver a mirarme…

Su rostro no cambió —se mantuvo serio y, por un segundo, casi amenazante. Entonces, algo suave rompió la tensión: una pequeña

sonrisa tímida que me hizo doler de alegría.

—No voy a permitir que me traten así nunca más, Oliver. Ni nadie. —Puso las palabras con firmeza, como clavando una bandera.

—Sí. No te lo mereces —concordé, con la voz ahogada—. Me desestabilicé. El error fue mío. Lo asumo.

Se acercó, los ojos brillando de un modo que no era rabia ni rencor: era una compasión dura de quien ya sufrió, pero decide reparar.

—Mi madre me enseñó que uno se va a magullar alguna vez, inevitablemente. Pero lo mejor es seguir adelante, no rumiando. Me dolió —hizo una pausa— y aún me duele. Pero quiero dejarlo atrás. Sé que llevas cosas en el cuerpo y en la memoria que hieren, y por eso me pongo en tu lugar —otra pausa, y su rostro se tensó—. Pero escucha: las mujeres no somos todas iguales. Odio que me comparen con otras. Soy Emily Flores. Lo pasado, pasado está. Ponte a superarlo, porque si no, te vas a quedar solo y nunca vas a creer que alguien te ama de verdad.

Sus palabras quemaron y curaron a la vez. No pude mirarla; sentía vergüenza, remordimiento, la urgencia de arreglarlo todo.

—Necesitaba oír eso —admití, bajando la mirada.

Ella volvió a sonreír, más dulce.

—Eres un buen hombre, Oliver. Lo siento. —Añadió, y su voz tembló cuando añadió—: me gustas mucho —más de lo que debería.

El mundo se detuvo.

Esas palabras, tan sencillas, fueron la llave que abrió algo que yo había intentado mantener cerrado. El miedo derribó la última resistencia. Sin pensar, sin medir consecuencias, dije lo que me quemaba:

—Yo también. —Las palabras saltaron ardientes—. Prometí que no pasaría, que no me dejaría envolver, que era mejor mantener la distancia. Pero no pude. Estás todo el tiempo en mi cabeza. Juro por Dios que lo intento, que me digo que no debería haber pasado, pero no… mi corazón es tuyo. No sé qué hacer.

Su mirada vaciló, la sorpresa asomando tras la cautela.

—No me digas esas cosas, Oliver —murmuró, intentando retroceder.

—Te mereces saberlo —insistí—. Puedo haber fallado mucho, pero siempre fui sincero. Esta es mi verdad: me enamoré. Y duele pensar que te vas. No quiero que te vayas.

Ella cerró los ojos un instante, respiró, y salió con la honestidad que siempre la caracterizaba.

—Tengo que… —su voz se quebró—. Mi familia me necesita. Tú tienes la tuya en Liverpool. No sé qué esperas de mí.

Le sujeté las manos con fuerza, mirándola a los ojos que ahora brillaban de emoción. Cada palabra suya era un corte y un consuelo.

—Jamás te pediría que te alejaras de tu familia —dije con sinceridad—. Pero quiero que sepas que estaré aquí siempre que me necesites. Si hay algo que pueda hacer para que te tomes vacaciones cada mes, lo hago. Si quieres, trae a tus padres. Yo me las arreglo.

Había tanta seriedad en mi promesa que me asustó la valentía del gesto. Y entonces, por impulso, desde un lugar antiguo e íntegro dentro de mí, juré:

—Gracias… por decirme la verdad. A partir de hoy intentaré ser otro hombre. Te lo prometo.

Ella no respondió con palabras de inmediato. En lugar de eso, dejó que la emoción ocupara el espacio entre nosotros.

Me acerqué y la abracé; el abrazo fue largo, firme, como si quisiera grabar ese instante en la piel. Permanecimos así un buen rato, en un silencio lleno de promesas no pronunciadas.

No quería que se marchara.

Había miedo —miedo a que lo que sentíamos se perdiera con la distancia, miedo a que mis viejas heridas me empujaran otra vez hacia la soledad—. Pero también había comprensión. Si estuviera en su lugar, quizá habría tomado la misma decisión: la familia, a veces, pesa más que el corazón.

Al separarnos, vi en sus ojos cariño y tristeza. No había soluciones fáciles, solo elecciones que nos herían y nos moldeaban.

Le apreté la mano por última vez antes de verla volver por el camino hacia la ciudad que la esperaba.

Me quedé parado, mirando cómo desaparecía, con la sensación de que algo nuevo empezaba a brotar —una posibilidad tenue, frágil, pero real.

Me prometí luchar por ella, por la oportunidad de merecer ese perdón, esa ternura que ella, testaruda, había decidido concederme. Aunque supiera que quizá el destino nos obligara a decir adiós, en ese momento creí que había esperanza.



CAPÍTULO 53

«En la vida no tenemos respuesta para todo, y es eso lo que la hace tan interesante…»

EMILY FLORES

No imaginé que Oliver fuera capaz de un gesto tan inesperado.

Al llegar a casa, el peso de sus palabras todavía me acompañaba, reverberando en el pecho como una melodía difícil de olvidar.

Había sido sincero, despojado de todas sus defensas, y, en el fondo, ya lo había perdonado. No porque minimizara lo ocurrido, sino porque había visto el arrepentimiento verdadero en su mirada, el dolor real de quien pelea con sus propios fantasmas.

Sabía que no podía convertirme en el blanco de esos monstruos que arrastraba, pero también sabía que estaba ante un hombre que, poco a poco, se dejaba quebrar para renacer.

La ansiedad me rondaba como una sombra. Entré en la ducha, dejé que el agua corriera pausada sobre mí, intentando lavar la confusión del alma. Después, envolví mi cuerpo en una toalla, respiré hondo y me senté a la mesa.

Los dedos me temblaban un poco al alcanzar el sobre. Era la última carta. El final de un ciclo que había transformado mis días en Liverpool. Con el corazón acelerado rompí el sello y empecé a leer.

6ª CARTA

Un día se dará cuenta...

Un día se dará cuenta de que las miradas que nos cruzábamos eran algo más que miradas: eran diálogos silenciosos, promesas veladas, confesiones disfrazadas en segundos de eternidad.

Un día se dará cuenta de que la llama que ardía en nuestros cuerpos no era pasajera, sino viva, intensa, capaz de incendiar el mundo entero cuando nos tocábamos.

Un día se dará cuenta de que cada promesa hecha a ti fue sincera, nacida de la pureza de sentimientos que nunca supe callar.

Un día echará de menos...

Un día echará de menos todo lo que fui en tu vida.

Un día echará de menos nuestros abrazos largos, esos en los que dos cuerpos se convertían en uno solo, como si siempre se hubieran pertenecido.

Un día echará de menos nuestras tonterías, que escondían la verdad simple: estábamos enamorados.

Un día echará de menos el instante en que, por primera vez, dijimos «te quiero», y el mundo pareció aquietarse para escucharnos.

Un día echará de menos esa vieja silla, donde me sentaba en tu regazo y repetía, sin miedo, que era la mujer de tu vida.

Un día echará de menos nuestro primer beso, la noche en que insistí en que sería inolvidable —y lo fue—.

Un día echará de menos todo, cada pedazo de lo que soy y fui para ti.

Perdóname por haber estropeado algunos de esos momentos. Siempre te amé...

P.D.: Rompe los paradigmas. La respuesta que buscas está en tu corazón.

Al terminar de leer, me quedé inmóvil, la carta reposando entre mis dedos. Las palabras parecían saltar de la página e imprimirse directamente en mí.

Había allí dolor, pero también una intensidad que me arrebataba, como si alguien hubiera descrito los sentimientos que yo intentaba ocultar.

Cerré los ojos e inspiré despacio. Sentí una mezcla de melancolía y esperanza, como si el destino me susurrara que aún había tiempo, que la clave no estaba en nada externo, sino dentro de mí.

La carta no era solo un cierre; era también una invitación. Y, más que nunca, supe que debía escuchar lo que mi corazón tenía que decir.



Me quedé rumiando las palabras de la carta en el silencio de mi salón — sobre todo el rojo del posdata que no me salía de la cabeza: La respuesta que buscas está en tu corazón...

La frase parecía simple y, al mismo tiempo, un enigma tan grande que me obligó a levantarme, ponerme un abrigo y salir sin pensarlo demasiado. Necesitaba hablar con alguien que entendiera aquella mezcla de dolor y ligereza: Maggie.

Llamé a la puerta con el mismo nerviosismo de quien va a confesar algo íntimo. Ella abrió con la sonrisa acogedora de siempre, ese tipo de sonrisa que hacía que toda la casa pareciera un refugio.

—¡Emily! —exclamó, tirando de mí hacia dentro—. Entra, por favor.

Me senté en el sofá, con las manos todavía calientes del frío de la calle. La carta ardía en el bolsillo, como si me quemara por dentro. Maggie trajo té, colocó la taza entre mis manos y se sentó frente a mí, con esa calma que siempre la definía.

La miré y, por un momento, pensé en callar —en fingir que no había leído nada—, pero las palabras me habían abierto una herida curiosa que pedía ser revisitada.

—He leído la última carta —dije al fin, con la voz más suave de lo que me sentía.

—Imaginaba que vendrías —respondió ella, con ese aire de quien espera sin sorprenderse.

Abrí la boca para preguntarle si había alguna respuesta escondida entre líneas, alguna pista final que yo hubiera pasado por alto, pero la duda estalló antes:

—No hay respuesta, Maggie. Lo siento… no queda nada. Ningún final.

Se puso seria, bajó la mirada unos segundos, como buscando las palabras que yo tampoco encontraba.

—Yo también lo creo —dijo, con pesar en la voz—. Pienso que la persona que la escribió quería mostrar las cosas bellas que había visto —continuó, rozando el borde de su taza—, pero no quería ser encontrada.

Aquellas últimas palabras cayeron como plomo.

Tragué el impulso de gritar pidiendo explicaciones. En lugar de eso, solté lo que me quemaba:

—¿Pero por qué no querer ser encontrada? Escribió tanto… tenía tanto que decir. ¿Por qué esconderse al final?

Maggie respiró hondo antes de contestar.

—Quizá pasara por algo que la desestabilizó —sugirió—. O quizá exista un miedo más grande que el propio deseo de ser conocida.

Las posibilidades giraban en mi cabeza: vergüenza, remordimiento, culpa, la protección de alguien querido.

Había algo más, lo sentía; no era solo timidez. La carta arrastraba una sombra fina que no sabía nombrar.

—Yo también lo noté —admití—. No es solo recelo. Es miedo. Y eso me dejó aún más intrigada.

Ella asintió, comprensiva.

—Todas las personas que cogieron la carta imposible llegaron al mismo callejón. Nadie encontró un final. Muchos forasteros incluso evitan la tradición porque lo han oído —explicó—. Lo que me hizo escogerla fueron las lecciones en sus palabras. Quería comprender, y me abrió los ojos. Tú también has cambiado.

Sonreí, recordando la sucesión de pequeños milagros que la tradición había provocado en mi vida: los encuentros, las historias, la sensación de que cada carta me empujaba un poco más fuera de mi caparazón.

La emoción era extraña: renovación y frustración a la vez. Quería un cierre, un punto final; quería decir que todo desembocaba en algo resuelto. Pero la ausencia de respuesta también era una respuesta, de esas que cuesta aceptar.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer, Emily? —preguntó Maggie, con la delicadeza de quien no impone caminos, solo ofrece compañía.

Miré mis manos, donde la carta parecía vibrar.

—No lo sé —susurré—. Siento que debería buscar más, insistir quizá… ¿pero y si insistir no sirve de nada? ¿Y si no hay más que lo ya dicho?

Ella extendió la mano y rozó las mías. El gesto fue simple, pero el consuelo, enorme.

—Piensa en todo lo que has vivido —me sugirió—. La frustración es legítima, lo sé. Pero llévate lo que aprendiste. A veces, el cierre no lo da el mundo; lo da lo que decidimos guardar.

Me quedé allí, observando el vapor del té elevarse y deshacerse en el aire.

Las palabras de Maggie no resolvían el enigma de la carta imposible, pero me dieron un mapa menos doloroso: aceptar que no todo misterio necesita ser desvelado para transformarnos.

Me levanté con un nudo en el pecho que no era solo nostalgia: era promesa. Salí de su casa más ligera, como quien finalmente acepta que el corazón, más que la razón o las letras ajenas, quizá guarde la única respuesta que de verdad hace falta encontrar.



Cuando salí de casa de Maggie sentí la necesidad de caminar para despejar la mente. Mis pasos me llevaron hasta uno de los parques cercanos y allí me quedé, sin rumbo fijo, acompañada solo por el canto de los pájaros y el murmullo lejano de la gente alrededor.

Al principio no presté atención a nada que no fuera yo misma. Iba y venía, mientras la última carta seguía resonando en mi cabeza.

La respuesta está en tu corazón.

Esa frase insistía en girar como un disco rayado. Era demasiado curiosa, y quedarme sin respuestas me corroía por dentro. Me gustaban los finales, comprender cada pieza de un rompecabezas, y aquella sensación de vacío me desestabilizaba.

Durante dos horas vagué entre árboles y bancos de madera, mirando sin ver de verdad. Hasta que, en una de esas miradas fugaces hacia la calle, algo me detuvo.

No era exactamente alguien con quien hubiera hablado antes, pero reconocía sus gestos, su porte, la manera casi ritual de caminar. Era él: el hombre que siempre dejaba las cartas sobre las mesas, el guardián silencioso de la tradición.

El corazón se me aceleró. Sin medir demasiado las consecuencias, fui hacia él. Quizá de manera un poco brusca, porque se sobresaltó al verme acercar. Sus ojos se clavaron en los míos con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Sí? —preguntó, con voz firme pero educada.

—Yo… soy Emily. —Una sonrisa nerviosa se me escapó—. Creo que es usted quien coloca algunas de las cartas que seguimos en el festival.

Estaba segura de que era él, pero preferí suavizar la forma de decirlo para no asustarle más de lo que ya lo había hecho.

Me sostuvo la mirada durante un instante que se me antojó eterno.

—Probablemente, sí —asintió—. Soy el encargado de dejarlas en los lugares asignados. ¿Ha habido algún problema?

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio antes de soltarlo de golpe:

—Estoy detrás de una de ellas… la carta imposible. —Respiré hondo—. Y quería saber si me estoy perdiendo algo.

Sabía que sonaba como una ingenua, pero tenía que intentarlo. Olvidar aquel enigma no era una opción.

Suspiró, y su expresión se suavizó en un gesto casi de lamento.

—Lo siento, pero no puedo ayudarla. Llevo años trabajando en la tradición, pero mi tarea es únicamente entregar las cartas en los sitios acordados. No tengo ningún vínculo con quienes las escriben. De verdad… lo siento.

El corazón se me hundió. Aun así, insistí:

—¿Pero… sabe algo de ella? ¿De la carta imposible? ¿Alguna pista, lo que sea?

Me di cuenta de lo ansiosa que sonaba mi voz, casi desesperada, y me sentí ridícula, como si hubiera perdido el control.

Él sostuvo mi mirada unos segundos antes de responder:

—Es la razón del éxito de nuestro festival. —Hizo una pausa, como calculando cada palabra—. Pero, como ya le dije, no puedo revelar nada sobre las cinco personas que me contratan.

Asentí, intentando disimular el nudo que crecía dentro de mí.

—Está bien… no se preocupe. Es solo que… —reí sin ganas— me obsesioné con entender el final. Pero, por lo visto, no existe.

Entonces dejó escapar algo que no parecía planeado.

—Creo que hay asuntos que no tienen conclusión. —Y al decirlo, pareció arrepentirse de su propia osadía.

Me quedé quieta, absorbiendo aquella frase.

—Gracias por su tiempo —murmuré, resignada.

Él asintió en silencio y, sin añadir nada más, se dio la vuelta y se alejó despacio hasta desaparecer. Lo seguí con la mirada hasta verle entrar en una casa sencilla, no muy lejos de allí. Al parecer, vivía junto al parque.

La frustración volvió a devorarme.

¿Qué sentido tenía incluir algo así en el festival si no había un final? Las preguntas resonaban sin respuesta alguna. Y aun así, una parte de mí lo sabía: quizá el enigma no estuviera hecho para resolverse, sino para transformarnos.

Me quedé allí, contrariada, mirando la puerta por la que había entrado aquel hombre, con la sensación de que, de algún modo, me había acercado… aunque no hubiera logrado aproximarme a ninguna respuesta.



—¡Has venido a verme otra vez!

Laura apenas me dejó cruzar la puerta. Corrió hacia mí con esa prisa suya y se lanzó a mis brazos, envolviéndome en un abrazo tan fuerte que me calentó el pecho al instante.

Había salido del parque decidida a distraer la mente con otros pensamientos y, como el hospital quedaba de camino, no resistí la idea de visitar a mi pequeña amiga.

—¡Claro que he venido! —respondí, acariciándole el pelo—. Te prometí que volvería, ¿no lo recuerdas?

Ella alzó el rostro iluminado y asintió con entusiasmo. A su lado, Jane me observaba con una sonrisa serena, casi de alivio.

—¡Claro que me acuerdo! —dijo Laura, animada, aunque enseguida su expresión se volvió la más pícara del mundo—. Pero… ¿dónde está tu novio?

Solté una risita y cerré los ojos un instante antes de responder.

—Oliver no es mi novio. Somos… amigos.

La palabra salió temblorosa, con un peso que ni yo misma lograba sostener. Amigos. Una definición demasiado pobre para algo que ardía tan hondo.

Jane arqueó las cejas, curiosa, pero guardó silencio. Laura, en cambio, insistió:

—Pero él parecía quererte mucho, Emily. ¿Y a ti no te gusta él?

La pregunta me atravesó el pecho como una flecha certera. Me incliné hasta quedar a su altura y le toqué suavemente la nariz, arrancándole una carcajada.

—Me gusta. Mucho —confesé, dejándome escapar más de lo que debía—. Estoy segura de que vendrá a verte pronto.

Laura suspiró hondo, como quien sueña demasiado alto.

—Ay… yo quería que os casarais. ¿Sabías? Hasta se lo dije a mamá.

—Hija… —la reprendió Jane, sin poder ocultar la sonrisa orgullosa y divertida.

—No pasa nada. —Acaricié la manita de la niña—. A mí también me gustó mucho Oliver. Y todavía me gusta. —Le guiñé un ojo para quitarle hierro al momento—. ¿Quién sabe si la próxima vez no venimos los dos juntos, eh?

Laura abrió una sonrisa enorme, aunque pronto bajó la mirada.

—No sé si seguiré aquí, Emily.

El corazón se me detuvo un segundo.

—¿Por qué?

—Porque mi hija recibirá el alta el mes que viene —respondió Jane, con la voz entrecortada por el orgullo—. Por fin podrá volver a tener una vida normal.

Las miré a las dos, a la alegría desbordante reflejada en sus rostros, y sentí las lágrimas arderme en los ojos. Aquello era una victoria inmensa, mayor que cualquier respuesta que yo buscara en las cartas de la tradición.

En la vida nos perdemos en preocupaciones pequeñas, en detalles que al final no significan nada. Y allí, delante de ellas, comprendí de nuevo lo que de verdad importaba: vivir.

Laura aún era pequeña y quizá encontrara obstáculos en el camino, pero el simple hecho de poder volver a casa, de reír, jugar y empezar de nuevo… ya lo era todo.

La tradición me había dado mucho más que preguntas sin respuesta. Podía sentir rabia por no descubrir el desenlace de la carta imposible, pero una de las mayores victorias que me llevaba era haber conocido a personas como ellas. Personas con historias marcadas por el dolor, pero también por la superación y las sonrisas.

Necesitaba aprender de esos gestos sencillos, de esa fuerza que desbordaba en miradas y abrazos. Y tal vez, solo así, conseguir ser la mejor versión de mí misma.



CAPÍTULO 54

«El momento de la verdad se acerca…»

EMILY FLORES

UNA SEMANA DESPUÉS

Estaba, de algún modo, obsesionada.

La última carta no salía de mi cabeza. Era como un puzle con una pieza perdida y, por más que intentara encajar respuestas, nada tenía sentido. La ausencia de un final me corroía.

—Emily… sabías que iba a ser difícil. —La voz de July rompió el silencio del salón. Estaba sentada en mi sofá, con las piernas cruzadas, mirándome con ese aire pragmático de siempre—. No es culpa tuya.

Intentaba consolarme, pero mis pensamientos giraban sin control, entre todo y nada al mismo tiempo. Y, como si el enigma de la carta no fuera ya suficiente para desestabilizarme, había otro asunto que no me daba tregua.

Oliver.

Su nombre sonaba como una herida y, a la vez, como un alivio. Nuestra última conversación aún resonaba en mí, con todas las palabras duras y todas las verdades desnudas.

Le echaba de menos. Echaba de menos su risa, aunque breve. Echaba de menos la forma en que me provocaba solo para ver mi reacción. Echaba de menos la sensación de que, de algún modo, me estaba cambiando —y yo, sin darme cuenta, me había dejado cambiar.

Suspiré hondo, abrazando las rodillas.

—Solo quiero entender, July. Necesito un cierre.

Ella negó despacio con la cabeza.

—Pero no hay nada que hacer.

Giré el rostro hacia ella, estudiando sus rasgos, y dudé en confesar lo que llevaba días martilleando en mi mente. Tenía una idea, una osadía, pero demasiado arriesgada para ponerla en voz alta.

—Voy a salir a andar un rato. Necesito despejar la cabeza. —Inspiré profundo, agotada, como si el aire atrapado en el pecho buscara espacio.

—Tengo que volver a casa de mis padres. —Se levantó, acomodándose el pelo—. Van a dar una pequeña fiesta. ¿No quieres venir conmigo?

Negué con una sonrisa frágil.

—Lo siento, amiga. Necesito quedarme sola… pensar.

—Está bien. —Posó una mano suave en mi hombro—. Relájate, Emily. A su debido tiempo, la verdad sobre esa carta saldrá a la luz.

Quise creerla. Lo quise de veras. Pero dentro de mí había una inquietud que no me dejaba esperar a “su debido tiempo”. Siempre me moví por la curiosidad, por la urgencia de comprender.

Y aquella obsesión me consumía.

July cogió el bolso, lista para marcharse, pero antes se detuvo frente a mí con un aire conspirador.

—Por cierto, he hecho algo por ti.

Alcé la mirada, sorprendida.

—¿El qué?

—Hablé con William. Le dije que no sirve de nada insistir, que venir hasta aquí no tenía sentido. —Se encogió de hombros, como si fuera un detalle sin importancia—. Me pareció lo mínimo, ya que fui yo quien terminó dándole tu dirección…

Una sonrisa leve se me escapó. No era culpa suya, nunca lo había sido, y lo sabía bien.

—Gracias.

—Y hay más. —Continué, esta vez mirando fijamente mis propias manos—. Ayer también le mandé un mensaje. Le dije a William que siguiera con su vida. Hablamos bastante y… creo que, por primera vez, lo entendió.

La voz se me quebró, pero seguí firme.

—No quiero que siga mendigando atención. Se merece algo mejor.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, resonando en mí como un punto final. O quizá como una simple coma.

No lo sabía con certeza. Pero, por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que estaba dispuesta a dejar ciertas puertas cerradas… aunque otras, más peligrosas e intensas, siguieran entornadas, esperándome.



—¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto! —dijo Jessy, con los ojos brillantes mientras me atendía detrás de la barra.

—Trabajé aquí dos meses. —Le devolví la sonrisa—. Era obvio que volvería a por mi desayuno.

Ella ladeó un poco la cabeza, como sopesando mis palabras.

—Imaginaba que aparecerías para despedirte antes de marcharte, pero sentarte… confieso que no lo esperaba. Sobre todo por culpa de mi hermano.

En cuanto mencionó a Oliver, mi mirada fue a buscarlo.

Allí estaba, absorto frente al portátil, con el ceño fruncido y la barba cerrada, como si el mundo entero se redujera a las líneas de un informe. Parecía tan ajeno a mí que dudé incluso de que notara mi presencia.

—En cualquier caso, ya sabes que puedes venir cuando quieras. —Jessy me sonrió, sincera—. Y hoy, invita la casa.

—¡Jessy! —protesté, divertida.

—¡Ni hablar! —levantó la mano, zanjando la cuestión—. Me ayudaste tanto, y encima casi no quisiste cobrar. Así que ahora se hace a mi manera.

Suspiré y asentí; era inútil intentar llevarle la contraria.

—Voy a pedirte tu plato favorito. —Me guiñó un ojo y se alejó hacia la barra.

Mientras la veía perderse entre las mesas, mis pensamientos regresaron inevitablemente al festival.

Siempre había sido competitiva, y estar allí, tan cerca de tantas revelaciones y aún sin respuestas, me removía por dentro de una forma extraña, casi dolorosa.

La falta de un cierre me frustraba. Había venido buscando algo más, respuestas no solo para mi mente, sino también para mi corazón.

—¿Silla ocupada?

La voz grave me arrancó de mis pensamientos.

Alcé los ojos y me encontré con Oliver de pie ante mí, imponente en su traje oscuro. Había algo distinto en su mirada, un calor tímido escondido tras la seriedad. Y, por un instante, creí ver una sonrisa insinuarse en sus labios.

—Sabes que no. —Sonreí, señalando la silla libre.

Se sentó, acomodando la americana.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Mentí, tragándome la duda—. ¿Y tú?

—Pienso mucho en nuestra conversación. —Apoyó los codos en la mesa—. He intentado cambiar algunas cosas.

—¿Y lo has conseguido? —pregunté, escrutando cada matiz de su expresión.

—Sí. Estoy más presente para Emma y para Jessy. Sé que me necesitan. —Hizo una pausa, la mirada perdida en sí mismo—. Echo de menos al Oliver de antes.

Negué despacio con la cabeza.

—Eso de antes y después no existe. Eres el mismo hombre; solo pasaste por momentos malos. Nos pasa a todos.

Me sostuvo la mirada sin apartarse, más serio, casi incisivo.

—Sé que tú también tienes problemas. Se te nota en los ojos, Emily. No hace falta que me lo ocultes.

El calor me subió a las mejillas. Sonreí levemente, pero bajé la vista hacia la mesa.

—No conseguí llegar al final del festival —admití—. Como dijeron, la carta imposible es, de hecho, imposible.

Le expliqué el porqué del nombre, cómo nadie había logrado desvelar el misterio de esa carta. También le hablé de la última que había leído, de cada frase que aún me perseguía.

—¿Entonces, ninguna dirección? —preguntó.

—Ninguna. —Suspiré—. Conozco al hombre que la dejó, pero no puede revelar nada. Estoy atada de pies y manos. Incluso se me ocurrió algo, pero… no quiero acabar detenida.

Él arqueó las cejas.

—¿Y qué se te ocurrió?

Antes de que pudiera responder, Jessy reapareció con mi plato favorito. Lo dejó delante de mí y se alejó con una sonrisa radiante, visiblemente satisfecha de ver a su hermano sentado conmigo.

Esperé a que se alejara para confesar:

—Pensé en abrir el buzón del hombre, a ver si encontraba algo. Una locura mía.

Para mi sorpresa, Oliver no pareció escandalizado. Al contrario, contestó con una calma desconcertante:

—Aquí en Inglaterra es bastante común dejar los buzones abiertos.

Levanté la vista, incrédula.

—Espera… ¿me estás animando a hacerlo? —La risa nerviosa se me escapó antes de poder contenerla.

—Dime, Emily: ¿quién no ha cometido alguna vez una pequeña travesura? —En sus ojos apareció un brillo travieso—. Necesitas respuestas. Si es la única manera…

El corazón me dio un vuelco.

Aunque había tenido la idea, me faltaba coraje. Nunca fui buena saltándome reglas, y la sola posibilidad me ponía los nervios de punta.

Como si leyera mis pensamientos, añadió:

—Si quieres, te ayudo. Quiero compensar las estupideces que hice contigo. Y, de paso, quizá pasemos más tiempo juntos.

Arqueé las cejas, cruzando los brazos.

—¿Quieres compensar estupideces… con otra estupidez?

Él rió, inclinándose hacia adelante.

—Exacto. No tiene lógica, pero es así.

Su carcajada provocó la mía.

Había momentos en los que simplemente me quedaba sin palabras cuando soltaba esas frases inesperadas. Sabía que Oliver sentía algo por mí, incluso a su manera retorcida.

Y quizá, por primera vez, estaba intentando abrirse más.

—¿Y cómo piensas ayudarme exactamente? —pregunté, entornando los ojos con un reto divertido.

Se recostó en la silla, aún sonriendo.

—Termina tu café. Luego lo hablamos…

Y fue en aquel silencio, lleno de posibilidades, cuando comprendí que la mañana no había hecho más que empezar.



Me sorprendió ver a Oliver cerrar el portátil y entregárselo a su hermana.

No era nada habitual en él. Normalmente salía directo de la cafetería hacia su empresa, como si cada minuto fuese demasiado valioso para perderlo. Ese gesto me desarmó, y durante unos segundos me quedé observándole, intentando descifrar sus intenciones.

—¿Todavía recuerdas dónde está la casa de la que me hablaste? —preguntó mientras ajustaba los puños de la camisa, como si ya hubiera tomado una decisión.

—Sí, pero… —dudé, con la conciencia gritando más fuerte que mi propia voz.

Él arqueó una ceja y añadió con una calma que solo aumentó mis nervios:

—Tranquila. Si cambias de idea, no hacemos nada. Pero voy a ayudarte a resolver este rompecabezas… si quieres, claro.

El silencio entre nosotros duró apenas unos segundos, hasta que asentí con un leve gesto. Antes de que pudiera echarme atrás, ya íbamos en su coche, rumbo a la dirección que yo había guardado en la memoria.

La adrenalina me corría por las venas como fuego. Todo mi cuerpo parecía palpitar, aun sin haber hecho nada malo. Todavía.

—Es aquí —señalé, con la voz quebrándose apenas.

Bajamos del coche y el corazón me martilleaba en el pecho, desbocado. Yo no era la persona más escrupulosa con las normas, pero aquello… aquello rozaba el límite.

Conforme nos acercábamos a la casa, mis ojos escaneaban los alrededores sin descanso. El parque cercano estaba en calma, pero cada sombra me parecía una amenaza, cada mirada distraída, un acusador.

—Voy a mirar yo —se ofreció Oliver, dando un paso al frente.

Instintivamente le sujeté la mano, apretando con fuerza, y negué con la cabeza.

—No. Lo empecé yo, lo termino yo.

Me sostuvo la mirada un instante, y en sus ojos vi el impulso de protegerme. Aun así, cedió y se quedó de guardia, mientras yo me acercaba a la pequeña caja del correo en el jardín.

Me temblaban las manos cuando toqué la tapa metálica. Al abrirla, el aire pareció enrarecerse.

Había varias cartas apiladas, pero el detalle que me revolvió el estómago estaba allí, nítido como la luz del día: en algunas aparecía escrita, con letra firme, la palabra festival.

Mi instinto me gritaba que no debía abrir los sobres. En vez de eso, saqué el móvil del bolsillo y fotografié rápidamente los remitentes. Con cada clic, el corazón me latía más fuerte.

No estaba robando nada, pero lo parecía.

Dos minutos. Quizá menos. Pero dentro de mí fue una eternidad. Oliver se mantenía alerta, con los ojos fijos en el entorno, erguido como un centinela.

Cuando cerré la caja y regresé a toda prisa, sentí el pecho arder de alivio.

Me miró sorprendido al ver que no llevaba nada en las manos.

—Pensé que cogerías algo.

—No hace falta —susurré, con el corazón todavía desbocado.

Frunció el ceño, preocupado.

—¿Estás bien, Emily?

Me quedé mirando la nada a través de la ventanilla, asimilando la magnitud de lo que acababa de pasar. Dentro de mí, la respuesta era clara: ya no podía detenerme.

Respiré hondo y lo encaré, dejando que las palabras salieran firmes:

—Voy a explicarte por qué no hacía falta abrir nada. —Me incliné un poco hacia él, fijando los ojos en los suyos—. El hombre que vive en esta casa me dijo que reparte cartas para cinco personas que participan en el festival. Y yo… soy una de ellas.

Él asintió despacio, procesando la información.

—Vale.

—Había cinco cartas en el buzón, todas con la palabra festival. Eso significa que…

Él completó la frase por mí, la mente trabajando rápido:

—Una de ellas es de quien le envía las cartas.

Sonreí, a pesar de la tensión.

—Exacto. Y he fotografiado las direcciones.

Los ojos de Oliver se iluminaron un instante, un destello de entusiasmo que pronto se transformó en decisión.

—Entonces solo tenemos que ir una por una hasta descubrirlo.

Suspiré, negando con la cabeza.

—Oliver, tienes trabajo. No quiero que te metas en líos por mi culpa.

Él rió, inclinándose hacia mí, la voz baja pero cargada de convicción:

—Precisamente voy para que tú no te metas en líos. Yo vivo aquí. Teóricamente, puedo ayudarte.

Lo observé en silencio, como buscando confirmar que hablaba en serio. Y cuando comprendí que lo hacía, se me escapó una sonrisa, tímida pero verdadera.

—¿Cuál es la primera dirección? —pregunté, con una voz que mezclaba miedo y emoción.

Él me miró de soslayo, y una media sonrisa se dibujó en sus labios, de esas que me desmontaban sin esfuerzo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba sola en aquella búsqueda.



CAPÍTULO 55

«La verdad puede hacernos daño cuando menos lo esperamos…»

EMILY FLORES

Hice algo que no formaba parte de mi naturaleza: mentí.

Tres casas. Tres puertas abiertas. Tres historias inventadas sobre la marcha.

En ninguna mencioné la carta imposible; inventé versiones alternativas, diciendo que conocía a alguien que seguía las cartas, y dejé que fueran las dueñas de las casas quienes completaran los huecos.

Las dos primeras mujeres me aseguraron que ya habían sido contactadas por alguien que seguía sus cartas.

Las taché de la lista. La tercera, sin embargo, afirmó que todavía no, que el ciclo no se había cerrado porque faltaban tres participantes.

Esa respuesta redujo mis opciones: solo quedaban dos direcciones. Y en una de ellas estaba lo que tanto necesitaba.

—¿Nada? —preguntó Oliver al ver mi expresión pensativa.

—Nada aún. Debe de estar en una de las dos calles que faltan.

Asintió con seriedad, y le mostré las siguientes direcciones anotadas en mi cuaderno. Volvimos al coche, y el silencio entre nosotros solo se llenaba con el ruido de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

Diez minutos después llegamos a Woolton Village, un barrio tranquilo y apartado. La calle parecía detenida en el tiempo.

Esta vez, Oliver no me dejó ir sola: salió del coche y caminó a mi lado. Toqué el timbre de la primera casa. Esperé. Volví a llamar, tres veces. Nada. Solo el vacío respondía.

—Probablemente no hay nadie. —Me tocó suavemente el hombro—. Será mejor ir a la siguiente.

Asentí, el corazón latiendo con más fuerza. Última oportunidad, pensé.

La casa siguiente era más grande, imponente, con un jardín que olía a flores recién regadas. Toqué el timbre y, de nuevo, la espera se me hizo eterna. Ya ensayaba el movimiento de retirarme cuando, por fin, la puerta chirrió y una mujer de cabellos grises apareció.

—¿Sí? —preguntó, y su mirada se clavó en la mía de tal manera que me hizo tragar saliva.

—Yo… venía a hablar del festival. —Mi voz salió baja, pero firme—. Creo que estoy siguiendo una de las cartas que usted escribió.

El color desapareció de su rostro. Sus ojos se abrieron de par en par, incapaces de articular palabra.

—¿Quién es, cariño? —la voz de un hombre resonó desde dentro. Se acercó alguien de unos cincuenta años, escrutándonos con atención.

—Nosotros… no sabemos nada —dijo ella, nerviosa.

—¿Conocen la tradición? —arriesgué, intentando mantener la conversación.

—Sí, pero no participamos. —Ya empujaba la puerta para despedirnos—. Buenas tardes.

El hombre, sin embargo, sostuvo la puerta antes de que se cerrara y la miró con calma.

—Eva, ¿recuerdas lo que ella nos dijo, verdad?

—Pero… no hemos hecho nada malo, Harry. ¿Y si piensan mal de nosotros? —La mujer temblaba, indecisa.

El intercambio duró apenas unos segundos, pero suficiente para que Oliver y yo nos miráramos. Él asintió con un gesto discreto y lo entendí: habíamos dado con la casa correcta.

—Pasen, por favor. —El hombre abrió el paso, y cruzamos el umbral.

El interior era mucho más amplio de lo que había imaginado.

El olor a madera se mezclaba con el de la tierra húmeda que entraba desde un jardín interior, visible junto a la cocina, donde unos árboles frondosos se erguían como guardianes silenciosos.

—Responderemos a sus preguntas —dijo Harry con calma—, pero necesitamos saber cómo averiguó nuestra dirección.

El calor me subió a las mejillas. Pensé en inventar otra excusa, pero no pude.

No esta vez.

—No me enorgullece lo que hice. —Respiré hondo—. Vi al hombre que reparte las cartas y, por casualidad, descubrí dónde vivía. Después… —tragué saliva — revisé su correspondencia. Encontré cinco cartas con la palabra festival. Desde entonces, voy de casa en casa.

Esperaba una reprimenda, una mirada de reproche. Pero, en su lugar, Harry sonrió.

—Por fin alguien hizo lo impensable.

Se miraron entre ellos y sonrieron, casi aliviados.

—¿Entonces fueron ustedes quienes escribieron? —arriesgué.

—No. —respondieron al unísono—. Fue una persona que conocíamos. Vivió un tiempo con nosotros.

—¿Y dónde está ahora esa persona? —pregunté, con el estómago encogido de anticipación.

El silencio cayó como un peso. Ambos apartaron la mirada, y la alegría de segundos antes se tornó en una tristeza honda.

—Murió hace dos años —susurró Eva, con la voz rota.

—Lo… lo siento mucho. —La garganta se me cerró.

Harry respiró profundamente.

—Tu destino es ser la primera en comprender lo que pasó.

—Pero no lo merezco. —La culpa impregnaba cada palabra—. Hice algo ilegal, no debería estar aquí.

Él se acercó y me tomó las manos, con una mirada bondadosa.

—Al contrario. Has hecho justo lo que decía la última carta: rompiste paradigmas y seguiste al corazón. En la vida, Emily, no podemos conformarnos con respuestas vacías ni abandonar a mitad de camino por miedo a los obstáculos. Tú no te rendiste. Y por eso tendrás tu respuesta.

El nudo en mi garganta se deshizo. Respiré hondo, intentando recomponerme.

—¿Vamos? —preguntó Harry, mirando a Oliver.

—Ve, yo te espero aquí —dijo Oliver con firmeza.

Lo miré, sorprendida.

—¿Seguro?

Él sonrió, con esa contención que escondía tanto y revelaba aún más.

—Ve, Emily. Este es tu momento.

Seguí a Harry y a Eva hasta el jardín. El suelo seguía húmedo por la lluvia, y el olor a tierra me llenó los pulmones.

Nos detuvimos frente a un árbol robusto, y Eva me pidió que me acercara. Tomó una pequeña pala, se la entregó a su marido y él empezó a cavar junto a las

raíces.

El corazón me golpeaba tan fuerte que parecía retumbar en todo el jardín. A cada palada, mi ansiedad crecía.

¿Qué habría enterrado allí?

Segundos después, Harry sacó una pequeña caja de madera, de no más de veinte centímetros, y la puso en mis manos.

La madera estaba gastada por el tiempo, pero aún sólida. No tenía cerradura, solo un simple encaje. Sentí su peso vibrar contra mis palmas.

—Lo que buscas está ahí dentro —dijo Harry con solemnidad—. Y si quedan dudas, aquí estaremos.

—Déjemela a solas —añadió Eva, antes de retirarse con su marido.

Me quedé sola en el jardín, con la caja apoyada en mis manos, el corazón latiendo como si estuviera a punto de derrumbarse y renacer al mismo tiempo.

Abrí la pequeña caja con cuidado, y vi una carta en su interior, junto con un collar y una foto boca abajo.

Decidí leer la carta primero...

Si estás leyendo este papel, ¡felicidades!

Sí, la carta imposible nació con la intención de no ser encontrada, pero lo conseguiste y, si estás aquí, mereces conocer toda la verdad, porque en el fondo, yo quería eso.

Lo sé, es complejo, pero no soy bipolar...

Mientras a la vez me escondía, albergaba la esperanza de que alguien hiciera algo distinto para hallarme, y es una pena que ya no esté viva para responder todas tus preguntas.

Nunca fui una buena persona en vida, y cuando enfermó, me volví egoísta. Equivocarme fue mi constante, y revelar todos esos lugares fue una de las cosas más bonitas que hice en mi existencia.

Todos tenemos un propósito en la vida, y el mío fue ese: guiarte y mostrarte que podemos mejorar como seres humanos. Pero vayamos por partes, hablemos carta por carta...

Conocí a Donna por casualidad. La ayudé en un supermercado y noté que veía mal y que estaba inquieta, como si temiera que la mirasen. Volví a casa con ella —vivía muy cerca— y en ese camino supe su historia; así nos hicimos amigas. Era una mujer sola que, en el fondo, quería compañía y hacer amigos, y por eso la mencioné en la primera carta.

El templo de la paz fue el lugar en el que ordené mis pensamientos. Fui una joven perdida, y aquello me marcó profundamente. Vivía enfadada todo el tiempo y lo ocultaba a quienes me rodeaban. Pero por una simple curiosidad descubrí un mundo nuevo, y Urman, mi guía espiritual, me ayudó a encontrar caminos distintos. En aquel entonces no lo sabía, pero tendría que tomar una decisión enorme...

La historia del orfanato es sencilla, porque… pasé allí casi un año. Hice amigos, pero me sentí igual de sola, porque la gente con la que conectaba se marchaba, menos yo. Me convertí en una mujer triste y decidí rehacer mi vida a solas. Sí, me escapé de allí, pero tenía en la cabeza que muchas de esas criaturitas soñaban con ser adoptadas, y eso se volvió mi propósito.

Confieso un secreto: ¡odio los hospitales! Aun así tuve que ir dos veces y en una de ellas vi algo que me desgarró. Vi a niños llorando y gritando en una determinada planta; eran pequeños con quemaduras y el dolor, en algunos casos, era insoportable. Asistí incluso a una intervención en la que le injertaron piel a un niño. Eso me rompió, y lo peor era saber que el presupuesto destinado a esas alas apenas alcanzaba el 1 % de lo que recibían otras secciones del hospital.

Por último, debo hablar de Martha y Joel. Para mí, son una lección de vida; aunque no los conociera personalmente, sé del amor inmenso que sienten el uno por el otro. Se casaron gracias a la tradición y, como yo, son fieles a ella. Ver nacer un amor de una manera tan distinta me devolvió la esperanza y me hizo creer en formar una familia…

Sí, yo tengo una familia.

Pero antes de mostrártela, debo recalcar: todos los lugares que visitaste tenían la intención de mostrar cómo es la vida de verdad y que siempre podemos ayudar a quien lo necesita. Nunca me importó que llamaran «imposible» a mi carta; me resultaba hasta gracioso, porque al final obtuve lo que quería: mostrar esos cinco sitios a quien llegara hasta el final. Sí, en mi corazón considero que quien llegó hasta Martha y Joel cumplió con los objetivos del festival.

Así que va una aclaración: no existe una sexta carta; esto no es el final, sino una breve explicación. Nadie necesita conocerme para entender mis métodos, pero, como dije al principio, me alegra que alguien no se conformara con respuestas vagas y haya querido saber más de mi historia.

Confieso una última cosa...

Luché por vivir mucho tiempo; luché contra mí misma, contra los dolores, contra la nostalgia, contra todo lo que puedas imaginar, pero llega un momento en que ya no puedes más, y yo quise descansar. El cáncer ganó otra batalla...

Huyo por culpa de eso. Fue una de las decisiones de la que más me arrepiento en la vida: no quería que mi familia me viera consumirme, así que me marché. Para no volver jamás...

Por último, te deseo buena suerte en tu camino. Aprende de tus errores, haz que la carta imposible sea un poco más conocida en Liverpool y, sobre todo, sigue a tu corazón.

Lo repito: ¡sigue a tu corazón!

La vida es demasiado corta para no perdonar a quienes amamos, y si pudiera retroceder, cambiaría muchas cosas...

P. D. Nunca olvidaré esta fotografía.

Emocionada, con la carta aún en las manos, saqué la foto del fondo de la caja y, al darle la vuelta...

No podía creer lo que veían mis ojos. Sonaba... imposible, parecía un sueño desordenado, y en ese instante me arrodillé y rompí a llorar como una niña...



CAPÍTULO 56

«Este es el momento en que el pasado y el presente se unen…»

OLIVER CLARKE

Nunca había visto a Emily tan rota.

Lloraba como una niña a la que le arrebatan su tesoro más querido; no eran sollozos contenidos, sino un llanto abierto, desbordado, que la dejaba sin aire.

Apretaba algo entre las manos con una fuerza casi maternal; a ratos levantaba la vista del papel, miraba el césped, y el llanto regresaba más feroz.

Me desgarraba por dentro. Un pánico manso me subió al pecho. Quise ir hacia ella, abrazarla, susurrarle que todo pasaría… pero dudé. Había en aquella intensidad una exigencia muda: debía atravesarla sola, al menos unos minutos.

Cuando al fin su cuerpo se aflojó, respiró hondo dos veces, como quien se arma de valor. Doblando con cuidado las esquinas del papel, guardó el collar y la foto en una cajita, y se acercó con el rostro aún devastado: los ojos hinchados, el maquillaje corrido, la voz trémula.

Algo en su manera de venir hacia nosotros me encogió el estómago; intuía que lo que traía no admitía consuelos fáciles.

—¿Estás bien? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

No habló. Abrió la cajita con dedos temblorosos y me tendió una carta.

La tomé y la leí despacio, dejando que cada línea calara como un golpe suave. El tiempo se volvió extraño: ¿cinco minutos, cincuenta segundos? No supe medirlo con la cabeza a toda prisa. Cuando terminé, volví a empezar, intentando encajar un puzle sin forma.

—¿Qué foto es esa que guardas? —arriesgué, empujado por un instinto súbito.

Emily me la entregó. Al verla, el mundo se me oscureció.

La imagen era tan inexplicable como dolorosa: yo, Isabella y un bebé arrugado por el sueño en brazos —Emma, mi hija— en un sofá, sonriendo con una naturalidad que me atravesó el pecho.

El tiempo retrocedió y con él regresaron las cenizas: aquella mañana de risas, el calor de un hogar que no supe preservar.

La fotografía mostraba un instante en que la vida aún era promesa. Me arrodillé sin querer, dominado por una sensación extraña y honda, como si el suelo cediera bajo mis pies. Las memorias me arrollaron: un sofá, una nana, una serenidad que creía perdida.

Me rompí en silencio; una lágrima bajó sin pedir permiso.

—¿Isabella… ha muerto de verdad? —la pregunta se me escapó.

Emily y los otros dos asintieron, con rostros que eran sentencia. Cerré los ojos. Por un largo segundo sentí la confirmación del abandono: no la traición que yo había inventado, sino otra, más cruel. No huyó de mí, huyó de sí misma.

La carta, la foto, todo lo gritaba. Isabella no se fue con otro hombre; la venció algo más duro y callado de lo que jamás imaginé.

—¿La conocíais? —pregunté, con la voz hecha trizas.

Asintieron.

Fue como si se abriera una ventana en lugar de las puertas cerradas de siempre: detalles ignorados afloraron. Se había casado conmigo, teníamos una

hija… Yo había sido más víctima de mi rabia que de cualquier traición real.

La verdad me golpeaba lenta, dolorosa, cargada de culpa: la de todo lo que no dije, de cada instante en que dejé que la amargura hablara por mí.

—Íbamos a casarnos y… tenemos una hija. Se llama Emma —confesé, como quien suelta la última verdad.

El aire cambió alrededor.

Emily se quedó blanca, desconcertada; su rostro era el espejo de mi confesión. Eva y Harry se miraron, sorprendidos, incómodos. Eva murmuró que Isabella jamás le habló de nosotros. Aquel silencio pesaba como una piedra.

—¿Dónde la enterraron? —pregunté, con la urgencia de quien necesita cerrar un capítulo.

—En un cementerio de Bootle —respondieron a coro—. Si quieres, te llevamos.

Emily se abalanzó y me abrazó sin reservas; su cabeza temblorosa contra mi pecho ardía. Le devolví el gesto como quien recompone una pieza rota: buscaba en ella un consuelo que ni sabía pedir.

Parecía entender cada grieta de mi dolor sin palabras; sus pequeños sollozos vibraban contra mi camisa y, por un instante, el mundo se redujo a sostener a alguien que sostenía algo tan frágil como yo.

—Ella… lo quiso así. Fue su mayor deseo en vida. —La voz de Harry sonó serena, quebradiza, y sus palabras cayeron pesadas.

No contesté.

No por falta de palabras, sino porque comprendí con nitidez brutal que aquella revelación ya no me acusaba de traición, sino que me imponía un duelo que debía aceptar.

La culpa no era de ellos; era un laberinto en el que todos perdimos algo.

Me quedé allí, con la foto temblando entre mis manos, y poco a poco, como si la realidad ofreciera rendijas de clemencia, respiré más hondo.

El llanto se calmó. La verdad, aunque tardía, se impuso: Isabella no me abandonó por frivolidad, se marchó para huir de una enfermedad que la devoraba.

Mi amargura, por muy humana que fuera, debía transformarse en otra cosa: no en perdón fácil ni en olvido, sino en una comprensión capaz de permitirme ser padre y no solo un vestigio de lo que fui.

Emily permaneció a mi lado, apretando mi mano como un ancla.

El dolor seguía allí, vivo, pero entre nosotros nació una alianza silenciosa: la de quienes han visto lo oculto y, aun así, deciden quedarse.



—Ve. Esta vez te espero aquí.

Acabábamos de llegar al cementerio, y el aire frío cortaba como si cada soplo arrastrara recuerdos que yo aún no me atrevía a enfrentar.

En el trayecto hasta la tumba no pronuncié una palabra: la mente me giraba en imágenes dispersas —la foto que Emily me había mostrado, las líneas de la carta, el rostro de Isabella en matices que nunca había guardado en mis recuerdos envenenados por la rabia.

De pronto, todas mis certezas se habían venido abajo.

Me acerqué sin escuchar el eco de mis pasos. Sentía un peso en el pecho más hondo que cualquier rencor.

Había aprendido a odiarla como quien se protege del dolor, y ahora, ante la verdad —que había muerto luchando contra un monstruo invisible—, mi rabia se disolvía en culpa.

La juzgué sin saber. La acusé sin entender. Y aquello dolía más que la ausencia.

La lápida era humilde; ver su nombre allí me resultó de golpe demasiado íntimo. Me agaché despacio, temiendo quebrar aquel silencio sagrado, y apoyé la mano sobre la piedra fría.

El mármol absorbía mi piel y me devolvía destellos: risas en un sofá, una noche cualquiera con promesas de futuro, un bebé arropado en una manta. Apenas recordaba en qué momento la vida se volvió irreconocible.

—Perdóname, Bella. —Mi voz salió fina, empapada de arrepentimiento—. Te juzgué sin comprender lo que pasaba. No lo sabía… Debería haberlo sabido. Fuiste una buena mujer. Te amé —confesé, y las palabras sonaron mínimas frente al abismo que se abría en mí—. Prometo contarle a nuestra hija quién fuiste. Lo sabrá. Lo haré bien.

Me quedé allí más de lo que pensé resistir: minutos que se estiraban como horas, cada segundo cargado de preguntas.

Entonces oí pasos suaves; Emily llegó con Harry y Eva. Se acercaron con rostros donde se mezclaban compasión y ternura. Eva parecía tan frágil como la piedra, y Harry mantenía una compostura que apenas velaba el dolor.

—Lo sentimos mucho —dijo Eva, con la voz rota. En aquel «lo sentimos» cabía un mundo entero de secretos. Pregunté qué me quedaba por saber.

—Cáncer de estómago —respondió Harry, bajando la mirada antes de fijarla en la lápida—. Luchó con todas sus fuerzas. Vivió más de lo esperado, pero… no bastó.

Aquello lo explicaba todo y no explicaba nada.

Justificaba el miedo, la huida, el billete gélido que yo había convertido en traición. No llenaba, sin embargo, el vacío de sus últimas palabras, el porqué de no pedirme que me quedara.

Era otro abandono: no el de quien se marcha por otro amor, sino el de quien, vencido por la enfermedad, se aleja para proteger a los suyos de un espectáculo de dolor.

La idea de ese sacrificio me estremeció.

Respiré hondo, y aquel aire devolvió un poco de cordura a mi cuerpo. Tracé con los dedos el nombre en la piedra, como si al tocar pudiera rescatar algo de lo perdido.

Emily permaneció a mi lado; su presencia me daba permiso para ser vulnerable. No necesitaba palabras: su mano en mi hombro decía lo que bastaba.

—Emma lo sabrá —repetí, ahora con serenidad firme—. Le contaré todo. Le diré que su madre fue valiente, que vivió como pudo. Quiero que crezca sabiendo la fuerza que tuvo, que fue importante, que dejó huella. Haré que su nombre no se borre.

Harry asintió, con los ojos húmedos. Eva dejó una flor al pie de la lápida; aquel gesto sencillo era un juramento silencioso.

Por un instante, el cementerio dejó de ser un lugar de piedra y se convirtió en testimonio: allí alguien se enfrentó al final con coraje, y alguien, por fin, iba a reconocerlo en voz alta.

Nos quedamos un poco más, en un silencio compartido. La tarde caía, y el viento agitaba las hojas de los árboles como si meciera lo que ya no cabía en palabras.

Al ponerme en pie, supe que algo había cambiado: no que la herida se hubiera cerrado, sino que el rumbo era claro. Tenía un pasado que reconciliar y una hija a la que criar con la verdad completa, no con las sombras de mis suposiciones.

Me arrodillé una última vez y, antes de apartarme, susurré, más para mí que para la lápida:

—Descansa en paz, Isabella. Intentaré ser digno de lo que fuimos. Y, cuando Emma crezca, sabrá lo fuerte que fue su madre.

Emily me apretó la mano. En sus ojos ya no vi solo compasión: vi determinación. Salimos despacio, dejando atrás la piedra fría, pero no el compromiso que yo sabía que me acompañaría para siempre.

EMILY FLORES

Él aparentaba fortaleza, pero yo sabía —con una certeza que dolía— que por dentro estaba hecho pedazos.

La verdad sobre Isabella había desgarrado las capas de amargura que llevaba como armadura: las sospechas de traición, la rabia acumulada… todo empezaba a diluirse ante la realidad.

De golpe entendí lo confuso que debía de ser para él, como si el mapa entero de su pasado se hubiera redibujado.

Al volver a Liverpool, me pidió que lo acompañara a casa de sus padres. No fue una visita más: era un rito de sanación. Me senté allí, escuchando cómo la historia —la que yo y aquellos viejos vecinos habíamos sacado a la luz— se pronunciaba por fin en voz alta.

Hubo silencio, sorpresa y, después, un llanto contenido de Jessy; lloraba como quien pierde y encuentra al mismo tiempo. Contó que había sido muy cercana a Isabella, y ese vínculo explicaba la desolación que la atravesó al conocer la verdad.

Nos abrazamos con fuerza; era un reconocimiento mutuo: al fin todo tenía un nombre.

—Gracias por llegar hasta el final, Emily. Ahora lo sabemos todo —dijo Jessy entre sollozos, apretando mis manos como si pudiera anclar lo perdido.

Me incomodó su gratitud: no había buscado agradecimientos, solo hice lo que creí justo. Aun así, ver el alivio en sus rostros me reconfortó.

Mirábamos a Oliver con sus padres: la conversación sonaba a nudo que por fin se deshace. Había lágrimas, sí, pero también un alivio que iluminaba poco a poco su semblante. Por primera vez en años, su rostro no era solo gris; asomaba una luz tímida, casi temerosa.

—Siempre pensó que solo atraía a malas mujeres y que todo acababa en traición —dijo su madre, estrechando mis manos—. Saber que no fue así lo cambia todo. Le ayudará. Nos ha ayudado.

También yo deseaba que le ayudara. Y cuando Oliver me llamó para hablar fuera, sentí el aire espesar entre nosotros, cargado de algo que iba más allá de las palabras.

—Gracias —murmuró, sencillo, como quien devuelve un gesto.

Sonreí, intentando disimular el nudo en el pecho.

—No tienes por qué darme las gracias —respondí, sincera.

Respiró hondo y, tras una pausa, habló con la crudeza de quien ha visto su mundo al revés.

—Si no hubiera llegado hasta el final, nada habría salido a la luz. Sí, juzgué a Isabella… pero al saberlo todo entendí que ya no podía odiarla.

Había en su voz una calma nueva, una humildad que me atravesó. Me acerqué sin pensarlo.

—¿Todavía la quieres? —pregunté sin rodeos.

—La quise —susurró—. Más de lo que imaginas. Pero ella quería que siguiera adelante. Y lo hice.

Entonces me tomó las manos con ternura y firmeza, mirándome como si cada palabra fuera un juramento.

—Vosotras dos me habéis enseñado que el amor puede brotar donde menos lo esperamos, y que siempre existe la posibilidad de

perdonar. Me habéis inspirado, cada una a su manera. Por eso… gracias.

Me quedé sin respuesta.

El día había sido un torbellino y, en ese instante, algo se desató dentro de mí. Hablaba de un modo distinto: más sereno, más expuesto.

—Sé que te marchas —continuó, con la voz quebrada—. Pero necesito que lo sepas: te quiero por lo que eres. Y, aunque te vayas, voy a esperarte. El tiempo que haga falta. Tengo una certeza en el pecho: volverás a mí.

Las lágrimas me desbordaron.

Lo abracé con fuerza; su cuerpo cálido me ofrecía un lugar donde llorar sin explicaciones. En ese gesto había una promesa que no esperaba y a la que no pude resistirme.

—Has despertado en mí cosas que nunca supe nombrar —confesé, con la voz atrapada—. Siempre temí ser fría, engañarme sobre lo que sentía. Pero tú me enseñaste que el corazón puede hablar más alto que la razón. Me enseñaste a amar de un modo que desconocía.

Las palabras flotaron entre nosotros con sabor a verdad. No era solo deseo; era reconocimiento. Era comprender que el otro había reconfigurado nuestro mundo interior.

Él me sostuvo el rostro, con los ojos húmedos, y pidió con urgencia:

—Por favor… prométeme que volverás.

Lo miré a fondo. En sus ojos encontré no solo nostalgia, sino confianza, un lugar donde quería quedarme.

Por grandes que fueran los obstáculos, por mucho que la vida nos separara, allí había algo más fuerte: lo que nos había hecho encontrarnos en medio del caos.

—Sí. Volveré —afirmé con firmeza. La certeza de ese instante no nació de un capricho, sino de una convicción que me llenaba el pecho.

No quería irme, pero necesitaba tiempo. Y sabía, en lo más hondo, que aquella despedida sería solo un paréntesis, no un final.

Él sonrió —una mezcla de alivio y gratitud— y me atrajo hacia sí, guardándome como un secreto precioso. Su corazón latía contra el mío, y en ese compás encontré una nueva promesa: no la de las palabras, sino la de los gestos y la espera.

Nos alejamos con la sensación de haber sembrado algo frágil pero verdadero: una semilla de esperanza.

Habíamos desenterrado un pasado doloroso; para él, la herida se transformaba en comprensión; para mí, en la certeza de un sentimiento que ya no quería negar.

El final de aquel capítulo fue, paradójicamente, el inicio de otro: menos certezas, más ganas de intentarlo.



CAPÍTULO 57

«Hay decisiones que deben tomarse…»

EMILY FLORES

El asunto de la carta imposible volvió a salir a la luz antes incluso de que la tradición se diera por concluida.

Aún me sentía culpable por haber quebrantado una regla, pero tanto Eva como Harry repetían, con la serenidad de quien guarda viejos secretos, que yo solo había hecho lo que estaba escrito en la última carta: rompe paradigmas, la respuesta que buscas está en tu corazón.

Aquellas palabras resonaron en mí hasta el último instante del festival, y supe que quedarían grabadas para siempre.

Cuando terminó, empecé a prepararme para regresar a mi país. Nunca una despedida me había dolido tanto. Pasé un día entero visitando, una por una, a las personas que había conocido en Liverpool, reviviendo en cada abrazo y sonrisa las historias que me habían transformado.

Mi vuelo salía al día siguiente, pero aún quedaba la despedida más difícil: la de su familia.

Oliver quiso preparar una cena en su casa, y acepté. Estaba allí ahora, con el corazón encogido y un nudo en la garganta.

—¡No quiero que te vayas, Emily! —protestó Emma, cruzando los bracitos con gesto enfurruñado.

La abracé con ternura, sin saber qué decirle para calmar su pequeño corazón. Oliver se adelantó:

—Volverá, hija. —dijo con firmeza, acercándose—. Y, si hace falta, iré yo mismo a buscarla.

Levanté la vista hacia él y comprendí, de soslayo, que no era una broma. Hablaba en serio.

Liverpool me había enseñado más de lo que jamás imaginé. No era un adiós, lo sabía. Aquella ciudad y aquella gente me habían cambiado para siempre.

Me marchaba renovada, con otra visión sobre elecciones y actitudes, pero también con la certeza de que dejaba un trozo de mí atrás.

Los días posteriores al hallazgo de la carta imposible fueron pesados. Oliver organizó un funeral simbólico para Isabella.

Me pareció un gesto de una belleza triste, una despedida digna. Arrastraba una melancolía discreta, pero también un alivio nuevo al comprender, por fin, la verdad.

Después de la cena, la atmósfera se volvió más ligera. Entre risas e historias, contestar preguntas sobre Estados Unidos me hizo sentir casi una celebridad.

Compartí curiosidades, tradiciones, sabores. Oliver escuchaba atento y confesó que ya había estado en mi país años atrás, en uno de sus viajes para aprender de la cocina.

Descubrí que coleccionaba sabores y experiencias del mundo entero, transformándolos en restaurantes que reflejaban la diversidad que tanto admiraba.

Jessy se acercó y me envolvió en un abrazo fuerte.

—Voy a echarte de menos, amiga.

—Yo también —respondí, emocionada, conteniendo las lágrimas—. Nunca olvidaré lo que he vivido aquí. Gracias por todo.

—¡Deja de darme las gracias! —protestó, aunque los ojos vidriosos la desmentían—. Fuiste tú quien nos ayudó. Tú fuiste hasta el final con las cartas. Soy yo la que está agradecida.

Las despedidas siempre fueron la parte más dura. Incluso sin viajar mucho, entendía lo cruel que era dejar atrás a personas que habían llegado a significar tanto.

—¡Emma! —oí la voz de Oliver llamando—. Ven a despedirte de Emily, se marcha mañana.

La pequeña corrió hacia mí y la estreché en mis brazos. Tenía el rostro serio, los ojos humedecidos.

Sentí que el corazón se me rompía. No había esperado que una niña se encariñara tanto conmigo, aunque, en el fondo, el problema era que yo también me había encariñado con ella.

—Emily… ¿volverás de verdad? —preguntó bajito.

—Claro que sí. Lo prometo. —contesté, extendiendo mi meñique. Ella hizo lo mismo, y sellamos la promesa con una sonrisa tímida.

Me demoré unos minutos más con ella, antes de abrazar a los padres de Oliver. Incluso ellos, con quienes había tenido poco trato, parecían conmovidos. Nunca me había sentido tan acogida en un lugar que no era mi casa.

Más tarde, Oliver se acercó. Solo con verlo, el pecho se me encogió. Sabía que esa sería la parte más difícil del día. No quería dejarlo, pero debía hacerlo.

—Dime que hay algo que pueda decir para que te quedes —su voz era grave, cargada de vulnerabilidad.

Sonreí triste.

—Quiero quedarme. Mucho. Pero necesito resolver algunas cosas antes. Necesito este tiempo.

—No quiero dejarte ir —confesó—. Tengo miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté, tomando sus manos.

Me miró intensamente.

—De que no vuelvas. He hecho tantas tonterías contigo… y pienso que, si hubiera actuado distinto, quizá ahora estaríamos juntos.

Negué con la cabeza, acercándome tanto que mi nariz rozó la suya.

—No, Oliver. Fueron tus errores los que me acercaron. Porque, en el fondo, me gusta recomponer lo que está roto. Y sé que eres un buen hombre, solo has cargado con demasiado dolor.

Me envolvió en sus brazos, y permanecimos así largo rato, respirando el mismo aire, como si quisiéramos grabarnos en la memoria.

Su pulgar acarició mis labios, y enseguida su boca buscó la mía en un beso lleno de urgencia y ternura.

Sabía que echaría de menos ese contacto, el calor de sus besos, la forma en que sabía acogerme sin palabras.

El amor es complejo.

A veces tarda toda una vida en nacer; otras, solo un minuto. En mi pecho no había dudas: lo que sentía por Oliver era amor. Confuso, intenso, arrebatador.

Me sostuvo el rostro, con los ojos brillantes, y pidió con un hilo de voz que era súplica y necesidad:

—Por favor… prométeme que volverás.

Lo miré en lo más profundo, y en sus ojos encontré no solo el ruego de un hombre, sino la confianza de quien se entrega.

—Sí. Volveré —respondí con firmeza, aunque la voz me temblara.

No quería irme. Pero tenía que hacerlo. Y, aun así, tanto su corazón como el mío compartían la misma certeza: aquella historia no terminaba allí. Era solo una pausa.



July insistió en acompañarme hasta el aeropuerto. Durante el trayecto noté cuánto intentaba disimular, pero al aparcar sus ojos ya brillaban de lágrimas y su voz llevaba el peso de la despedida.

—Perdóname por no haber pasado más tiempo contigo, amiga… —dijo con una sonrisa triste, como si aquella disculpa pudiera suavizar el dolor de la separación.

Le acaricié la mano, que temblaba levemente.

—Sabía que no íbamos a estar pegadas todo el tiempo, July. Y, en realidad, fue bueno. Aquí he aprendido mucho, también a caminar sola.

Sonrió entre lágrimas y nos abrazamos con fuerza. Fue un abrazo largo, de esos que parecen querer atrapar el tiempo. Permanecimos así en silencio, cada una perdida en sus propios recuerdos, repasando todo lo vivido en aquellos meses.

Cuando aterricé en Liverpool jamás imaginé que me marcharía con el corazón tan cargado. Un torbellino de emociones me dominaba: gratitud, dolor, esperanza, nostalgia… todo a la vez. Era como si cada rostro que encontré, cada historia que escuché, hubiera dejado en mí una huella imposible de borrar.

Siempre fui de encariñarme rápido, de abrir el corazón enseguida al conocer a alguien. Pero nunca pensé que, en un país tan lejano, rodeada de personas que hasta hacía poco eran completas desconocidas, hallaría vínculos tan fuertes, casi imposibles de romper.

Ahora, ante la realidad de la despedida, comprendía que no quedaba más que aceptar. Dejar que la añoranza cumpliera su papel y que el tiempo me enseñara

a convivir con la ausencia.

¿Seré capaz? No lo sé.

Solo el tiempo lo dirá, pero dentro de mí había una certeza: ciertos lazos no se rompen con un adiós. Solo se transforman.



El vuelo duró ocho horas, y durante cada una de ellas mis ojos permanecieron abiertos, pesados, incapaces de cerrarse.

La cabina entera parecía adormecida, pero mi mente no se detenía. Revivía cada instante, cada rostro, cada abrazo que había dejado atrás. Los recuerdos llegaban en oleadas tan intensas que, por momentos, las lágrimas se deslizaban sin que pudiera contenerlas.

Habían sido meses que cambiaron mi vida.

Todo me parecía demasiado especial para caber dentro de mí. Volvía a casa con mucho más que ropa y recuerdos en las maletas: regresaba con una nueva versión de mí misma, más ligera, más consciente, más fuerte.

Sabía que nada había sido en vano; al contrario, cada momento en Liverpool había sido un fragmento de la transformación que ahora me acompañaba.

La llegada a casa fue todo menos silenciosa. Mis padres me esperaban en la cocina, y enseguida noté que habían preparado mi plato favorito juntos.

El aroma inundó la estancia y me apretó el corazón. Corrí a los brazos de mi madre y me quedé allí largos minutos, encogida en su abrazo, aspirando aquel

olor familiar que tantas veces me había dado consuelo.

—¿Cómo fue el viaje, hija? —preguntó, secándose los ojos a escondidas—. ¡Tu padre y yo te hemos echado muchísimo de menos!

—Espero que tengáis tiempo… —solté la maleta de cualquier manera en el suelo y sonreí, sabiendo que iba a hablar durante horas.

Siempre tuve una relación abierta con ellos.

Nunca fui de ocultar nada; lo que contaba a mi madre, lo contaba también a mi padre. Entre nosotros los secretos no tenían sentido. Y allí, con los dos a mi lado, me dejé llevar, narrando cada detalle.

Perdí la noción del tiempo.

Hablé, reí, hice pausas para ayudar a mi madre en pequeñas tareas, y enseguida retomaba el hilo de la historia. Incluso mi padre, siempre más reservado, se mostró intrigado cuando mencioné la tradición.

—Nunca pensé que existiera algo así —dijo, ajustándose las gafas, y asentí con la cabeza.

—Ni yo, papá. Fue July quien me lo contó al llegar. Y puedo asegurarte que fue uno de los puntos más altos del viaje. —Suspiré, sintiendo el peso dulce de aquel recuerdo—. Cambié mi forma de mirar la vida. Me di cuenta de lo pequeños que son nuestros problemas comparados con los de otros, y de lo mucho que necesitamos valorar lo que tenemos. Hay tantas personas que solo necesitan cariño y amor…

Dudé un instante, pero no pude guardármelo. Les hablé de Oliver.

De su familia. De Emma. Cada palabra me apretaba el pecho, porque traía consigo la nostalgia que ya dolía. Hablé de él durante casi una hora, quizá más.

Fue suficiente para que mi madre lo adivinara. Ella me conocía mejor que yo misma.

—¿Así que te has enamorado de un inglés, hija? —preguntó con una sonrisa serena.

Suspiré, incapaz de negarlo.

—Y dime… ¿qué harías tú en mi lugar?

Mi padre cruzó los brazos, mirando a mi madre antes de contestar:

—Prefiero callar. —Su tono tenía un matiz curioso, como si los dos compartieran un secreto.

No lo entendí de inmediato, pero se intercambiaron una mirada cargada de recuerdos que solo les pertenecían.

—Hija… —mi madre se acercó, tomando mis manos entre las suyas—. En nuestra familia siempre te hemos animado a perseguir tus sueños. Creo que sabes lo que queremos decir.

Mi padre añadió:

—Nos conocimos por casualidad, y no fue la distancia la que nos impidió estar juntos. En aquella época estudiábamos a más de doscientos kilómetros, y aun así encontramos la manera.

Me quedé boquiabierta.

—¡No me puedo creer lo que me estáis diciendo! —crucé los brazos, fingiendo indignación—. Juraba que ibais a soltar el típico "no tiene futuro; eres demasiado joven; ya te enamorarás de verdad".

Mi madre rió.

—Y no te falta razón, pero solo tú sabes lo que sientes. Sea cual sea tu decisión, sigue tu corazón. Solo entiende que, si te vas, sufriremos al principio… porque una parte de nosotros también se irá contigo.

Sus palabras resonaron en mí. Les miré unos segundos y respiré hondo. Ya venía madurando aquella idea, pero sentí que era el momento de compartirla.

—¿Y si hacemos algo distinto? —pregunté, dejando que la curiosidad prendiera en ellos.

—¿Algo distinto? —mi padre arqueó una ceja.

—Sí. Quiero proponeros que probéis lo que yo viví. Viajad a Liverpool. No hace falta que os quedéis tres meses, pero al menos unos días. Que conozcáis la ciudad. ¿Qué os parece?

Su silencio fue de sorpresa. Se miraron como si quisieran asegurarse de que habían oído bien.

Yo sabía que era posible. Mi padre podía manejar sus inversiones desde cualquier lugar. Mi madre, por su parte, llevaba consigo el don de convertir cualquier cocina en hogar. Y si no se adaptaban, siempre podrían regresar.

—¿Hablas en serio, Emily? —preguntó mi madre, todavía incrédula.

—Claro que sí. —apreté sus manos, emocionada—. Mamá, papá… por mucho que quiera a Oliver, nunca os dejaría atrás. Vosotros me lo disteis todo, me moldeasteis para ser quien soy. Quiero a mi familia cerca. Pero no quiero que lo hagáis solo por mí, sino por vosotros. Que os permitáis conocer Liverpool como es. Y quién sabe, quizá un día la améis tanto como amáis Denver.

Sus ojos brillaron.

Por primera vez desde que puse un pie en casa, sentí que la posibilidad de unir esos dos mundos —el que había dejado y el que había conquistado— ya no sonaba a sueño lejano, sino a algo que de verdad podía hacerse realidad.



CAPÍTULO 58

«Algunas sorpresas pueden ser más impactantes de lo que imaginamos.»

EMILY FLORES

UN MES DESPUÉS

Fui a ver a Ashley aquella tarde templada y me encontré con una Antonella más grande, crecida de un modo que me arrancó un nudo dulce en el pecho.

El tiempo siempre me parecía ir demasiado deprisa; a veces tenía la sensación dolorosa de haber dejado escapar minutos preciosos. Pero, después de Liverpool, aquella prisa adquirió otro sabor: quería aprovechar, coleccionar instantes.

Nos sentamos en el césped de la finca como cuando éramos adolescentes —sin prisas, charlando de cualquier cosa— y la presencia de Antonella, correteando entre nosotras, me trajo una calma que no sentía desde hacía semanas.

Pensé en cómo, pese a los más de dos mil kilómetros que me separaban de Oliver, él estaba en mi cabeza a todas horas. Hablábamos cada día: a veces por mensajes, a veces en videollamadas, y ya había llorado delante de él por la añoranza.

Aun así, cuando caía la noche y me quedaba sola, la distancia se hacía insoportable.

—¿Así que seguís en contacto…? —preguntó Ashley, con esa mezcla de curiosidad y ternura que hacía que la quisiera aún más. Sonreí sin poder evitarlo.

—Sí —respondí—. Y vamos a seguir así.

Por un momento me descubrí imaginando qué estaría haciendo él en ese instante —probablemente enterrado en trabajo; al fin y al cabo, era lunes—, y aquel pensamiento me sacó una sonrisa tonta que me duró hasta que ella me dio un codazo.

Oliver me había contado tantas cosas desde mi regreso: pequeñas confesiones, detalles de cómo cuidaba de Emma, historias de familia.

Parecía más abierto, más ligero. Verle así me calentaba por dentro de un modo nuevo; era un cambio que valoraba sin saber bien cómo explicar.

—El mundo es raro, amiga… —murmuró Ashley, mirando al cielo como si buscara una constelación secreta—. Nunca pensé que tendría a alguien como Romeo en mi vida, que me sacó de la depresión. Y, sinceramente, jamás creí que acabaría con un inglés huraño.

Reímos. La abracé de lado, sintiendo su calor, y respondí:

—La vida es demasiado compleja. Mi lema ahora es: nunca digas nunca.

Ella volvió a pincharme.

—Y dime, ¿has pensado en volver a visitarle?

Abrí una sonrisa amplia y le conté: hablé de las ganas, de los pequeños planes que iban tomando forma, del miedo y de la esperanza mezclados. Ashley escuchaba, triste y feliz al mismo tiempo, como si compartiera todas mis emociones.

Cuando me llamó mejor amiga y se puso en plan cariñoso, le contesté con un abrazo fuerte: yo también sentía que me iba a costar vivir sin ella cerca.

Me tumbé en la hierba, miré las nubes y dejé que las palabras se deshicieran en el silencio cómodo entre nosotras.

Desde que había vuelto, me había vuelto más pensativa; lo simple me tocaba más. Respirar hondo, sentir el viento en la cara, escuchar la risa de Antonella… todo me enseñaba otra manera de vivir.

—¡Qué vida tan buena tenéis! —apareció Romeo de repente, con su aire tranquilo, y las dos nos dejamos empapar por el momento.

Ashley, práctica como siempre, ya estaba negociando: masaje en condiciones por la noche, y él, claro, aceptó con una guiñada. Bromeamos sobre quién mandaba más en casa; ella le chinchaba con cariño y él respondía con paciencia.

—Por cómo hablas de Oliver, se te nota, amiga —dijo Ashley, después de mirarme bien a los ojos—. Nunca te había visto así.

Cerré los ojos un segundo, dejando que el viento me atravesara.

Era cierto: algo en Liverpool había removido piezas dentro de mí. El festival, las cartas, aquellas personas inesperadas… todo me había disuelto y recompuesto.

Y en medio de ese rompecabezas, lo que sentía por Oliver no era solo un recuerdo bonito; era promesa, dolor, deseo y esperanza.

Respiré hondo y sonreí, consciente de que, pese al miedo, había cambiado. Y lo había hecho para mejor.



Volví a casa con el corazón aún ligero por todo lo vivido y encontré a mi madre en el jardín, con una sonrisa que parecía guardar un secreto. Cuando la abracé, noté algo distinto en su rostro: un brillo de quien esconde una sorpresa.

—¿Qué pasa? —pregunté, intrigada.

—Nada, solo he oído unas historias divertidas sobre ti hace un rato —respondió, guiñándome un ojo—. Tu amigo está hablando con tu padre dentro.

El estómago se me encogió en un nudo agridulce. «¿Mi amigo?», repetí para mis adentros, intentando entender.

Ella se limitó a asentir y tiró de mí de la mano hacia dentro. La casa olía a café y a recuerdos recientes; entonces oí voces, y aquel acento —ese que reconocería en medio de cualquier multitud— puso todo mi cuerpo en alerta.

Corrí hasta el salón y casi tropecé con mi propia sorpresa: Oliver estaba sentado en el sofá, completamente a gusto, discutiendo con mi padre sobre la belleza de los estadios ingleses mientras en la tele se emitía un partido.

Era tan absurdo y tan perfecto que durante un segundo no supe qué hacer.

—¡Oliver! ¿Qué… qué haces aquí? —balbuceé.

Se levantó despacio, tranquilo, las manos en los bolsillos, sonriendo con esa mezcla de timidez y valentía que tan bien conocía.

—He venido a verte —dijo con una sencillez que casi me mareó—. Y, de momento, estoy intentando convencer a tu padre de que los estadios de Inglaterra

merecen el viaje.

Mi madre no pudo contener su broma cariñosa:

—¡Le obligué a quedarse! —soltó, riendo—. Le di tu dirección a July.

—Exacto —añadió él, gesticulando con humor—. Llegué hace unas horas y me quedé charlando con tus padres. No quise interrumpir.

No lo pensé: me lancé a sus brazos, abrazándolo como si ese gesto pudiera pegar Londres y mi casa en un solo lugar.

El calor de su cuerpo, el olor que tantas veces había sentido en mis sueños despiertos… todo me desbordó de una alegría tan cruda que temí llorar de pura felicidad.

Mi madre, siempre práctica, sonrió y salió apresurada, dejándonos a solas.

Nos quedamos allí, solo nosotros, en un silencio lleno de palabras no dichas. Le acaricié el rostro, como queriendo comprobar que era real. Estaba allí, firme, entero.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó, con la voz a punto de quebrarse.

No contesté con palabras.

Lo besé como si cada segundo robado fuese una promesa. Fue un beso desesperado, ardiente, lleno de la ternura que solo surge cuando dos personas se reconocen en algo más grande que ellas mismas.

—¿Quieres matarme de un susto? —murmuré entre besos, dándole un manotazo cariñoso en el hombro.

Él rió.

—Jamás pensé en hacerte sufrir. He venido porque no puedo estar lejos de ti.

Me tomó las manos con fuerza y empezó a hablar. Cada frase sonaba a confesión ensayada y sincera:

—Primero: no sé estar sin ti. Emma pronuncia tu nombre todos los días, Jessy no deja de mencionarte, y mis padres me preguntan por ti a cada rato. Segundo: sé que pedirte que vivas allí es egoísta —hizo una pausa, mirándome con intensidad—, así que estoy pensando seriamente en mudarme aquí. Mi vida sin ti no tiene sentido. Si hace falta, cambio todo. Te quiero.

Las palabras se quedaron suspendidas entre nosotros y, por un instante, no supe si debía reír, llorar o gritar. Acabé riendo, con una risa mezcla de incredulidad y alivio, y él frunció el ceño, confundido.

—¿De qué te ríes?

Me acerqué, besé sus manos y, entrelazando nuestros dedos, susurré:

—¿Mis padres no te lo contaron?

Él negó con la cabeza, desconcertado.

—¿El qué? —preguntó.

Arqueé las cejas, conteniendo la risa. Una felicidad inmensa me subía a la garganta.

—El mes que viene viajamos los tres a Liverpool. Quiero que mis padres conozcan la ciudad —dije, y las palabras salieron ligeras, aunque llenas de intención—. Puede que les guste. Quién sabe… quizá hasta se queden.

Sus ojos se abrieron de par en par un segundo antes de que la incredulidad se transformara en emoción.

—¡No juegues con algo tan serio, Emily! —protestó, aunque su voz estaba teñida de ternura.

—No juego con mis sentimientos —respondí, seria por primera vez—. Ellos solo me tienen a mí. Quiero que vean el lugar que me cambió, que te conozcan. No pienso dejarlos atrás por lo que yo deseo, pero tampoco voy a renunciar a ti.

Sin previo aviso, me levantó en brazos y me giró en el aire como un chaval enamorado. Solté una carcajada que resonó en la sala vacía, convirtiéndolo todo en una escena de película que nunca pensé que me mereciera vivir.

—Le voy a enseñar toda la ciudad a tu padre —prometió, al dejarme de nuevo en el suelo—. Te prometo que se va a enamorar de Liverpool.

Nos quedamos allí, abrazados, callados, dejando que la certeza de esas palabras se asentara en nosotros.

Afuera, la luz del atardecer inundaba la casa y pintaba manchas doradas en la alfombra; por un instante, toda la vida pareció alinearse en una única posibilidad: un futuro tejido con pequeñas decisiones, viajes y valentía.

Sabía que no sería fácil —la distancia, nuestras historias, las viejas heridas —, pero al mirarle y ver el fuego de determinación en sus ojos entendí que, por primera vez, podía creer en un final feliz construido entre los dos.

Respiré hondo y dejé que la esperanza descendiera sobre nosotros como un manto cálido. Por fin, por razones que aún no alcanzaba a comprender, mi vida abría paso a algo que, en el fondo, sonaba justo: ser feliz.



CAPÍTULO 59

«El destino nos une de formas inesperadas…»

OLIVER CLARKE

2 MESES DESPUÉS

Los padres de Emily llevaban ya un mes en Liverpool. En ese tiempo decidí darme algo que nunca me había permitido: vacaciones.

Por primera vez en años dejé de lado la rutina asfixiante y aproveché para acompañarlos en paseos por la ciudad.

Jessy no perdió la ocasión de burlarse, decía que me había convertido en guía turístico, enseñando todos los rincones interesantes de Liverpool.

En el fondo tenía razón, y eso me divertía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Con Arnold, el padre de Emily, forjé una amistad rápida y sólida. Descubrimos afinidades en el mundo de las inversiones y, entre charla y charla, intercambiábamos ideas como si nos conociéramos de toda la vida.

Se notaba que aquello le entusiasmaba, y yo mismo me sorprendía ilusionado, enseñándole algunos trucos que había aprendido con los años.

Helen, su madre, no se quedó atrás. La cocina era mi territorio más íntimo, y los días que la recibí en la mía se emocionó con platos sencillos, típicos de Inglaterra, como si cada receta fuera una ventana al lugar que ahora compartíamos.

Fue inesperada la facilidad con que encajé en la familia de Emily. La naturalidad con que hablábamos, reíamos y compartíamos momentos me descolocaba.

Aquel día caminábamos por Calderstones Park cuando sentí la mirada de Emily fija en mí más tiempo del habitual.

—Estás rarísimo hoy —dijo, entornando los ojos como si quisiera adivinar mis pensamientos.

—Te lo parece.

—No, no es eso —insistió—. Últimamente andas demasiado pensativo. ¿Vas a contarme el motivo o tendré que adivinarlo? —añadió con ese encanto natural que siempre me desarmaba.

Me incliné y rocé sus labios apenas un instante.

—Sí… hice algunas cosas mientras estabas en Estados Unidos, y solo ahora he conseguido terminarlo todo.

Alzó una ceja, desconfiada.

—Oliver… ¿qué estás tramando?

—¿Qué tal si te lo enseño? —respondí, dejando el misterio en el aire.

Ella asintió, y sin demora salimos del parque, subimos al coche y nos dirigimos a un lugar que conocía bien. El camino fue silencioso, cargado de expectativa.

Minutos después aparcamos frente al orfanato. Emily me miró recelosa.

—¿Dónde están los niños? —preguntó, sorprendida por el silencio.

—Ahora mismo solo quedan cinco esperando adopción —expliqué.

Su rostro se tensó de preocupación, pero no era ese el efecto que quería provocar. Apresurado por aclararlo, añadí:

—Desde hace un mes destino parte de los beneficios de mis restaurantes a esta institución. Y no solo eso: estoy difundiendo su labor, intentando darles visibilidad. Es lo mínimo que puedo hacer.

Se llevó la mano a la boca, emocionada.

—No sé ni qué decir.

Sonreí de medio lado, aunque aún no había terminado.

—Tony fue adoptado —la memoria me llenó de un orgullo callado—. Les dijo a sus nuevos padres que quería ser jugador de baloncesto. Me alegró saber que, de algún modo, ayudé a que aceptara el amor de una familia. Parecía tan solo… y ahora tendrá gente a su lado. Será querido… como lo fui yo alguna vez.

Emily me apretó la mano, con los ojos húmedos.

—Oliver… es precioso. De verdad.

—Y hay más —respiré hondo—. También destiné un porcentaje a apoyar el hospital que visitaste y a las personas que conociste siguiendo la carta imposible. Recorrí tus pasos, Emily. No solo por ti… también por Isabella. En el fondo creo que era lo que ella quería.

Me miraba como intentando desentrañar cada capa de lo que decía. Continué, incapaz de contenerme:

—Necesité que la verdad me golpeara en la cara para comprender el sentido de la carta. Hoy quiero que todos puedan repetir esos pasos, aunque sea fuera de la tradición. Mejor que una persona al año es abrir esos lugares al mundo. Estoy convencido de que esos cuatro puntos van a marcar a mucha gente.

Emily arqueó las cejas.

—¿Cuatro? ¿No eran cinco?

—Hablé con Donna —expliqué—. Prefiere recibir visitas esporádicas. El miedo a ser descubierta sigue siendo fuerte. Así que vamos a proteger eso.

—Aún no me creo que tuvieras acceso a las cartas… —susurró, sorprendida.

—Era necesario —respondí, pensativo—. Necesitaba entender a Isabella. Necesitaba reconciliarme con su recuerdo. Podríamos decir que participé en la tradición contigo. Yo, que siempre la detesté… hoy sé lo profunda que fue.

No pudo resistirse.

En un gesto impulsivo se lanzó a mis brazos, abrazándome con fuerza. Sentí el calor de su cuerpo, su corazón desbocado contra el mío. Era su manera de decir que me quería, y ese amor, tan claro y sin reservas, era lo que me daba fuerzas para seguir.

Cerré los ojos y devolví el abrazo. Yo ya no era el hombre de antes… y quería que lo viera, que lo creyera.

—Gracias por todo lo que has hecho —susurró contra mi hombro—. Nunca voy a olvidar este gesto. Ahora tengo la certeza… tu corazón es grande, Oliver. Siempre cabe alguien más.

Sonreí, apretándola aún más contra mí. Y por primera vez en mucho tiempo, lo creí de verdad.

EMILY FLORES

—¿Adónde vamos mañana, Emily?

La vocecita de Emma llegaba entre risitas, y por un instante el mundo se redujo al brillo inocente de sus ojos. Sujetaba una muñeca con las dos manos y fingía darle de mamar; yo, que hacía siglos no jugaba con una, me dejé arrastrar por la ternura de aquel gesto.

Era como experimentar ser madre durante diez minutos… y aquello me derretía por dentro.

—Tenías que ser tú quien eligiera —respondí sonriendo, abrazando a la pequeña con cuidado—. ¿Adónde quieres ir, eh? Cuéntaselo a la tía.

—¡Al cine! —gritó triunfante, dando saltitos de alegría.

—Pues decidido. Mañana vamos al cine. —La palabra me salió ligera, y verla tan feliz me arrancó una risa tonta.

Al otro lado de la sala, Oliver nos observaba con una sonrisa amplia, de esas que iluminan el rostro y lo vuelven todo más fácil. Había en él una paciencia casi paternal en la forma en que dejó que Jessy y Emma salieran cogidas de la mano, un pequeño privilegio que concedía a su hija sin pedir permiso a nadie.

Pensé que, entre padre e hija, quizás surgieran disputas por atención… y que tal vez yo me estaba metiendo demasiado en ambos papeles: tía y rival.

Aun así, nunca me había sentido tan completa. Mis padres recorrían la ciudad maravillados, yo estaba al lado del hombre al que amaba, y Emma —esa niña a la que ya no sabía en qué momento había

empezado a querer— corría por la plaza como si el mundo fuera seguro.

Su familia, mi familia temporal, me había aceptado con una naturalidad que me hacía creer que pertenecía allí.

—Deja que papá disfrute de Emily, pegajosa —dijo Jessy con una voz entre dulce y autoritaria.

—Vale, tía —contestó Emma, obediente.

Jessy y Emma desaparecieron por el pasillo, y él se acercó a mí, como si cada paso fuera una invitación. Se sentó a mi lado, lo bastante cerca para que sintiera el calor de su cuerpo.

—Tengo una confesión —empezó, serio un segundo, aunque con un brillo divertido en la mirada.

—¿Cuál? —le provoqué, ocultando la tensión que me oprimía el pecho.

—A Emily le gustas más tú que yo —soltó, y había en sus palabras una pizca de celos absolutamente adorable—. Estoy celoso, así que será mejor que salgas de mi casa y no vuelvas jamás.

Reí, me levanté fingiendo que obedecía, y él, rápido y acostumbrado, me atrapó por la cintura y me devolvió al sofá. Fue una declaración de posesión sin dureza, hecha de juego y seguridad.

—¿Y qué pasó con lo de “sal de mi casa y no vuelvas”? —pregunté, poniendo morritos.

Negó con la cabeza, sonriente, y me besó con ternura. Ese beso fue un pacto silencioso: al abrir los ojos, lo oí decir, como si fuese lo más obvio del mundo:

—Te quiero, Emily. Más de lo que nunca pensé que sería capaz.

Sus palabras me llegaron como una confesión íntima. Le acaricié el rostro, mis dedos se demoraron en su barba incipiente, y respondí con la misma sinceridad:

—Yo también. Me siento ridículamente adolescente cuando pienso en ti.

Nos quedamos mirándonos, un ejercicio lento e íntimo. Pero en nosotros la calma siempre era breve: cuando nuestras bocas se unían, el fuego se encendía al instante, una combustión conocida, peligrosa y deliciosa.

—Te quiero… —murmuró tan cerca que sus palabras vibraron en mi oído—. Te quiero muchísimo… —repitió, mordiéndome el lóbulo y arrancándome un escalofrío, mientras mis uñas bajaban por su espalda dejando un rastro de deseo.

Aquella noche hicimos el amor como quien relee su libro favorito: saboreando cada palabra, cada capítulo, sin prisa. Nuestros ojos no se apartaron; nos mirábamos como si en el rostro del otro estuviera el mapa de todo lo que aún quedaba por descubrir. Fue íntimo, fue tierno y, a la vez, urgente.

La confirmación física de lo que ya sabíamos a través de la piel: éramos un desajuste que encajaba.

Mientras me dejaba llevar por él, pensé en cómo la vida está hecha de riesgos que valen la pena. Elegir amar significa, muchas veces, perder algo y ganar tanto más.

Yo había elegido estar allí, al lado de aquel hombre de corazón enorme, y no había espacio para el arrepentimiento. Amar dolía, confundía, exigía valentía… pero también llenaba.

En el silencio que siguió, cuando los cuerpos se acomodaron y las respiraciones se acompasaron, permanecimos pegados. Sentí su pulgar rozar mis labios como si dibujara promesas, y bajo aquel gesto sencillo había una seguridad nueva que me serenó.

Arriesgarse, concluí, era la única manera de descubrir si lo que nos consumía era real. Yo ya había tomado mi decisión: quedarme, amar y ver hasta dónde llegaba.

Y, por primera vez en mucho tiempo, dormir parecía posible —no como huida, sino como entrega.



Seguíamos tumbados; la habitación permanecía en penumbra, la luz de la mañana se colaba a través de las rendijas de la cortina.

Paseaba la mano por su pelo —siempre tan suave, con ese olor a sábanas y a algo de buena comida que parecía quedarse en la piel— y, al notar que Oliver abría los ojos, una sonrisa lenta iluminó su rostro.

Era una sonrisa capaz de derribar cualquier defensa que aún intentara levantar. Sabía, con una certeza física que dolía, que estaba perdidamente enamorada.

—Necesito pedirte una cosa —dije en voz baja, como quien no quiere asustar el instante.

—Pide —murmuró, entregándose a mi palabra antes siquiera de que la terminara, con los ojos aún somnolientos y tiernos.

Respiré hondo, reuniendo coraje y alegría. Aquellas pequeñas órdenes del corazón: improbables, atrevidas, imposibles de quedármelas para mí sola.

—Quiero que nuestra historia forme parte de la tradición —dije, cada palabra pesando y brillando a la vez—. Que se ponga por escrito, que alguien ahí fuera la lea y sienta lo que sentimos. Quiero que nuestra forma de ser, nuestras fallas y nuestro amor entren en esa mesa como un regalo. ¿Aceptas embarcarte en ese desafío conmigo?

Oliver se quedó inmóvil un instante. Su rostro se concentró de ese modo que yo conocía bien —la misma expresión previa a una decisión en los restaurantes, la señal de que algo importante iba a formarse.

Se me apretó la boca; durante un segundo temí que mi petición sonara egoísta, que pidiera demasiado: eternizar algo tan nuestro, tan nuevo.

Entonces se acurrucó más junto a mí, el cuerpo cálido pegado al mío, como si la respuesta estuviera ya allí antes de las palabras.

Me besó la frente con la ternura de quien guarda un secreto preciado y deslizó el pulgar por mis labios, despacio —un gesto que era a la vez promesa y comprobación, para asegurarse de que yo estaba ahí, presente.

—Con toda seguridad —respondió, y su voz trajo un sonrisa amplia de paz—. Mi mayor alegría será decir al mundo que estamos juntos. Y que estaremos así, a nuestra manera, todo el tiempo que haga falta.

Sentí la garganta cerrarse; un llanto contenido que nacía de los ojos y no de la razón. La idea de compartir aquello —convertirlo en historia, en letra, en tradición— me pareció la culminación de lo que ya había nacido en nosotros sin alharacas.

Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que el ritmo de su respiración marcase el compás de mi contento.

Allí fuera la ciudad respiraba, indiferente y entera; dentro, éramos solo los dos y una decisión que pertenecía tanto al instante como a las décadas venideras.



EPÍLOGO

«La vida es un ciclo, y cuando el nuestro llega a su fin, el de alguien acaba de empezar…»

EMILY CLARKE

2 AÑOS DESPUÉS

—¿Nerviosa? —preguntó Oliver, inclinándose hacia mí, con esa voz grave cargada de ternura que siempre conseguía desarmarme.

—Un poco… —confesé, con una sonrisa temblorosa.

Estábamos en medio de una gran reunión, rodeados de gente que respiraba aquella tradición tanto como nosotros.

El año anterior habíamos decidido participar en el festival persiguiendo una carta juntos, una elección que nos trajo más aprendizajes de los que jamás habríamos imaginado.

Ahora sería distinto.

Pondríamos en práctica mi idea: eternizar nuestra propia historia en las páginas de la tradición.

Y, bueno… había otro detalle imposible de ignorar.

Acaricié mi vientre redondeado, enorme y lleno de vida.

Ocho meses.

Ya no podía correr detrás de nada, y Oliver me trataba como si fuera de cristal, aunque yo me sentía más fuerte que nunca.

No habíamos planeado nada de esto. Nos casamos unos meses antes, en una ceremonia íntima y sencilla. Entré en la iglesia con cinco meses de embarazo, y ver a Oliver esperándome en el altar fue la realización de un sueño que había alimentado desde niña.

Mis padres también estaban aquí. Se habían mudado a Liverpool poco después, enamorándose de la ciudad de la misma forma que yo. Hoy vivían a pocos minutos de nosotros, en una casita acogedora que se había convertido en nuestro segundo hogar.

Mi padre y Oliver se llevaban increíblemente bien —quizá incluso más de lo que yo esperaba. Se habían vuelto inseparables en las tardes de fútbol, comentando jugadas, inversiones y hasta negocios.

A veces, con solo verlos reír juntos en el salón, sentía una gratitud que me calentaba por dentro.

Mi madre, por su parte, había encontrado en el trabajo con Jessy una nueva pasión.

Las dos se habían convertido en mejores amigas y, juntas, reinventaron la cafetería. Su sueño siempre había sido cocinar para otros, inventar recetas, sentir el olor del pan y los bizcochos extendiéndose por el aire.

Hoy sus dulces tenían tanto éxito que hubo que ampliar el local. Verla realizada así era un regalo.

Casi una hora después de la reunión, volvimos a casa. Yo caminaba despacio, pero el corazón parecía bailar.

Era difícil poner en palabras la felicidad de estar construyendo todo aquello con Oliver. La tradición, que al principio me parecía solo una curiosidad lejana, ahora era parte de nosotros. Se había convertido en mi sueño, y él, mi gran amor, estaba soñando conmigo.

—¿Cómo está Chloe, mamá? —Emma corrió hacia mí, con los ojos brillando de expectación.

Todavía me acostumbraba a escucharla llamarme "mamá".

La primera vez que esa palabra salió de su boca, lloré tanto que no entendió si había hecho algo mal. Pero eran lágrimas de pura felicidad, de esas que lavan el alma.

—Está fortísima. —Reí, acariciando la barriga—. Hoy mismo me ha dado unos cuantos puntapiés de recuerdo.

—¿En serio? —abrió los ojos de par en par.

—Ajá. —Le di un beso en la mejilla—. Tu hermanita es tan inquieta como tú.

Emma soltó una carcajada y salió corriendo por el pasillo, llenando la casa de alegría.

—Esas dos van a ser inseparables —murmuró Oliver, acercándose a mí con la mirada llena de ternura.

—Lo sé. Los cuatro lo seremos —respondí antes de besarlo despacio, con la calma de quien ya no necesita correr detrás de certezas.

Subimos juntos al dormitorio. Me ayudó a recostarme y acomodó las almohadas a mi alrededor.

—Descansa, amor. Mañana será el día más esperado. Y en este momento, quien haya encontrado nuestra carta probablemente esté leyendo las primeras líneas. —Sus ojos brillaban de orgullo y de algo que solo podía ser amor.

Cerré los ojos un instante e imaginé a esa persona, sorprendida y curiosa, con el corazón acelerado al descubrir lo que habíamos preparado.

Oliver y yo lo organizamos todo en seis pasos, inspirados en Isabella. La diferencia era que cada uno escribió tres cartas, y en cada una escondimos un

pequeño enigma.

La primera, naturalmente, era nuestra dirección. Quien llegara hasta aquí recibiría la segunda, pero a partir de ahí continuaría solo. El final, sin embargo, volvería a nuestra casa, como un círculo que se cierra.

Recordé mi primera vez, cuando todo parecía nuevo, temible y al mismo tiempo mágico. Las sensaciones de entonces me invadieron de nuevo, arrancándome una sonrisa serena.

Gracias a Isabella aprendí a mirar la vida con otros ojos. Y ahora, a punto de entregar nuestra propia historia al mundo, sabía que llevaría siempre conmigo esa enseñanza.



Desperté tarde, envuelta en una luz cálida que entraba por la ventana, y encontré en la cama un desayuno dispuesto con un cuidado casi reverente.

Oliver se había vuelto más cariñoso desde que supo que íbamos a ser padres de nuevo; cada uno de sus gestos bullía de ternura y de una alegría tímida. Siempre he tenido un defecto: me encanta que me mimen —y en ese instante supe, con una certeza dulce y peligrosa, exactamente adónde nos conduciría eso.

Había dejado el doctorado —al menos por ahora—; hasta dos meses antes seguía dando clase en la Universidad de Liverpool. Enseñar siempre fue una pasión, una forma de respirar.

Me gustaba ver la luz en el ojo del alumno cuando algo encajaba. Aun así, adaptarme a la nueva vida fue más sencillo de lo que imaginé: mis padres estaban conmigo, cómodos y curiosos, y la ciudad nos había acogido con generosidad.

Les costó unos meses instalarse, pero cuando se enamoraron de los pequeños rituales locales decidieron quedarse.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunté, sintiendo el calor de la mañana extenderse por el cuerpo.

—Me cogí el día libre. Podemos pasarlo juntos —respondió él, con esa calma firme que me inspira confianza.

—Creo que te quiero, Oliver. —susurré, acostumbrada a mis propios miedos que encogen las frases—.

—De eso estoy seguro. —Sonrió, y su sonrisa selló algo en mí.

El día pasó en un pestañeo: la mañana y la tarde se disolvieron en pequeñas alegrías. Emma nos hizo compañía, correteando por el jardín, exigiendo juegos, reclamando atención.

Oliver vio algún partido con mi padre; reían, debatían jugadas, hablaban de inversiones y recuerdos. Hicimos una barbacoa para celebrar la apertura de otra cafetería: Jessy ya dirigía tres, y mi madre era el alma creativa de la nueva tienda. Nunca la había visto tan radiante; cocinar, inventar recetas, ver a la gente volver por más llenaba sus ojos de satisfacción.

Al caer la tarde, paseé con Emma por la manzana. Esos paseos se habían vuelto un rito entre nosotras; hablábamos de cosas que los niños dicen sin vergüenza, y yo adoraba cada palabra suya como si fuera poesía.

—¿Vas a querer tener otro bebé, mamá? —preguntó de repente, con la naturalidad que derriba cualquier reserva.

La idea siempre me había atraído: dos hijos, una casa llena de risas. Sonreí, acariciando la barriga.

—No lo sé. Tal vez más adelante… —guiñé un ojo, y Emma aplaudió, encantada con la posibilidad.

Al volver a casa vi a alguien parada en la calle frente a nuestra puerta.

Era una chica de piel morena, de mi estatura, con ojos atentos que exploraban el entorno en busca de un punto de anclaje. Al acercarme advertí la inseguridad que la acompañaba: parecía extranjera; cada gesto pequeño delataba el cansancio del viaje.

—¿Necesitas ayuda? —ofrecí, ya en el modo de acogida que Liverpool me había enseñado.

—Hola, sí, por favor. No vivo aquí —respondió en buen inglés, con un acento que revelaba distancia—. Soy Amanda. —Su sonrisa fue tímida, luminosa.

—Soy Emily. Encantada. —Le estreché la mano.

Ella dudó, rebuscó en el bolso y, cuando el papel apareció, mi pecho dio un vuelco: entre sus cosas estaba la carta —la misma que yo había perseguido dos años atrás. Los bordes mostraban uso, la caligrafía en la portada traía consigo el misterio que cambió mi vida. Amanda sonrió como quien halla una pista preciosa.

—Creo que he encontrado justo a la persona que necesitaba —murmuró, y yo respiré hondo, agradeciendo al cielo con un alivio que me vibraba en la garganta.

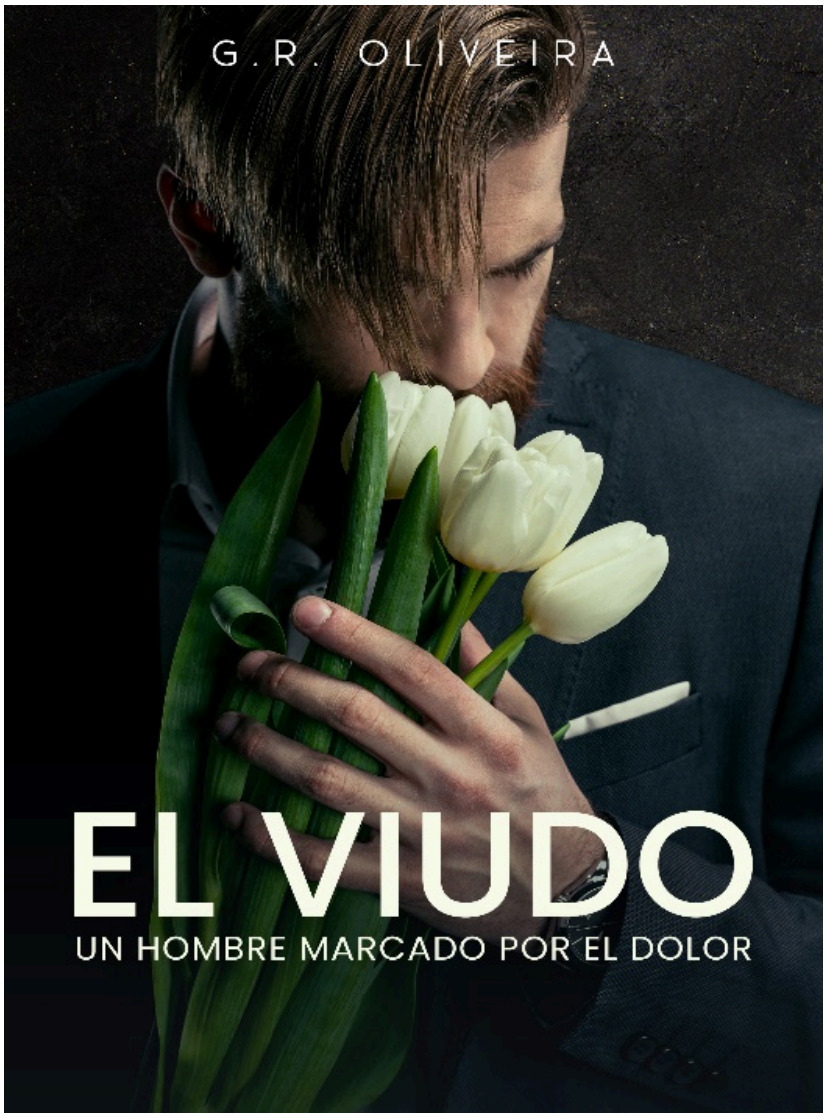
—¿Por qué no entras? —propuse, con una urgencia buena por acogerla—. Vivo aquí. Estaba esperando a alguien así, créeme…

Aceptó, y vino conmigo, los pasos ligeros, como si sostuviera un secreto entre las manos. Al cruzar el portón supe que algo se cerraba y otra cosa se abría: otra historia encontraba su rumbo —y yo, que tantas veces había sido perseguida por cartas, ahora podía compartir lo que había aprendido.

—Amanda —dije, guiándola al salón—, hay muchas cosas que necesito contarte. Cosas que quizá te vuelvan loca, pero antes, hablemos de esa carta. Ella cambió mi vida…

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

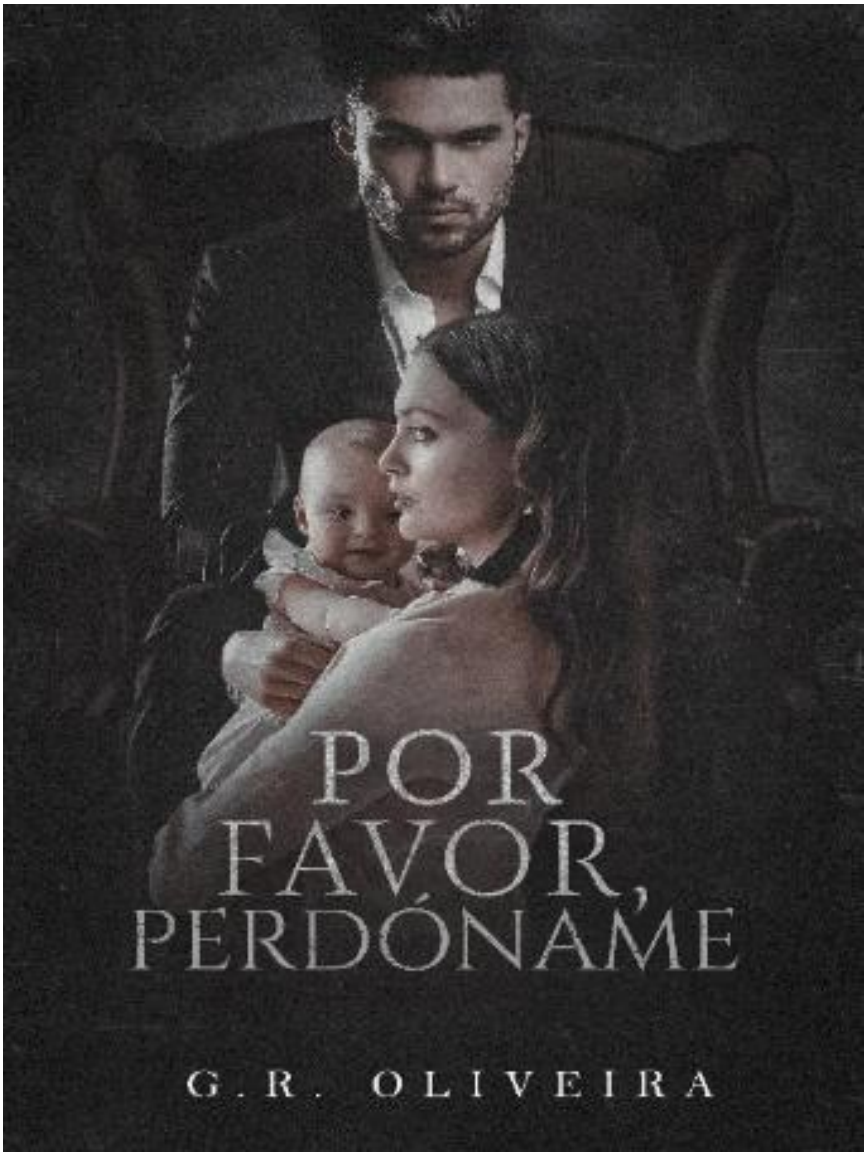
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

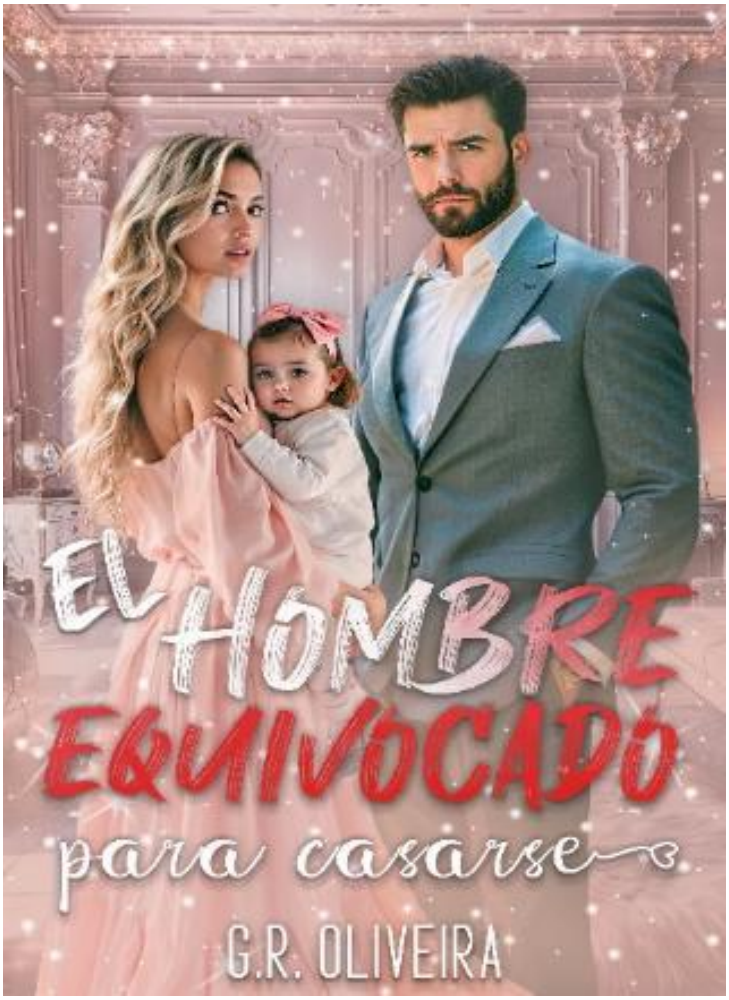
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que**

realmente importaba.

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK